

HONORÉ DE BALZAC

Narrativa breve

El verdugo	3
El Grande de España	10
La bella Imperia.....	17
El movilizado	26
La cúpula de los Inválidos.....	36
La misa del ateo.....	39
Un episodio bajo El Terror (Una misa en 1793).....	49
El elixir de larga vida	60
Facino Cane.....	74
La paz del hogar	82
La obra maestra desconocida.....	104
Pedro Grassou	120
Primer estudio de mujer.....	133
Segundo estudio de mujer	139

El verdugo

El verdugo, 1830

A Martínez de la Rosa¹.

El campanario del pueblecito de Menda acababa de dar las doce. En aquel momento de la noche, un joven oficial francés, apoyado en el parapeto de una larga terraza que rodeaba los jardines del castillo de Menda, parecía abismado en una contemplación más profunda de lo que la despreocupación de la vida militar suele traer consigo. Pero hay que decir también que jamás hora, lugar y noche fueron más propicios a la meditación. El bello cielo de España extendía una cúpula azul por encima de su cabeza. El centelleo de las estrellas y la dulce luz de la luna iluminaban aquel valle delicioso que se abría coquetamente a sus pies. Apoyado en un naranjo en flor, el jefe de batallón podía ver, a cien pies por debajo de él, el pueblo de Menda, que parecía haberse situado al abrigo de los vientos del Norte, al pie de la loma donde se alzaba el castillo. Volviendo la cabeza podía mirar el mar, cuyas aguas brillantes enmarcaban el paisaje con una amplia hoja de plata. El castillo estaba iluminado. El alegre tumulto de un baile, los acentos de la orquesta, las risas de algunos oficiales y de sus parejas llegaban hasta el solitario oficial mezclándose con el lejano murmullo de las olas. La brisa fresca de la noche inyectaba una especie de energía a su cuerpo fatigado por el calor diurno. Finalmente, los jardines estaban plantados de árboles tan fragantes y de flores tan suaves que el joven se encontraba como sumergido en un baño de perfumes. El castillo de Menda pertenecía a un grande de España, que lo habitaba en aquel momento con su familia. Duran le toda la velada, la mayor de las hijas había mirado al oficial con un interés impregnado de una tristeza tal, que el sentimiento de compasión expresado por la española, podía muy bien ser la causa de que el francés estuviera tan pensativo. Clara era bella y, aunque tuviese tres hermanos y una hermana, los bienes del marqués de Leganés parecían bastante considerables para hacer pensar a Víctor Marchand que la joven sería ricamente dotada. Pero, ¿cómo atreverse a creer que la hija del viejo más engrdeído de su grandeza de toda España pudiera ser concedida al hijo de un tendero de París? Además, los franceses eran odiados. El general G..t..r, que gobernaba la provincia, sospechaba que el marqués preparaba un alzamiento en favor de Fernando VII, por lo cual el batallón mandado por Víctor Marchand había sido acantonado en el pueblecito de Menda para contener a las comarcas vecinas que obedecían al marqués de Leganés. Un reciente despacho del mariscal Ney hacía temer un desembarco de los ingleses en la costa, y señalaba al marqués como hombre que mantenía inteligencia con el gabinete de Londres. Por eso, a pesar de la buena acogida que aquel español había dispensado a Víctor Marchand y a sus soldados, el joven oficial se mantenía constantemente alerta. Dirigiéndose hacia aquella terraza desde la que podía examinar la situación del pueblo y de las comarcas confiadas a su vigilancia, se preguntaba cómo debía interpretar la amistad que el marqués no había cesado de testimoniarle y cómo el aspecto tranquilo del país podía conciliarse con las inquietudes de su general; pero desde hacía un momento, aquellos pensamientos habían sido ahuyentados de la cabeza del joven comandante por un

¹ Francisco Martínez de la Rosa (1787-1862). Poeta, dramaturgo y político granadino. Tras la invasión de los *Cien Mil Hijos de San Luis* se exilió en Francia, donde permaneció hasta 1831.

sentimiento de prudencia y por una curiosidad bien legítima. Acababa de ver en el pueblo una gran cantidad de luces. A pesar de la fiesta de Santiago, aquella misma mañana había ordenado que las luces se apagaran a la hora prescrita por el reglamento. Sólo el palacio había sido exceptuado de aquella medida. Vio brillar aquí y allá, en los puestos acostumbrados, las bayonetas de sus soldados, pero el silencio era solemne y nada revelaba que los españoles estuvieran entregados a la embriaguez en una fiesta. Después de haber tratado de explicarse la infracción de la que se hacían culpables los habitantes, encontró en aquel delito un misterio tanto más incomprensible cuanto que había dejado oficiales encargados de la policía nocturna y de las rondas. Con la impetuosidad de la juventud, iba a lanzarse por una brecha para descender rápidamente por las rocas, y llegar así, más pronto que por el camino ordinario, a un pequeño puesto colocado a la entrada de la ciudad por el lado del castillo, cuando un débil ruido lo detuvo en su carrera. Creyó oír el crujido de la arena bajo el paso ligero de una mujer. Volvió la cabeza y no vio nada; pero sus ojos se quedaron sorprendidos por el resplandor extraordinario del océano. Vio en él de repente un espectáculo tan funesto, que lo dejó inmóvil de sorpresa, diciéndose que padecía un error de sus sentidos. Los rayos blanquecinos de la luna le permitieron distinguir velas a una gran distancia. Se estremeció y trató de convencerse de que esta visión era una ilusión óptica que le ofrecía el juego de las olas y de la luna. En este momento, una voz ronca pronunció el nombre del oficial; miró hacia la brecha y por ella vio aparecer lentamente la cabeza del soldado por el que se había hecho escoltar hasta el castillo.

—¿Sois vos, mi comandante?

—Sí. ¿Pues qué hay? —le dijo en voz baja el joven, a quien una especie de presentimiento le inducía a proceder misteriosamente.

—Esos bribones se agitan como gusanos, y me apresuro, si me lo permitís, a participaros mis pequeñas observaciones.

—Habla —respondió Víctor Marchand.

—Acabo de seguir a un hombre del castillo que se ha dirigido por aquí con una linterna en la mano. ¡Hay que concebir grandes sospechas de una linterna!, no creo que este cristiano vaya a encender cirios a estas horas. ¡Quieren deshacernos!, me he dicho para mis adentros, y me he puesto a pisarle los talones. Así, mi comandante, a tres pasos de aquí, he descubierto cierto montón de leños.

Un grito espantoso que de pronto se oyó en el pueblo, interrumpió al soldado. Una claridad repentina iluminó al comandante. El pobre granadero recibió una bala en la cabeza y cayó. Una hoguera de paja y de leña seca brillaba como un incendio a diez pasos del joven. Los instrumentos y las risas dejaron de escucharse en la sala de baile. Un silencio de muerte, interrumpido por gemidos, había sustituido de pronto a los rumores y a la música de la fiesta. Un cañonazo retumbó en la llanura blanca del océano. La frente del joven oficial se cubrió de un sudor frío. Estaba sin espada. Comprendió que sus soldados habían perecido y que los ingleses iban a desembarcar. Pensó que, si salía con vida, caería en la deshonra y sería llevado ante un consejo de guerra; entonces midió con los ojos la profundidad del valle, e iba a despeñarse, cuando la mano de Clara le agarró por la suya.

—¡Huid! —le dijo ella—; mis hermanos me siguen para mataros. Por ahí llegaréis, acaso sin peligro, al fondo de la escarpadura. ¡Pronto!

Ella lo empujó; el joven, estupefacto, la miró durante un instante; pero, obedeciendo en seguida al instinto de conservación, que nunca abandona al hombre, ni aun al más fuerte, se lanzó al parque tomando la dirección indicada, y corrió a través de rocas que hasta entonces sólo habían hollado las cabras. Oyó a Clara gritar a sus hermanos que lo persiguieran; oyó los pasos de sus asesinos; oyó silbar junto a sus oídos las balas de

varias descargas; pero alcanzó el valle, encontró el caballo, lo montó y desapareció con la rapidez del rayo.

A las pocas horas, el joven oficial llegó al cuartel del general G.t.r, a quien encontró rodeado de su estado mayor.

—¡Os traigo mi cabeza! —exclamó el jefe de batallón apareciendo pálido y deshecho.

Se sentó y contó la terrible aventura. Un silencio espantoso acogió su relato.

—Sois más desgraciado que culpable, —respondió al fin el general—. No se os puede achacar la fechoría de los españoles, y, a menos que el mariscal no decida de otro modo, yo os absuelvo.

Estas palabras sólo proporcionaron un débil consuelo al desgraciado oficial.

—¡Cuando el emperador sepa esto! —exclamó.

—Querrá que os fusilen, pero ya veremos. En fin, no hablemos más de ello —añadió severamente— más que para planear una venganza que imprima un terror saludable a este país, donde se hace la guerra de un modo salvaje.

Una hora más tarde, un regimiento entero, un destacamento de caballería y un convoy de artillería estaban en marcha. El general y Víctor iban a la cabeza de la columna. Los soldados, informados de la matanza de sus compañeros, estaban poseídos de un furor sin ejemplo. La distancia que separaba el pueblo de Menda del cuartel general fue salvada con una rapidez milagrosa. En su camino, el general encontró aldeas enteras bajo las armas. Cada uno de aquellos miserables caseríos fue sitiado y diezmados sus habitantes.

Por una de esas fatalidades inexplicables, los barcos ingleses se habían quedado quietos, sin avanzar; luego se supo que aquellos barcos no llevaban más que artillería y que habían andado más deprisa que los transportes. Así, el pueblo de Menda, privado de los defensores que esperaba, y que la aparición de las velas inglesas parecía prometerle, fue cercado por las tropas francesas casi sin disparar un tiro. Los habitantes, sobrecogidos de terror, ofrecieron una rendición sin condiciones. Por ese espíritu de nobleza que no ha sido raro en la Península, los asesinos de los franceses, previniendo, según la conocida crueldad del general, que Menda sería tal vez entregado a las llamas y la población entera pasada a cuchillo, propusieron denunciarse ellos mismos al general. Éste aceptó la oferta, poniendo como condición que los habitantes del castillo, desde el último criado hasta el marqués, serían puestos en sus manos. Convenida esta capitulación, el general prometió perdonar al resto de la población e impedir a sus soldados que saqueasen el pueblo o lo incendiaran. Impuso una contribución enorme y los vecinos más ricos de la localidad se constituyeron prisioneros para garantizar su pago, que debía efectuarse dentro de las veinticuatro horas.

El general tomó todas las precauciones necesarias para la seguridad de sus tropas, proveyó a la defensa de la comarca y dispuso que los soldados no se alojasen en las casas. Después de haberlos hecho acampar, subió al castillo y se apoderó de él militarmente. Los miembros de la familia Leganés y los criados fueron cuidadosamente vigilados, maniatados y encerrados en la sala donde se había celebrado el baile. Desde las ventanas de este salón se podía abarcar fácilmente la terraza que dominaba el pueblo. El estado mayor se estableció en una galería vecina, donde el general tuvo primero consejo sobre las medidas a tomar para oponerse al desembarco. Después de haber expedido un ayuda de campo al mariscal Ney y ordenado colocar baterías en la costa, el general y su estado mayor se ocuparon de los prisioneros. Doscientos españoles que los habitantes habían entregado, fueron inmediatamente fusilados en la explanada. Después de aquella ejecución militar, el general mandó colocar sobre la tierra tantas horcas como individuos había en la sala del castillo e hizo venir al verdugo del pueblo.

Víctor Marchand aprovechó el tiempo que iba a transcurrir hasta la hora de la comida para ir a ver a los prisioneros. Volvió en seguida ante el general.

—Acudo —le dijo con voz alterada por la emoción— para pedirles gracia.

—¡Vos! —replicó el general con un tono de ironía amarga.

—¡Ay! —respondió Víctor—, pido una gracia bien triste. El marqués, al ver colocar las horcas, espera que cambiéis este género de suplicio para su familia, y os suplica que hagáis decapitar a los nobles.

—¡Concedido! —dijo el general.

—Piden además que se les concedan los auxilios espirituales, y que se les liberte; de sus ligaduras. Prometen no intentar la huida.

—Consiento en ello —dijo el general—, pero vos me respondéis de todos.

—El viejo os ofrece además toda su fortuna si queréis perdonar a su hijo mayor.

—¡Ciertamente! Sus bienes pertenecen ya al rey José.

Se detuvo. Un pensamiento de desprecio, arrugó su frente.

—Voy a concederle más de lo que desea. Adivino la importancia de su última petición. ¡Pues bien!, que compre la eternidad de su nombre, pero que España entera se acuerde para siempre de su traición y de su suplicio. Dejaré su fortuna y la vida a aquel de sus hijos que haga las veces de verdugo. ¡Andad, no me habléis más de esto!

La comida estaba servida. Los oficiales, sentados a la mesa, satisfacían un apetito que el cansancio había aguijoneado. Sólo uno de ellos, Víctor Marchand, faltaba al festín. Después de largos titubeos, entró en el salón donde gemía la orgullosa familia de Leganés, y lanzó una triste mirada al espectáculo que ofrecía ahora aquella sala, donde, la antevíspera, había visto dar vueltas, embriagadas por el vals, a las cabezas de las jóvenes y de los muchachos.

So estremeció al pensar que, de allí a poco, aquellas cabezas debían rodar, segadas por el sable del verdugo. Atados a sus sillones dorados, el padre y la madre, los tres hijos y las dos hijas, permanecían en un estado «le inmovilidad completa. Ocho criados permanecían de pie con las manos atadas a la espalda. Aquellas quince personas se miraban gravemente, y sus ojos apenas traicionaban los sentimientos que los animaban. Sobre algunas frentes se leía una resignación profunda y el pesar de haber fracasado en su empresa. Unos soldados inmóviles los miraban respetando el dolor de aquellos crueles enemigos. Un movimiento de curiosidad animó los rostros cuando Víctor apareció. Dio orden de desatar a los condenados, y fue él mismo a desanudar las cuerdas que retenían a Clara sujeta al sillón. La joven sonrió tristemente. El oficial no pudo evitar un ligero roce con los brazos de la muchacha, admirando su cabellera negra, y su cuerpo cimbreado. Era una auténtica española: tenía el color español, los ojos españoles, largas pestañas curvas y unas pupilas más negras que ala de cuervo.

—¿Habéis tenido éxito? —dijo ella, dirigiéndole una sonrisa fúnebre donde se translucía aún la mujercita.

Víctor no pudo evitar un sollozo. Miró alternativamente a los tres hermanos y a Clara. Uno de ellos, el mayor, tenía treinta años. Pequeño, bastante feo, con un aire orgulloso y un gesto de desdén, no carecía de cierta nobleza en sus maneras, y no parecía extraño a esa delicadeza de sentimientos que hizo tan célebre la galantería española. Se llamaba Juan. El segundo, Felipe, tendría unos veinte años. Se parecía a Clara. El último tenía ocho años. Un pintor hubiera encontrado en Manuel un poco de esa constancia romana que David ha prestado a los niños en sus páginas republicanas. El viejo marqués tenía la cabeza cubierta de canas, como salida de un cuadro de Murillo. Ante esa estampa el joven oficial bajó la cabeza, desesperando de ver aceptar por cualquiera de los cuatro personajes la proposición del general; sin embargo, se

atrevió a confiarse a Clara. La española tuvo al pronto un escalofrío, pero recobró poco a poco su serenidad y fue a arrodillarse delante de su padre.

—¡Oh! —le dijo—, haced jurar a Juanito que cumplirá fielmente las órdenes que vais a darle, y estaremos satisfechos.

La marquesa se estremeció de esperanza; pero cuando, inclinándose hacia su marido, hubo oído la terrible confidencia de Clara, aquella madre cayó desvanecida. Juanito comprendió todo y saltó como un león enjaulado. Víctor cargó con la responsabilidad de retirar los soldados de vigilancia, después de haber obtenido del Marqués la seguridad de una sumisión perfecta. Los criados fueron entregados al verdugo, que los ahorcó. Cuando la familia no tuvo más que a Víctor por guardián, el viejo padre se levantó:

—¡Juanito! —dijo.

Juanito respondió solamente con una inclinación de cabeza que equivalía a una negativa, volvió a caer sentado y miró a sus padres con una mirada seca y terrible. Clara vino a sentarse en sus rodillas y, con un tono alegre:

—Mi querido Juanito —le dijo, pasándole los brazos alrededor del cuello y besándole los ojos—: si supieras lo dulce que me será la muerte, si viene de tus manos. No tendré que sufrir el odioso contacto del verdugo. Tú me curarás de los males que me esperaban y... mi buen Juanito, tú no querías verme de nadie, ¿entonces...?

Sus ojos aterciopelados lanzaron una mirada de fuego a Víctor, como para despertar en el corazón de Juanito su horror por los franceses.

—Ten valor —le dijo su hermano Felipe—, de otro modo nuestra estirpe casi real se extinguirá.

De repente Clara se levantó del grupo que se había formado alrededor de Juanito se abrió, y aquel hijo, rebelde con razón, vio ante él de pie a su anciano padre, que con un tono solemne exclamó:

—Juanito, te lo ordeno.

El joven conde continuó inmóvil y entonces el padre se postró de rodillas ante él. Involuntariamente, Clara, Manuel y Felipe lo imitaron. Todos tendieron las manos hacia el que había de salvar a la familia del olvido, y parecieron repetir estas palabras paternas:

—Hijo mío, ¿te faltaría a ti la energía de nuestra raza y una verdadera sensibilidad? ¿Quieres tenerme más tiempo de rodillas, y puedes tener en cuenta ahora tu vida y tus sufrimientos? ¿Es un hijo mío, señora?—añadió el anciano volviéndose hacia la marquesa.

—¡Accede! —exclamó la madre con desesperación, viendo a Juanito hacer con las cejas un movimiento que sólo ella conocía.

Mariquita, la segunda hija, estaba de rodillas estrechando a su madre en sus débiles brazos; y, como lloraba a lágrima viva, su hermanito Manuel vino a reñirla. En aquel momento el capellán del castillo entró, en seguida fue rodeado de toda la familia y se le entregó a Manolito. Víctor, no pudiendo soportar por más tiempo aquella escena, hizo una señal a Clara, y se fue corriendo a intentar un último esfuerzo con el general; lo encontró de buen humor, en medio del festín, y bebiendo con sus oficiales, que empezaban a contar chascarrillos.

Una hora después, cien de los más nobles habitantes de Menda, vinieron a la terraza para ser testigos, según las órdenes del general, de a ejecución de la familia Léganos. Un destacamento fue desplegado para contener a los españoles, a los que se puso bajo las horcas de donde habían sido colgados los criados del marqués. Las cabezas de aquellos burgueses tocaban casi los pies de los mártires. A treinta pasos de ellos se alzaba un tajo de madera y trillaba una cimitarra. El verdugo estaba allí para el caso en

que Juanito se negase a cumplir lo pactado. Pronto los españoles oyeron en medio del más profundo silencio el paso de varias personas, el sonido medido de la marcha de un piquete de soldados y el ligero ruido de sus fusiles. Aquellos diferentes ruidos se mezclaban con los alegres acentos del festín de los oficiales como antes las danzas y la música habían disimulado los preparativos de la sangrienta traición. Todas las miradas se volvieron hacia el castillo, y pudieron ver a la noble familia que venía con paso firme. Todas sus frentes estaban tranquilas y serenas. Sólo un hombre, pálido y sin fuerzas, se apoyaba en el sacerdote que le prodigaba todos los consuelos de la religión. Este hombre era el señalado para continuar viviendo. El verdugo comprendió, como todo el mundo, que Juanito había aceptado su puesto por un solo día. El viejo marqués - y su mujer, Clara y Mariquita y sus dos hermanos vinieron a arrodillarse a algunos pasos del fatal emplazamiento. Juanito fue conducido por el sacerdote. Cuando llegó al tajo, el ejecutor tirándole por la manga, lo llamó aparte, y le dio probablemente algunas instrucciones. El confesor colocó a las víctimas de modo que no vieran el suplicio. Pero se trataba de verdaderos «españoles, que se mantuvieron de pie y sin debilidades.

Clara se adelantó la primera hacia su hermano.

—Juanito —le dijo—. ¡Ten piedad de mi poco valor! ¡Comienza por mí! En este momento se oyeron los pasos precipitados de un hombre. Víctor llegó al lugar de la escena. Clara estaba arrodillada, ya su cuello blanco se ofrecía a la cimitarra. El oficial palideció, pero aún tuvo fuerzas para seguir andando.

—El general te concede la vida si quieres casarte conmigo —le dijo en voz baja.

La española lanzó al oficial una mirada de desprecio y de orgullo.

—¡Vamos, Juanito! —dijo ella con un sonido de voz profundo.

Su cabeza rodó a los pies de Víctor. La marquesa de Leganés dejó escapar un movimiento convulsivo al oír aquel ruido; fue la única muestra de su dolor.

—¿Estoy bien así, querido Juanito? —fue la pregunta que hizo Manolito a su hermano.

—¡Ah, lloras, Mariquita! —dijo Juanito a su hermana.

—Sí —replicó la jovencita—, pienso en ti, mi pobre Juanito; serás bien desgraciado sin nosotros.

Pronto apareció la arrogante figura del marqués. Miró la sangre de sus hijos, se volvió hacia los espectadores, mudos e inmóviles, extendió las manos hacia Juanito y dijo con una voz fuerte:

—¡Españoles, doy a mi hijo la bendición paterna! Ahora, Marqués, da sin miedo, nada podrá reprocharse.

Pero cuando Juanito vio acercarse a su madre, sostenida por su confesor, exclamó:

—¡Es la que me ha dado el ser!

Su voz arrancó un grito de horror a la asamblea. El ruido del festín y las risas alegres de los oficiales se apaciguaron ante aquel clamor. La Marquesa comprendió que el valor de Juanito se había agotado, se lanzó de un salto por encima de la balastrada y fue a estrellarse sobre las rocas. Un grito de admiración se produjo. Juanito cayó sin sentido.

—Mi general —dijo un oficial medio borracho—. Marchand acaba de contarme algo de esta ejecución; apuesto cualquier cosa a que no la habéis ordenado vos.

—¿Olvidáis, señores —exclamó el general G..t..r—, que dentro de un mes quinientas familias francesas verterán amargas lágrimas y que estamos en España? ¿Queréis que dejemos los huesos aquí?

Después de aquella alocución, no encontró, a nadie, ni siquiera un suboficial, que quisiera vaciar su vaso.

A pesar de los respetos de que está rodeado, a pesar del título de *El Verdugo* que el rey de España ha dado como título de nobleza, el marqués de Leganés no puede sacudir su tristeza, devorado por el dolor, y vive solitario mostrándose sólo muy rara vez. Abrumado por el peso de su horrible hazaña, parece esperar con impaciencia que el nacimiento de un segundo hijo le otorgue el derecho de reunirse con las sombras que le acompañan continuamente.

París, octubre 1829

El Grande de España

Le Grand d'Espagne
(Contes bruns, 1832)

En el momento de la expedición emprendida en 1823-4 por el rey Luis XVIII para salvar a Fernando VII del régimen constitucional², yo me encontraba por casualidad en Tours, camino de España. La víspera de mi marcha, fui al baile en casa de una de las mujeres más amables de esta ciudad en la que, como es sabido, se divertían más que en ninguna otra capital de provincia; y poco antes del souper, pues se soupe aún en Tours, me uní a un grupo de tertulianos en medio del cual, un señor que me resultaba desconocido, contaba una aventura.

El orador, llegado muy tarde al baile, había cenado, según creo, en casa del recaudador general. Al entrar se había incorporado a una mesa de *écarté*; luego, tras haber pasado varias veces, para alegría de sus contrincantes cuyo equipo perdía, se había levantado, vencido por un subteniente de carabineros; y, para consolarse, había participado en una conversación sobre España, tema habitual de mil disertaciones.

Durante el relato, examiné con un interés involuntario el rostro y la persona del narrador. Era uno de esos seres de mil rostros que se parecen a tantos tipos que el observador queda indeciso, y no sabe si tiene que incluirlos entre las personas de genio modestas o entre los intrigantes subalternos. En primer lugar, estaba condecorado con la cinta roja; pero ese símbolo demasiado prodigado, ya no prejuzga nada a favor de nadie; tenía una chaqueta verde, y a mí no me gustan las chaquetas verdes en un baile, cuando la moda aconseja a todo el mundo llevar traje negro; además llevaba pequeñas hebillas metálicas en los zapatos, en lugar de lazos de seda; su pantalón era de un casimir horriblemente desgastado, y su corbata estaba mal puesta; en definitiva, vi que no le daba demasiada importancia al atuendo ¡podía ser un artista!

Sus gestos y su voz tenían un no sé qué vulgar, y su rostro, presa de los rubores que el trabajo de la digestión le imprimía, no realzaba por ningún rasgo sobresaliente el conjunto de su persona; tenía la frente despejada y poco cabello en la cabeza. De acuerdo con todos esos diagnósticos, dudaba en hacer de él un consejero de prefectura, o un antiguo comisario de guerra; pero, al verlo posar la mano sobre la manga de su vecino de manera magistral, lo incluí en la categoría de los escribanos, los burócratas y sus compinches. Finalmente estuve completamente convencido de mi observación cuando noté que sólo era escuchado por su historia; ninguno de los oyentes le concedía esa atención sumisa y esas miradas complacientes que son privilegio de las personas muy consideradas. No sé si pueden imaginarse al hombre, llenándose la nariz con tomas de rapé, hablando con la rapidez de las personas con prisa por terminar su discurso por miedo a que se les abandone; por lo demás, expresándose con gran facilidad, contando bien las cosas, dibujando de un trazo, y jovial como un bufón de regimiento. Para evitarles el tedio de las digresiones, me permito trasvasar su historia a un estilo narrativo y añadirle ese toque didáctico necesario a los relatos que, de la charla informal pasan al estado tipográfico.

² El 7 de abril de 1823, Francia intervino militarmente en España, a solicitud del rey Fernando VII para apoyarlo frente a los liberales y restablecer el absolutismo, en virtud de los acuerdos de la Santa Alianza. El ejército francés, denominado con el nombre de los *Cien Mil Hijos de San Luis*, fue encabezado por el duque de Angulema, hijo del futuro Carlos X de Francia.

Algún tiempo después de su entrada en Madrid, el gran duque de Berg invitó a los principales personajes de esta ciudad a una fiesta francesa ofrecida por el ejército a la capital recién conquistada. Pese al esplendor de la gala, los españoles no se mostraron en ella muy risueños; sus mujeres bailaron poco; en definitiva, que los invitados jugaron y perdieron o ganaron mucho. Los jardines del palacio estaban bastante espléndidamente iluminados como para que las damas pudieran pasearse por ellos con tanta seguridad como lo habrían hecho en pleno día... La fiesta era imperialmente bella, y no se escatimó nada con el fin de darle a los españoles una elevada idea del emperador, si querían juzgarlo a partir de sus lugartenientes. En un bosquecillo cercano al palacio, entre la una y las dos de la mañana, algunos militares franceses charlaban del desarrollo de la guerra, y del futuro poco tranquilizador que auguraba la actitud misma de los españoles presentes en aquella pomposa fiesta.

—¡Caray! —dijo un francés cuyo traje indicaba que era médico jefe de algún cuerpo del ejército— ayer le solicité formalmente mi regreso a Francia al príncipe Murat. Sin tener precisamente miedo de dejar mis huesos en la península, prefiero ir a curar las heridas producidas por nuestros buenos vecinos alemanes; sus armas no penetran tanto en el torso como los puñales castellanos... Además, el miedo a España es para mí como una superstición... Desde mi infancia he leído libros españoles, un montón de aventuras sombrías y mil historias de este país, que me han predisposto intensamente contra las costumbres de sus habitantes... ¡Pues bien!, desde nuestra entrada en Madrid, ya he podido ser si no protagonista, al menos cómplice de una peligrosa intriga, tan negra, tan oscura como puede serlo una novela de lady Radcliffe... Y como creo bastante en mis presentimientos, desde mañana mismo me largo... Murat no me negará sin duda el permiso; pues nosotros, gracias a los servicios secretos que prestamos, tenemos protecciones siempre eficaces...

—Puesto que te das a la fuga, ¡cuéntanos al menos tu aventura! —exclamó un coronel, viejo republicano que se preocupaba muy poco del lenguaje y de las adulaciones imperiales.

Entonces, el médico miró atentamente a su alrededor, pareció querer reconocer los rostros de quienes le rodeaban y, seguro ya de que no había ningún español cerca de él, dijo:

—Puesto que somos todos franceses... con mucho gusto, coronel Charrin... Hace seis días —prosiguió— regresaba tranquilamente a mi alojamiento hacia las once de la noche, después de haber dejado al general Latour, cuyo hotel se encuentra a unos pasos del mío, en mi misma calle; salíamos los dos de casa del ordenador de pagos, donde habíamos tenido una berlanga bastante animada... De repente, en la esquina de una calleja, dos desconocidos, o más bien dos diablos, se lanzaron sobre mí y me cubrieron la cabeza y los brazos con una capa... Grité, pueden creerlo, como un perro apaleado; pero el paño ahogó mi voz, luego fui llevado en un vehículo a gran velocidad; y cuando mis acompañantes me libraron de la dichosa capa, oí una voz de mujer y estas inquietantes palabras dichas en un mal francés:

—Si grita o hace ademán de escapar, si se permite el menor movimiento sospechoso, el señor que está delante de usted es capaz de apuñalarlo sin escrúpulos. Por lo tanto, manténgase tranquilo. Ahora voy a explicarle la causa de su secuestro... Si se molesta en tender su mano hacia mí, encontrará entre nosotros dos su instrumental de cirujía que hemos mandado a buscar a su casa, de su parte; sin duda, le será necesario. Lo llevamos a una casa donde su presencia es indispensable... Se trata de salvar el honor de una dama. En este momento está a punto de dar a luz un hijo de su amante, a espaldas de su marido. Aunque éste se separa poco de su mujer de la que está apasionadamente enamorado y que la vigila con toda la atención de los celos españoles,

ella ha sabido ocultarle su embarazo. Él cree que se encuentra enferma. Le llevamos para que la asista en el parto. Por lo que, como ve, los peligros de la empresa, no le conciernen; sólo tiene que obedecernos; si no lo hace, el amante de la dama, que está sentado frente a usted en el coche y que no sabe ni una palabra de francés, lo apuñalará a la menor imprudencia...

—Y ¿quién es usted? —dije buscando la mano de mi interlocutora, cuyo brazo estaba envuelto en la manga de una chaqueta de uniforme...

—Yo soy la camarera de la señora, su confidente; y estoy totalmente dispuesta a recompensarlo personalmente, si se presta galantemente a las exigencias de nuestra situación.

—¡Con mucho gusto! —dije viéndome embarcado a la fuerza en una aventura peligrosa.

Entonces, aprovechando la oscuridad, quise comprobar si la cara y las formas de la camarera estaban en armonía con las ideas que los sonidos, ricos y guturales, de su voz me habían inspirado... La camarera se había sometido por anticipado sin duda a todas las eventualidades de aquel singular raptó, pues guardó el más complaciente de los silencios, y el vehículo no había rodado más de diez minutos por Madrid cuando recibió y me devolvió un apasionado beso. El señor que llevaba enfrente no se molestó por algunos puntapiés que le propiné de forma involuntaria; pero como no comprendía el francés, supongo que no les prestó atención.

—Sólo puedo ser su amante con una condición —me dijo la camarera como respuesta a todas las bobadas que yo le recitaba, llevado por el calor de una pasión improvisada, para la que todo eran obstáculos.

—¿Cuál?

—Que no intentará nunca saber a quién pertenezco... Si voy a su casa, será de noche y me tendrá que recibir a oscuras.

Nuestra conversación se encontraba en ese punto cuando el vehículo llegó cerca de la tapia de un jardín.

—¡Déjeme taparle los ojos!— me dijo la camarera—; se apoyará en mi brazo y yo misma lo guiaré.

Luego me colocó sobre los ojos y me anudó fuertemente detrás de la cabeza un pañuelo muy tupido. Oí el ruido de una llave colocada con precaución en la cerradura de una puertecilla sin duda por el silencioso amante que había estado frente a mí; y pronto, la doncella de cuerpo arqueado, que tenía cierto meneo al andar, me condujo, a través de las avenidas enarenadas de un gran jardín, hasta un determinado lugar donde se detuvo. Por el ruido que hicieron nuestros pasos, supuse que nos encontrábamos delante de la casa.

—¡Ahora, guarde silencio! —me dijo al oído— y preste mucha atención... No pierda de vista ni una sola de mis señales, pues no podré ya hablarle sin peligro para los dos, y en este momento se trata de salvarle a usted la vida. —Luego añadió con voz más alta—: La señora está en una habitación de la planta baja; para llegar hasta allí, tendremos que pasar por la habitación y delante de la cama de su marido; por lo que no tosa, ande con cuidado, y sígame atentamente para no golpear ningún mueble o poner los pies fuera de la alfombra que he dispuesto para nuestros pasos...

En ese momento, el amante gruñó sordamente, como alguien impaciente por tantos retrasos. La camarera se calló; oí abrir una puerta, percibí el aire cálido de un apartamento y avanzamos con cautela, como ladrones en expedición. Por fin, la suave mano de la camarera me quitó la venda. Me encontré en una habitación grande, alta y mal iluminada por una única lámpara humeante. La ventana se encontraba abierta, pero

había sido protegida por gruesos barrotes de hierro por el marido celoso; fui arrojado en ella como a un callejón sin salida.

En el suelo, y sobre una estera, se encontraba una magnífica mujer, cuya cabeza estaba cubierta por un velo de muselina, pero a través del cual sus ojos llenos de lágrimas brillaban con todo el esplendor de las estrellas. Oprimía con fuerza un pañuelo de batista sobre la boca, y lo mordía tan vigorosamente que sus dientes lo habían desgarrado y habían penetrado a medias en él... No he visto jamás cuerpo más bello, pero ese cuerpo se retorció de dolor como se retuerce una cuerda de arpa que se arroja al fuego. La desgraciada había formado dos arbotantes con sus piernas apoyándolas sobre una especie de cómoda; y con las dos manos, se agarraba a los palos de una silla estirando los brazos, cuyas venas estaban horriblemente hinchadas. Se parecía a un criminal en las angustias del potro... Por lo demás, ni un grito, ni ningún otro ruido que no fuera el sordo crujido de sus huesos, y nosotros estábamos allí, los tres mudos e inmóviles... Los ronquidos del marido resonaban con constante regularidad...

Quise ver a la camarera, pero se había vuelto a poner la máscara de la que se había deshecho, sin duda, durante el trayecto y sólo pude ver dos ojos negros y formas muy pronunciadas que abombaban su uniforme. El amante estaba también enmascarado. Cuando llegó, arrojó unas toallas sobre las piernas de su amante, y dobló sobre el rostro el velo de muselina.

Una vez que hube observado concienzudamente a aquella mujer, reconocí por ciertos síntomas antaño observados en una muy triste circunstancia de mi vida, que el bebé estaba muerto; entonces me incliné hacia la camarera para informarle de la situación. En ese momento, el desconfiado desconocido sacó su puñal; pero tuve tiempo de decírselo todo a la doncella, que le dijo dos palabras en voz baja. Al oír mi pronóstico, el amante tuvo un ligero escalofrío que le subió de los pies a la cabeza como un relámpago, y me pareció ver palidecer su rostro bajo la máscara de terciopelo negro. La doncella, aprovechando un momento en el que este hombre desesperado miraba a la moribunda que se ponía morada, me indicó con un gesto los dos vasos de limonada servidos sobre una mesa, y me hizo un gesto negativo. Comprendí que debía abstenerme de beber, pese al horrible calor que me hacía sudar. De repente, el amante, que sin duda tenía sed, tomó uno de los vasos, y se bebió más o menos la mitad de la limonada que contenía.

En ese momento, la dama tuvo una violenta convulsión que me indicaba el momento favorable a la crisis, y, cogiendo mi lanceta, la sangré apresuradamente en el brazo derecho con bastante fortuna. La camarera recogió con toallas la sangre que brotaba abundantemente; luego la desconocida entró en un abatimiento propicio para mi operación... Me armé de valor, y tras una hora de trabajo, logré extraer al bebé en trozos. El español, que no pensaba ya en envenenarme, comprendiendo que acababa de salvar a su amante, lloraba bajo su máscara y, en ocasiones, gruesas lágrimas caían sobre su capa.

Por lo demás, la mujer no lanzó ni un grito, pero seguía mordiendo el pañuelo, temblaba como un animal salvaje cercado, y sudaba gruesas gotas. En un instante horriblemente crítico, hizo un gesto para indicar la habitación de su marido; el marido acababa de darse la vuelta; y, de los cuatro, era la única que había oído el roce de las sábanas, el ruido de la cama o de las cortinas. Nos detuvimos, y a través de los agujeros de sus máscaras, la camarera y el amante se lanzaron miradas de fuego...

Aprovechando esta especie de tregua, tendí la mano para coger el vaso de limonada que el desconocido había empezado; pero él, creyendo que iba a beber de alguno de los vasos llenos, saltó con la agilidad de un gato, y colocó su largo puñal sobre los dos vasos envenenados. Me dejó el suyo, haciendo un gesto con la cabeza para decirme que

me tomara el resto. Había tantas cosas, tantas ideas, tanto sentimiento, en aquel gesto y en su vivo movimiento, que le perdoné casi las atroces combinaciones meditadas para matar y enterrar cualquier tipo de huella de aquellos acontecimientos. Me dio la mano cuando acabé de beber; luego, tras haber dejado escapar un movimiento convulsivo, envolvió personalmente con todo cuidado los restos de su hijo; y cuando, después de dos horas de cuidados y miedos, la camarera y yo recostamos a su amante, me apretó de nuevo las manos y, sin que yo lo supiera, introdujo en mi bolsillo una suma importante. Entre paréntesis, como yo ignoraba el suntuoso regalo del español, mi criado me robó aquel tesoro dos días después, y huyó provisto de una verdadera fortuna. Le dije al oído a la doncella las precauciones que había que tomar; luego le manifesté el deseo de que me dejaran libre. La camarera permaneció junto a su señora, circunstancia que no me tranquilizó en exceso; pero decidí mantenerme alerta. El amante hizo un paquete con el cuerpo del bebé muerto y la ropa teñida por la sangre de su amante; luego lo apretó fuertemente, lo ocultó bajo su capa; y, pasándome la mano sobre los ojos como para decirme que los cerrara, salió delante de mí invitándome con un gesto a que me agarrara a un faldón de su traje; lo que hice, no sin echarle una última mirada a la camarera. Ésta se quitó la máscara al ver que el español había salido, y me mostró el rostro más bello del mundo.

Crucé los apartamentos siguiendo al amante; y cuando me encontré en el jardín, al aire libre, confieso que respiré como si me hubieran quitado un enorme peso del pecho. Caminaba a una distancia respetuosa de mi guía, observando sus menores movimientos con la mayor atención.

Una vez llegados a la puertecilla, me cogió de la mano, y puso sobre mis labios un sello, montado en una sortija, que yo le había visto en un dedo de la mano izquierda. Comprendí todo el significado de aquel gesto elocuente. Salimos a la calle y, en lugar del vehículo, había dos caballos esperándonos. Montamos cada uno en un animal; el español cogió mi brida, la sujetó con la mano izquierda, cogió entre los dientes la brida de su montura, pues tenía el sangriento paquete en la mano derecha, y partimos con la rapidez del relámpago. Me fue imposible observar el menor objeto que pudiera servirme para reconocer la ruta que recorrimos. Al amanecer, yo me encontré cerca de mi puerta, y el español escapó, dirigiéndose hacia la puerta de Atocha.

—¿Y no vio usted nada que pudiera hacerle sospechar de qué dama se trataba? —preguntó un oficial al médico.

—Una sola cosa... —dijo— Cuando sangraba a la desconocida, observé en su brazo, más o menos a la mitad, una pequeña verruga, del tamaño de una lenteja, rodeada de pelos oscuros... El palacio me pareció magnífico, inmenso; la fachada no se acababa nunca...

En ese momento, el indiscreto cirujano se detuvo, pálido. Todos los ojos fijos en los suyos siguieron la misma dirección; y los franceses vieron a un español envuelto en una capa, cuya mirada de fuego brillaba en la oscuridad, en medio de un bosquecillo de naranjos donde se mantenía de pie. El oyente desapareció de inmediato con una rapidez de silfo, cuando un joven subteniente se lanzó tras él.

—¡Caramba! Amigos míos —exclamó el médico— esos ojos de basilisco me han dejado helado. Oigo campanas; les digo adiós o me enterrarán aquí.

—¡No seas tonto! —dijo el coronel Charrin—, Lecamus ha seguido al espía, él sabrá darnos razón del mismo.

—¿Qué ha pasado Lecamus? —preguntaron los oficiales, al ver regresar jadeante al subteniente.

—¡Al diablo! —respondió Lecamus. Creo que ha pasado a través de las murallas; y, como no creo que sea un brujo, sin duda es de la casa; conoce los pasadizos, los rodeos, y se me ha escapado fácilmente.

—¡Estoy perdido! —dijo el cirujano con voz taciturna.

—¡Vamos!, tranquilízate —contestaron los oficiales; te acompañaremos por turnos en tu casa hasta que te marches... y, por esta noche, te acompañamos todos.

Efectivamente, tres jóvenes oficiales, que habían perdido su dinero en el juego y no sabían qué hacer, condujeron al médico a su alojamiento, y se ofrecieron a permanecer con él, lo que éste aceptó.

Dos días después, había obtenido su regreso a Francia, y hacía todos los preparativos para marcharse con una dama a la que Murat le había proporcionado una gran escolta. Acababa de cenar en compañía de sus amigos, cuando su criado vino a avisarle de que una mujer joven quería hablar con él. El cirujano y los tres oficiales bajaron de inmediato; pero la desconocida sólo pudo decir: «¡Tenga cuidado!» Y cayó muerta. Era la camarera que, sintiéndose envenenada, esperaba llegar a tiempo para salvar al médico. El veneno la desfiguró por completo.

—¡Demonios! ¡demonios! —exclamó— ¡A eso se le llama amor! ¡sólo una española es capaz de correr con un monstruo de veneno en el estómago!

El médico permanecía singularmente pensativo. Finalmente, para ahogar los siniestros presentimientos que le atormentaban, volvió a la mesa y bebió inmoderadamente, lo mismo que sus compañeros; luego, medio ebrios, se acostaron temprano. En mitad de la noche, el médico fue despertado por el chirrido que hicieron los aros de las cortinas violentamente corridas sobre sus varillas. Se incorporó, presa de esa trepidación mecánica de todas las fibras que se adueña de nosotros en un momento de despertar súbito. Entonces vio delante de él a un español envuelto en su capa. El desconocido lanzaba la misma mirada ardiente que la que había salido de entre la vegetación durante la fiesta y por la que se había quedado tan impactado. El cirujano gritó: «¡Socorro!... A mí, amigos míos» Pero a esa llamada de auxilio, el español contestó primero con una risa amarga: «El opio crece para todo el mundo». Y, después de esa especie de sentencia, le mostró a sus tres amigos profundamente dormidos; y, sacando bruscamente de debajo de su capa un brazo de mujer recién cortado, se lo presentó al médico, mostrándole una señal similar a la que él había descrito tan imprudentemente: «¿Es la misma?» preguntó. Al resplandor de un farol colocado sobre la cama, el cirujano, helado de espanto, contestó con un gesto afirmativo y, sin más información, el marido de la desconocida le hundió el puñal en el corazón.

—Este cuento es furiosamente pardo —dijo uno de los oyentes— pero es más inverosímil todavía; porque ¿puede explicarme cuál de los dos le contó la historia, el muerto o el español?

—Señor —contestó el narrador, molesto por la observación—, como afortunadamente la puñalada que recibí en lugar de deslizarse hacia la izquierda lo hizo hacia la derecha, supongo que admitirá que yo conozca mi propia historia... le juro que hay aún algunas noches en las que veo en sueños aquellos dichosos ojos...

El cirujano en jefe se detuvo, palideció, y se quedó boquiabierto, en una verdadera crisis de epilepsia. Nos volvimos todos para mirar hacia el salón. En la puerta se encontraba un grande de España, uno de esos afrancesados en el exilio, que había llegado hacía quince días a Touraine con su familia. Aparecía por vez primera en sociedad y, como había llegado tarde, visitaba los salones, acompañado de su mujer cuyo brazo derecho permanecía inmóvil.

Nos separamos en silencio para dejar pasar a aquella pareja, que no vimos sin una emoción profunda. ¡Era un auténtico cuadro de Murillo! El marido tenía dos ojos de

fuego en unas órbitas hundidas y ojerosas. Su rostro estaba demacrado, el cráneo sin cabello y el cuerpo de una delgadez extrema. La mujer... ¡imagínensela! No, porque no la pintarían como era. Tenía una estatura considerable; estaba pálida, pero era bella aún; su tez, por un privilegio inaudito para una española, era deslumbrante de blancura; pero su mirada caía sobre nosotros como una colada de plomo fundido... su hermosa frente, adornada con perlas y blanca, se parecía al mármol de una tumba; tenía sin duda una gran pena en el corazón... Era el dolor español en todo su esplendor... Es inútil añadir que el médico había desaparecido...

—Señora, —le pregunté a la condesa hacia el final de la velada— ¿en qué acontecimiento perdió usted el brazo?

—En la guerra de la Independencia —contestó.

La bella Imperia

La Belle Impéria
(*Les Contes drolatiques, 1832–1837*)

Para ir al Concilio de Constanza el arzobispo de Burdeos había incluido en su séquito a un curita turenés bien apersonado, cuyos modales y discurso eran, cosa rara, exquisitos, tanto más cuanto que pasaba por ser hijo de la Soldée y del gobernador.

El arzobispo de Tours se lo había entregado gustosamente a su cofrade cuando aquél estuvo de paso en la ciudad, por aquello de que los arzobispos, sabiendo cuán agudos son los pruritos teológicos, se hacen regalos entre ellos.

Así pues, al concilio vino ese joven cura y fue alojado en casa de su prelado, hombre de buenas costumbres y de gran saber.

Philippe de Mala, que así se llamaba el cura, resolvió obrar bien y servir con dignidad al que le promovía, pero vio en aquel concilio mistigórico mucha gente de vida disoluta, sin que por eso obtuvieran menos, sino que, por el contrario, poseían más indulgencias, escudos de oro y beneficios, que todos aquellos prudentes y comedidos.

Pero hete aquí que una noche, dura para su virtud, el diablo le susurró al oído y entendimiento que ya era hora de que hiciera su provisión a cestadas, ya que cada uno se nutría en el seno de nuestra Santa Madre la Iglesia, sin que jamás se agotara, milagro que demostraba con creces la presencia de Dios. Y el curita turenés no decepcionó al diablo. Se prometió, puesto que era pobre a más no poder, banquetear, arrojarse sobre los asados y otras salsas de Alemania, cuando le conviniera y sin pagar.

Pero, como seguía manteniendo continencia, ya que tomaba por modelo a su pobre y viejo arzobispo, quien, por fuerza ya no pecaba y era tenido por santo, sufría frecuentemente ardores intolerables seguidos de melancolías, dado el número de bellas cortesanas de abundante pechera y de indiferencia glacial con la gente pobre, que vivían en Constanza para despejar el entendimiento de los padres del Concilio. Rabiaba por no saber cómo acometer a tan galantes urracas qué zaherían a los cardenales, abades, comenderos, auditores de la Rota, legados, obispos, príncipes, duques y margraves, tal como lo hubieran podido hacer con simples clérigos desprovistos de dinero.

Por la noche, dichas sus oraciones, intentaba hablarles, aprendiendo a estos efectos el hermoso breviario del amor. Se hacía preguntas para poder contestar a cuantos casos pudieran presentársele... Y si, al día siguiente, hacia las completas, se encontraba con alguna de aquellas ufanas princesas, en buen punto, repantigada en su litera, escoltada por pajes bien armados, permanecía boquiabierto, como perro cazando moscas, viendo aquella fría figura que tanto le abrasaba.

Habiéndole demostrado claramente el secretario de Monseñor, gentilhombre del Perigord, que los padres, procuradores y auditores de la Rota compraban con muchos presentes, no con reliquias o indulgencias, sino con piedras preciosas y oro, el favor de tener entrada en casa de aquellas encopetadísimas gatas mimadas que vivían bajo la protección de los señores del Concilio, el pobre turenés, por ser tan inocente y pazguato, atesoraba en su jergón los escudos de oro que le había entregado el arzobispo a cambio de trabajos de escritura con la esperanza de que un día llegaría a tener lo suficiente para poder ver, tan sólo un momento, a la cortesana de un cardenal, poniéndose por lo demás en manos de Dios.

Iba desnudo de pies a cabeza y se parecía tanto a un hombre, como una cabra tocada de noche se parece a una damisela, y dando rienda suelta a sus pasiones, vagaba de noche por las calles de Constanza, sin preocuparse por su vida; y con gran peligro de que los soldados le atravesaran el cuerpo, espiaba a los cardenales que entraban en casa de sus amigas.

Veía entonces cómo se encendían las velas de cera en las casas y cómo de repente relucían puertas y ventanas. Oía luego cómo los benditos abades o demás personajes se reían, bebían y se lo pasaban en grande, enamorados, cantando el Aleluya secreto y rezando cortos sufragios a la música con la cual se les agasajaba. Las cocinas hacían milagros, y así se celebraban oficios con buenos pucheros grasientos y caldosos, maitines con lacones, vísperas con bocados exquisitos y Laus Deo con dulces... Entonces, terminadas las libaciones, aquellos buenos curas callaban. En las escalinatas sus pajes jugaban a los dados y en la calle peleaban las reacias mulas. ¡Qué bien iba todo! Y eso, porque había fe y religión... ¡He aquí cómo el bueno de Hus fue quemado!... ¿Y la causa...? Ponía la mano en el plato sin ser convidado. Y además ¿por qué se hizo hugonote antes que los otros?

Pero volviendo al gentil Philippe, muy a menudo recibió porrazos y fuertes golpes; pero el diablo le animaba, haciéndole creer que tarde o temprano le llegaría el turno de ser cardenal en casa de una de aquéllas.

Su ansia le enardeció como un ciervo en otoño; y tanto, que una noche se deslizó hasta la montera de una de las más hermosas casas de Constanza, en la cual había visto a menudo a oficiales, senescales, lacayos y pajes esperando con antorchas a sus amos, duques, reyes, cardenales y arzobispos.

"¡Ah! -pensó-, cuán bella y galante debe ser ésta..."

Un soldado, debidamente armado, le dejó pasar creyendo que pertenecía al elector de Baviera que acababa de salir de dicha morada, y que iba a traer un mensaje de dicho señor.

Philippe de Mala subió las escaleras, tan ligero como un lebre, rabiosamente poseído por el mal de amor, y se dejó llevar por una deleitosa fragancia de perfume hasta la alcoba donde platicaba con sus mujeres la dueña de la casa, mientras desabrochaba sus atavíos.

Se quedó boquiabierto como un ladrón delante de los alguaciles. Estaba la señora sin sayas ni caperuza. Las doncellas y sirvientas, ocupadas en descalzarla y desvestirla, dejaban su primoroso cuerpo al desnudo con tal destreza y llaneza que el cura enardecido soltó un ¡Ah! que desprendía amor.

-Bueno, ¿y qué deseáis, hijo mío?... -le dijo la señora.

-Entregaros mi alma... -contestó devorándola con la mirada.

-Podéis volver mañana -replicó burlándose abiertamente de él. A lo que Philippe, con el rostro encendido, gentilmente contestó:

-No faltaré.

Se puso a reír ella como una loca.

El tal Philippe, desconcertado, se quedó atónito y contento, clavando sobre ella unas miradas que flecheaban admirables primores de amor, tales como una bella cabellera que cubría una espalda de marfil pulido, dejando ver, por entre miles de bucles ensortijados, superficies deliciosas, blancas y resplandecientes. Llevaba en su frente de nieve un rubí menos feraz en olas de fuego que sus ojos negros humedecidos por su risa llana. Lanzó incluso su zapato de punta curva, dorado como un relicario, retorciéndose de tanto reír, y dejando ver al desnudo su pie, menudo como el pico de un cisne.

Aquella noche estaba de buen talante, de lo contrario ya hubiera mandado arrojar por la ventana al gentil tonsurado, sin hacerle más caso que a su primer obispo.

-¡Qué hermosos ojos tiene, señora!... -dijo una de las sirvientas.

-¿De dónde saldrá?... -preguntó otra.

-¡Pobre chiquillo!... -exclamó la señora-. Su madre andará buscándole... hay que encauzarle de nuevo por el buen camino.

El turenés, sin perder la cabeza, y mirando la cama de brocado de oro donde iba a posarse el lindo cuerpo de la meretriz, hizo un gesto de deleite.

Esta furtiva mirada, llena de jugo y amoroso entendimiento, despertó el antojo de la dama que, mitad bromeando y mitad prendada del lindo muchacho, le repitió:

-¡Mañana!...

Y le despidió con un ademán, al cual el propio papa Juan hubiera obedecido, tanto más cuanto que era como un caracol sin concha, ya que el Concilio acababa de "despapizarle".

-¡Ah! Señora, ¡ahí va otro voto de castidad trocado en deseo de amor...! -dijo una de las sirvientas.

Y las risas arreciaron como el granizo.

Philippe, aturdido por la visión de esa criatura más apetitosa que una sirena al salir del agua, y, dándose cabezazos contra la puerta, se fue, tan torpe como corneja encaperuzada.

Observó las siluetas de animales grabadas encima del portalón, volvió luego a casa de su buen arzobispo, el corazón atiborrado de diablos y sofisticadas las entrañas. Retirado a su cuartito, se pasó la noche contando los escudos de oro, y por mucho que contase, siempre salían cuatro. Y como aquello constituía todo su tesoro, pensaba poder satisfacer a la hermosa dama, entregándole todo lo que poseía en el mundo.

-¿Qué os ocurre, Philippe? -díjole el buen arzobispo, inquieto por el desasosiego y los ¡Ay! ¡Ay! de su clérigo.

-¡Ay...! ¡Monseñor! -contestó el pobre cura-, ¡me maravilla cuánto pesa en mi corazón una mujer tan ligera y tan dulce!

-¿Y cuál? -replicó el arzobispo, dejando el breviario que leía para los demás el santo hombre.

-¡Ay, Jesús!, vais a regañarme, mi buen amo y protector, pues la dama a la que he visto es por lo menos la de un cardenal... Me eché a llorar al ver que para ella me faltaría más de un inmundo escudo, aunque me otorgarais el favor de convertirla al bien.

..

El arzobispo, frunciendo el acento circunflejo que tenía encima de la nariz, no chistó.

Entonces el humildísimo y respetuoso cura sintió su cuerpo estremecerse por la confesión hecha a su superior.

Pero, repentinamente, el santo hombre le dijo:

-¿De veras, tan cara es?

-¡Ah! -replicó-, ha hecho caer muchas mitras y se ha tragado muchos báculos...

-¡Pues bien, Philippe!, si quieres renunciar a ella te regalaré treinta monedas de oro del dinero para los pobres.

-¡Ah, Monseñor!, ¡cuánto perdería...! -contestó el muchacho, consumido por la rastrillada tan deseada.

-¡Oh, Philippe!... -dijo el buen bordelés-, ¿quieres, pues, como todos nuestros cardenales, entregarte al demonio y desagradar a Dios?

Y el amo, afligido por el dolor, se puso a rezar para que Saint Gatien, patrono de los pazguatos, salvara a su criado.

Obligándole a arrodillarse, le dijo también que se encomendara a Saint Philippe; pero el condenado cura imploró en voz baja al santo que le impidiese flaquear, si mañana, le recibiera la dama a merced y misericordia.

Y el buen arzobispo, oyendo el fervor de su fámulo, gritaba:

-¡Animo, muchacho!, ¡Dios te ayudará!

Al día siguiente, mientras Monseñor despotricaba en el Concilio contra el impúdico modo de vida de los apóstoles de la cristiandad, Philippe de Mala se gastaba las monedas ganadas con mucho trabajo, en perfumes, baños, sudaderos y demás prendas. Tanto se engalanó que parecía el querido de una mujer caprichosa. Bajó a la ciudad para reconocer la morada de la reina de su corazón, y cuando preguntó a los transeúntes a quién pertenecía dicha morada, se mofaban de él, diciéndole:

-¿De dónde saldrá este sarnoso que no ha oído nombrar a la bella Imperia?... Al oír este nombre, y percatarse de aquella horrenda trampa en la que, por su propia voluntad, había caído, pensó desfavorido haberse desprendido de sus escudos para el diablo.

Imperia era la más preciosa y caprichosa de las mujeres de mundo, además de pasar por ser la más inteligentemente bella y la que mejor se las componía para engatusar a los cardenales, galantear a los más rudos soldados y opresores de pueblos. Era dueña de valerosos capitanes, arqueros y señores, deseosos de servirla en todo. Con sólo una palabra podía acabar con la vida de aquellos que se mostraban impertinentes. La derrota de un hombre no le costaba más que una gentil sonrisa; y a menudo por muy Señor de Baudricourt que era, un capitán del Rey de Francia le preguntaba, haciendo burla de los abades, si aquel día debía matar a alguien para ella.

Excepto los potentados del alto clérigo con los cuales Doña Imperia componía finalmente su ira, los tenía a todos bajo su férula por la virtud de su pico y de sus amorosos modales, que tenían a los más virtuosos e insensibles apresados como los pajarillos en liga. Por eso, vivía tan querida y respetada como las verdaderas damas y princesas, y se le daba el trato de señora...

Por lo que el buen emperador Segismundo a una verdadera y casta señora que de aquello se quejaba contestó:

-Que, ellas damas de pro, respetaban las prudentes costumbres de la santa virtud; y la Señora Imperia los tan dulces desvaríos de la diosa Venus.

Palabras cristianas que disgustaron mucho, y sin razón, a aquellas damas. Philippe, pues, volviendo a pensar en el rico manjar que sus ojos habían devorado la víspera, supuso que aquí se había acabado la fiesta. Entonces se puso triste y sin comer ni beber, esperando la hora, se paseó por la ciudad. Iba apuesto y galano, lo suficiente como para encontrar a otras menos reacias a la montera que la señora Imperia.

Entrada la noche, el gentil turenés, erguida la cabeza de orgullo, cubierto por un caparazón de deseos y azotado por sus ¡Ayes! que le abrasaban, se deslizó como una anguila en la morada de la verdadera reina del concilio; pues ante ella venían a inclinarse todas las autoridades, hombres sabios y prohombres de la cristiandad.

El mayordomo no le reconoció e iba a echarle cuando la doncella dijo desde lo alto de la escalinata:

-¡Señor Imbert, es el muchachito de la señora!...

Y el pobre Philippe, colorado como una noche de nupcias, de felicidad y alegría, subió a trompicones la escalera de caracol. La doncella, cogiéndole de la mano, le llevó hacia la sala donde la señora, ligeramente ataviada, piafaba ya, como valiente mujer en espera de lo mejor.

La deslumbrante Imperia estaba sentada cerca de una mesa cubierta de manteles felpudos, adornados de oro, con todo el aparejo dispuesto para la mejor bebería. Frascos de vino, cuencos para beber ya dispuestos, botellas de hipocrás, vasijas de gres llenas de

buen vino de Chipre, cajitas repletas de especias, pavos asados, salsas verdes, lacones salados, hubieran podido alegrar la vista del galán si no hubiera amado tanto a la señora Imperia.

Y ésta se dio cuenta claramente de que los ojos del curita sólo la miraban a ella, y aunque estuviera acostumbrada a las impías devociones de la gente de iglesia, se alegró mucho, puesto que durante la noche se había vuelto loca pensando en el muchacho que todo el día le había tenido el corazón ocupado.

Ya habían sido cerradas las ventanas, y la señora estaba dispuesta y ataviada como para honrar a un príncipe del Imperio... Así pues, el bribonzuelo, beatificado por la sacrisanta belleza de Imperia, se dio cuenta de que, ni emperador, ni burgrave, ni incluso cardenal a punto de ser elegido papa, podrían con él, pobre curita, que en su barjoleta sólo albergaba el diablo y el amor.

Se las echó de gran señor y ponderó su mérito saludándola con una cortesía que nada tenía de necia. Fue entonces cuando la dama le dijo, agasajándole con una ardiente mirada:

. -Sentaos a mi vera, que vea si habéis cambiado desde ayer.

-¡Oh, claro!... -contestó.

-¿Y en qué?... -dijo ella.

-Es que ayer -repitió el muy astuto-, yo os amaba, pero ahora nos amamos; y de miserable y pobre, me he convertido en un ser más rico que un rey.

-¡Oh, chiquillo, chiquillo!... -exclamó ella alegremente-, sí que has cambiado pues bien veo que de joven cura has pasado a ser un diablo viejo.

Muy juntos se recostaron delante de un hermoso fuego que por doquier iba a esparcir igualmente su embriaguez. Estaban siempre dispuestos a comer, acariciándose con la mirada, pero sin nunca probar bocado... Estaban por fin instalados en su felicidad y contento, cuando se oyó un ruido desagradable en la puerta de la señora, como si allí gente peleara y chillara.

-Señora -dijo la joven sirvienta apresuradamente-, ¡vaya la que nos cae encima! . .

-¡Pues qué! -exclamó ella, en el tono altivo de un tirano, echando pestes al verse interrumpido.

-El obispo de Coire quiere hablaros...

-¡Que el diablo le desuelle!... -contestó, mirando a Philippe con ojos mimosos.

-Señora, ha visto luz por las ranuras y arma gran alboroto...

-Dile que tengo fiebre y no mentirás, porque me consumo por este curita que me tiene prendida el alma. -Al acabar sus palabras, mientras apretaba con devoción la mano de Philippe, cuya piel ardía, apareció jadeante e iracundo el panzudo obispo de Coire.

Le seguían sus lacayos, llevando una trucha, canónicamente salmonada y recién sacada del Rin, que yacía en una fuente de oro. Le acompañaban especias en sus maravillosas cajitas y otras golosinas tales como licores y compotas hechas por las santas monjas de sus abadías.

-¡Ah, ah! -gritó con su vozarrón-, aún me queda tiempo antes de reunirme con el diablo, sin que me hagáis desollar vivo por él, mi querida niña...

-Vuestro vientre será un día una espléndida vaina para una espada -respondió ella, frunciendo el ceño, y sus cejas, de agradables y hermosas, se volvieron tan duras que hacían estremecer.

-¿Y este monaguillo, viene ya para la ofrenda? -dijo con insolencia el obispo, su ancha y rubicunda cara vuelta hacia el lindo Philippe.

-Monseñor, aquí estoy para confesar a la señora.

-¡Oh! ¡Oh! ¿Desconoces, pues, los cánones?... Confesar a las señoras a estas horas de la noche es un derecho reservado a los obispos. Por lo tanto, lárgate, vete a pasturar con simples monjes y no vuelvas más por aquí, so pena de excomunión.

-¡No os mováis!... -rugió Imperia, más embellecida por la ira que por el amor, pues su belleza era a la vez amor e ira-. Quedaos, amigo mío, ésta es vuestra casa.

Supo entonces cuán amado era.

-¿No dicen el breviario y la enseñanza evangélica que en el valle de Josafat iguales ante Dios seréis? -le preguntó ella al obispo.

-Es una invención del diablo que ha alterado la Biblia. Pero sí, escrito está... -respondióle el zopenco obispo de Coire, deseoso de sentarse a la mesa.

-¡Pues bien!, iguales sois ante mí, que soy vuestra diosa en este bajo mundo -añadió Imperia-; si no, haré que os estrangulen con delicadeza, un día, entre cabeza y hombros... os lo juro por el santo poder de mi tonsura que bien vale la del papa...

Y deseosa de que la trucha, con su fuente, las cajitas y los dulces participaran en el ágape, prosiguió hábilmente:

-Sentaos y bebed.

Pero la astuta mujer, que de engaños sabía un rato, guiñó el ojo a su joven amigo para decirle que no hiciese caso de este alemán, puesto que el vino iba a hacer pronto de justiciero.

La doncella acomodó y enredó al obispo a la mesa, mientras Philippe, que de rabia no podía abrir el pico, pues veía cómo se esfumaba su felicidad, entregaba al obispo a más diablos que monjes hay en vida.

Habían llegado, hacía rato, a media comida, y el joven cura, hambriento sólo de Imperia, cerca de quien se acurrucaba sin decir palabra, no había probado aún bocado, pero sí le hablaba con aquel lenguaje sin puntos, comas, letras, figuras, caracteres, notas o imágenes tan bien entendido por las damas.

El panzudo obispo, bastante sensual y muy cuidadoso de esta piel de clérigo, en la cual su difunta madre le había cosido, dejaba que la delicada mano de la dama le sirviera abundantemente el hipocrás; y estaba ya con su primer hipo, cuando un gran ruido de cabalgada escandalizó la calle.

El número de caballos, los ¡So! ¡So! de los pajes, demostraba que llegaba algún príncipe, lleno de furia amorosa.

Y, de hecho, irrumpió seguidamente en la sala el Cardenal de Raguse, a quien los servidores de Imperia no se habían atrevido a negar la entrada.

Ante tan triste suceso, la pobre cortesana y su muchachito experimentaron la vergüenza y el desengaño de los leprosos de antaño, pues querer desbancar al cardenal era tentar al diablo, ya que, además, no se sabía entonces quién iba a ser papa, habiendo los tres pretendientes renunciado a la birreta en provecho de la cristiandad. El cardenal, italiano astuto, muy barbudo, gran sofista que dirigía a su antojo el concilio, adivinó sin tener que esforzar demasiado su entendimiento, el alfa y omega de esta aventura. No tardó ni un solo instante en saber cómo actuar para dejar bien hipotecados sus impetuosos arranques. Llegaba movido por un apetito de monje y con tal de hartarse, era hombre capaz de estoquear a dos frailes y de vender su trozo de santa cruz; cosa que no hay que hacer.

-¡Oye, amigo! -dijo a Philippe-, acércate.

El pobre turenés, más muerto que vivo, sospechando que el diablo se inmiscuía en sus asuntos, se levantó y dijo al temible cardenal:

-¿Qué manda vuestra merced?..

Éste, cogiéndole del brazo, se lo llevó a la escalera y mirándole a los ojos, le dijo sin demora:

-¡Válgame Dios! Tú eres un buen muchachito y no me agradaría que por mí se enterara tu amo de los disgustos que tu vientre va a causar... Mi gozo podría costarme piadosas fundaciones en mi vejez... Así que elige, o casarte con una abadía para el resto de tus días, o con la señora esta noche, para morir mañana...

El pobre turenés, desesperado, le dijo:

-¿Y amainado vuestro ardor, Monseñor, me será posible volver? Al cardenal le costó enfadarse; sin embargo, severamente añadió:

-Escoge, ¿la horca o la mitra?

-¡Ah! -contestó astutamente el cura-, una buena e importante abadía...

Al oír estas palabras, el cardenal entró en la sala, cogió una escribanía, y garabateó sobre un trozo de pergamino una cédula para el enviado de Francia.

-Monseñor -le dijo el turenés mientras aquél escribía el nombre de la abadía-, el obispo de Coire no será tan breve en su salida como yo, pues tiene tantas abadías como tabernas en la ciudad tienen los soldados y además está ahora gozando de las glorias del Señor, así pues, para agradeceros tan buena abadía, me parece que os debo un consejo... Sabéis, por lo demás, cuán malévolos y contagiosos es este cólera morbo que cruelmente castiga a París. Pues decidle que acabáis de asistir a vuestro buen y viejo amigo, el arzobispo de Burdeos; con eso haréis que se largue como paja al viento.

-¡Oh! ¡Oh! -exclamó el cardenal-. Mereces mucho más que una abadía, ¡válgame Dios, amiguito!, ahí van cien escudos de oro para tu viaje a la abadía de Turpenay, ganada ayer al juego y que, dadivosamente, te concedo.

Al oír estas palabras y viendo desaparecer a Philippe de Mala, sin haber recibido la deleitosa mirada cargada de amorosa quintaesencia que de él esperaba, la leonina Imperia, resoplando como un delfín, adivinó toda la cobardía del cura. No era aún lo suficientemente católica como para perdonar a su amante el haberse burlado de ella sin saber aceptar la muerte para satisfacer sus caprichos. Entonces la muerte de Philippe quedó grabada en la mirada de víbora que le lanzó para insultarle, lo que alegró al cardenal pues el libertino italiano comprendió que recobraría pronto su abadía.

El turenés, sin preocuparse lo más mínimo de la tormenta, se escabulló calladamente, con las orejas gachas como perro mojado echado a patadas de Vísperas.

Del corazón de la señora salió un profundo suspiro. De buena gana, de tenerlo a su alcance, hubiera apañado a todo el género humano, pues el fuego que la poseía se le había subido a la cabeza, y, en el aire a su alrededor, centelleos de llamas brotaban. Y motivo había, puesto que era la primera vez que un cura hacía burla de ella.

Por eso sonreía el cardenal, pensando que de ello sacaría más felicidad y gozo. ¿No era él un compañero muy astuto? Por eso llevaba la birreta roja.

-¡Ah!, estimado compadre -dijo al obispo-, me alegra estar en vuestra compañía, y me complace haber conseguido echar a ese fámulo indigno de la señora, puesto que si os hubierais acercado a él, mi linda y fogosa cervatilla, hubierais podido fenecer indignamente por culpa de un simple cura.

-¿Cómo pues? . . .

-Es el escribano de Monseñor el Arzobispo de Burdeos y al buen hombre le ha cogido esta mañana el contagio.

El arzobispo abrió la boca como si hubiera querido tragarse un queso.

-¿Y cómo os habéis enterado?... -preguntó.

-Si he de decir la verdad -dijo el cardenal cogiendo la mano del buen alemán-, acabo de administrarle y consolarle. A estas horas, el buen hombre viaja, viento en popa, hacia el paraíso.

El obispo de Coire demostró cuán ligeros son los hombres gordos, pues a la gente panzuda Dios les concedió la gracia de tener, en recompensa de sus trabajos, tubos interiores elásticos como globos.

Pues dicho obispo dio un salto hacia atrás, jadeando, sudando y tosiendo como un buey que encuentra plumas en su comida. Luego, habiéndose puesto lívido de golpe, bajó rodando las escaleras sin despedirse siquiera de la señora.

Cerrada la puerta tras el obispo que se fue corriendo por las calles, Monseñor de Raguas se puso a reír con ganas de chancearse.

-¡Ah!, linda mía, ¿no te parezco digno de ser papa, y mejor aún ser esta noche tu galán?...

Pero, al ver cuán preocupada estaba Imperia, se acercó a ella para abrazarla dulcemente y mimarla como suelen hacerlo los cardenales, gente que echan las campanas al vuelo mejor que todos, incluso mejor que los soldados, puesto que viven en el ocio y no desgastan sus impulsos vitales.

-¡Ah!, ¡ah! -dijo retrocediendo-, quieres matarme, metropolitano loco, lo que más os importa es vuestro regodeo, malvado rufián, y mi caso es cosa secundaria. Que tu placer me mate y me canonizas, ¿verdad? ¡Ah!, tenéis el cólera morbo y queréis gozarme. Date la vuelta y cambia de rumbo, monje desprovisto de sesos y no intentes tocarme -dijo viendo cómo se acercaba a ella- si no te clavo este puñal.

Y la astuta comadre sacó de su limosnera un lindo estilete con el cual hacía maravillas en casos oportunos.

-Pero, cielo mío, linda mía -dijo el otro riéndose-, ¿que no ves la astucia? ¿Cómo entonces ahuyentar a este viejo buey obispo de Coire?

-¿Sí...?, si me quisierais, bien lo vería yo -contestó-, quiero que salgáis en el acto. Si la enfermedad os ha pillado, poco os importa mi muerte. Os conozco bastante para saber cuán caro pagaría un instante de placer a la hora de vuestro fallecimiento, ¡inundaríais la tierra! Ya, ya, bastante os habéis jactado estando ebrio de ello. Pues yo sólo quiero a mi persona, a mis tesoros, a mi salud... ¡Marchaos, y si no tenéis las entrañas heladas por el cólera, volveréis mañana! Hoy te odio, mi buen cardenal -dijo con una sonrisa.

-¡Imperia! -exclamó el cardenal-. ¡No te burles de mí...!

No -replicó-, no me burlo nunca de las cosas santas y sagradas.

-¡Ah, ramera ruin, te excomulgaré!... Mañana...

-¡Santo Dios!, ¡estáis fuera de vuestro sentido cardenalesco!

-¡Imperia, condenada hija del diablo! Eh, calma, calma, ¡hermosa mía!...

-Perderéis el respeto, no os arrodilléis. ¡Vaya por Dios!...

-¿Quieres una dispensa in articulo mortis? ¿quieres mi fortuna, o mejor aún, un trozo de la Santa y Vera cruz? ¿Quieres...?

-Esta noche todas las riquezas del cielo y de la tierra no podrían comprar mi corazón -dijo, riéndose-. Sería la última de las pecadoras, indigna de recibir el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, si no tuviera mis antojos.

-¡Prenderé fuego a tu casa, bruja, me has hechizado! ¡Perecerás en la hoguera! Escúchame, mi amor, mi gentil pecadora, te doy palabra de que tendrás en el cielo un hermoso lugar, ¿Qué dices?... ¡No! ¡Muera!... ¡Muera!... ¡la bruja!

-¡Oh!, ¡oh! Os mataré, Monseñor...

Y el cardenal reventó de rabia.

-Perdéis el juicio -dijo-, marchaos, os estáis cansando.

-Seré papa y me pagarás esta pendencia.

-No por eso dejaréis de tener la obligación de obedecerme.

-¿Qué hace falta esta noche para complacerte?

-Salir.

Y de un salto, ligero como el de un aguzanieves, entró en su alcoba, echó el cerrojo, dejando rabioso al cardenal que no tuvo más remedio que largarse.

En cuanto la bella Imperia, sentada a la mesa delante del hogar, se vio sola, dijo rompiendo todas sus cadenas de oro:

-¡Por todos los cuernos del diablo, si el muchachito me ha hecho cometer esta sandez para con el cardenal y si me expongo a verme envenenada mañana, sin que disponga de él hasta saciarme, no me moriré sin haberle visto desollado vivo ante mí... ¡Ah! -Llorando entonces a lágrima viva, exclamó:

"¡Qué vida tan desgraciada!, y la poca felicidad que de tiempo en tiempo me cae, me cuesta un trabajo de perros, además de mi salvación. -Desembuchó cuanto sentía, bramando como ternera que matan, cuando vio en su espejo de Venecia, surgiendo de detrás de ella, la cara rojiza del curita que, con mucha destreza, se había escondido.

-¡Ah! -dijo ella-, eres el fraile más perfecto, más lindo, más frailengo que jamás haya fraileado por esta santa y amorosa ciudad de Constanza. ¡Ah!, ven, mi gentil caballero, mi hijo querido, mi barrigudo, mi paraíso de deleites, quiero beber tus ojos, comerte, matarte de amor. ¡Oh!, mi floreciente, frondoso y eterno dios... Descuida que de pequeño sacerdote te voy a hacer Rey, Emperador, Papa, y más feliz que todos ellos. Anda, aquí puedes poner todo a sangre y a fuego. Tuya soy, y te lo demostraré, pues serás pronto cardenal, aunque, para teñir de carmín tu birreta, tenga que verter toda la sangre de mi corazón.

Y, temblándole la mano de felicidad, llenó de vino griego el cuenco de oro que había traído el panzudo obispo de Coire, lo presentó a su amigo, y ella, cuya chinela era más preciada por los príncipes que la del Papa, quiso servirle de rodillas.

Pero él la miraba con ojos tan hambrientos de amor que ella, estremeciéndose de placer, le dijo:

-¡Vamos, cállate, chiquillo! ¡Cenemos...!

El movilizado

Le Réquisitionnaire (1831)

«A veces lo veían, por un fenómeno de visión o de locomoción, abolir el espacio en sus dos formas de Tiempo y de Distancia, una de las cuales es intelectual y la otra física»

LOUIS LAMBERT
Histoire intellectuelle

A mi querido Albert Marchand de la Ribellerie. Tours, 1836.

Una noche del mes de noviembre de 1793, los principales personajes de Carentan se encontraban en el salón de la señora de Dey, en cuyo domicilio se reunía todos los días la asamblea. Determinadas circunstancias, que no habrían llamado la atención en una gran ciudad pero que preocupaban profundamente en una pequeña, prestaban a aquella cita habitual un interés desacostumbrado. La antevíspera, la señora de Dey había cerrado su puerta a sus amistades, que también se había dispensado de recibir la víspera con el pretexto de hallarse indispuesta. En época ordinaria, aquellos dos acontecimientos habrían causado en Carentan el mismo efecto que produce en París la suspensión de las representaciones de todos los teatros. En esos días la existencia está, en cierto sentido, incompleta. Pero, en 1793, la conducta de la señora de Dey podía tener los más funestos resultados. En aquellos momentos, la más mínima diligencia realizada se transformaba casi siempre en cuestión de vida o muerte para los nobles. Para comprender bien la intensa curiosidad y las estrechas finuras que animaron durante aquella velada las fisonomías normandas de todos aquellos personajes pero, sobre todo, para compartir las perplejidades secretas de la señora de Dey, es necesario explicar el papel que ella representaba en Carentan. Dado que la posición crítica en la que ella se encontraba en aquel momento había sido sin duda la de mucha gente durante la Revolución, las simpatías de más de un lector terminarán de darle color a este relato.

La señora de Dey, viuda de un teniente general caballero de las Órdenes militares, había abandonado la corte al principio de la emigración. Como poseía propiedades considerables en los alrededores de Carentan, se había refugiado en ellas esperando que allí no se dejara sentir mucho la influencia del Terror. Ese cálculo, fundado en un conocimiento exacto de la región, fue acertado. La Revolución produjo pocos desastres en la Baja Normandía. Aunque la señora de Dey no hubiera recibido en otros tiempos cuando venía a visitar sus propiedades nada más que a las familias nobles de la zona, ahora, por política, había abierto su casa a los principales burgueses de la ciudad y a las nuevas autoridades, esforzándose por hacerles sentirse orgullosos de su conquista, sin despertar en ellos ni odio ni envidia.

Graciosa y buena, dotada de esa inexpresable dulzura que sabe agradar sin recurrir a la humillación o a la adulación, había llegado a hacerse con la estima general por su tacto exquisito, cuyas prudentes advertencias le permitían mantenerse en la delgada línea en la que podía satisfacer las exigencias de aquella sociedad heterogénea, sin

humillar el reticente amor propio de los advenedizos, ni herir el de sus antiguos amigos nobles.

Con una edad de alrededor de treinta y ocho años, conservaba aún, no la belleza fresca y rolliza que caracteriza a las jóvenes de la Baja Normandía, sino una belleza grácil y, por decirlo así, aristocrática. Sus facciones eran finas y delicadas; su cintura flexible y delgada. Cuando hablaba, su pálido rostro parecía iluminarse y adquirir vida. Sus grandes ojos negros estaban llenos de afabilidad, pero su expresión tranquila y religiosa parecía anunciar que el principio de su existencia ya no estaba en ella. Casada en la flor de la edad con un militar viejo y celoso, la falsedad de su posición en medio de una corte galante contribuyó mucho, sin duda, a extender un velo de grave melancolía sobre un rostro en el que los encantos y la vivacidad del amor habían debido brillar en otros tiempos.

Obligada a reprimir sin cesar los movimientos espontáneos, las emociones de la mujer mientras siente aún en lugar de reflexionar, la pasión había permanecido virgen en el fondo de su corazón. Por lo que, su principal atractivo procedía de aquella íntima juventud que, por momentos, traicionaba su fisonomía, y que daba a sus ideas una inocente expresión de deseo. En su aspecto dominaba la compostura, pero había siempre en su ademán, en su voz, impulsos hacia un porvenir desconocido, como en una jovencita; muy pronto el hombre más insensible se encontraba enamorado de ella, pero conservaba, no obstante, una especie de temor respetuoso, inspirado por unas maneras delicadas que imponían. Su alma, grande por naturaleza, y fortalecida además por crueles luchas, parecía situada demasiado lejos del vulgo, y los hombres se hacían justicia. Aquel alma necesitaba una gran pasión. Por lo que los afectos de la señora de Dey se habían concentrado en un único sentimiento, el de la maternidad.

La felicidad y los placeres de los que se había visto privada en su vida de mujer, los encontraba en el amor inmenso que sentía por su hijo. No lo amaba sólo con la pura y profunda devoción de una madre, sino con la coquetería de una amante y los celos de una esposa. Se sentía desgraciada cuando estaba lejos de él; inquieta durante sus ausencias, no lo veía nunca demasiado, no vivía sino por él y para él.

Con el fin de hacer comprender a los hombres la intensidad de aquel sentimiento, bastará añadir que aquel joven era no sólo el único hijo de la señora de Dey, sino además su único pariente, el único ser al que ella pudiera asociar los temores, las esperanzas y las alegrías de su vida. El difunto conde de Dey fue el último vástago de su familia, como ella resultó ser la única heredera de la suya.

Los cálculos y los intereses humanos parecían haberse puesto de acuerdo con las más nobles necesidades del alma para exaltar en el corazón de la condesa un sentimiento ya suficientemente fuerte en todas las mujeres. No crió a su hijo sino con esfuerzos infinitos, que se lo habían hecho más querido aún; veinte veces los médicos le anunciaron su pérdida; pero, confiando en sus presentimientos, en sus esperanzas, tuvo la alegría inefable de verlo superar felizmente los peligros de la infancia, de admirar los progresos de su constitución, pese a las opiniones de la facultad de Medicina.

Gracias a sus cuidados constantes, aquel hijo había crecido y se había desarrollado con tanta gracia que a los veinte años pasaba por ser uno de los caballeros más apuestos de Versailles.

Además, por una felicidad que no corona los esfuerzos de todas las madres, ella era adorada por su hijo; sus almas se entendían con fraternales simpatías. Si no hubieran estado ya ligados por el lazo de la naturaleza, habrían sentido instintivamente el uno por la otra esa amistad de persona a persona, que tan pocas veces se encuentra en la vida.

Nombrado subteniente de dragones a los dieciocho años, el joven conde había obedecido al pundonor de la época y había seguido a los príncipes camino de la emigración.

Por lo que la señora de Dey, noble, rica, y madre de un emigrado, no ignoraba en absoluto los peligros de su cruel situación. Sin más deseo que el de conservarle a su hijo una gran fortuna, había renunciado a la felicidad de acompañarlo; pero al leer las leyes rigurosas en virtud de las cuales la República confiscaba a diario los bienes de los emigrados de Carentan, se alegraba de este acto de valentía. ¿No guardaba los tesoros de su hijo con peligro de su vida? Luego, al conocer las terribles ejecuciones ordenadas por la Convención, se dormía tranquila sabiendo que su verdadera riqueza estaba seguro, lejos de los peligros, lejos de los cadalsos. Se complacía creyendo que había tomado la mejor decisión para salvar a la vez todas sus fortunas. Haciendo a aquel secreto pensamiento las concesiones exigidas por la desgracia de los tiempos, sin comprometer ni su dignidad de mujer ni sus creencias aristocráticas, envolvía sus dolores en un distante misterio. Había comprendido las dificultades que le esperaban en Carentan. ¿Venir a ocupar el primer plano, no era desafiar la guillotina cada día? Pero, fortalecida por su valor de madre, supo conquistarse el afecto de los pobres aliviando indistintamente todas las miserias, y se hizo necesaria para los ricos velando por sus placeres.

Recibía al procurador de la comuna, al alcalde, al presidente del distrito, al acusador público, y hasta a los jueces del tribunal revolucionario. Los cuatro primeros de entre estos personajes, que no estaban casados, la cortejaban con la esperanza de casarse con ella, ya fuera intimidándola con el mal que podían causarle, ya fuera ofreciéndole su protección.

El acusador público, antiguo procurador en Caen, antaño encargado de los asuntos de la condesa, intentaba inspirarle amor por medio de una conducta llena de lealtad y de generosidad; ¡finura peligrosa! pues él era el más temible de los pretendientes. Era el único que conocía a fondo el estado de la considerable fortuna de su antigua cliente. Su pasión se incrementaba con todos los deseos de una avaricia que residía en un poder inmenso, en el derecho de vida y muerte en el distrito. Aquel hombre, aún joven, ponía tanta nobleza en sus procedimientos, que la señora de Dey no había podido juzgarlo aún.

Pero, despreciando el peligro que hay en luchar con habilidad contra normandos, empleaba el espíritu de invención y la astucia que la naturaleza ha inculcado en las mujeres para oponer entre sí a aquellas rivalidades. Ganando tiempo, esperaba llegar sana y salva al final de las revueltas. En aquellos momentos, los monárquicos del interior presumían a diario de que la revolución terminaría al día siguiente; y esa convicción fue la perdición para muchos de ellos.

Pese a esos obstáculos, la condesa había conservado bastante hábilmente su independencia hasta el día en que, por una inexplicable imprudencia, se le había ocurrido cerrar de repente su puerta. Inspiraba un interés tan profundo y verdadero, que las personas que habían acudido aquella noche a su casa concibieron auténticas inquietudes al saber que le sería imposible recibirlas; luego, con esa franqueza y curiosidad que se halla impresa en las costumbres provincianas, preguntaron acerca de la desgracia, la pena, o la enfermedad que podía afligir a la señora de Dey. A esas preguntas, una vieja doncella llamada Brigitte respondía que su señora estaba encerrada y no quería ver a nadie, ni siquiera al personal de la casa.

La existencia, en cierto sentido claustal, que llevan los habitantes de una pequeña ciudad origina en ellos la costumbre de analizar y explicar las acciones de los demás tan naturalmente invencible que, tras haberse compadecido de la señora de Dey, sin saber si

estaba realmente feliz o apesadumbrada, cada cual se puso a indagar acerca de las causas de su repentino retiro.

—Si estuviera enferma —dijo el primer curioso— habría mandado llamar al médico; pero el doctor permaneció durante toda la jornada de ayer en mi casa jugando al ajedrez. Me decía riendo que en los tiempos que corren sólo hay una enfermedad... que desgraciadamente es incurable.

Esta broma fue profusamente difundida. Mujeres, hombres, ancianos y jovencitas se pusieron entonces a recorrer el amplio campo de conjeturas. Cada cual creyó adivinar un secreto, secreto que invadió todas las imaginaciones. Al día siguiente las sospechas se enconaron.

Como la vida está al día en una pequeña ciudad, las mujeres fueron las primeras en enterarse de que Brigitte había adquirido en el mercado provisiones más abundantes que de costumbre. Ese hecho no podía ser cuestionado. Habían visto a Brigitte muy temprano en la plaza y, cosa extraña, había adquirido la única liebre que allí había. Toda la ciudad sabía que a la señora de Dey no le gustaba la carne de caza. La liebre se convirtió en el punto de partida de infinitas suposiciones.

Al realizar su paseo habitual, los ancianos observaron en la casa de la condesa un tipo de actividad contenida que se revelaba por las mismas precauciones que tomaban los empleados para ocultarla. El lacayo sacudía una alfombra en el jardín; la víspera, nadie habría prestado atención a ese gesto, pero aquella alfombra se convertía en un elemento en apoyo de las fantasías que todo el mundo creaba. Cada cual tenía la suya.

El segundo día, al tener conocimiento de que la señora de Dey decía encontrarse indispuesta, los principales personajes de Carentan se reunieron por la noche en casa del hermano del alcalde, viejo negociante casado, hombre probo, apreciado por todos, y con el que la condesa tenía bastantes consideraciones. Allí, todos los aspirantes a la mano de la rica viuda contaron una fábula más o menos verosímil; y cada uno intentaba volver en provecho propio la circunstancia secreta que la forzaba a comprometerse de ese modo. El acusador público imaginaba todo un drama para conducir por la noche al hijo de la señora de Dey a casa de ésta. El alcalde pensaba que se trataba de un cura refractario llegado de la Vendée, que le habría pedido asilo; pero la adquisición de la liebre en viernes lo confundía mucho. El presidente del distrito apostaba por que se trataba de un jefe de chuanes o de vandeanos ferozmente perseguido. Otros pensaban que se trataba de un noble escapado de las prisiones de París. Es decir, que todos sospechaban que la condesa era culpable de una de esas generosidades que las leyes de entonces consideraban un crimen y que podía llevarla al cadalso.

El acusador público decía además en voz baja que había que callarse y tratar de salvar a la desafortunada del abismo hacia el que se dirigía a pasos agigantados.

—Si difunden este asunto —añadía— me veré obligado a intervenir, a hacer registros en su casa, y entonces... No terminó la frase, pero todos comprendieron la reticencia.

Los verdaderos amigos de la condesa se alarmaron de tal forma por ella que, en la mañana del tercer día, el procurador síndico de la comuna hizo que su mujer le enviara a la condesa una nota recomendándole que recibiera durante la velada, como siempre. Más osado, el antiguo negociante se presentó por la mañana en casa de la señora de Dey. Fortalecido por el servicio que quería rendirle, exigió ser recibido por ella, y se quedó estupefacto al verla en el jardín, ocupada en cortar las últimas flores de sus arriates para colocarlas en jarrones.

—Sin duda le ha dado asilo a su amante —se dijo el anciano compadecido de aquella encantadora mujer. La singular expresión del rostro de la condesa lo confirmó en sus sospechas. Profundamente emocionado por esa abnegación tan natural en las

mujeres, pero que les impresiona siempre porque todos los hombres se sienten halagados por los sacrificios que una de ellas hace por un hombre, el negociante puso a la condesa al corriente de los comentarios que corrían por la ciudad y del peligro en el que se encontraba.

—Pues —le dijo concluyendo,— si entre nuestros funcionarios hay algunos dispuestos a perdonarle a usted un heroísmo que tuviera a un sacerdote como objeto, nadie se compadecería de usted si se descubre que se inmola por asuntos del corazón.

Al oír estas palabras, la señora de Dey lo miró con una expresión de desvarío y de locura que hizo temblar al anciano.

—Venga —le dijo tomándolo de la mano para conducirlo a su habitación, donde, después de haberse asegurado de que estaban solos, sacó de su seno una carta sucia y arrugada.— Lea, —exclamó haciendo un gran esfuerzo para pronunciar esa palabra.

Se dejó caer en un sillón, como anonadada. Mientras que el viejo negociante buscaba sus gafas y las limpiaba, ella levantó los ojos hacia él, lo contempló por primera vez con curiosidad, y luego, con voz alterada, le dijo suavemente:

—Confío en usted.

—¿No vengo yo a compartir su crimen? —respondió el buen hombre con sencillez.

Ella se estremeció. Por vez primera en aquella pequeña ciudad, su alma sintonizaba con la de otra persona. El viejo negociante comprendió de repente el abatimiento y la alegría de la condesa. El hijo había formado parte de la expedición a Granville, y escribía a su madre desde el fondo de una prisión, dándole una triste y dulce esperanza. Sin poner en duda sus medios de evasión, le indicaba los tres días durante los cuales iba a presentarse en su casa, disfrazado. La carta contenía una desgarradora despedida en el caso en que no estuviera en Carentan la velada del tercer día, y pedía a su madre que le entregara una importante suma al emisario que, sorteando mil peligros, se había encargado de llevarle aquella carta. El papel temblaba en las manos del anciano.

—Estamos en el tercer día —exclamó la señora de Dey que se levantó rápidamente, recuperó la carta y se puso a caminar.

—Ha cometido algunas imprudencias —le dijo el negociante.— ¿Por qué adquirir provisiones?

—Porque puede llegar muerto de hambre, extenuado de fatiga, y...—No terminó la frase.

—Confío plenamente en mi hermano, —dijo el anciano— voy a ponerle al corriente de sus asuntos.

El negociante recuperó en esta circunstancia la finura que había puesto en otros tiempos en los negocios, y le dio consejos repletos de prudencia y sagacidad. Después de ponerse de acuerdo en todo lo que debían decir o hacer los dos, el anciano fue, con pretextos hábilmente elaborados, a las principales casas de Carentan donde anunció que la señora de Dey, a la que acababa de ver, recibiría por la noche pese a su indisposición. Rivalizando en astucia con las inteligencias normandas en el interrogatorio que cada familia le hizo acerca de la dolencia de la condesa, consiguió engañar a casi todas las personas que se ocupaban de aquel misterioso asunto.

Su primera visita causó sensación. Contó ante una anciana dama gotosa que la señora de Dey había estado a punto de perecer por un ataque de gota en el estómago; y como el famoso Tronchin le había recomendado tiempo atrás, en una situación semejante, que se colocara sobre el pecho la piel de una liebre despellejada viva y permaneciera en cama sin permitirse el menor movimiento, la condesa, en peligro de muerte dos días antes, después de haber seguido minuciosamente la extraña receta de Tronchin, se encontraba suficientemente restablecida como para recibir a quienes fueran a visitarla durante la velada.

Aquel cuento obtuvo un prodigioso éxito y el médico de Carentan, monárquico in petto, incrementó su efecto por el entusiasmo que puso en alabar el específico.

Sin embargo, las sospechas habían arraigado demasiado en el espíritu de algunos obstinados o de algunos filósofos como para disiparse por completo; de tal forma que, por la noche, los que solían ser admitidos en casa de la señora de Dey acudieron presurosos y desde bien temprano a casa de ésta, unos para espiar su presencia de ánimo, otros por amistad y la mayoría impresionados por el carácter milagroso de su curación.

Encontraron a la condesa sentada en una esquina de la gran chimenea de su salón, más o menos igual de modesto que todos los de Carentan; pues, para no herir la estrecha mentalidad de sus huéspedes, había renunciado a los placeres lujosos a los que antaño estaba acostumbrada, y no había cambiado nada de aquella casa. Las baldosas de la sala de recepción ni siquiera habían sido pulidas. Había dejado en las paredes antiguos tapices oscuros, conservaba los muebles de la comarca, utilizaba velas, y seguía las modas de la ciudad, adoptando la vida provinciana sin retroceder ni ante las más duras pequeñeces, ni ante las más desagradables privaciones. Pero, sabiendo que sus invitados le perdonarían las magnificencias que tuvieran como fin su bienestar, no olvidaba nada cuando se trataba de procurarles goces personales. Por lo que les ofrecía siempre excelentes cenas. Llegaba a veces hasta el extremo de fingir avaricia para agradar a aquellos espíritus calculadores; y, después de haber tenido la habilidad de dejarse arrancar determinadas concesiones de lujo, sabía obedecer con gracia. Por lo que, hacia las siete de la tarde, la mejor mala compañía de Carentan se encontraba en su casa, y describía un gran círculo en torno a la chimenea.

La dueña de la casa, sostenida en su preocupación por las miradas compasivas que le lanzaba el antiguo negociante, se sometió con increíble valor a las minuciosas preguntas, a los razonamientos frívolos y estúpidos de sus invitados. Pero a cada aldabonazo dado en su puerta, o cada vez que resonaban pasos en la calle, ocultaba su emoción planteando cuestiones interesantes para la fortuna de la región. Suscitó ruidosas discusiones acerca de la calidad de las sidras, y fue tan bien secundada por su confidente, que la asamblea se olvidó casi de espiarla considerando su actitud natural y su aplomo imperturbable.

El acusador público y uno de los jueces del tribunal revolucionario permanecían taciturnos, observaban atentamente los más mínimos movimientos de su fisonomía, escuchaban lo que sucedía en la casa pese al tumulto; y, en numerosas ocasiones, le hicieron preguntas comprometedoras a las que la condesa respondió, pese a todo, con admirable presencia de ánimo. ¡Las madres tienen tanto valor!

Cuando la señora de Dey hubo organizado las partidas, y situado a todo el mundo en torno a las mesas de boston, de revesino o de whist, permaneció unos minutos charlando junto a algunas personas jóvenes con aparente tranquilidad, representando su papel como una actriz consumada. Luego hizo que le solicitaran un juego de lotería, dijo que ella era la única que sabía donde estaba, y desapareció.

—¡Me asfixio, mi pobre Brigitte! —exclamó secándose las lágrimas que brotaban abundantemente de sus ojos brillantes de fiebre, de dolor y de impaciencia.— No llega, —prosiguió contemplando la habitación a la que había subido.— Aquí respiro, vivo. ¡Unos minutos más y él estará aquí, no obstante! Pues aún vive, estoy segura de ello. Me lo dice el corazón. ¿No oyes nada, Brigitte? ¡Oh! ¡Daría lo que me queda de vida por saber si está en la cárcel o si anda a través de los caminos! Quisiera no pensar.

Examinó, una vez más, si todo estaba en orden en la habitación. Un fuego abundante brillaba en la chimenea; los postigos se hallaban cuidadosamente entornados; los muebles relucían de limpios; la forma en que la cama había sido preparada probaba

que la condesa se había ocupado, junto a Brigitte, de los más mínimos detalles; y sus esperanzas se transparentaban en los cuidados delicados que parecían haberse tomado en aquella habitación en la que se respiraba la graciosa dulzura del amor y sus más castas caricias en los perfumes exhalados por las flores.

Sólo una madre podía haber previsto los deseos de un soldado y prepararle tan completa satisfacción. Una comida exquisita, vinos selectos, el calzado, la ropa interior, en fin, todo lo que debía ser necesario o agradable para un viajero fatigado, se encontraba reunido para que nada le faltara, para que las delicias del hogar le revelaran el amor de una madre.

—¿Brigitte? —dijo la condesa con un tono de voz desgarrador mientras colocaba una silla junto a la mesa, como para hacer realidad sus deseos, como para aumentar la intensidad de sus ilusiones.

—¡Ah! señora, llegará. Ya no está lejos. No tengo dudas de que está vivo y en camino, —prosiguió Brigitte.— Puse una llave en la Biblia, la mantuve sobre mis dedos mientras Cottin leía el evangelio de san Juan... y ¡señora! la llave no giró.

—¿Seguro? —preguntó la condesa.

—¡Oh! señora, seguro. Apostaría mi salvación eterna a que está vivo aún. Dios no puede equivocarse.

—Pese al peligro que aquí lo espera, quisiera, no obstante, verlo aquí.

—¡Pobre señor Auguste! —exclamó Brigitte,— sin duda anda a pie por los caminos.

—¡Y las ocho sonando en el campanario! —exclamó la condesa con terror.

Tuvo miedo de haber permanecido más tiempo del debido en aquella habitación en la que creía en la vida de su hijo al ver cuanto testimoniaba la vida y descendió; pero antes de entrar en el salón, permaneció un momento bajo el peristilo de la escalera escuchando si algún ruido no despertaba los silenciosos ecos de la ciudad. Sonrió al marido de Brigitte que estaba de centinela y cuyos ojos parecían deslumbrados a fuerza de prestarle atención a los murmullos de la plaza y de la noche. Ella veía a su hijo en todo y en todas partes. Luego entró simulando una expresión alegre y se puso a jugar a la lotería con unas jóvenes; pero, de vez en cuando, decía no encontrarse bien y volvía a sentarse en el sillón junto a la chimenea.

Tal era la situación de las cosas y de los espíritus en casa de la señora de Dey, mientras que, por el camino de París a Cherburgo, un hombre joven vestido con una carmañola parda, traje obligado en aquella época, se dirigía hacia Carentan. Al comienzo de las movilizaciones, había poca o ninguna disciplina. Las exigencias del momento no permitían a la República equipar de golpe a todos sus soldados y no era raro ver los caminos cubiertos de movilizados que conservaban su ropa de burgueses. Esos jóvenes llegaban antes que sus batallones a los lugares de etapa, o permanecían detrás, pues su marcha estaba sometida a la manera de soportar las fatigas de un largo camino. El viajero del que aquí se trata iba bastante por delante de la columna de movilizados que se dirigía a Cherburgo, y que el alcalde esperaba de hora en hora para distribuirles billetes de alojamiento. Aquel joven caminaba con un andar pesado pero aún firme y su marcha parecía anunciar que estaba familiarizado desde hacía mucho tiempo con la rudeza de la vida militar.

Aunque la luna iluminara los pastizales próximos a Carentan, había observado gruesas nubes blancas prestas a arrojar nieve sobre la campiña; y el temor de verse sorprendido por un huracán animaba sin duda su ritmo, más vivo aún de lo que habría impuesto su fatiga. Llevaba a la espalda un petate casi vacío, y en la mano un palo de boj cortado en los altos y anchos setos que este arbusto forma alrededor de la mayoría de las propiedades en la Baja Normandía.

El viajero solitario entró en Carentan, cuyas torres, rodeadas de los resplandores fantásticos de la luna, había divisado desde hacía un rato. Sus pasos despertaron los ecos de las calles silenciosas donde no encontró a nadie; se vio obligado a preguntar dónde estaba la casa del alcalde a un tejedor que aún se hallaba trabajando.

El magistrado vivía a corta distancia y pronto se vio el movilizado al abrigo bajo el porche de la casa del alcalde donde se sentó en un banco de piedra, a la espera de que le entregaran el billete de alojamiento que había solicitado. Pero, llamado por el funcionario, compareció ante él y fue objeto de un escrupuloso examen. El soldado de infantería era un hombre joven de buen aspecto que parecía pertenecer a una familia distinguida. Su expresión demostraba nobleza. La inteligencia originada por una buena educación se percibía en su rostro.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó el alcalde echándole una mirada llena de sutileza.

—Julien Jussieu —contestó el movilizado.

—¿Y vienes...? —dijo el magistrado dejando escapar una sonrisa de incredulidad.

—De París.

—Tus compañeros deben estar lejos —prosiguió el normando con tono socarrón.

—Le llevo tres leguas de ventaja al batallón.

—¿Algún sentimiento te atrae a Carentan, ciudadano movilizado? —dijo el alcalde con malicia—. Está bien, —añadió imponiendo silencio con un gesto de la mano al joven dispuesto a hablar— sabemos dónde enviarte. ¡Ten —prosiguió entregándole su billete de alojamiento,— márchate, ciudadano Jussieu!

Un tono de ironía se hizo sentir en el acento con el que el magistrado pronunció las dos últimas palabras, tendiéndole un billete en el que estaba indicada la casa de la señora de Dey. El joven leyó la dirección con curiosidad.

—Sabe bien que no tiene que ir muy lejos. Y cuando salga, cruzará inmediatamente la plaza —exclamó el alcalde hablando consigo mismo, mientras el joven salía—. ¡Es realmente osado! ¡que Dios lo acompañe! Tiene respuesta para todo. Sí, pero si cualquiera que no fuera yo le hubiera pedido que mostrara su documentación, se habría visto perdido.

En aquellos momentos, los relojes de Carentan habían dado las nueve y media, los faroles se encendían en la antecámara de la señora de Dey; los criados ayudaban a sus señoras y señores a ponerse los zuecos, las hopalandas o las manteletas; los jugadores habían saldado cuentas, e iban a retirarse todos a la vez, siguiendo la costumbre establecida en todas las ciudades pequeñas.

—Parece que el acusador quiere quedarse, —dijo una dama al percatarse de que aquel personaje importante no estaba con ellos en el momento en que se separaron todos en la plaza para dirigirse cada cual a su domicilio, después de haber agotado todas las fórmulas de despedida.

Aquel terrible magistrado se encontraba, efectivamente, a solas con la condesa que, temblando, esperaba que él tuviera a bien marcharse.

—Ciudadana, —dijo por fin tras un largo silencio que tuvo algo de horrible,— estoy aquí para hacer cumplir las leyes de la República...

La señora de Dey se estremeció.

—¿No tiene pues nada que revelarme? —preguntó él.

—Nada, —contestó ella sorprendida.

—¡Ah! señora, —exclamó el acusador sentándose junto a ella y cambiando de tono,— en este momento, con sólo una palabra, usted o yo, podemos conducir nuestra cabeza al cadalso. He observado demasiado bien su carácter, su alma, sus maneras,

como para compartir el error en el que ha sabido colocar a todos sus invitados esta noche. Usted espera a su hijo, no me cabe la menor duda.

La condesa dejó escapar un gesto negativo, pero había palidecido, los músculos de su rostro se habían contraído por la necesidad en la que se encontraba de manifestar una firmeza engañosa, y el ojo implacable del acusador público no perdió ninguno de sus movimientos.

—¡Está bien!, recíballo, —prosiguió el magistrado revolucionario; pero que no permanezca más allá de las siete de la mañana bajo su techo. Mañana, al amanecer, provisto de una denuncia que yo mismo haré que me presenten, vendré a su casa...

Ella lo miró con una expresión estúpida que habría apiadado a un tigre.

—Demostraré —continuó él con voz suave— la falsedad de esa denuncia por detenidos registros y, por la naturaleza de mi informe, quedará usted al abrigo de cualquier tipo de sospecha. Hablaré de sus donativos patrióticos, de su civismo, y todos estaremos a salvo.

La señora de Dey, temiendo que fuera una trampa, permanecía inmóvil pero su rostro estaba encendido y su lengua helada. Un aldabonazo resonó en la casa.

—¡Ah! —exclamó la madre aterrorizada cayendo de rodillas— ¡Salvarlo, salvarlo!

—Sí, ¡salvémoslo! —prosiguió el acusador público lanzándole una mirada apasionada—, aunque nos cueste la vida.

—Estoy perdida —exclamó mientras el acusador la ayudaba a levantarse con cortesía.

—¡Ah!, señora, —respondió él con un hermoso gesto oratorio,— yo no quiero deberla a nada... nada más que a usted misma.

—Señora, el via..., —exclamó Brigitte creyendo que su señora estaba sola.

Al ver al acusador público, la anciana doncella, pasó de roja y feliz a inmóvil y lívida.

—¿Quién es, Brigitte? —preguntó el magistrado con expresión suave e inteligente.

—Un movilizado que el alcalde nos envía para que lo alojemos, —contestó la criada mostrando el billete.

—Es verdad, —dijo el acusador después de haber leído la nota.— Esta noche nos llega un batallón. —Y salió.

La condesa tenía demasiada necesidad de creer en aquel momento en la sinceridad de su antiguo procurador como para concebir la menor duda; subió rápidamente la escalera, teniendo apenas fuerzas para sostenerse; luego, abrió la puerta de la habitación, vio a su hijo y se precipitó en sus brazos, medio muerta:

—¡Ah! ¡Hijo mío, hijo mío! —exclamó sollozando y cubriéndolo de besos impregnados de una especie de frenesí.

—Señora... —dijo el desconocido.

—¡Ah! ¡no es él! —gritó retrocediendo aterrorizada y permaneciendo de pie frente al movilizado que contemplaba con expresión sorprendida.

—¡Oh!, ¡Dios santo, qué parecido! —dijo Brigitte.

Hubo un momento de silencio, y hasta el extraño temblaba al ver el aspecto de la señora de Dey.

—¡Ah! señor, —dijo ésta apoyándose sobre el marido de Brigitte, y sintiendo entonces en toda su intensidad un dolor cuyo primer envite había estado a punto de causarle la muerte—; señor, no tengo valor para verlo por más tiempo, permita que mis empleados me sustituyan y se ocupen de usted.

Y bajó a su aposento, transportada a medias por Brigitte y el viejo criado.

—¡Cómo, señora! —exclamó la doncella sentando a su señora,— ¿ese hombre va a dormir en la cama del señor Auguste, va a ponerse las zapatillas del señor Auguste, y a

comerse el paté que he preparado para el señor Auguste?, aunque me guillotinen, yo...

—¡Brigitte! —gritó la señora de Dey.

Brigitte enmudeció.

—¡Cállate pues, charlatana! —le dijo su marido en voz baja— ¿es que quieres matar a la señora?

En ese momento, el movilizado hizo un ruido en la habitación al sentarse a la mesa.

—No quiero permanecer aquí —dijo la señora de Dey,— voy a irme al invernadero, desde donde oiré mejor lo que pase fuera durante la noche.

Aún flotaba entre el temor de haber perdido a su hijo y la esperanza de verlo reaparecer. La noche fue horriblemente silenciosa. Hubo un momento horroroso para la condesa cuando el batallón de movilizados llegó a la ciudad y cada hombre buscó el lugar en que debía alojarse. Sus esperanzas se vieron defraudadas a cada paso, a cada ruido; luego la naturaleza recuperó una horrible calma. Al amanecer, la condesa se vio obligada a volver a la casa. Brigitte, que observaba los movimientos de su señora, al no verla salir, entró en su habitación y la encontró muerta.

—¡Probablemente ha oído a ese soldado que está terminando de vestirse y que se mueve por la habitación del señor Auguste cantando su condenada Marsellesa, como si estuviese en una cuadra! —exclamó Brigitte. ¡Eso la habrá matado!

Pero la muerte de la condesa se produjo por un sentimiento más grave y, sin duda, por alguna terrible visión. A la hora exacta en la que la señora de Dey moría en Carentan, su hijo era fusilado en el Morbihan. Podemos unir este hecho trágico a todas las observaciones sobre las simpatías que desconocen las leyes del espacio; documentos que reúnen con erudita curiosidad algunos solitarios, y que servirán un día para sentar las bases de una ciencia nueva que ha necesitado hasta el presente un hombre de genio.

París, febrero 1831

La cúpula de los Inválidos

*Le Dôme des Invalides.
Hallucination (1832)*

ALUCINACIÓN

Un hermoso día del mes de junio, entre las cuatro y las cinco, salí de la celda de la calle du Bac donde mi honorable y estudioso amigo, el barón de Werther, me había ofrecido el almuerzo más delicado del que se pueda hacer mención en los castos y sobrios anales de mi estómago; pues el estómago tiene su literatura, su memoria, su educación, su elocuencia; el estómago es un hombre dentro del hombre; y jamás experimenté de modo tan curioso la influencia ejercida por este órgano sobre mi economía mental.

Después de habernos obsequiado amablemente con vinos del Rin y de Hungría, había terminado la comida de amigos haciendo que nos sirvieran vino de Champaña. Hasta aquel momento, su hospitalidad podría considerarse normal, de no ser por su charla de artista, sus relatos fantásticos y, sobre todo, de no ser por nosotros, sus amigos, todos personas de entusiasmo, corazón y pasión.

Hacia el final del almuerzo, nos encontramos todos presas de una dulce melancolía y sumergidos en una absorción bastante lógica en personas que han comido bien. Percatándose de ello, el barón, el excelente crítico, el erudito alemán que, pese a su baronía, lleva la admirable y poética vida de los monjes del siglo XVI en su celda abacial; nuestro monje —digo—, remató su obra de gastrolatría con una auténtica salida de monje.

En un momento en el que la conversación quedó interrumpida cuando nos encontrábamos en sillones inventados por el confort inglés pero perfeccionados en París que habrían causado admiración a los benedictinos, Werther se sentó ante una especie de mesita y, levantando una parte de la tapa, sacó de un instrumento alemán unos sonidos que se encontraban a mitad de camino entre los acentos lúgubres de un gato cortejando a una gata o soñando con los placeres del canalón, y las notas de un órgano vibrando en una iglesia. No sé lo que hizo con aquel instrumento de melancolía, pero mi inteligencia no se vio jamás tan cruelmente trastornada como en aquella ocasión.

El aire, dirigido hacia los metales, producía unas vibraciones armónicas tan fuertes, tan graves, tan agudas, que cada nota atacaba instantáneamente una fibra, y aquella música de verdín, aquellas melodías impregnadas de arsénico, introdujeron violentamente en mi alma todas las ensoñaciones de Jean-Paul, todas las baladas alemanas, toda la poesía fantástica y doliente que me hizo huir en medio de gran agitación, a mí que soy alegre y jovial. Me sentí como si mi personalidad se hubiera desdoblado. Mi ser interior había abandonado mi forma exterior por la que una o dos mujeres, mi familia y yo, sentimos algo de amistad. El aire ya no era el aire; mis piernas ya no eran piernas, eran algo flojo y sin consistencia que se doblaba; los adoquines se hundían, los transeúntes bailaban y París me parecía singularmente alegre.

Tomé la calle de Babylone y caminé melancólicamente hacia los bulevares, adoptando como punto de referencia la cúpula de los Inválidos. Al dar la vuelta a no sé qué calle, ¡vi que la cúpula venía hacia mí!... En un primer momento, me quedé algo sorprendido y me detuve. Sí, era sin duda la cúpula de los Inválidos que se paseaba boca abajo, apoyando en el suelo su punta, y tomaba el sol como cualquier buen burgués del

barrio del Marais. Interpreté esta visión como un efecto óptico y gocé del mismo placenteramente, sin querer explicarme el fenómeno; pero tuve sensación de pavor cuando, viendo que se acercaba a mí, quería pisarme los talones... Eché a correr, pero oía detrás de mí el paso pesado de aquella dichosa cúpula, que parecía burlarse de mí. Sus ojos reían; efectivamente, el sol al pasar por las ventanas abiertas de tramo en tramo, le daba un vago parecido con ojos, y la cúpula me lanzaba auténticas miradas...

—¡Soy bastante tonto! —pensé—. Voy a ponerme detrás de ella...

La dejé pasar, y entonces volvió a colocarse con la punta hacia arriba. En esa posición, me hizo un gesto con la cabeza, y su maldito ropaje azul y oro se arrugó como la falda de una mujer... Entonces dí unos pasos hacia atrás para plantarla allí mismo, pues empecé a sentirme inquieto. No había duda de que, al día siguiente, los periódicos no dejarían de contar que yo, autor de algunos artículos insertados en *La Revue*, me había llevado la cúpula de los Inválidos; aquello me resultaba indiferente porque tenía intención de defenderme y de contar abiertamente que la cúpula se había encaprichado conmigo y me había seguido por su cuenta. Mi carácter bien conocido, mis hábitos y costumbres debían hacer comprender que, lejos de degradar los monumentos públicos, yo abogaba por dialogar con ellos.

La mayor dificultad, y la que más me inquietaba, era saber qué iba a hacer yo con aquella cúpula. No hay duda de que se podía ganar una fortuna... Además de que la amistad de la cúpula de los Inválidos con un hombre no era sino algo muy halagador, podía llevarla a algún país extranjero, exponerla en Londres junto a Saint-Paul... Pero si tenía intención de seguirme, ¿cómo iba a volver yo a mi casa?... ¿Dónde la iba a poner? Naturalmente, iba a producir considerables desperfectos por las calles por donde pasara; es verdad que podría llevarla por los muelles y mantenerla siempre junto al río... Si me molestaba en avisar, la gente la dejaría pasar; pero, si se empeñaba en entrar en mi casa, derribaría el inmueble en el que vivo de alquiler. ¡Menuda indemnización me pediría el propietario! La casa no está asegurada contra cúpulas... Y, si la llevaba a Londres o a Berlín, ¡qué desperfectos no haría por el camino...!

—¡Santo Dios! ¡Qué raros están los Inválidos sin la cúpula! —exclamé.

Al oír estas palabras, las personas que se encontraban cerca levantaron los ojos hacia la iglesia y rompieron a reír. Decían: «Pero ¿qué ha sido de ella?» «¡Estoy seguro de que todo París está preocupado!» Entonces escuché un griterío, un clamor que hacía pensar en que se aproximaba el fin del mundo: «¡Ya está! ¡están reclamando su cúpula!» me dije.

Tenía razón, la cúpula de los Inválidos es uno de los monumentos más bellos de París; y, desde que, por una fantasía bastante rara entre cúpulas, era de mi propiedad, la admiraba con embeleso. Bajo los rayos del sol resplandecía como si estuviera cubierta de piedras preciosas, su azul se destacaba claramente en el del cielo, y su linterna tan graciosa, tan maravillosamente elegante y ligera, parecía ofrecerme detalles en los que no había reparado hasta entonces. Es verdad que tenía algunas zonas estropeadas y que habían perdido el dorado; pero yo no era suficientemente rico como para devolverles su esplendor imperial.

Cerca de Nemours he conocido a un agricultor que tiene la singular habilidad de fascinar a las abejas y de hacer que le sigan sin picarle. Es su rey: les silba y acuden; les dice que se marchen y huyen. Tal vez haya llegado yo a un completo desarrollo moral, a un poder sobrenatural y haya adquirido el poder de atraer a las cúpulas.

Entonces, por el interés de Francia, pensé en colocar ésta en su lugar habitual y viajar por Europa para traerme a París numerosas cúpulas célebres, las de Oriente, las de Italia, y las más bellas torres de catedrales... ¡Qué prestigio! ¡Qué serían a mi lado los Paganini, los Rossini, los Cuvier, los Canova, o los Goethe! Tenía la fe más absoluta en

mi poder, la fe de la que habló Cristo, la voluntad sin límites que permite mover montañas, la fuerza con cuya ayuda podemos abolir las leyes del espacio y del tiempo, cuando vi avanzar hacia mí, a la máxima velocidad que pueden alcanzar los caballos de los servicios públicos, un cabriolé que desembocó por la calle Saint-Dominique.

—¡Tenga cuidado con la cúpula! —grité.

El conductor no me oyó, lanzó su caballo hasta el centro de la cúpula; yo solté un enorme grito pues la pobre cúpula, que no había podido echarse a un lado, se hizo mil pedazos, y me salpicó totalmente. Luego, cuando pasó aquel condenado cabriolé, vi a la tozuda cúpula volverse a colocar boca abajo, sobre la punta, con pequeñas sacudidas; las piedras se armaban de nuevo, las bellas franjas doradas reaparecían, y yo me secaba la cara instintivamente; pues en aquel momento, mi ser exterior regresó y me encontré cerca de los Inválidos, ante un enorme charco de agua en el que se reflejaba la cúpula de los Inválidos.

Creo que estaba borracho... ¡Maldita fisarmónica! ¡Qué manera de atacar los nervios!...

La misa del ateo

La messe de l'athée, 1836

*Dedicado a Auguste Borget,
de su amigo de BALZAC.*

Un médico a quien la ciencia debe una bella teoría fisiológica y que, joven aún, se ha situado entre las celebridades de la Escuela de París, centro de luces al que todos los médicos de Europa rinden homenaje, el doctor Bianchon, practicó largo tiempo la cirugía antes de dedicarse a la medicina. Sus primeros estudios fueron dirigidos por uno de los más grandes cirujanos franceses, el ilustre Desplein, que pasó como un meteoro por la ciencia. Según confesión de sus enemigos, se llevó a la tumba un método intransmisible. Como todos los hombres de genio, carecía de herederos: llevaba y se llevó todo con él. La gloria de los cirujanos se parece a la de los actores, que sólo existen en vida y cuyo talento ya no es apreciable tan pronto como han desaparecido. Los actores y los cirujanos, como los grandes cantantes, como los virtuosos, que decuplican con su ejecución el poder de la música, son todos héroes del momento.

Desplein ofrece la prueba de esta similitud entre el destino de esos genios transitorios. Su nombre, tan célebre ayer, y hoy casi olvidado, quedará encerrado dentro su especialidad, sin franquear los límites de la misma. Pero ¿no se necesitan circunstancias inauditas para que el nombre de un sabio pase de la ciencia a la historia general de la humanidad? ¿Desplein tenía esa universalidad de conocimientos que convierte a un hombre en el verbo o la figura de un siglo? Desplein poseía un divino ojo clínico: penetraba al enfermo y a su enfermedad por una intuición adquirida o natural que le permitía abarcar los diagnósticos particulares del individuo, determinar el momento preciso, la hora, el minuto en el que había que operar, tomando en consideración las circunstancias atmosféricas y las peculiaridades del temperamento.

Para poder marchar así conjuntamente con la Naturaleza, ¿había estudiado la conjunción de los seres y de las sustancias elementales contenidas en la atmósfera o que la tierra suministra al hombre, que las absorbe y las prepara para sacar de ellas una expresión particular? ¿Procedía por aquel poder de deducción y de analogía al que se debe el genio de Cuvier? Sea como fuere, aquel hombre se había convertido en el confidente de la Carne y se había apoderado de ella en el pasado como en el porvenir, apoyándose en el presente. Pero ¿resumió en su persona toda la ciencia, como hicieron Hipócrates, Galeno y Aristóteles? ¿Condujo toda una escuela hacia mundos nuevos? No. Si es imposible negarle a este perpetuo observador de la química humana, la antigua ciencia del Magicismo, es decir, el conocimiento de los principios en fusión, de las causas de la vida, la vida antes de la vida, lo que será luego por sus preparaciones antes de serlo; desgraciadamente, todo en él fue personal: aislado en vida por el egoísmo, el egoísmo mata hoy su gloria. Su tumba no está coronada por la estatua sonora que le cuenta al porvenir los misterios que el Genio busca consumiéndose. Pero tal vez el talento de Desplein era solidario con sus creencias y, por consiguiente, mortal. Para él, la atmósfera terrestre era un saco generador: consideraba la tierra como un huevo en su cáscara y, no pudiendo saber, entre el huevo y la gallina, cuál de los dos había existido primero, no admitía ni el gallina ni el huevo. No creía ni en el animal anterior, ni en el espíritu posterior al hombre. Desplein no vivía en la duda, afirmaba. Su ateísmo puro y franco se asemejaba al de muchos sabios, los mejores hombres del mundo, pero

invenciblemente ateos, ateos como las personas religiosas no admiten que pueda haber ateos.

Esta opinión no podía ser de otra forma en un hombre acostumbrado desde su juventud a diseccionar al ser por excelencia, antes, durante y después de la vida, a escudriñar en todos sus aparatos sin encontrar esa alma única, tan necesaria a las teorías religiosas. Reconociendo en él un centro cerebral, un centro nervioso y un centro aero-sanguíneo, los dos primeros de los cuales se suplen tan bien el uno al otro, que en los últimos días de su vida, tuvo la convicción de que el sentido del oído no era absolutamente necesario para oír, ni el sentido de la vista absolutamente necesario para ver; el plexo solar los reemplazaba sin que pudiera dudarse de ello; Desplein, encontrando así dos almas en el hombre, corroboró su ateísmo por ese hecho, aunque no prejuzgó todavía nada sobre Dios. Este hombre murió, según dicen, en la impenitencia final, en la que mueren desgraciadamente muchos grandes genios, a los que Dios pueda perdonar.

La vida de este hombre tan grande ofrecía muchas pequeñeces, para emplear la expresión de que se servían sus enemigos, deseosos de disminuir su gloria; pero a las que sería más conveniente llamar contrasentidos aparentes. No conociendo jamás las determinaciones por las que actúan los espíritus superiores, los envidiosos o los necios se arman al instante de algunas contradicciones superficiales para levantar un acta de acusación por la cual les hacen juzgar momentáneamente. Si, más tarde, el éxito corona las combinaciones atacadas, demostrando la correlación entre los preparativos y los resultados, subsiste siempre algo de las calumnias de vanguardia. Así, en nuestros días, Napoleón fue condenado por sus contemporáneos cuando desplegaba las alas de su águila sobre Inglaterra, y fue preciso 1816 para explicar 1804 y los barcos planos de Boulogne.

En Desplein, la gloria y la ciencia eran inatacables, por lo que sus enemigos la tomaban con su humor extraño, y en su carácter poseía simplemente esa cualidad que los ingleses llaman excentricity. Unas veces iba magníficamente vestido como Crébillon el trágico, y otras mostraba una singular indiferencia en lo que a ropa se refiere; se le veía unas veces en coche, otras a pie. Alternativamente brusco y bueno, en apariencia hosco y avaro, pero capaz de ofrecer su fortuna a sus patrones exiliados quienes le hicieron el honor de aceptarla durante algunos días, ningún hombre ha inspirado más juicios contradictorios. Aunque capaz, para obtener un cordón negro que los médicos no hubiesen debido solicitar, de dejar caer en la corte un libro de horas de su bolsillo, crean que, en su interior, se burlaba de todo; sentía un profundo desprecio por los hombres, después de haberlos observado desde arriba y desde abajo, después de haberlos sorprendido en su verdadera expresión, en medio de los actos de la existencia más solemnes y más mezquinos.

En un gran hombre, las cualidades son con frecuencia solidarias. Si, entre estos colosos, uno de ellos tiene más talento que ingenio, éste es aún más amplio que el de cualquiera de quien se dice simplemente: «Tiene ingenio». Todo genio supone una vista moral. Esta vista puede aplicarse a alguna especialidad; pero quien ve la flor, debe ver el sol. Quien oyó a un diplomático salvado por él, preguntando: «¿Cómo está el Emperador», y respondió: «¡El cortesano vuelve, después vendrá el hombre!», no es sólo cirujano o médico, sino además, prodigiosamente ingenioso. Así, el observador paciente y asiduo de la humanidad legitimará las pretensiones exorbitantes de Desplein y lo creará, como él mismo se creía, capaz de ser un ministro tan grande como grande era el cirujano.

Entre los enigmas que presenta a los ojos de muchos contemporáneos la vida de Desplein, hemos escogido uno de los más interesantes, porque su solución se encontrará en la conclusión del relato y le vengará de algunas tontas acusaciones.

De todos los alumnos que Desplein tuvo en su hospital, Horace Bianchon fue uno a los que más vivamente se unió. Antes de ser interno del Hôtel-Dieu, Horace Bianchon era un estudiante de medicina, alojado en una miserable pensión del Barrio Latino, conocida por el nombre de la Maison-Vauquer. Este pobre joven sintió allí los ataques de esa ardiente miseria, especie de crisol del que los grandes talentos deben salir puros e incorruptibles como los diamantes que pueden ser sometidos a todos los golpes sin romperse. Al fuego violento de sus pasiones desencadenadas adquieren la probidad más inalterable, y contraen el hábito de las luchas que aguardan al genio, por el trabajo constante con que ponen cerco a sus apetitos engañados. Horace era un joven recto, incapaz de tergiversar en las cuestiones de honor, que iba sin frases al hecho, dispuesto por sus amigos a empeñar su abrigo, como a dedicarles su tiempo y sus vigilas. Horace era, en fin, uno de esos amigos que no se inquietan de lo que reciben a cambio de lo que dan, seguros de recibir a su vez más de lo que den. La mayoría de sus amigos sentían por él ese respeto interior que inspira una virtud sin énfasis, y muchos de entre ellos temían su censura. Pero Horace deplegaba estas cualidades sin pedantería. Ni puritano ni sermoneador, lanzaba con gracia un juramento al dar un consejo, y regalaba gustoso con una buena comida cuando la ocasión se presentaba. Buen compañero, no más gazmoño de lo que pueda serlo un coracero, llano y franco, no como un marino, pues el marino de hoy es un astuto diplomático, sino como un honrado joven que no tiene nada que ocultar en su vida, marchaba con la cabeza alta y la mente alegre. Finalmente, para expresarlo todo en una frase: Horace era el Píldes de más de un Orestes, pues hoy los acreedores son la furia más real de las Furias antiguas. Llevaba su miseria con esa alegría que es posiblemente uno de los mayores elementos del valor y, como todos los que no tienen nada, contraía pocas deudas. Sobrio como un camello, despierto como un ciervo, era firme en sus ideas y en su conducta.

La vida feliz de Bianchon comenzó a partir del día en que el ilustre cirujano adquirió la prueba de las cualidades y de los defectos que, tanto los unos como los otros, hacen al doctor Horace Bianchon doblemente precioso a sus amigos. Cuando un jefe de clínica toma en su regazo a un joven, este joven tiene ya, como suele decirse, el pie en el estribo. Desplein no olvidaba llevar a Bianchon, para que le ayudase, a las casas opulentas donde casi siempre caía alguna gratificación en la escarcela del interno, y donde se revelaban insensiblemente al provinciano los misterios de la vida parisina; le retenía en su gabinete en el momento de la consulta, y le utilizaba en ella; a veces, lo enviaba a acompañar a un enfermo rico a algún balneario; en resumen, le preparaba una clientela.

El resultado de esto fue que, al cabo de algún tiempo, el tirano de la cirugía tuvo en él a un seide. Estos dos hombres, el uno en la cima de los honores y de su ciencia, gozando de una inmensa fortuna y de una inmensa gloria; el otro, modesto Omega, no teniendo fortuna ni gloria alguna, llegaron a ser íntimos. El gran Desplein se lo decía todo a su interno; el interno sabía si tal mujer se había sentado en una silla junto al maestro o sobre el famoso canapé que se encontraba en el gabinete y en el que Desplein dormía: Bianchon conocía los misterios de aquel temperamento de león y de toro, que acabó por ensanchar, ampliar desmesuradamente el busto del gran hombre, y causó su muerte por el desarrollo del corazón. Estudió las rarezas de aquella vida tan ocupada, los proyectos de aquella avaricia tan sórdida y las esperanzas del hombre político oculto en el sabio; pudo prever las decepciones que esperaban al único sentimiento enterrado en aquel corazón, menos de bronce que bronceado.

Un día, Bianchon dijo a Desplein que un pobre aguador del barrio de Saint-Jacques tenía una horrible enfermedad causada por las fatigas y la miseria; aquel pobre auvernés no había comido más que patatas durante el largo invierno de 1821. Desplein dejó a todos sus enfermos. Aun con el riesgo de reventar a su caballo, voló, seguido de Bianchon, a casa del pobre hombre y le hizo transportar él mismo al sanatorio establecido por el célebre Dubois en el arrabal de Saint-Denis. Fue a cuidar a este hombre, al que le dio, cuando lo hubo curado, la suma necesaria para comprar un caballo y una cuba. Este auvernés se distinguió por un rasgo original. Uno de sus amigos cae enfermo, le lleva rápidamente a casa de Desplein, diciéndole a su bienhechor: «No hubiese podido soportar que fuera a otro médico» Con la brusquedad que lo caracterizaba, Desplein estrechó la mano del aguador, y le dijo: «Traéme los a todos». E hizo entrar al hijo del Cantal en el Hôtel-Dieu, donde le proporcionó los mayores cuidados.

Bianchon había notado ya varias veces en su jefe una predilección por los auverneses y, sobre todo, por los aguadores; pero, como Desplein ponía una especie de orgullo en sus tratamientos del Hôtel-Dieu, el alumno no veía en ello nada que fuese demasiado extraño.

Un día, al atravesar la plaza de Saint-Sulpice, Bianchon vio a su maestro entrando en la iglesia hacia las nueve de la mañana. Desplein, que no daba entonces un paso sin su cabriolé, iba a pie y se deslizaba por la puerta de la calle del Petit-Lion como si hubiera entrado en una casa sospechosa. Lleno, naturalmente, de curiosidad, el interno, que conocía las opiniones de su maestro y que era cabanista como el diablo, así, con y griega (lo que en Rabelais parece una superioridad en la diablería), Bianchon entró en Saint-Sulpice, y no se quedó mediocrementemente sorprendido al ver al gran Desplein, aquel ateo sin piedad para con los ángeles, que no ofrecen agarre al bisturí y que no pueden tener ni fístulas ni gastritis; en definitiva, a aquel intrépido burlón, humildemente arrodillado, y ¿dónde?... en la capilla de la Virgen, ante la cual oyó una misa, dio para los gastos del culto, dio para los pobres, permaneciendo tan serio como si se tratase de una operación.

«No hay duda, de que no había venido a aclarar cuestiones relativas al parto de la Virgen — se decía Bianchon cuyo asombro no tuvo límites. Si le hubiera visto llevando, en la fiesta del Corpus, uno de los cordones del palio, habría sido sólo motivo de risa; pero a aquella hora, solo, sin testigos, sin duda ¡daba que pensar!»

Bianchon no quiso que pareciera que espía al primer cirujano del Hôtel-Dieu, y se marchó. Por casualidad, Desplein lo invitó aquel mismo día a cenar con él, fuera de casa, en un restaurante. Entre la pera y el queso Bianchon llegó, con hábiles rodeos, a hablar de la misa, calificándola de mojiganga y de farsa.

—¡Una farsa, dijo Desplein, que ha costado más sangre a la cristiandad que todas las batallas de Napoleón y que todas las sanguijuelas de Broussais! La misa es una invención papal que no se remonta más allá del siglo VI, y que han basado en el Hoc est corpus. ¡Cuántos torrentes de sangre no fue necesario verter para establecer el Corpus Christi por cuya institución quiso la corte de Roma constatar su victoria en el asunto de la Presencia Real, cisma que convulsionó a la Iglesia durante tres siglos! Las guerras del conde de Toulouse y los albigenses constituyen la cola de este asunto. Los valdenses y los albigenses se negaban a reconocer esta innovación.

En fin, Desplein se complació en abandonarse a toda su facundia de ateo, y contó un torrente de bromas volterianas, o, para ser más exacto, una detestable imitación del Citateur. «¡Bueno!, se dijo Bianchon, ¿dónde está mi devoto de esta mañana?»

Guardó silencio, dudó de haber visto a su jefe en Saint-Sulpice. Desplein no se hubiera tomado el trabajo de mentirle a Bianchon: se conocían los dos demasiado bien,

se habían comunicado ya sus ideas sobre puntos menos graves, discutido sistemas de natura rerum, sondeándolos o diseccionándolos con los cuchillos y el escalpelo de la Incredulidad.

Pasaron tres meses. Bianchon no volvió a ocuparse de aquel hecho, aunque permaneciera grabado en su memoria. Aquel mismo año, un día uno de los médicos del Hôtel-Dieu, cogió a Desplein por el brazo delante de Bianchon, como para interrogarle.

—¿Qué fue a hacer hoy a Saint-Sulpice, mi querido maestro? — le dijo.

—Fui a ver a un sacerdote que tiene una caries en una rodilla y a quien la señora duquesa de Angulema me hizo el honor de recomendarme —dijo Desplein.

El médico quedó satisfecho con la respuesta, pero no Bianchon. «¡Ah! ¡A ver rodillas enfermas en la iglesia! Iba a oír misa», se dijo el interno.

Bianchon se prometió vigilar a Desplein; recordó el día, la hora en que le había sorprendido entrando en Saint-Sulpice, y decidió acudir allí al año siguiente el mismo día y a la misma hora, con el fin de ver si volvía a sorprenderle. En ese caso, la periodicidad de su devoción autorizaría una investigación científica, pues en un hombre como aquél no debía existir una contradicción directa entre el pensamiento y la acción.

Al año siguiente, en el día y a la hora dichas, Bianchon, que ya no era interno de Desplein, vio el cabriolé del cirujano deteniéndose en la esquina de la calle de Tournon con la del Petit-Lion, desde donde su amigo marchó jesuíticamente a lo largo de los muros, hasta Saint-Sulpice, donde oyó de nuevo su misa ante el altar de la Virgen. ¡Era Desplein!, el cirujano jefe, el ateo in petto, el devoto por azar. La intriga se enredaba. La persistencia de aquel ilustre sabio lo complicaba todo.

Cuando Desplein salió, Bianchon se acercó al sacristán que acudió a arreglar la capilla, y le preguntó si aquel señor era un habitual de la iglesia.

—Hace veinte años que estoy aquí —dijo el sacristán— y en todo ese tiempo el señor Desplein viene cuatro veces al año a oír esta misa; la ha fundado él.

—¡Una fundación hecha por él! —dijo Bianchon, alejándose—. Esto equivale al misterio de la Inmaculada Concepción, algo que, por sí solo, debe volver incrédulo a un médico.

Pasó algún tiempo sin que el doctor Bianchon, aunque amigo de Desplein, tuviese la oportunidad de hablarle de aquella particularidad de su vida. Si se encontraban en consulta o en sociedad, era difícil hallar ese momento de confianza y de soledad en que se permanece con los pies sobre los morillos, la cabeza apoyada en el respaldo del sillón, y durante el cual dos hombres se cuentan sus secretos.

Finalmente, siete años más tarde, después de la revolución de 1830, cuando el pueblo atacaba el Obispado; cuando las inspiraciones republicanas lo impulsaban a destruir las cruces doradas que emergían, como relámpagos, en la inmensidad de aquel océano de casas; cuando la Incredulidad codo a codo con el Motín, se plantaba en las calles, Bianchon sorprendió de nuevo a Desplein entrando en Saint-Sulpice. El doctor lo siguió, se puso a su lado, sin que su amigo le hiciera el menor gesto o demostrara la menor sorpresa. Ambos oyeron la misa de fundación.

—¿Puede decirme, querido —dijo Bianchon a Desplein cuando salieron de la iglesia—, la razón de su beatería? Le he sorprendido ya tres veces viniendo a misa. ¡Usted! Me dará razón de este misterio y me explicará ese desajuste flagrante entre sus opiniones y su conducta. ¡No cree en Dios, y va a misa! Querido maestro, está obligado a responderme.

—Me parezco a muchos devotos, hombres profundamente religiosos en apariencia, pero tan ateos como podemos serlo usted y yo.

Y lanzó un torrente de epigramas sobre algunos personajes políticos, el más conocido de los cuales nos ofrece en este siglo una nueva edición del Tartufo de Molière.

—No le pregunto todo eso —dijo Bianchon—; quiero saber la razón de lo que viene a hacer aquí y por qué ha fundado esta misa.

—¡Caramba!, mi querido amigo —dijo Desplein—, estoy al borde de la tumba, puedo muy bien hablarle de los comienzos de mi vida.

En aquel momento Bianchon y el gran hombre se encontraban en la calle de los Quatre-Vents, una de las más horribles de París. Desplein señaló el sexto piso de una de esas casas que se parecen a un obelisco, cuya puerta da a un pasadizo al extremo del cual se encuentra una escalera tortuosa, iluminada por ventanas llamadas con propiedad *jours de souffrance*. Era una casa verdosa, en cuya planta baja vivía un comerciante de muebles, y que parecía alojar en cada uno de sus pisos una miseria diferente. Levantando el brazo con un movimiento lleno de energía, Desplein dijo a Bianchon:

—¡Viví ahí arriba dos años!

—Ya lo sé, d'Arthez vivió aquí y yo vine casi todos los días durante mi primera juventud. ¡La llamábamos entonces el tarro de los grandes hombres! ¿Y?

—La misa que acabo de oír está ligada a acontecimientos que ocurrieron cuando yo vivía en la buhardilla donde me dice que ha vivido d'Arthez, la de la ventana de donde cuelga una cuerda cargada de ropa, por encima de una maceta. Tuve unos comienzos tan rudos, mi querido Bianchon, que puedo disputarle a cualquiera la palma de los sufrimientos parisinos. Lo he soportado todo: hambre, sed, falta de dinero, falta de trajes, de calzado y de ropa interior; todo lo que la miseria tiene de más duro. Soplé sobre mis dedos entumecidos en ese tarro de los grandes hombres, que me gustaría volver a ver con usted. Trabajé durante un invierno viendo humear mi cabeza, y distinguiendo el aire de mi transpiración como vemos la de los caballos en un día de helada. No sé dónde se busca el punto de apoyo para resistir esta vida. Yo estaba solo, sin ayuda, sin un céntimo para comprar libros ni para pagar los gastos de mi estudios de Medicina; sin un amigo: mi carácter irascible, receloso, inquieto me perjudicaba. Nadie quería ver en mi mal humor el malestar y el trabajo de un hombre que, en el fondo del estado social en que se encuentra, se agita para llegar a la superficie. Pero yo tenía, puedo decírselo, a usted ante quien no necesito ocultarme, tenía ese lecho de buenos sentimientos y de sensibilidad viva que será siempre la dote de los hombres lo bastante fuertes para escalar una cima cualquiera, después de haber pateado largo tiempo en los pantanos de la Miseria. No podía sacar nada de mi familia, ni de mi comarca, que sobrepasase la insuficiente pensión que me enviaban. En fin, en aquella época, comía un panecillo que el panadero de la calle del Petit-Lion me vendía más barato porque era de la víspera o de la antevíspera, y que yo desmigajaba en la leche: así, mi comida de la mañana no me costaba más que dos sous. No cenaba más que un día sí y otro no en una pensión en la que la cena me costaba dieciséis sous. Así, no gastaba sino nueve sous diarios. ¡Usted conoce tan bien como yo el cuidado que podría tener de mi ropa y de mi calzado! No sé si más tarde nos produce un pesar tan grande la traición de un colega como el que hemos experimentado, usted como yo, al ver la mueca burlona de un zapato que se descose, al oír crujir la sisa de una levita. No bebía más que agua, sentía el respeto más profundo por los cafés. Zoppi me parecía como una tierra prometida en la que sólo tenían derecho a entrar los Lúculos del Barrio Latino. «¿Podré alguna vez — me decía en ocasiones— tomar ahí una taza de café con leche, o jugar una partida de dominó?» En fin, trasladaba a mi trabajo la rabia que me inspiraba la miseria. Trataba de acaparar conocimientos positivos con el fin de conseguir un inmenso valor personal, para merecer el lugar al que llegaría el día en que saliese de mi nada. Consumía más

aceite que pan: la luz que me alumbraba durante aquellas noches obstinadas me costaba más cara que mi alimentación. El duelo fue largo, terco y sin consuelo. No despertaba simpatía a mi alrededor. Para tener amigos, ¿no hay que relacionarse con jóvenes, poseer algunos céntimos para tomarse algo con ellos e ir juntos a los sitios adonde van los estudiantes? ¡Yo no tenía nada! Y en París nadie se figura que nada es nada. Cuando se trataba de descubrir mis miserias, sentía en la garganta esa contracción nerviosa que a nuestros enfermos les hace creer que se les sube una bola del esófago a la laringe. He encontrado más tarde a gentes, que han nacido ricos y que, no habiendo carecido de nada, no conocen el problema de esta regla de tres: un joven es al crimen como una moneda de cien sous es a X. Estos dorados imbéciles me dicen: «¿Y por qué se endeudaba pues? ¿por qué contraía pues obligaciones onerosas?» Me producen el efecto de aquella princesa que, sabiendo que el pueblo se moría de hambre, decía: «¿Y por qué no compra brioches?». Me gustaría ver a uno de esos ricos, que se queja de que le cobro demasiado caro cuando hay que operar, solo en París, sin dinero ni nada que lo valga, sin un amigo, sin crédito, y obligado a trabajar con sus cinco dedos para vivir. ¿Qué haría? ¿dónde iría a saciar su hambre? Bianchon, si alguna vez me ha visto amargado y duro, es que superponía entonces mis primeros dolores a la insensibilidad, al egoísmo, de los que he tenido millares de pruebas en las altas esferas; o bien pensaba en los obstáculos que el odio, la envidia, los celos, la calumnia han elevado entre el éxito y yo. En París, cuando algunos le ven dispuesto a poner el pie en el estribo, los unos le tiran del faldón, los otros sueltan la hebilla de la cincha para que se rompa la cabeza al caer; éste le quita las herraduras a su caballo, aquél le roba la fusta: el menos traidor es el que usted ve venir para dispararle un tiro a bocajarro. Tiene el talento suficiente, hijo mío, para conocer pronto la batalla horrible, incesante que la mediocridad le presenta al hombre superior. Si pierde veinticinco luises una noche, al día siguiente se le acusará de jugador, y sus mejores amigos dirán que perdió la víspera veinticinco mil francos. Tenga un dolor de cabeza, y pasará por loco. Muestre viveza y será insociable. Si, para resistir a este batallón de pigmeos, hace acopio de fuerzas superiores, sus mejores amigos exclamarán que quiere devorarlo todo, que tiene la pretensión de dominar y de tiranizar. En definitiva, sus cualidades se convertirán en defectos, sus defectos se convertirán en vicios y sus virtudes serán crímenes. Si ha salvado a alguien, le habrá matado, y si su enfermo se recupera, será evidente que ha asegurado el presente a expensas del porvenir; si no ha muerto, morirá. ¡Tropiece y caerá! Invente lo que sea, reclame sus derechos, y será un hombre difícil, un hombre astuto, que no quiere dejar llegar a los jóvenes. Así, pues, amigo mío, si no creo en Dios, creo todavía menos en el hombre. ¿No conoce usted un Desplein completamente diferente del Desplein que todos critican? Pero no ahondemos en ese montón de cieno. Como le decía pues, yo vivía en esa casa, trabajaba para poder hacer mi primer examen y no tenía ni un céntimo. ¡Ya sabe! Había llegado a uno de esos extremos en los que uno se dice: «¡Lo lograré!»! Tenía una esperanza. Esperaba de mi tierra un baúl lleno de ropa, un regalo de una de esas viejas tías, que, no conociendo nada de París, piensan en camisas, imaginándose que con treinta francos al mes su sobrino come perdices. El baúl llegó mientras yo estaba en la Escuela: había costado cuarenta francos de porte; el portero, un zapatero alemán que vivía en el entresuelo, los había pagado y retenía el baúl. Me paseé por la calle de los Fossés-Saint-Germain-des-Prés y por la calle de l'École-de-Médecine, sin poder inventar una estratagema que me entregara mi baúl sin verme obligado a dar los cuarenta francos que, naturalmente, habría pagado después de haber vendido la ropa. Mi estupidez me hizo adivinar que no tenía otra vocación que la de la cirugía. Querido, las almas delicadas, cuya fuerza se ejerce en una esfera elevada, carecen de ese espíritu de intriga, fértil en recursos, en combinaciones; su genio, es la casualidad: no buscan,

encuentran. Finalmente, volví por la noche, en el momento en que entraba mi vecino, un aguador llamado Bourgeat, un hombre de Saint-Flour. Nos conocíamos como se conocen dos inquilinos que tienen sus habitaciones en el mismo rellano y que se oyen dormir, toser, vestirse, y que acaban por acostumbrarse el uno al otro. Mi vecino me informó de que el propietario, al que yo le debía el alquiler de tres meses, me había puesto en la calle: tendría que largarme al día siguiente. Él también había sido echado a causa de su profesión. Pasé la noche más dolorosa de mi vida. «¿Dónde tomar un cargador que me llevase mis pobres cosas, mis libros? ¿Cómo pagar a éste y al portero? ¿Adónde ir?» Aquellas preguntas insolubles, las repetía con lágrimas, como los locos repiten sus muletillas. Dormí. La miseria posee un sueño divino lleno de hermosos sueños. Al día siguiente por la mañana, en el momento en que comía mi escudilla de leche con migas de pan, entra Bourgeat y me dice en mal francés: «Señor estudiante, yo soy un pobre hombre, expósito del hospicio de Saint-Flour, sin padre ni madre, y que no soy lo bastante rico para casarme. Tampoco usted es muy fértil en parientes, ni está provisto de lo que cuenta. Escuche, tengo abajo una carreta de mano que he alquilado por dos sous la hora y en la que caben todas nuestras cosas; si quiere, buscaremos alojamiento para los dos, ya que nos echan de aquí. Después de todo tampoco es esto el paraíso terrenal». «Ya lo sé —le dije—, mi buen Bourgeat. Pero me encuentro en un apuro, porque tengo abajo un baúl que contiene como cien escudos de ropa, con lo que podría pagar al propietario y lo que le debo al portero, pero no tengo ni cien sous». «¡Bah! yo tengo algunas monedas —me respondió alegremente Bourgeat mostrándome una vieja bolsa de cuero grasiento—. Guarde su ropa». Bourgeat pagó mis tres recibos, el suyo y lo que le debía al portero. Luego, puso nuestros muebles y mi ropa en su carreta y la arrastró por las calles deteniéndose delante de cada casa en la que había un anuncio. Yo subía para ver si el local para alquilar podría convenirnos. A mediodía errábamos aún por el Barrio Latino sin haber encontrado nada en él. El precio era el gran obstáculo. Bourgeat me propuso almorzar en una taberna, a cuya puerta dejamos la carreta. Llegada la noche, descubrí en la Cour de Rohan, pasaje del Commerce, en lo más alto de una casa, por debajo del tejado, dos habitaciones separadas por la escalera. Conseguimos cada una por sesenta francos de alquiler al año. Ya estábamos acomodados yo y mi humilde amigo. Cenamos juntos. Bourgeat, que ganaba aproximadamente, cincuenta sous diarios, poseía alrededor de cien escudos; iba pronto a poder realizar su ilusión comprando una cuba y un caballo. Al conocer mi situación, pues me sacó mis secretos con una habilidad y una bonhomía cuyo recuerdo conmueve todavía mi corazón, renunció por algún tiempo a la ambición de toda su vida: Bourgeat era aguador desde hacía veintidós años y sacrificó sus cien escudos por mi porvenir.

Al llegar aquí, Desplein oprimió fuertemente el brazo de Bianchon.

—¡Me dio el dinero necesario para mis exámenes! Aquel hombre, amigo mío, comprendió que yo tenía una misión y que las necesidades de mi inteligencia debían pasar por delante de las suyas. Se ocupó de mí, me llamaba su pequeño, me prestó el dinero necesario para comprar mis libros, venía a veces silenciosamente a verme trabajar; finalmente, tuvo precauciones maternas para que sustituyese el alimento insuficiente y malo al que me veía condenado, por otro sano y abundante. Bourgeat, hombre de unos cuarenta años, tenía un rostro burgués de la Edad Media, una frente abombada, una cabeza que un pintor hubiese podido tomar como modelo para un Licurgo. El pobre hombre sentía su corazón henchido de afecto por dar; nunca había sido querido, a no ser por un caniche muerto hacía poco tiempo y del que me hablaba siempre, preguntándome si yo creía que la Iglesia consentiría en decir misas por el descanso de su alma. Su perro, decía él, era un verdadero cristiano, que lo había acompañado a la iglesia durante doce años sin haber ladrado jamás, escuchando el

órgano sin abrir la boca y permaneciendo sentado a su lado con un aire que le hacía creer que rezaba con él. Aquel hombre concentró en mí todo su afecto: me aceptó como un ser solo y doliente; llegó a ser para mí la madre más vigilante, el bienhechor más delicado, en suma, el ideal de esa virtud que se complace en su obra. Cuando me lo encontraba en la calle, me dirigía una mirada de inteligencia llena de una inconcebible nobleza: fingía marchar entonces como si no llevase nada, parecía feliz de verme con buena salud, bien vestido. Fue, en fin, la abnegación del pueblo, el amor de la modistilla transportado a una esfera elevada. Bourgeat hacía mis encargos, me despertaba de noche a la hora indicada, limpiaba mi lámpara y fregaba nuestro rellano; tan buen criado como buen padre y limpio como una muchacha inglesa. Hacía las labores de la casa. Como Filopémenes, aserraba nuestra leña y comunicaba a todos sus actos la sencillez del trabajo, conservando en ellos su dignidad, pues parecía comprender que el fin lo ennoblecía todo. Cuando me separé de aquel hombre excelente para entrar en el Hôtel-Dieu como interno, experimentó no sé qué dolor sombrío al pensar que ya no podría vivir conmigo; pero se consoló con la perspectiva de reunir el dinero necesario para los gastos de mi tesis y me hizo prometer que iría a verlo los días de salida. Bourgeat estaba orgulloso de mí y me quería por mí y por él. Si buscara mi tesis, vería que la dediqué a él. Durante el último año de mi internado había ganado ya el suficiente dinero para devolver todo lo que le debía a ese digno auvernés comprándole un caballo y una cuba; se irritó de cólera al saber que me privaba de mi dinero, sin embargo, estaba encantado al ver realizados sus anhelos; reía y me reñía, contemplaba su cuba, su caballo y se enjugaba una lágrima diciéndome: «¡Está mal hecho!» ¡Ah, qué hermosa cuba! Ha obrado mal, el caballo es tan fuerte como un auvernés».

Yo no he visto jamás nada más conmovedor que aquella escena. Bourgeat se empeñó en comprarme ese estuche con adornos de plata que ha visto en mi gabinete y que es para mí la cosa más valiosa. Aunque embriagado por mis primeros éxitos, jamás se le escapó la menor palabra ni el menor gesto que pareciesen significar. «¡Este hombre es obra mía!» Y, sin embargo, sin él la miseria me habría matado. El pobre hombre se había agotado por mí: no había comido más que pan untado con ajo, a fin de que yo tuviese café para poder velar. Cayó enfermo. Como puede suponer, pasé las noches a su cabecera, y la primera vez lo curé; pero dos años después tuvo una recaída, y a pesar de los cuidados más asiduos y a pesar de los mayores esfuerzos de la ciencia, sucumbió. Jamás se vio un rey cuidado como él lo fue. Sí, Bianchon, para arrancarle a la muerte aquella vida, intenté cosas inauditas. Yo quería hacerle vivir lo bastante para hacerle testigo de su obra, para poder colmar todos sus anhelos, para satisfacer el único agradecimiento que ha llenado mi corazón, ¡para apagar un fuego que me quema todavía hoy!

Bourgeat, —prosiguió Desplein, tras una pausa, visiblemente emocionado—, mi segundo padre murió en mis brazos, dejándome todo lo que poseía por un testamento que había hecho ante un escribano público y fechado el año en que habíamos venido a alojarnos a la Cour de Rohan. Aquel hombre tenía la fe del carbonero. Amaba a la santísima Virgen como hubiese amado a su mujer. Católico ferviente, no me había dicho jamás una palabra sobre mi irreligión. Cuando se vio en peligro, me rogó que no permitiese que dejase de recibir los auxilios de la Iglesia. Hice decir todos los días la misa por él. Con frecuencia, durante la noche, me confiaba sus temores sobre su futuro, temía no haber vivido lo bastante santamente. ¡Pobre hombre! ¿A quién iba entonces a corresponder el paraíso, si es que existe el paraíso? Le fueron administrados los santos sacramentos, como un santo que era, y su muerte fue digna de su vida. Yo fui el único que siguió su féretro. Una vez que dejé en tierra a mi único bienhechor, busqué como

pagarle; me di cuenta de que no tenía ni familia, ni amigos, ni mujer, ni hijos. Pero ¡creía! Poseía una convicción religiosa, ¿tenía yo derecho a discutirla? Tímidamente, me había hablado de las misas dichas por el descanso de los muertos; no quería imponerme ese deber, pensando que sería tanto como hacerme pagar sus servicios. En cuanto pude establecer una fundación, di en Saint-Sulpice la suma necesaria para que dijese cuatro misas al año. Como lo único que puedo ofrecerle a Bourgeat es la satisfacción de sus piadosos deseos, el día que se dice esa misa, al comienzo de cada estación, voy a ella en su nombre, recito las oraciones acostumbradas, y digo con la buena fe del que duda: «Dios mío, si existe una esfera en la que colocas después de su muerte a los que han sido perfectos, piensa en el buen Bourgeat; si hay algo que se pueda sufrir por él, dame sus dolores, a fin de hacerle entrar más pronto en lo que se llama el paraíso». He aquí, amigo mío, todo lo que un hombre que tiene mis opiniones puede permitirse. Dios debe de ser buena persona y no me podrá guardar rencor. Se lo juro; daría mi fortuna para que la creencia de Bourgeat pudiera entrarme en el cerebro.

Bianchon, que cuidó a Desplein en su última enfermedad, no se atreve a afirmar hoy que el ilustre cirujano haya muerto ateo. ¿No les agrada a los creyentes imaginar que el humilde auvernés habrá acudido a abrirle la puerta del cielo, de igual modo que, en otro tiempo, le abrió la puerta del templo terreno en cuyo frontispicio se lee: «A los grandes hombres, la patria reconocida»?

París, enero 1836.

Un episodio bajo El Terror (Una misa en 1793)³

*Un épisode sous la Terreur.
Une messe en 1793*

A Monsieur Guyonnet-Merville

No será necesario, caro y antiguo patrón, explicar a la gente curiosa que desea saberlo todo, el proceder por el que he llegado a conocer lo suficiente para conducir los asuntos de mi pequeño mundo, y consagrar aquí la memoria del hombre amable e inteligente que, encontrándose en un baile a Scriba, otro clérigo aficionado, le dijo: “Pase pues al gabinete, le garantizo que hallará trabajo para usted”; ¿pero acaso necesitan de dicho testimonio público tener constancia del afecto del autor?

BALZAC

El 22 de enero de 1793, hacia las ocho de la noche, una anciana descendía la cuesta que termina ante la iglesia de San Lorenzo, en el barrio de San Martín, de París. Había nevado tanto durante la jornada que apenas se oían sus pasos. Las calles estaban desiertas. El temor natural que inspiraba el silencio, se veía incrementado por el terror que en aquellos momentos hacía gemir a Francia; por lo que la anciana no había encontrado a nadie; su vista, debilitada desde hacía tiempo, no le permitía ver a lo lejos, a la luz de los faroles, a algunos viandantes esparcidos como sombras por la inmensa vía de aquel arrabal. Avanzaba valientemente sola en medio de aquella soledad, como si su edad fuera un talismán que debiera preservarla de cualquier desgracia.

Cuando hubo pasado la calle de los Muertos, creyó distinguir el andar pesado y firme de un hombre que marchaba detrás de ella. Le pareció que no oía aquel ruido por vez primera; se asustó de que la siguieran, y trató de ir más rápida con el fin de alcanzar una tienda bastante bien iluminada, esperando poder verificar bajo aquella luz, las sospechas que la embargaban. Tan pronto como se encontró bajo el rayo de luz horizontal que salía de aquella tienda, volvió bruscamente la cabeza y vislumbró una forma humana en la bruma. Aquella indefinida visión le bastó: titubeó un momento bajo el peso del pavor por el que se sentía abrumada, pues ya no dudó de que hubiera sido escoltada por aquel desconocido desde el primer paso que había dado al salir de su casa. El deseo de escapar de aquel espía le infundió fuerzas. Incapaz de razonar, apretó el paso, como si pudiera sustraerse a un hombre necesariamente más ágil que ella. Después de haber corrido durante algunos minutos, llegó a una pastelería, entró y, más que sentarse, se dejó caer en una silla colocada delante del mostrador. En el momento

³ El relato fue rescrito varias veces por Balzac, adoptando diversos títulos (entre ellos “Una misa de 1793”), para adoptar definitivamente el de “Un episodio bajo El Terror”.

en que había hecho chirriar el picaporte de la puerta, una joven que se encontraba bordando, levantó los ojos, reconoció a través de los cristales la capa de forma anticuada y de seda violeta en la que iba envuelta la anciana, y se apresuró a abrir un cajón para sacar de él algo que debía entregarle. No sólo el gesto y la fisonomía de la joven expresaron el deseo de deshacerse rápidamente de la desconocida, como si fuera una de esas personas a las que no se ve con gusto, sino que incluso dejó escapar una expresión de impaciencia al encontrar el cajón vacío; luego, sin mirar a la dama, salió precipitadamente del mostrador, fue hacia la trastienda y llamó a su marido que apareció de inmediato.

—¿Dónde has puesto pues...? —le preguntó con expresión de misterio indicándole a la vieja con una mirada y sin terminar la frase.

Aunque el pastelero no pudiera ver nada más que el enorme gorro de seda negra adornado con lazos de color violeta que servía de tocado a la desconocida, desapareció después de haber lanzado a su esposa una mirada que parecía decir: «¿Crees que voy a dejar eso en tu mostrador?...»

Sorprendida por el silencio y la inmovilidad de la anciana, la vendedora volvió junto a ella; y, al verla de cerca se sintió presa de un sentimiento de compasión y tal vez también de curiosidad. Aunque la tez de aquella mujer fuera naturalmente lívida como la de una persona entregada a secretas austeridades, era fácil reconocer que una emoción reciente esparcía en ella una palidez extraordinaria. Su tocado estaba colocado de tal forma que le cubría los cabellos blanqueados sin duda por la edad pues la limpieza del cuello de su vestido confirmaba que no llevaba el pelo empolvado. Aquella ausencia de adorno le hacía contraer a su rostro una especie de religiosa severidad. Sus facciones eran graves y dignas. En otros tiempos, las maneras y costumbres de las gentes de bien eran tan diferentes de las de las personas que pertenecían a otras clases, que se reconocía fácilmente a una persona noble. Por lo que la joven estaba persuadida de que la desconocida era una *ci-devant*, una *ex noble*, y que había pertenecido a la Corte.

—Señora... —le dijo, involuntariamente y con respeto, olvidando que aquel tratamiento estaba proscrito.

La anciana no respondió. Tenía los ojos fijos en la cristalera de la tienda, como si en ella se hallara dibujado algún objeto horroroso.

—¿Qué te ocurre, ciudadana? —preguntó el propietario, que volvió al instante.

Sacó a la dama de su ensoñación tendiéndole una cajita de cartón forrada de papel azul.

—¡Nada, nada, amigos míos! —respondió con voz dulce.

Levantó los ojos hacia el pastelero como para enviarle una mirada de agradecimiento, pero al ver que llevaba un gorro rojo, dejó escapar un grito:

—¡Ah!... ¿me han traicionado?...

La joven y su marido contestaron con un gesto de horror que hizo ruborizarse a la desconocida, bien por vergüenza de haber sospechado de ellos, bien por alegría.

—Perdóneme —dijo entonces con una dulzura infantil. Luego, sacando un luis de oro de su bolsillo, se lo tendió al pastelero diciendo: «Aquí tiene el precio convenido».

Existe un tipo de indigencia que los indigentes saben adivinar. El pastelero y su mujer se miraron, e indicándose a la anciana, se comunicaron un mismo pensamiento: aquel luis de oro debía ser el último. Las manos de la dama temblaban al ofrecerlo, contemplaba aquella moneda con dolor aunque sin avaricia; pero parecía conocer la verdadera dimensión del sacrificio. El ayuno y la miseria se encontraban grabados en su rostro con trazos tan evidentes como los del miedo y los de las prácticas ascéticas. Había en sus ropas vestigios de magnificencia: eran de seda usada, una capa limpia pero pasada, encajes cuidadosamente zurcidos: ¡harapos de la opulencia!, en definitiva. Los

comerciantes, entre la piedad y el interés, empezaron por descargar su conciencia con palabras.

—Pero, ciudadana, pareces muy débil...

—¿La señora necesitaría tomar alguna cosa? —preguntó la mujer interrumpiendo a su marido.

—Tenemos un caldo muy bueno —dijo el pastelero.

—Hace tanto frío que la señora tal vez haya atrapado un mal aire; pero aquí puede descansar y calentarse un poco.

—No somos tan negros como el diablo —exclamó el pastelero.

Tranquilizada por el acento de benevolencia que animaba las palabras de los caritativos vendedores, la dama confesó que había sido seguida por un hombre, y que tenía miedo de regresar sola a su casa.

—¡Ah! ¿Sólo se trata de eso? —prosiguió el hombre del gorro rojo.— Espéreme aquí, ciudadana.

Entregó el luis a su esposa. Luego, movido por esa especie de reconocimiento que se desliza en el alma de un comerciante cuando recibe un precio exorbitante por una mercancía de valor mediocre, fue a ponerse su uniforme de la Guardia nacional, cogió su sombrero, su sable corto y reapareció armado. Pero la esposa había tenido tiempo de reflexionar. Como en otros muchos corazones, la reflexión cerró la mano que había abierto la beneficencia. Inquieta y temiendo ver a su marido embarcarse en algún asunto feo, la mujer del pastelero intentó tirarle de un faldón del uniforme para detenerlo; pero, obedeciendo a un sentimiento de caridad, el buen hombre se ofreció al instante para escoltar a la anciana.

—Al parecer, el hombre del que la ciudadana tiene miedo está aún merodeando por delante de la tienda —dijo vivamente la joven.

—Así lo temo —apostilló ingenuamente la dama.

—¿Y si fuera un espía? ¿Y si se tratara de una conspiración? No vayas, y recupera la caja...

Aquellas palabras susurradas por su mujer al oído del pastelero, helaron el repentino valor del que éste se hallaba poseído.

—Voy a decirle dos palabras y a librarla de él al momento —exclamó el pastelero abriendo la puerta y saliendo precipitadamente.

La anciana, pasiva como un niño y casi alelada, volvió a sentarse en la silla. El modesto comerciante no tardó en reaparecer. Su rostro, bastante sonrosado por naturaleza y encendido además por el fuego del horno, se había puesto lívido de repente. Un pavor tan grande lo agitaba que le temblaban las piernas y sus ojos parecían los de un hombre ebrio.

—¿Quieres que nos corten el cuello miserable aristócrata?... —exclamó furioso.— ¡Piensa en enseñarnos tus talones, no reaparezcas jamás por aquí, y de ahora en adelante no cuentes conmigo para aprovisionarte de elementos de conspiración!

Al terminar estas palabras, el pastelero intentó quitarle a la anciana la cajita que ella había introducido en uno de sus bolsillos. Apenas las manos atrevidas del pastelero tocaron sus ropas, la desconocida, prefiriendo librarse a los peligros de la calle sin más defensor que Dios antes que perder lo que acababa de comprar, recuperó la agilidad de su juventud. Se lanzó hacia la puerta, la abrió bruscamente, y desapareció de la vista de la mujer y del marido estupefactos y temblorosos.

En cuanto la desconocida se encontró fuera, echó a andar con rapidez; pero muy pronto sus fuerzas la traicionaron: oyó que el espía por el que era implacablemente seguida hacía crujir la nieve bajo sus pesados pasos; ella se vio obligada a detenerse y él se detuvo; no se atrevía a hablarle ni a mirarlo, bien por el miedo de que era víctima,

bien por falta de inteligencia. Prosiguió su camino yendo más lentamente y el hombre ralentizó su marcha de manera que permanecía a una distancia que le permitía vigilarla. El desconocido parecía la sombra misma de la anciana. Sonaron las nueve cuando aquella pareja silenciosa volvió a pasar por delante de la iglesia de San Lorenzo. Sin embargo, es natural a todas las almas, incluso a las más abatidas, que un sentimiento de calma suceda a una agitación violenta. Fue tal vez por un movimiento de ese género por lo que la desconocida, al no recibir ningún daño de su pretendido perseguidor, quiso ver en él a algún amigo secreto deseoso de protegerla. Analizó detenidamente las circunstancias que habían acompañado a las apariciones del extraño como para encontrar motivos plausibles a esta consoladora opinión, y le agradó entonces reconocer en él más bien buenas que malas intenciones. Olvidando el pánico que él acababa de inspirarle al pastelero, avanzó pues con paso firme por la zona alta del barrio de San Martín.

Después de media hora de trayecto, llegó a una casa situada junto a la encrucijada formada por la calle principal del barrio y la que conduce a la barrera de Pantin. Aquel lugar es aún hoy uno de los más desiertos de París. El cierzo, que pasaba por encima de las colinas de Saint-Chaumont y de Belleville, silbaba a través de las casas, o más bien, casuchas, diseminadas por aquel valle casi deshabitado cuyos setos son muros hechos de tierra y huesos. Aquel lugar desolado parecía el asilo natural de la miseria y de la desesperación.

El hombre que se empeñaba en perseguir a la pobre criatura lo bastante osada como para atravesar de noche aquellas calles silenciosas, pareció impresionado por el espectáculo que se ofrecía ante su vista. Permaneció pensativo, de pie y en actitud de duda, débilmente iluminado por un farol cuya luz indecisa horadaba apenas la niebla. El miedo le dio ojos a la anciana que creyó percibir algo siniestro en los rasgos del desconocido; sintió que sus terrores despertaban de nuevo, y aprovechó la especie de incertidumbre que detuvo a aquel hombre para deslizarse en la sombra hacia la puerta de la casa solitaria; accionó un resorte, y desapareció con rapidez fantasmagórica. El transeúnte, inmóvil, contemplaba aquella casa que seguía en cierto modo el modelo de las miserables viviendas de aquel arrabal. Aquella casucha vacilante estaba construida en sillería y revestida con una capa de yeso amarillento, tan agrietada, que se temía verla caer al más tenue empuje del viento. El tejado de tejas pardas y cubierto de musgo se hundía en numerosos puntos de forma que parecía que iba a derrumbarse bajo el peso de la nieve. Cada planta tenía tres ventanas, cuyos bastidores, podridos por la humedad y desunidos por la acción del sol, anunciaban que el frío debía penetrar en las habitaciones. Aquella casa aislada parecía una vieja torre que el tiempo hubiera olvidado destruir. Una débil luz iluminaba las tres ventanas que cortaban irregularmente la buhardilla por la que terminaba aquel pobre edificio, mientras que el resto de la casa se encontraba en completa oscuridad.

La anciana no subió sin esfuerzo la escalera empinada y tosca, a lo largo de la cual había que apoyarse en una cuerda a guisa de pasamanos; llamó sigilosamente a la puerta de la vivienda que se encontraba en la buhardilla, y se sentó precipitadamente en una silla que le presentó un anciano.

—¡Escóndase! ¡escóndase! —le dijo ella—. Aunque no salimos sino de tarde en tarde, nuestras gestiones son conocidas y nuestros pasos espiados.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó otra anciana sentada junto al fuego.

—El hombre que merodea en torno a la casa desde ayer me ha seguido esta noche.

Al oír aquellas palabras, los tres moradores de aquel tugurio se miraron dejando aparecer en sus rostros los signos de un profundo terror. El viejo fue el menos agitado de los tres, tal vez porque era el que corría más peligro. Cuando se está bajo el peso de

una gran desgracia o bajo el yugo de la persecución, un hombre valiente empieza, por así decirlo, por hacer el sacrificio de sí mismo, sólo considera sus días como otras tantas batallas ganadas al destino. Las miradas de las dos mujeres, fijas en el anciano, dejaban fácilmente adivinar que él era el único objeto de su gran solicitud.

—¿Por qué desesperar de Dios, hermanas? —dijo éste con una voz sorda pero llena de unción.— Cantábamos sus alabanzas en medio de los gritos que lanzaban los asesinos y los moribundos en el convento del Carmelo. Si Él quiso que me salvara de aquella carnicería fue sin duda porque me reservaba un destino que debo aceptar sin replicar. Dios protege a los suyos, y puede disponer de ellos a su gusto. Es de ustedes dos, y no de mí, de quien hay que ocuparse.

—No —dijeron las dos ancianas.

—Desde el momento en que me vi fuera de la abadía de Chelles, me considero muerta —exclamó una de las religiosas, la que estaba sentada en una esquina de la chimenea.

—Aquí están, —dijo la dama que acababa de llegar, tendiéndole la caja al sacerdote— aquí están las hostias. Pero —exclamó— oigo pasos en la escalera.

Al oírla, los tres se pusieron a escuchar, pero el ruido cesó.

—No se asusten —dijo el sacerdote— si alguien intenta llegar hasta nosotros. Una persona, con cuya fidelidad contamos, ha debido tomar medidas para pasar la frontera, y vendrá a buscar las cartas que he escrito al duque de Langeais y al marqués de Beauséant, con el fin de que se agencien la forma de arrancarlas a ustedes de este horrible país, de la muerte o de la miseria que aquí les espera.

—¿Usted no nos acompañará, pues? —exclamaron suavemente las dos religiosas manifestando una especie de desesperación.

—Mi lugar está allí donde hay víctimas —dijo el sacerdote con sencillez.

Ellas se callaron y miraron a su huésped con santa admiración.

—Hermana Marthe, —dijo dirigiéndose a la religiosa que había ido a buscar las hostias— el emisario deberá responder como contraseña *Fiat voluntas*, cuando se le diga *Hosanna*.

—¡Hay alguien en la escalera! —exclamó la otra religiosa abriendo un escondrijo hábilmente preparado por debajo del techo.

Esta vez fue fácil oír, en medio del más profundo silencio, los pasos de un hombre que hacían crujir los escalones cubiertos de las callosidades formadas por el barro endurecido. El sacerdote se introdujo con esfuerzo en una especie de armario, y la religiosa echó por encima de él unas cuantas ropas.

—Ya puede cerrar, hermana Agathe —dijo él con voz apagada.

Apenas se había escondido el sacerdote cuando tres golpes en la puerta hicieron sobresaltarse a las dos santas mujeres, que se consultaron con la mirada sin atreverse a pronunciar ni una sola palabra. Ambas parecían estar en torno a la sesentena. Separadas del mundo desde hacía cuarenta años, eran como dos plantas acostumbradas al ambiente de un invernadero, que se marchitan si se les saca de él. Acostumbradas a la vida del convento, no podían concebir otra. Una mañana en que sus rejas habían sido destruidas, al verse libres se estremecieron. Es fácil imaginar la especie de imbecilidad que los acontecimientos de la Revolución habían producido en sus almas inocentes. Incapaces de poner de acuerdo sus ideas claustrales con las dificultades de la vida, y sin comprender siquiera su situación, parecían niños bien cuidados hasta entonces y que, abandonados por la providencia materna, rezaban en lugar de gritar. Por lo que, ante el peligro que preveían en aquel instante, permanecieron mudas y pasivas al no conocer otra defensa que la resignación cristiana.

El hombre que quería entrar interpretó aquel silencio a su manera, abrió la puerta y se mostró de repente. Las dos religiosas se estremecieron al reconocer al personaje que, desde hacía veinticuatro horas, merodeaba en torno a su casa y preguntaba cosas acerca de ellas. Permanecieron inmóviles contemplándolo con curiosidad inquieta, como los niños salvajes examinan silenciosamente a los extranjeros. Era un hombre alto y robusto, pero no había nada en sus movimientos, en su expresión o en su fisonomía que indicara que era un mal hombre. Imitó la inmovilidad de las religiosas, y paseó su mirada lentamente por la habitación en la que se encontraba.

Dos esteras de paja, colocadas sobre planchas, servían de lecho a las dos religiosas. Una mesa sola se hallaba en medio de la habitación; había sobre ella un candelabro de cobre, algunos platos, tres cuchillos y un pan redondo. El fuego de la chimenea era modesto. Unos cuantos troncos de madera, amontonados en un rincón, evidenciaban además la pobreza de las dos reclusas. Los muros, enlucidos con una capa de pintura muy antigua, probaban el mal estado del techo, donde manchas parecidas a redes oscuras indicaban las filtraciones de las aguas de lluvia. Una reliquia, salvada sin duda del pillaje de la abadía de Chelles, adornaba la campana de la chimenea. Tres sillas, dos baúles y una mala cómoda completaban el mobiliario de aquella habitación. Una puerta practicada junto a la chimenea hacía pensar que había una segunda habitación. El inventario de aquella celda fue realizado con rapidez por el personaje que se había introducido bajo tan terribles auspicios en el seno de aquel hogar. Un sentimiento de conmiseración se dibujó en su rostro y echó una mirada de benevolencia a las dos mujeres, tan confuso al menos como ellas. El extraño silencio en el que permanecieron los tres duró poco, pues el desconocido terminó por adivinar la debilidad moral y la inexperiencia de aquellas dos pobres criaturas y entonces les dijo con un tono que intentó suavizar:

—No vengo como enemigo, ciudadana...

Se detuvo y, corrigiéndose, dijo:

—Hermanas, si les ocurre alguna desgracia, créanme que yo no habré contribuido a ella. Tengo que pedirles un favor...

Ellas guardaron silencio.

—Si las importuno, si ... las molesto, díganlo libremente... y me retiraré; pero sepan que les soy leal; que, si hay algún servicio que pueda hacerles, pueden utilizarme sin miedo, ya que yo sólo, tal vez, esté por encima de la ley.

Había tal acento de verdad en aquellas palabras que sor Agathe, la religiosa que pertenecía a la casa de Langeais, y cuyas maneras parecían anunciar que en otros tiempos había conocido el esplendor de las fiestas y respirado el ambiente de la Corte, se apresuró a indicar una de las sillas como para rogar a su visitante que se sentara. El desconocido manifestó una especie de alegría mezclada de tristeza al comprender aquel gesto y esperó para ocupar su asiento a que las dos respetables damas estuvieran sentadas.

—Han dado asilo —prosiguió— a un venerable sacerdote refractario, que ha escapado milagrosamente a las matanzas de carmelitas.

—¡Hosanna! —dijo la hermana Agathe interrumpiendo al extraño y mirándolo con una curiosidad inquieta.

—No se llama así, creo —contestó él.

—Pero, señor, —dijo vivamente la hermana Marthe—, nosotros no tenemos aquí a ningún sacerdote, y...

—Entonces habrá que tener un poco más cuidado y prevención —replicó dulcemente el extraño avanzando el brazo hacia la mesa y cogiendo de ella un breviario.— No creo que ustedes sepan latín, y... —No continuó pues la extraordinaria

emoción que se dibujó en la cara de las dos pobres religiosas le hizo temer haber ido demasiado lejos: estaban temblando y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tranquílcense —les dijo con voz franca— conozco el nombre de su huésped y los suyos, y desde hace tres días estoy enterado de su penuria y de su devoción por el venerable padre...

—¡Chut! —dijo ingenuamente sor Agathe poniéndose un dedo sobre los labios.

—Como ven, hermanas, si hubiera concebido el horrible plan de traicionarlos, ya habría podido realizarlo más de una vez...

Al oír aquellas palabras, el sacerdote se liberó de su escondrijo y reapareció en medio de la habitación.

—No creo, señor —dijo al desconocido— que sea usted uno de nuestros perseguidores, y me fío de usted: ¿qué quiere de mí?

La santa confianza del sacerdote, la nobleza derramada sobre todas sus facciones habrían desarmado a los asesinos. El misterioso personaje que había venido a animar aquella escena de miseria y de resignación contempló un momento el grupo formado por aquellos tres seres; luego, adoptó un tono de confianza, y se dirigió al sacerdote en estos términos:

—Padre, vengo a suplicarle que celebre una misa de difuntos por el eterno descanso del alma de... de un... de una persona consagrada, cuyo cuerpo no descansará jamás en tierra santa...

El sacerdote tembló involuntariamente. Las dos religiosas, que no comprendían aún de quien quería hablar el desconocido, permanecieron con el cuello tendido, la cara vuelta hacia los dos interlocutores y en actitud de curiosidad. El eclesiástico examinó al extraño: la ansiedad inequívoca dibujada sobre su rostro y su mirada expresaban ardientes súplicas.

—Bien, —respondió el sacerdote— vuelva a medianoche y estaré preparado para celebrar el único servicio fúnebre que podamos ofrecer como expiación del crimen...

El desconocido se estremeció, pero una satisfacción dulce y grave a la vez pareció triunfar por encima de un dolor secreto; y después de haber saludado respetuosamente al sacerdote y a las dos santas mujeres, desapareció manifestando una especie de mudo agradecimiento que fue comprendido por aquellas tres almas generosas.

Unas dos horas después de esta escena, el desconocido regresó, llamó discretamente a la puerta del desván, y fue introducido por la señorita de Beauséant, que lo condujo a la segunda habitación de aquel modesto tabuco, donde todo había sido preparado para la ceremonia. Entre dos conductos de chimenea, las dos religiosas habían transportado la vieja cómoda cuyos antiguos contornos estaban cubiertos por un magnífico frontal de altar de muaré verde. Un gran crucifijo de ébano y nácar colgado sobre una pared amarillenta hacía resaltar la desnudez de ésta y atraía necesariamente las miradas. Cuatro pequeñas velas finas que las hermanas habían logrado sujetar sobre aquel improvisado altar pegándolas sobre lacre, arrojaban un pálido resplandor mal reflejado en el muro. Aquella tenue luz apenas si iluminaba el resto de la habitación; pero, al no derramar su claridad sino sobre las cosas santas, parecía un rayo caído del cielo sobre aquel altar sin adornos. El suelo estaba húmedo. El techo que descendía rápidamente por los dos lados como en los desvanes, tenía algunas grietas por las que entraba un viento glacial. No había nada menos pomposo y, sin embargo, nada fue tal vez más solemne que aquella ceremonia. Un profundo silencio, que habría permitido oír el más mínimo grito proferido en la ruta de Alemania, esparcía una especie de majestad sombría sobre aquella escena nocturna. En fin, la grandeza de la acción contrastaba tan intensamente con la pobreza de las cosas, que de ello resultaba un sentimiento de temor religioso. A cada lado del altar, las dos viejas reclusas, arrodilladas sobre las baldosas

del suelo sin inquietarse por su mortal humedad, rezaban de acuerdo con el sacerdote que, revestido con ornamentos de pontifical, preparaba un cáliz de oro adornado de piedras preciosas, vaso sagrado salvado sin duda del pillaje de la abadía de Chelles. Junto a aquel cáliz, monumento de real munificencia, el agua y el vino destinados al santo sacrificio estaban contenidos en dos vasos apenas dignos de la más indigna taberna. Al carecer de misal, el sacerdote había colocado su breviario sobre una esquina del altar. Un plato común estaba dispuesto para el lavatorio de las manos inocentes y puras de sangre. Todo era inmenso, pero pequeño; pobre, pero noble; profano y santo a la vez.

El desconocido fue a arrodillarse devotamente entre las dos religiosas. Pero, de pronto, al ver el crespón en el cáliz y en el crucifijo, pues el sacerdote, al no disponer de nada para anunciar el destino de aquella misa fúnebre, había puesto de luto al mismo Dios, fue asaltado por un recuerdo tan intenso que se le formaron gotas de sudor sobre su dilatada frente. Los cuatro silenciosos actores de aquella escena se miraron entonces misteriosamente; luego sus almas, actuando a porfía unas sobre otras, se comunicaron así sus sentimientos y se confundieron en una religiosa conmiseración: parecía que su pensamiento hubiera evocado al mártir cuyos restos habían sido devorados por la cal viva, y que su sombra estuviera ante ellos en toda su real majestad. Celebraban un funeral sin el cuerpo del difunto. Bajo aquellas tejas y aquellos tablones desencajados, cuatro cristianos iban a interceder ante Dios por un Rey de Francia, y a hacer su entierro sin ataúd. Era la más pura de las abnegaciones, un sorprendente acto de fidelidad, realizado sin segundas intenciones. Fue sin duda, a los ojos de Dios, como el vaso de agua que se equipara a las mayores virtudes. Toda la monarquía estaba allí, en las oraciones de un sacerdote y dos pobres mujeres; pero tal vez también la Revolución estuviera representada por aquel hombre cuya cara mostraba demasiados remordimientos como para no creer que realizaba lo prescrito por un inmenso arrepentimiento.

En lugar de pronunciar las palabras latinas *Introibo ad altare Dei*, el sacerdote, por una inspiración divina, miró a los tres asistentes que representaban a la Francia cristiana y les dijo para borrar las miserias de aquel tugurio: «¡Vamos a entrar en el santuario de Dios!». Al oír aquellas palabras pronunciadas con penetrante unción, un santo temor se adueñó del asistente y de las dos religiosas. Bajo las bóvedas de San Pedro de Roma, Dios no se habría manifestado más majestuoso que lo hizo entonces en aquel asilo de la indigencia ante los ojos de aquellos cristianos, hasta tal punto es cierto que entre el hombre y Él todo intermediario parece innecesario y que no extrae su grandeza sino de sí mismo. El fervor del desconocido era sincero, por lo que el sentimiento que unía las oraciones de aquellos cuatro servidores de Dios y del Rey fue unánime. Las santas palabras resonaban como música celestial en mitad del silencio. Hubo un momento en el que las lágrimas se adueñaron del desconocido, fue en el *Pater noster*. El sacerdote le añadió esta oración latina que, sin duda, fue comprendida por el extraño: *Et remitte scelus regicidis sicut Ludovicus eis remisit semetipse* («Y perdonad a los regicidas, como Luis [XVI] él mismo los perdonó»). Las dos religiosas vieron dos gruesas lágrimas trazar un húmedo camino a lo largo de las masculinas mejillas del desconocido y caer sobre las baldosas. Se recitó el oficio de difuntos. El *Domine salvum fac regem*, cantado en voz baja enterneció a los fieles realistas que pensaron que el rey-niño, por el que rezaban en aquel momento al Altísimo, estaba cautivo entre las manos de sus enemigos. El desconocido tembló al pensar que pudiera cometerse aún un nuevo crimen en el que, sin duda, se vería obligado a participar.

Cuando concluyó el servicio fúnebre, el sacerdote hizo una señal a las dos religiosas, que se retiraron. Tan pronto como se encontró a solas con el desconocido, se dirigió hacia él con expresión dulce y triste; luego le dijo con voz paternal:

—Hijo mío, si ha manchado usted sus manos con la sangre del Rey mártir, desahóguese conmigo. No existe pecado que, a los ojos de Dios, no sea borrado por un arrepentimiento tan conmovedor y tan sincero como parece ser el suyo.

Ante las primeras palabras pronunciadas por el eclesiástico, el extraño dejó escapar un movimiento de terror involuntario; pero luego recuperó un aplomo sereno y miró con entereza al sacerdote sorprendido:

—Padre, —le dijo con voz visiblemente alterada— no hay nadie más inocente que yo de la sangre derramada...

—Debo creerlo —dijo el sacerdote. Hizo una pausa durante la cual examinó de nuevo a su penitente. Luego, insistiendo en tomarlo por uno de aquellos asustados partidarios de la Convención que entregaron una cabeza inviolable y sagrada, para poder conservar la suya, continuó con voz grave—: Piense, hijo mío, que para ser absuelto de ese gran crimen, no basta con no haber cooperado en él. Los que pudiendo defender al Rey, dejaron su espada dentro de la funda, tendrán que dar muchas cuentas ante el Rey de los cielos... ¡Oh! sí, —añadió el viejo sacerdote agitando la cabeza de derecha a izquierda con un movimiento expresivo— sí, ¡muchas cuentas!... pues al permanecer inactivos, se convirtieron en cómplices involuntarios de aquel horroroso delito...

—¿Cree usted, —preguntó el desconocido estupefacto— que una participación indirecta será castigada...? El soldado que mandó formar el pasillo ¿es pues culpable?

El sacerdote permaneció indeciso. Feliz del aprieto en el que ponía a aquel puritano de la realeza colocándolo entre el dogma de la obediencia pasiva que, según los partidarios de la monarquía, debe dominar los códigos militares, y el dogma igualmente importante que consagra el respeto debido a la persona de los reyes, el extraño se apresuró a ver en el titubeo del sacerdote una solución favorable a las dudas que parecían atormentarle. Luego, para no dejar al venerable jansenista reflexionar por más tiempo, le dijo:

—Me avergonzaría de ofrecerle cualquier tipo de estipendio por el servicio funerario que acaba usted de celebrar por el descanso del alma del Rey y en descargo de mi conciencia. Una cosa inestimable sólo puede pagarse con una ofrenda que sea también muy valiosa. Dígnese pues, padre, aceptar la donación de una santa reliquia... Un día llegará, tal vez, en el que usted comprenda todo su valor. —Y mientras pronunciaba estas palabras, el extraño tendía al eclesiástico una cajita extremadamente ligera. El sacerdote la cogió involuntariamente, por así decirlo; pues la solemnidad de las palabras de aquel hombre, el tono que empleó, el respeto con el que sostenía aquella caja lo había sumergido en una profunda sorpresa. Entonces entraron en la habitación donde los esperaban las dos religiosas.—Están ustedes —les dijo el desconocido— en una casa cuyo propietario, Mucius Scaevola, el yesero que vive en el primero, es célebre en la sección por su patriotismo; pero está secretamente ligado a los Borbones. Antaño fue montero del señor príncipe de Conti, al que debe su fortuna. Si no salen ustedes de su propiedad, estarán más seguros que en cualquier otro lugar de Francia. Permanezcan aquí. Almas piadosas velarán por que tengan cubiertas sus necesidades y puedan ustedes esperar sin peligro la llegada de tiempos menos malos. Dentro de un año, el 21 de enero... (al pronunciar estas últimas palabras no pudo disimular un movimiento involuntario), si adoptan este triste lugar como asilo, volveré a celebrar con ustedes otra misa expiatoria... —No terminó. Saludó a los mudos habitantes de la buhardilla, echó una última mirada a los indicios que evidenciaban su indigencia, y desapareció.

Para las dos inocentes religiosas, una aventura semejante tenía todo el interés de una novela. Por lo que, tan pronto como el venerable cura las puso al corriente del misterioso presente tan solemnemente entregado por aquel hombre, colocaron la cajita sobre la mesa y las tres caras inquietas, débilmente iluminadas por la lámpara, manifestaron una indescriptible curiosidad. La señorita de Langeais abrió la caja, y encontró en su interior un pañuelo de batista muy fina, con algunas manchas de sudor; pero al desdoblarlo vieron en él amplias manchas: «¡Es sangre!...» —dijo el sacerdote con voz profunda. Las dos hermanas dejaron caer la supuesta reliquia con horror. Para aquellas dos almas ingenuas, el misterio del que se rodeaba el extraño fue inexplicable. En cuanto al sacerdote, a partir de aquel día ni siquiera intentó explicárselo. Los tres prisioneros no tardaron en percatarse de que, pese al Terror, una mano poderosa se había extendido sobre ellos. En primer lugar, recibieron leña y provisiones; luego, las dos religiosas adivinaron que había una mujer asociada a su protector, cuando alguien les envió ropa interior y vestidos que podían permitirles salir sin destacarse por la moda aristocrática de los vestidos que se habían visto obligadas a conservar. Por fin Mucius Scaevola les dio dos carnets de seguridad. Con frecuencia les llegaban, por caminos indirectos, avisos imprescindibles para preservar la seguridad del sacerdote; y como aquellos consejos eran de gran oportunidad, no podían ser ofrecidos sino por una persona al corriente de los secretos de Estado. Pese a la hambruna que pesó sobre París, encontraron ante la puerta de su cuchitril raciones de pan blanco depositadas allí por manos invisibles. Sin embargo ellos creyeron reconocer a Mucius Scaevola como el misterioso agente de aquella beneficencia siempre tan ingeniosa como inteligente. Los nobles moradores del desván no podían dudar de que su protector no fuera el personaje que había ido a mandar celebrar la misa expiatoria la noche del 22 de enero de 1793; por lo que se transformó en el objeto de un culto muy particular para aquellos tres seres, que sólo esperaban en él y no vivían sino por él. Habían añadido por él oraciones especiales en sus preces. Mañana y noche, aquellas almas piadosas hacían votos por su felicidad, por su prosperidad, por su salvación. Suplicaban a Dios que alejara de él todas las asechanzas, que lo librara de sus enemigos y le concediera una larga y apacible vida. Su gratitud que, por así decirlo, se renovaba a diario, se alió necesariamente con un sentimiento de curiosidad que se hizo cada día más acuciante. Las circunstancias que habían acompañado a la aparición del extraño eran objeto de sus conversaciones, hacían mil conjeturas sobre él, y la distracción de la que él era el centro, era un favor de nueva clase para ellos. Y se prometían no permitir que el extraño escapara a su amistad la noche que volviera, según su promesa, para celebrar el triste aniversario de la muerte de Luis XVI.

La noche tan impacientemente esperada llegó por fin. A medianoche, el sonido de los pesados pasos del desconocido resonó en la vieja escalera de madera: la habitación había sido adornada para recibirlo, y el altar preparado. En esta ocasión las hermanas abrieron la puerta anticipadamente y las dos se apresuraron a iluminar la escalera. La señorita de Langeais bajó incluso algunos peldaños para ver antes a su bienhechor.

—Venga, —le dijo con voz emocionada y afectuosa— venga... lo estamos esperando.

El hombre levantó la cabeza, echó una mirada sombría a la religiosa, y no contestó; ella sintió como si le cayera encima un manto de hielo, pero guardó silencio. Al ver su aspecto, el agradecimiento y la curiosidad se esfumaron en los tres corazones. Estuvo tal vez menos frío, menos taciturno, menos terrible de lo que les pareció a aquellas almas a las que la exaltación de sus sentimientos impulsaba a efusiones de amistad. Los tres pobres prisioneros, que comprendieron que aquel hombre quería seguir siendo un extraño para ellos, tuvieron que resignarse. El sacerdote creyó observar en los labios el

desconocido una sonrisa, reprimida de inmediato, en el momento en el que vio los preparativos que habían hecho para recibirlo. Asistió a la misa y rezó; pero desapareció después de haber respondido con algunas frases de cortesía negativa a la invitación que le hizo la señorita de Langeais a compartir una pequeña colación que ella misma había preparado.

Tras el 9 thermidor, las religiosas y el padre Marolles pudieron salir por París sin correr el menor peligro. La primera salida del anciano sacerdote fue a la tienda de perfumería conocida como «La Reina de las flores», regentada por el ciudadano y la ciudadana Ragon, antiguos perfumeros de la Corte, que habían permanecido fieles a la familia real, y de los que se servían los vandeanos para mantener correspondencia con los príncipes y el comité realista de París. El sacerdote, vestido al estilo de la época, se encontraba en el umbral de aquella tienda, situada entre San Roque y la calle de los Frondeurs, cuando el gentío que inundaba la calle de San Honorato, le impidió salir.

—¿Qué sucede? —preguntó a la señora Ragon.

—No es nada —respondió ella—; es la carreta y el verdugo que van a la plaza Luis XV. Desgraciadamente los hemos visto con demasiada frecuencia durante el último año, pero hoy, cuatro días después del aniversario del 21 de enero, se puede mirar este horrible cortejo sin pena, pues se trata de la ejecución de los cómplices de Robespierre: se han defendido tanto como han podido, pero al final les ha llegado su hora.

El gentío que llenaba la calle de San Honorato pasó como una oleada y, por encima, el padre Marolles, cediendo a un movimiento de curiosidad, vio de pie, sobre la carreta, al que tres días antes se había arrodillado junto a las religiosas.

—¿Quién es... el que...? —preguntó.

—Es el verdugo —contestó el señor Ragon nombrando al ejecutor de altas funciones por su nombre monárquico.

—¡Amigo mío! ¡amigo mío! —gritó la señora Ragon dirigiéndose a su marido,— el señor cura se muere. Y la anciana señora cogió un frasco de vinagre para hacer volver en sí al anciano sacerdote desvanecido.

—Él me dio —dijo— el pañuelo con el que el rey se había limpiado la frente cuando iba al martirio... ¡Pobre hombre!... ¡el cuchillo de acero tuvo corazón cuando Francia carecía de él...!

Los perfumeros creyeron que el pobre sacerdote estaba delirando.

París, enero 1831.

El elixir de larga vida

L'Élixir de longue vie, (1830)

Al lector⁴: al comienzo de su carrera literaria recibió el autor; de manos de un amigo muerto hacía tiempo, el tema de esta obra, que más tarde encontró en una antología a principios de este siglo; y, según sus conjeturas, se trata de una fantasía creada por Hoffmann de Berlín, publicada en algún almanaque alemán y olvidada por sus editores. La Comédie Humaine es lo suficientemente original para que el autor pueda confesar una copia inocente; como La Fontaine, ha tratado a su manera, y sin saberlo, un hecho ya contado. Esto no ha sido una broma como estaba de moda en 1830, época en la que todo autor escribía cosas atroces para complacer a las jovencitas. Cuando el lector llegue al elegante parricidio de don Juan, intente adivinar cuál sería la conducta, en situaciones más o menos semejantes, de gentes honestas que en el siglo XIX toman dinero de rentas vitalicias con la excusa de un catarro, o que alquilan una casa a una anciana por el resto de sus días. ¿Resucitarían a sus arrendatarios? Desearía que «pesadores–jurados» examinasen concienzudamente qué grado de similitud puede existir entre don Juan y los padres que casan a sus hijos por interés. La sociedad humana, que según algunos filósofos avanza por una vía de progreso, ¿considera como un paso hacia el bien el arte de esperar pasar a mejor vida? Esta ciencia ha creado oficios honestos, por medio de los cuales se vive de la muerte. Algunas personas tienen como ocupación la de esperar un fallecimiento, la abrigan, se acurrucan cada mañana sobre el cadáver, lo convierten en almohada por la noche: se trata de los coadjutores, cardenales supernumerarios, tontineros⁵, etc. Hay que añadir gente elegante presurosa por comprar una propiedad cuyo precio sobrepasa sus posibilidades, pero que consideran lógica y fríamente el tiempo de vida que les queda a sus padres o a sus suegras, octogenarias o septuagenarias, diciendo: «Antes de tres años heredaré seguramente, y entonces...». Un asesino nos desagrade menos que un espía. El asesino lo es quizá por un arrebato de locura, puede arrepentirse, ennoblecer. Pero el espía es siempre un espía; es espía en la cama, en la mesa, andando, de noche, de día; es vil a cada momento, ¿qué es, pues, ser un asesino, cuando un espía es vil? Pues bien, ¿no acabamos de reconocer que hay en la sociedad unos seres que llevados por nuestras leyes, por nuestras costumbres y nuestros hábitos piensan sin cesar en la muerte de los suyos y la codician? Sopesan lo que vale un ataúd mientras compran cachemira para sus mujeres, subiendo la escalera del teatro, queriendo ir a la Comedia o deseando un coche. Asesinan en el momento en que tos seres queridos, llenos de inocencia, les dan a besar por la noche frentes infantiles, mientras dicen:

⁴ Esta dedicatoria data de 1846. El cuento apareció por vez primera en octubre de 1830 en la Revue de Paris

⁵ La Tontina es una especie de lotería que asegura a los últimos supervivientes la totalidad de las apuestas. La más célebre era la de Lafarge, donde cotizó durante mucho tiempo el padre de Balzac.

–Buenas noches, padre.

A todas horas ven los ojos que quisieran cerrar; y que cada mañana se abren a la luz como el de Belvídero en esta obra. ¡Sólo Dios sabe el número de parricidios que se cometen con el pensamiento! Imaginemos a un hombre que tiene que pagar mil escudos de renta vitalicia a una anciana, y que ambos viven en el campo, separados por un riachuelo, pero tan extraños uno a otro como para poderse odiar cordialmente, sin faltar a las humanas conveniencias que colocan una máscara sobre el rostro de dos hermanos, de los cuales uno obtendrá el mayorazgo y otro una legitimación. Toda la civilización europea reposa en la herencia como sobre un eje, sería una locura suprimirla; pero, ¿no se podría hacer como con las máquinas que son el orgullo de nuestra época, es decir; perfeccionar el engranaje principal?

Si el autor ha conservado la vieja fórmula AL LECTOR en una obra en la que se trata de representar todas las formas literarias, es para incluir una observación relativa a algunos trabajos, y sobre todo a éste. Cada una de sus composiciones está basada en ideas más o menos nuevas cuya expresión le parece útil, puede haber considerado la prioridad de ciertas fórmulas, de ciertos pensamientos que, más tarde, han pasado al campo literario, y una vez allí quizá se han vulgarizado. Las fechas de la publicación primitiva de cada obra no deben, pues, serles indiferentes a aquellos lectores que quieran hacerles justicia.

La lectura proporciona amigos desconocidos y ¡qué amigo, el lector! tenemos amigos conocidos que no leen nada nuestro. El autor espera haber pagado su deuda dedicando esta obra DIIS IGNOTIS⁶.

En un suntuoso palacio de Ferrara, agasajaba don Juan Belvídero una noche de invierno a un príncipe de la casa de Este. En aquella época, una fiesta era un maravilloso espectáculo de riquezas reales de que únicamente un gran señor podía disponer. Sentadas en torno a una mesa iluminada con velas perfumadas conversaban suavemente siete alegres mujeres, en medio de obras de arte cuyos blancos mármoles destacaban en las paredes de estuco rojo y contrastaban con las ricas alfombras de Turquía. Vestidas de satén, resplandecientes de oro y cargadas de piedras preciosas que brillaban menos que sus ojos, todas contaban pasiones enérgicas, pero tan diferentes unas de otras como lo eran sus bellezas. No diferían ni en las palabras, ni en las ideas; el aire, una mirada, algún gesto, el tono, servían a sus palabras como comentarios libertinos, lascivos, melancólicos o burlones.

Una parecía decir:

–Mi belleza sabe reanimar el corazón helado de un hombre viejo.

Otra:

–Adoro estar recostada sobre los almohadones pensando con embriaguez en aquellos que me adoran.

Una tercera, debutante en aquel tipo de fiestas, parecía ruborizarse:

–En el fondo de mi corazón siento remordimientos –decía–. Soy católica, y temo al infierno. Pero os amo tanto ¡tanto! que podría sacrificaros la eternidad.

La cuarta, apurando una copa de vino de Quío, exclamaba:

–¡Viva la alegría! Con cada aurora tomo una nueva existencia. Olvidada del pasado, ebria aún del encuentro de la víspera, agoto todas las noches una vida de felicidad, una vida llena de amor.

⁶ A los dioses desconocidos. (*Hechos de los Apóstoles*, XVII, 23.)

La mujer sentada junto a Belvídero le miraba con los ojos llameantes. Guardaba silencio.

–¡No me confiaría a unos espadachines para matar a mi amante, si me abandonara! –después había reído; pero su mano convulsa hacía añicos una bombonera de oro milagrosamente esculpida.

–¿Cuándo serás Gran Duque? –preguntó la sexta al príncipe, con una expresión de alegría asesina en los dientes y de delirio báquico en los ojos.

–¿Y cuándo morirá tu padre? –dijo la séptima riendo y arrojando su ramillete de flores a don Juan con un gesto ebrio y alocado. Era una inocente jovencita acostumbrada a jugar con las cosas sagradas.

–¡Ah, no me habléis de ello! –exclamó el joven y hermoso don Juan Belvídero–. ¡Sólo hay un padre eterno en el mundo, y la desgracia ha querido que sea yo quien lo tenga!

Las siete cortesanas de Ferrara, los amigos de don Juan y el mismo príncipe lanzaron un grito de horror. Doscientos años más tarde y bajo Luis XV las gentes de buen gusto hubieran reído ante esta ocurrencia. Pero, tal vez al comienzo de una orgía las almas tienen aún demasiada lucidez. A pesar de la luz de las velas, las voces de las pasiones, de los vasos de oro y de plata, el vapor de los vinos, a pesar de la contemplación de las mujeres más arrebatadoras, quizás había aún, en el fondo de los corazones, un poco de vergüenza ante las cosas humanas y divinas, que lucha hasta que la orgía la ahoga en las últimas ondas de un vino espumoso. Sin embargo, los corazones estaban ya marchitos, torpes los ojos, y la embriaguez llegaba, según la expresión de Rabelais, hasta las sandalias. En aquel momento de silencio se abrió una puerta, y, como en el festín de Belsasar⁷, Dios hizo acto de presencia y apareció bajo la forma de un viejo sirviente de pelo blanco, andar vacilante y de ceño contraído. Entró con una expresión triste; con una mirada marchitó las coronas, las copas bermejas, las torres de fruta, el brillo de la fiesta, el púrpura de los rostros sorprendidos, y los colores de los cojines arrugados por el blanco brazo de las mujeres; finalmente, puso un crespón de luto a toda aquella locura, diciendo con voz cavernosa estas sombrías palabras:

–Señor; vuestro padre se está muriendo.

Don Juan se levantó haciendo a sus invitados un gesto que bien podría traducirse por un: «Lo siento, esto no pasa todos los días».

¿Acaso la muerte de un padre no sorprende a menudo a los jóvenes en medio de los esplendores de la vida, en el seno de las locas ideas de una orgía? La muerte es tan repentina en sus caprichos como una cortesana en sus desdenes; pero más fiel, pues nunca engañó a nadie.

Cuando don Juan cerró la puerta de la sala y enfiló una larga galería tan fría como oscura, se esforzó por adoptar una actitud teatral pues, al pensar en su papel de hijo, había arrojado su alegría junto con su servilleta. La noche era negra. El silencioso sirviente que conducía al joven hacia la cámara mortuoria alumbraba bastante mal a su amo, de modo que la Muerte, ayudada por el frío, el silencio, la oscuridad, y quizá por la embriaguez, pudo deslizarse algunas reflexiones en el alma de este hombre disipado; examinó su vida y se quedó pensativo, como un procesado que se dirige al tribunal.

Bartolomé Belvídero, padre de don Juan, era un anciano nonagenario que había pasado la mayor parte de su vida dedicado al comercio. Como había atravesado con frecuencia las talismánicas regiones de Oriente, había adquirido inmensas riquezas y una sabiduría más valiosa, decía, que el oro y los diamantes, que ahora ya no le preocupaban lo más mínimo.

⁷ En el festín de Belsasar, último rey de Babilonia, apareció su destino en el muro escrito con letras de fuego. (*Daniel*, V, 1-30)

–Prefiero un diente a un rubí, y el poder al saber –exclamaba a veces sonriendo.

Aquel padre bondadoso gustaba de oír contar a don Juan alguna locura de su juventud y decía en tono jovial, prodigándole el oro:

–Querido hijo, haz sólo tonterías que te diviertan.

Era el único anciano que se complacía en ver a un hombre joven, el amor paterno engañaba a su avanzada edad en la contemplación de una vida tan brillante. A la edad de sesenta años Belvídero se había enamorado de un ángel de paz y de belleza. Don Juan había sido el único fruto de este amor tardío y pasajero. Desde hacía quince años, este hombre lamentaba la pérdida de su amada Juana. Sus numerosos sirvientes y también su hijo atribuyeron a este dolor de anciano las extrañas costumbres que adoptó. Confinado en el ala más incómoda de su palacio, salía raramente, y ni el mismo don Juan podía entrar en las habitaciones de su padre sin haber obtenido permiso. Si aquel anacoreta voluntario iba y venía por el palacio, o por las calles de Ferrara, parecía buscar alguna cosa que le faltase; caminaba soñador, indeciso, preocupado como un hombre en conflicto con una idea o un recuerdo. Mientras el joven daba fiestas suntuosas y el palacio retumbaba con el estallido de su alegría, los caballos resoplaban en el patio y los pajes discutían jugando a los dados en las gradas, Bartolomé comía siete onzas de pan al día y bebía agua. Si tomaba algo de carne era para darle los huesos a un perro de aguas, su fiel compañero. Jamás se quejaba del ruido. Durante su enfermedad, si el sonido del cuerno de caza y los ladridos de los perros le sorprendían, se limitaba a decir: «¡ah, es don Juan que vuelve!». Nunca hubo en la tierra un padre tan indulgente. Por otra parte, el joven Belvídero, acostumbrado a tratarle sin ceremonias, tenía todos los defectos de un niño mimado. Vivía con Bartolomé como vive una cortesana caprichosa con un viejo amante, disculpando sus impertinencias con una sonrisa, vendiendo su buen humor; y dejándose querer. Reconstruyendo con un solo pensamiento el cuadro de sus años jóvenes, don Juan se dio cuenta de que le sería difícil echar en falta la bondad de su padre. Y sintiendo nacer remordimientos en el fondo de su corazón mientras atravesaba la galería, estuvo próximo a perdonar a Belvídero por haber vivido tanto tiempo. Le venían sentimientos de piedad filial del mismo modo que un ladrón se convierte en un hombre honrado por el posible goce de un millón bien robado. Cruzó pronto las altas y frías salas que constituían los aposentos de su padre. Tras haber sentido los efectos de una atmósfera húmeda, respirado el aire denso, el rancio olor que exhalaban viejas tapicerías y armarios cubiertos de polvo, se encontró en la antigua habitación del anciano, ante un lecho nauseabundo junto a una chimenea casi apagada. Una lámpara, situada sobre una mesa de forma gótica, arrojaba sobre el lecho, en intervalos desiguales, capas de luz más o menos intensas, mostrando de este modo el rostro del anciano siempre bajo un aspecto diferente. Silbaba el frío a través de las ventanas mal cerradas; y la nieve, azotando las vidrieras, producía un ruido sordo. Aquella escena, contrastaba de tal modo con la que don Juan acababa de abandonar; que no pudo evitar un estremecimiento. Después tuvo frío, cuando al acercarse al lecho un violento resplandor empujado por un golpe de viento iluminó la cabeza de su padre: sus rasgos estaban descompuestos, la piel pegada a los huesos tenía tintes verdosos que la blancura de la almohada sobre la que reposaba el anciano hacía aún más horribles. Contraída por el dolor; la boca entreabierta y desprovista de dientes dejaba pasar algunos suspiros cuya lúgubre energía era sostenida por los aullidos de la tempestad. A pesar de tales signos de destrucción, brillaba en aquella cabeza un increíble carácter de poder. Un espíritu superior que combatía a la muerte. Los ojos hundidos por la enfermedad guardaban una singular fijeza. Parecía que Bartolomé buscaba con su mirada moribunda a un enemigo sentado al pie de su cama para matarlo. Aquella mirada, fija y fría, era más escalofriante por cuanto que la cabeza permanecía en una

inmovilidad semejante a la de los cráneos situados sobre la mesa de los médicos. Su cuerpo, dibujado por completo por las sábanas del lecho, permitía ver que los miembros del anciano guardaban la misma rigidez. Todo estaba muerto menos los ojos. Los sonidos que salían de su boca tenían también algo de mecánico.

Don Juan sintió una cierta vergüenza al llegar junto al lecho de su padre moribundo conservando un ramillete de cortesana en el pecho, llevando el perfume de la fiesta y el olor del vino.

–¡Te divertías! –exclamó el anciano cuando vio a su hijo.

En el mismo momento, la voz fina y ligera de una cantante que hechizaba a los invitados, reforzada por los acordes de la viola con la que se acompañaba, dominó el bramido del huracán y resonó en la cámara fúnebre. Don Juan no quiso oír aquel salvaje asentimiento.

Bartolomé dijo:

–No te quiero aquí, hijo mío.

Aquella frase llena de dulzura lastimó a don Juan, que no perdonó a su padre semejante puñalada de bondad.

–¡Qué remordimientos, padre! –dijo hipócritamente.

–¡Pobre Juanito! –continuó el moribundo con voz sorda–, ¿tan bueno he sido para ti que no desees mi muerte?

–¡Oh! –exclamó don Juan–, ¡si fuera posible devolverte a la vida dándote parte de la mía! («cosas así pueden decirse siempre, ¡es como si ofreciera el mundo a mi amante!»).

Apenas concluyó este pensamiento cuando ladró el viejo perro de aguas. Aquella voz inteligente hizo que don Juan se estremeciera, pues creyó haber sido comprendido por el perro.

–Ya sabía, hijo mío, que podía contar contigo –exclamó el moribundo–, viviré. Podrás estar contento. Viviré, pero sin quitarte un sólo día que te pertenezca.

«Delira», se dijo a sí mismo don Juan. Luego añadió en voz alta:

–Sí, padre querido, viviréis ciertamente, porque vuestra imagen permanecerá en mi corazón.

–No se trata de esa vida –dijo el noble anciano, reuniendo todas sus fuerzas para incorporarse, porque le sobrecogió una de esas sospechas que sólo nacen en la cabecera de los moribundos–. Escúchame, hijo –continuó con la voz debilitada por este último esfuerzo–, no tengo yo más ganas de morirme que tú de prescindir de amantes, vino, caballos, halcones, perros y oro.

«Estoy seguro de ello», pensó el hijo arrodillándose a la cabecera de la cama y besando una de las manos cadavéricas de Bartolomé.

–Pero –continuó en voz alta–, padre, padre querido, hay que someterse a la voluntad de Dios.

–Dios soy yo –replicó el anciano refunfuñando.

–No blasfeméis –dijo el joven viendo el aire amenazador que tomaban los rasgos de su padre–. Guardaos de hacerlo, habéis recibido la Extremaunción, y no podría hallar consuelo viéndoos morir en pecado.

–¿Quieres escucharme? –exclamó el moribundo, cuya boca crujió.

Don Juan cedió. Reinó un horrible silencio. Entre los grandes silbidos de la nieve llegaron aún los acordes de la viola y la deliciosa voz, débiles como un día naciente. El moribundo sonrió.

–Te agradezco el haber invitado a cantantes, haber traído música. ¡Una fiesta!, mujeres jóvenes y bellas, blancas y de negros cabellos. Todos los placeres de la vida, haz que se queden. Voy a renacer.

–Es el colmo del delirio –dijo don Juan.

–He descubierto el medio de resucitar. Mira, busca en el cajón de la mesa; podrás abrirlo apretando un resorte que hay escondido por el Grifo.

–Ya está, padre.

–Bien, coge un pequeño frasco de cristal de roca.

–Aquí está.

–He empleado veinte años en... –en aquel instante, el anciano sintió próximo el final y reunió toda su energía para decir–: Tan pronto como haya exhalado el último suspiro, me frotarás todo el cuerpo con esta agua, y renaceré.

–Pues hay bastante poco –replicó el joven.

Si bien Bartolomé ya no podía hablar; tenía aún la facultad de oír y de ver, y al oír esto, su cabeza se volvió hacia don Juan con un movimiento de escalofriante brusquedad, su cuello se quedó torcido como el de una estatua de mármol a quien el pensamiento del escultor ha condenado a mirar de lado, sus ojos, más grandes, adoptaron una espantosa inmovilidad. Estaba muerto, muerto perdiendo su única, su última ilusión. Buscando asilo en el corazón de su hijo encontró una tumba más honda que las que los hombres cavan habitualmente a sus muertos. Sus cabellos se habían erizado también por el horror; y su mirada convulsa hablaba aún. Era un padre saliendo con rabia de un sepulcro para pedir venganza a Dios.

–¡Vaya!, se acabó el buen hombre –exclamó don Juan.

Presuroso por acercarse al misterioso cristal a la luz de la lámpara como un bebedor examina su botella al final de la comida, no había visto blanquear el ojo de su padre. El perro contemplaba con la boca abierta alternativamente a su amo muerto y el elixir; del mismo modo que don Juan miraba, ora a su padre, ora al frasco. La lámpara arrojaba ráfagas ondulantes. El silencio era profundo, la viola había enmudecido. Belvídoro se estremeció creyendo ver moverse a su padre. Intimidado por la expresión rígida de sus ojos acusadores los cerró del mismo modo que hubiera bajado una persiana abatida por el viento en una noche de otoño. Permaneció de pie, inmóvil, perdido en un mundo de pensamientos. De repente, un ruido agrio, semejante al grito de un resorte oxidado, rompió el silencio. Don Juan, sorprendido, estuvo a punto de dejar caer el frasco. De sus poros brotó un sudor más frío que el acero de un puñal. Un gallo de madera pintada surgió de lo alto de un reloj de pared, y cantó tres veces. Era una de esas máquinas ingeniosas, con la ayuda de las cuales se hacían despertar para sus trabajos a una hora fija los sabios de la época. El alba enrojecía ya las ventanas. Don Juan había pasado diez horas reflexionando. El viejo reloj de pared era más fiel a su servicio que él en el cumplimiento de sus deberes hacia Bartolomé. Aquel mecanismo estaba hecho de madera, poleas, cuerdas y engranajes, mientras que don Juan poseía uno particular al hombre, llamado corazón. Para no arriesgarse a perder el misterioso licor; el escéptico don Juan volvió a colocarlo en el cajón de la mesita gótica. En tan solemne momento oyó un tumulto sordo en la galería: eran voces confusas, risas ahogadas, pasos ligeros, el roce de las sedas, el ruido en fin de un alegre grupo que se recoge. La puerta se abrió y el príncipe, los amigos de don Juan, las siete cortesanas y las cantantes aparecieron en el extraño desorden en que se encuentran las bailarinas sorprendidas por la luz de la mañana, cuando el sol lucha con el fuego palideciente de las velas. Todos iban a darle al joven heredero el pésame de costumbre.

–¡Oh, oh!, ¿se habrá tomado el pobre don Juan esta muerte en serio? –dijo el príncipe al oído de la Brambilla.

–Su padre era un buen hombre –le respondió ella.

Sin embargo, las meditaciones nocturnas de don Juan habían impreso a sus rasgos una expresión tan extraña que impuso silencio a semejante grupo.

Los hombres permanecieron inmóviles. Las mujeres, que tenían los labios secos por el vino y las mejillas cárdenas por los besos, se arrodillaron y comenzaron a rezar. Don Juan no pudo evitar estremecerse viendo cómo el esplendor; las alegrías, las risas, los cantos, la juventud, la belleza, el poder, todo lo que es vida, se postraba así ante la muerte. Pero, en aquella adorable Italia la vida disoluta y la religión se acoplaban por entonces tan bien, que la religión era un exceso, y los excesos una religión. El príncipe estrechó afectuosamente la mano de don Juan, y después, todos los rostros adoptaron simultáneamente el mismo gesto, mitad de tristeza mitad de indiferencia, y aquella fantasmagoría desapareció, dejando la sala vacía. Ciertamente era una imagen de la vida. Mientras bajaban las escaleras le dijo el príncipe a la Rivabarella:

–Y bien, ¿quién habría creído a don Juan un fanfarrón impío? ¡Ama a su padre!

–¿Os habéis fijado en el perro negro? –preguntó la Brambilla.

–Ya es inmensamente rico –dijo suspirando Blanca Cavatolino.

–¡Y eso qué importa! –exclamó la orgullosa Baronesa, aquella que había roto la bombonera.

–¿Cómo que qué importa? –exclamó el duque–. ¡Con sus escudos él es tan príncipe como yo!

Don Juan, en un principio, asediado por mil pensamientos, dudaba ante varias decisiones. Después de haber examinado el tesoro amasado por su padre, volvió a la cámara mortuoria con el alma llena de un tremendo egoísmo. Encontró allí a toda la servidumbre ocupada en adornar el lecho fúnebre en el cual iba a ser expuesto al día siguiente el difunto señor; en medio de una soberbia capilla ardiente, curioso espectáculo que toda Ferrara vendría a admirar. Don Juan hizo un gesto y sus gentes se detuvieron, sobrecogidos, temblorosos.

–Dejadme solo aquí –dijo con voz alterada– y no entréis hasta que yo salga.

Cuando los pasos del anciano sirviente que salió el último sólo sonaron débilmente en las losas, cerró don Juan precipitadamente la puerta, y seguro de su soledad exclamó:

–¡Veamos!

El cuerpo de Bartolomé estaba acostado en una larga mesa. Con el fin de evitar a los ojos de todos el horrible espectáculo de un cadáver al que una decrepitud extrema y la debilidad asemejaban a un esqueleto, los embalsamadores habían colocado una sábana sobre el cuerpo, envolviéndole todo menos la cabeza. Aquella especie de momia yacía en el centro de la habitación, y la sábana, amplia, dibujaba vagamente las formas, aun así duras, rígidas y heladas. El rostro tenía ya amplias marcas violeta que mostraban la necesidad de terminar el embalsamamiento. A pesar del escepticismo que le acompañaba, don Juan tembló al destapar el mágico frasco de cristal. Cuando se acercó a la cabecera un temblor estuvo a punto de obligarle a detenerse. Pero aquel joven había sido sabiamente corrompido, desde muy pronto, por las costumbres de una corte disoluta; un pensamiento digno del duque de Urbino le otorgó el valor que agujoneaba su viva curiosidad; pareció como si el diablo le hubiera susurrado estas palabras que resonaron en su corazón: «¡impregna un ojo!». Tomó un paño y, después de haberlo empapado con parsimonia en el precioso licor; lo pasó lentamente sobre el párpado derecho del cadáver. El ojo se abrió.

–¡Ah! ¡Ah! –dijo don Juan apretando el frasco en su mano como se agarra en sueños la rama de la que colgamos sobre un precipicio.

Veía un ojo lleno de vida, un ojo de niño en una cabeza de muerto, donde la luz temblaba en un joven fluido, y, protegida por hermosas pestañas negras, brillaba como ese único resplandor que el viajero percibe en un campo desierto en las noches de invierno. Aquel ojo resplandeciente parecía querer arrojarse sobre don Juan, pensaba, acusaba, condenaba, amenazaba, juzgaba, hablaba, gritaba, mordía. Todas las pasiones

humanas se agitaban en él. Eran las más tiernas súplicas: la cólera de un rey, luego, el amor de una joven pidiendo gracia a sus verdugos; la mirada que lanza un hombre a los hombres al subir el último escalón del patíbulo. Tanta vida estallaba en aquel fragmento de vida, que don Juan retrocedió espantado, paseó por la habitación sin atreverse a mirar aquel ojo, que veía de nuevo en el suelo, en los tapices. La estancia estaba sembrada de puntos llenos de fuego, de vida, de inteligencia. Por todas partes brillaban ojos que ladraban a su alrededor.

—¡Bien podría haber vivido cien años! —exclamó sin querer cuando, llevado ante su padre por una fuerza diabólica, contemplaba aquella chispa luminosa.

De repente, aquel párpado inteligente se cerró y volvió a abrirse bruscamente, como el de una mujer que consiente. Si una voz hubiera gritado: «¡Sí!», don Juan no se hubiera asustado más.

«¿Qué hacer?», pensaba. Tuvo el valor de intentar cerrar aquel párpado blanco. Sus esfuerzos fueron vanos.

—¿Reventarlo? ¿Sería acaso un parricidio? —se preguntaba.

—Sí —dijo el ojo con un guiño de una sorprendente ironía.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Aquí hay brujería! —exclamó don Juan, y se acercó al ojo para reventarlo. Una lágrima rodó por las mejillas hundidas del cadáver; y cayó en la mano de Belvídero—. ¡Está ardiendo! —gritó sentándose.

Aquella lucha le había fatigado como si hubiera combatido contra un ángel, como Jacob.

Finalmente se levantó diciendo para sí:

«¡Mientras no haya sangre...!» Luego, reuniendo todo el valor necesario para ser cobarde, reventó el ojo aplastándolo con un paño, pero sin mirar. Un gemido inesperado, pero terrible, se hizo oír. El pobre perro de aguas expiró aullando.

«¿Sabría él el secreto?», se preguntó don Juan mirando al fiel animal.

Don Juan Belvídero pasó por un hijo piadoso. Levantó sobre la tumba de su padre un monumento y confió la realización de las figuras a los artistas más célebres de su tiempo. Sólo estuvo completamente tranquilo el día en que la estatua paterna, arrodillada ante la Religión, impuso su enorme peso sobre aquella fosa, en el fondo de la cual enterró el único remordimiento que hubiera rozado su corazón en los momentos de cansancio físico. Haciendo inventario de las inmensas riquezas amasadas por el viejo orientalista, don Juan se hizo avaro. ¿Acaso no tenía dos vidas humanas para proveer de dinero? Su mirada, profunda y escrutadora, penetró en el principio de la vida social y abrazó mejor al mundo, puesto que lo veía a través de una tumba. Analizó a los hombres y las cosas para terminar de una vez con el Pasado, representado por la Historia; con el Presente, configurado por la Ley; con el Futuro, desvelado por las Religiones. Tomó el alma y la materia, las arrojó en un crisol, no encontró nada, y desde entonces se convirtió en DON JUAN.

Dueño de las ilusiones de la vida, se lanzó, joven y hermoso, a la vida, despreciando al mundo, pero apoderándose del mundo. Su felicidad no podía ser una felicidad burguesa que se alimenta con un hervido diario, con un agradable calentador de cama en invierno, una lámpara de noche y unas pantuflas nuevas cada trimestre. No; se asió a la existencia como un mono que coge una nuez y, sin entretenerse largo tiempo, despoja sabiamente las envolturas del fruto, para degustar la sabrosa pulpa. La poesía y los sublimes arrebatos de la pasión humana no le interesaban. No cometió el error de otros hombres poderosos que, imaginando que las almas pequeñas creen en las grandes almas, se dedican a intercambiar los más altos pensamientos del futuro con la calderilla de nuestras ideas vitalicias. Bien podía, como ellos, caminar con los pies en la tierra y la cabeza en el cielo; pero prefería sentarse y secar bajo sus besos más de un labio de

mujer joven, fresca y perfumada; porque, al igual que la Muerte, allí por donde pasaba devoraba todo sin pudor; queriendo un amor posesivo, un amor oriental de placeres largos y fáciles. Amando sólo a la mujer en las mujeres, hizo de la ironía un cariz natural de su alma. Cuando sus amantes se servían de un lecho para subir a los cielos donde iban a perderse en el seno de un éxtasis embriagador, don Juan las seguía, grave, expansivo, sincero, tanto como un estudiante alemán sabe serlo. Pero decía YO cuando su amante, loca, extasiada decía NOSOTROS. Sabía dejarse llevar por una mujer de forma admirable. Siempre era lo bastante fuerte como para hacerle creer que era un joven colegial que dice a su primera compañera de baile: «¿Te gusta bailar?», también sabía enrojecer a propósito, y sacar su poderosa espada y derribar a los comendadores. Había burla en su simpleza y risa en sus lágrimas, pues siempre supo llorar como una mujer cuando le dice a su marido: «Dame un séquito o me moriré enferma del pecho».

Para los negociantes, el mundo es un fardo o una mesa de billetes en circulación; para la mayoría de los jóvenes, es una mujer; para algunas mujeres, es un hombre; para ciertos espíritus es un salón, una camarilla, un barrio, una ciudad; para don Juan, el universo era él. Modelo de gracia y de belleza, con un espíritu seductor; amarró su barca en todas las orillas; pero, haciéndose llevar; sólo iba allí adonde quería ser llevado. Cuanto más vivió, más dudó. Examinando a los hombres, adivinó con frecuencia que el valor era temeridad; la prudencia, cobardía; la generosidad, finura; la justicia, un crimen; la delicadeza, una necedad; la honestidad, organización; y, gracias a una fatalidad singular; se dio cuenta de que las gentes honestas, delicadas, justas, generosas, prudentes y valerosas, no obtenían ninguna consideración entre los hombres. «¡Qué broma tan absurda!» –se dijo–. «No procede de un dios.» Y entonces, renunciando a un mundo mejor; jamás se descubrió al oír pronunciar un nombre, y consideró a los santos de piedra de las iglesias como obras de arte. Pero también, comprendiendo el mecanismo de las sociedades humanas, no contradecía en exceso los prejuicios, puesto que no era tan poderoso como el verdugo, pero daba la vuelta a las leyes sociales con la gracia y el ingenio tan bien expresados en su escena con el Señor Dimanche⁸. Fue, en efecto, el tipo de Don Juan de Molière, del Fausto de Goethe, del Manfred de Byron y del Melmoth de Maturin. Grandes imágenes trazadas por los mayores genios de Europa, y a las que no faltarán quizá ni los acordes de Mozart ni la lira de Rossini. Terribles imágenes que el principio del mal, existente en el hombre, eterniza y del cual se encuentran copias cada siglo: bien porque este tipo entra en conversaciones humanas encarnándose en Mirabeau; bien porque se conforma con actuar en silencio como Bonaparte; o de comprimir el mundo en una ironía como el divino Rabelais; o, incluso, se ría de los seres en lugar de insultar a las cosas como el mariscal de Richelieu; o que se burle a la vez de los hombres y de las cosas como el más célebre de nuestros embajadores.

Pero la profunda jovialidad de don Juan Belvídero precedió a todos ellos. Se rió de todo. Su vida era una burla que abarcaba hombres, cosas, instituciones e ideas. En lo que respecta a la eternidad, había conversado familiarmente media hora con el papa Julio II, y al final de la charla le había dicho riendo:

–Si es absolutamente preciso elegir prefiero creer en Dios a creer en el diablo; el poder unido a la bondad ofrece siempre más recursos que el genio del mal.

–Sí, pero Dios quiere que se haga penitencia en este mundo.

–¿Siempre pensáis en vuestras indulgencias? –respondió Belvídero–. ¡Pues bien!, tengo reservada toda una existencia para arrepentirme de las faltas de mi primera vida.

⁸ Molière, *Don Juan*, IV, 3.

–¡Ah! si es así como entiendes la vejez –exclamó el papa– corres el riesgo de ser canonizado.

–Después de vuestra ascensión al papado, puede creerse todo.

Fueron entonces a ver a los obreros que estaban construyendo la inmensa basílica consagrada a San Pedro.

–San Pedro es el hombre de genio que dejó constituido nuestro doble poder –dijo el papa a don Juan–, merece este monumento. Pero, a veces, por la noche, pienso que un silencio borraré todo esto y habrá que volver a empezar...

Don Juan y el papa se echaron a reír; se habían entendido bien. Un necio habría ido a la mañana siguiente a divertirse con Julio II a casa de Rafael o a la deliciosa Villa Madame⁹, pero Belvídero acudió a verle officiar pontificalmente para convencerse de todas sus dudas. En un momento libertino, la Rovera hubiera podido desdecirse y comentar el Apocalipsis.

Sin embargo, esta leyenda no tiene por objeto el proporcionar material a aquellos que deseen escribir sobre la vida de don Juan, sino que está destinada a probar a las gentes honestas que Belvídero no murió en un duelo con una piedra como algunos litógrafos quieren hacer creer.

Cuando don Juan Belvídero alcanzó la edad de sesenta años, se instaló en España. Allí, ya anciano, se casó con una joven y encantadora andaluza. Pero, tal y como lo había calculado, no fue ni buen padre ni buen esposo. Había observado que no somos tan tiernamente amados como por las mujeres en las que nunca pensamos. Doña Elvira, educada santamente por una anciana tía en lo más profundo de Andalucía, en un castillo a pocas leguas de Sanlúcar, era toda gracia y devoción. Don Juan adivinó que aquella joven sería del tipo de mujer que combate largamente una pasión antes de ceder; y por ello pensó poder conservarla virtuosa hasta su muerte. Fue una broma seria, un jaque que se quiso reservar para jugarlo en sus días de vejez. Fortalecido con los errores cometidos por su padre Bartolomé, don Juan decidió utilizar los actos más insignificantes de su vejez para el éxito del drama que debía consumarse en su lecho de muerte. De este modo, la mayor parte de su riqueza permaneció oculta en los sótanos de su palacio de Ferrara, donde raramente iba. Con la otra mitad de su fortuna estableció una renta vitalicia para que le produjera intereses durante su vida, la de su mujer y la de sus hijos, astucia que su padre debiera haber practicado. Pero semejante maquiavélica especulación no le fue muy necesaria. El joven Felipe Belvídero, su hijo, se convirtió en un español tan concienzudamente religioso como impío era su padre, quizás en virtud del proverbio: a padre avaro, hijo pródigo.

El abad de Sanlúcar fue elegido por don Juan para dirigir la conciencia de la duquesa de Belvídero y de Felipe. Aquel eclesiástico era un hombre santo, admirablemente bien proporcionado, alto, de bellos ojos negros y una cabeza al estilo de Tiberio, cansada por el ayuno, blanca por la mortificación y diariamente tentada como son tentados todos los solitarios. Quizás esperaba el anciano señor matar a algún monje antes de terminar su primer siglo de vida. Pero, bien porque el abad fuera tan fuerte como podía serlo el mismo don Juan, bien porque doña Elvira tuviera más prudencia o virtud de la que España le otorga a las mujeres, don Juan fue obligado a pasar sus últimos días como un viejo cura rural, sin escándalos en su casa. A veces, sentía placer si encontraba a su mujer o a su hijo faltando a sus deberes religiosos, y les exigía realizar todas las obligaciones impuestas a los fieles por el tribunal de Roma. En fin, nunca se sentía tan feliz como cuando oía al galante abad de Sanlúcar; a doña Elvira y a Felipe discutir sobre un caso de conciencia. Sin embargo, a pesar de los cuidados que

⁹ Una de las más célebres de Roma, empezada según los planos de Rafael y decorada por Julio Romano.

don Juan Belvídero prodigaba a su persona, llegaron los días de decrepitud; con la edad del dolor llegaron los gritos de impotencia, gritos tanto más desgarradores cuanto más ricos eran los recuerdos de su ardiente juventud y de su voluptuosa madurez. Aquel hombre, cuyo grado más alto de burla era inducir a los otros a creer en las leyes y principios de los que él se mofaba, se dormía por las noches pensando en un quizás. Aquel modelo de elegancia, aquel duque, vigoroso en las orgías, soberbio en la corte, gentil para con las mujeres cuyos corazones había retorcido como un campesino retuerce una vara de mimbre, aquel hombre ingenio, tenía una pituita pertinaz, una molesta ciática y una gota brutal. Veía cómo sus dientes le abandonaban, al igual que se van, una a una, las más blancas damas, las más engalanadas, dejando el salón desierto. Finalmente, sus atrevidas manos temblaron, sus esbeltas piernas se tambalearon, y una noche, la apoplejía le aprisionó sus manos corvas y heladas. Desde aquel fatal día se volvió taciturno y duro. Acusaba la dedicación de su mujer y de su hijo, pretendiendo en ocasiones que sus emotivos cuidados y delicadezas le eran así prodigados porque había puesto su fortuna en rentas vitalicias. Elvira y Felipe derramaban entonces lágrimas amargas y doblaban sus caricias al malicioso viejo, cuya voz cascada se volvía afectuosa para decirles:

«Queridos míos, querida esposa, ¿me perdonáis, verdad? Os atormento un poco. ¡Ay, gran Dios! ¿cómo te sirves de mí para poner a prueba a estas dos celestes criaturas? Yo, que debiera ser su alegría, soy su calamidad». De este modo les encadenó a la cabecera de su cama, haciéndoles olvidar meses enteros de impaciencia y crueldad por una hora en que les prodigaba los tesoros, siempre nuevos, de su gracia y de una falsa ternura. Paternal sistema que resultó infinitamente mejor que el que su padre había utilizado en otro tiempo con él.

Por fin llegó a un grado tal de enfermedad en que, para acostarle, había que manejarle como una falúa que entra en un canal peligroso. Luego, llegó el día de la muerte. Aquel brillante y escéptico personaje de quien sólo el entendimiento sobrevivía a la más espantosa de las destrucciones, se vio entre un médico y un confesor; los dos seres que le eran más antipáticos. Pero estuvo jovial con ellos. ¿Acaso no había para él una luz brillante tras el velo del porvenir? Sobre aquella tela, para unos de plomo, diáfana para él, jugaban como sombras las arrebatadoras delicias de la juventud.

Era una hermosa tarde cuando don Juan sintió la proximidad de la muerte. El cielo de España era de una pureza admirable, los naranjos perfumaban el aire, las estrellas destilaban luces vivas y frescas, parecía que la naturaleza le daba pruebas ciertas de su resurrección, un hijo piadoso y obediente le contemplaba con amor y respeto. Hacia las once, quiso quedarse solo con aquel cándido ser.

—Felipe —le dijo con una voz tan tierna y afectuosa que hizo estremecerse y llorar de felicidad al joven.

Nunca antes había pronunciado así «Felipe» aquel padre inflexible.

—Escúchame, hijo mío —continuó el moribundo—. Soy un gran pecador. Durante mi vida, también he pensado en mi muerte. En otro tiempo, fui amigo del gran papa Julio

El ilustre pontífice temió que la excesiva exaltación de mis sentidos me hiciese cometer algún pecado mortal entre el momento de expirar y de recibir los santos óleos; me regaló un frasco con el agua bendita que mana entre las rocas, en el desierto. He mantenido el secreto de este despilfarro del tesoro de la Iglesia, pero estoy autorizado a revelar el misterio a mi hijo, in articulo mortis. Encontrarás el frasco en el cajón de esa mesa gótica que siempre ha estado en la cabecera de mi cama... El precioso cristal podrá servirte aún, querido Felipe. Júrame por tu salvación eterna que ejecutarás puntualmente mis órdenes.

Felipe miró a su padre. Don Juan conocía demasiado la expresión de los sentimientos humanos como para no morir en paz bajo el testimonio de aquella mirada, como su padre había muerto en la desesperanza de su propia mirada.

–Tú merecías otro padre –continuó don Juan–. Me atrevo a confesarte, hijo mío, que en el momento en que el venerable abad de Sanlúcar me administraba el viático, pensaba en la incompatibilidad de los dos poderes, el del diablo y el de Dios.

–¡Oh, padre!

–Y me decía a mí mismo que, cuando Satán haga su paz, tendrá que acordar el perdón de sus partidarios, para no ser un gran miserable. Esta idea me persigue. Iré, pues al infierno, hijo mío, si no cumples mi voluntad.

–¡Oh, decídmela pronto, padre!

–Tan pronto como haya cerrado los ojos –continuó don Juan–, unos minutos después, cogerás mi cuerpo, aún caliente, y lo extenderás sobre una mesa, en medio de la habitación. Después apagarás la luz. El resplandor de las estrellas deberá ser suficiente. Me despojarás de mis ropas, rezarás padrenuestros y avemarías elevando tu alma a Dios y humedecerás cuidadosamente con esta agua santa mis ojos, mis labios, toda mi cabeza primero, y luego sucesivamente los miembros y el cuerpo; pero, hijo mío, el poder de Dios es tan grande, que no deberás asombrarte de nada.

Entonces, don Juan, que sintió llegar la muerte, añadió con voz terrible:

–Coge bien el frasco.

Y expiró dulcemente en los brazos de su hijo, cuyas abundantes lágrimas bañaron su rostro irónico y pálido.

Era cerca de medianoche cuando don Felipe Belvídero colocó el cadáver de su padre sobre la mesa. Después de haber besado su frente amenazadora y sus grises cabellos, apagó la lámpara. La suave luz producida por la claridad de la luna cuyos extraños reflejos iluminaban el campo, permitió al piadoso Felipe entrever indistintamente el cuerpo de su padre como algo blanco en medio de la sombra. El joven impregnó un paño en el licor que, sumido en la oración, ungió fielmente aquella cabeza sagrada en un profundo silencio. Oía estremecimientos indescriptibles, pero los atribuía a los juegos de la brisa en la cima de los árboles. Cuando humedeció el brazo derecho sintió que un brazo fuerte y vigoroso le cogía el cuello, ¡el brazo de su padre! Profirió un grito desgarrador y dejó caer el frasco, que se rompió. El licor se evaporó. Las gentes del castillo acudieron, provistos de candelabros, como si la trompeta del juicio final hubiera sacudido el universo. En un instante, la habitación estuvo llena de gente. La multitud temblorosa vio a don Felipe desvanecido, pero retenido por el poderoso brazo de su padre, que le apretaba el cuello. Después, cosa sobrenatural, los asistentes contemplaron la cabeza de don Juan tan joven y tan bella como la de Antínoo; una cabeza con cabellos negros, ojos brillantes, boca bermeja y que se agitaba de forma escalofriante, sin poder mover el esqueleto al que pertenecía. Un anciano servidor gritó:

–¡Milagro! –Y todos los españoles repitieron–: ¡Milagro!

Doña Elvira, demasiado piadosa como para admitir los misterios de la magia, mandó buscar al abad de Sanlúcar. Cuando el prior contempló con sus propios ojos el milagro, decidió aprovecharlo, como hombre inteligente y como abad, para aumentar sus ingresos. Declarando enseguida que don Juan sería canonizado sin ninguna duda, fijó la apoteósica ceremonia en su convento, que en lo sucesivo se llamaría, dijo, San–Juan–de–Lúcar. Ante estas palabras, la cabeza hizo un gesto jocoso.

El gusto de los españoles por este tipo de solemnidades es tan conocido que no resultan difíciles de creer las hechicerías religiosas con que el abad de Sanlúcar celebró el traslado del bienaventurado don Juan Belvídero a su iglesia. Días después de la muerte del ilustre noble, el milagro de su imperfecta resurrección era tan comentado de

un pueblo a otro, en un radio de más de cincuenta leguas alrededor de Sanlúcar, que resultaba cómico ver a los curiosos en los caminos; vinieron de todas partes, engolosinados por un Te Deum con antorchas. La antigua mezquita del convento de Sanlúcar; una maravillosa edificación construida por los moros, cuyas bóvedas escuchaban desde hacía tres siglos el nombre de Jesucristo sustituyendo al de Alá, no pudo contener a la multitud que acudía a ver la ceremonia. Apretados como hormigas, los hidalgos con capas de terciopelo y armados con sus espadas, estaban de pie alrededor de las columnas, sin encontrar sitio para doblar sus rodillas, que sólo se doblaban allí. Encantadoras campesinas, cuyas basquiñas dibujaban las amorosas formas, daban su brazo a ancianos de cabellos blancos. Jóvenes con ojos de fuego se encontraban junto a ancianas mujeres adornadas. Había, además, parejas estremecidas de placer, novias curiosas acompañadas por sus bienamados; recién casados; niños que se cogían de la mano, temerosos. Allí estaba aquella multitud, llena de colorido, brillante en sus contrastes, cargada de flores, formando un suave tumulto en el silencio de la noche. Las amplias puertas de la iglesia se abrieron. Aquellos que, retardados, se quedaron fuera, veían de lejos, por las tres puertas abiertas, una escena tan pavorosa de decoración a la que nuestras modernas óperas sólo podrían aproximarse débilmente. Devotos y pecadores, presurosos por alcanzar la gracia del nuevo santo, encendieron en su honor millares de velas en aquella amplia iglesia, resplandores interesados que concedieron un mágico aspecto al monumento. Las negras arcadas, las columnas y sus capiteles, las capillas profundas y brillantes de oro y plata, las galerías, las figuras sarracenas recortadas, los más delicados trazos de tan delicada escultura se dibujaban en aquella luz excesiva, como caprichosas figuras que se forman en un brasero al rojo. Era un océano de fuego, dominado al fondo de la iglesia por un coro dorado, donde se levantaba el altar mayor, cuya gloria habría podido rivalizar con la de un sol naciente. En efecto, el esplendor de las lámparas de oro, de los candelabros de plata, de los estandartes, de las borlas, de los santos y de los exvotos, palidecía ante el relicario en que se encontraba don Juan. El cuerpo del impío resplandecía de pedrería, de flores, cristales, diamantes, oro y plumas tan blancas como las alas de un serafín, y sustituía en el altar a un retablo de Cristo. A su alrededor brillaban numerosos cirios que lanzaban al aire ondas llameantes. El abad de Sanlúcar, adornado con los hábitos pontificios, con su mitra enriquecida de piedras preciosas, su roqueta, su báculo de oro, estaba sentado, rey del coro, en un sillón de un lujo imperial, en medio del clero compuesto por impasibles ancianos de cabellos plateados, revestidos de albas finas y que le rodeaban semejantes a los santos confesores que los pintores agrupan alrededor del Eterno. El gran chantre y los dignatarios del cabildo, adornados con las brillantes insignias de sus vanidades eclesiásticas, iban y venían en el seno de las nubes formadas por el incienso, semejantes a los astros que ruedan en el firmamento. Cuando llegó la hora del triunfo, las campanas despertaron los ecos del campo, y aquella inmensa asamblea lanzó a Dios el primer grito de alabanza con que comienza el Te Deum.

¡Sublime grito! Eran voces puras y ligeras, voces de mujeres en éxtasis unidas a las voces graves y fuertes de los hombres, de millares de voces tan poderosas, que el órgano no dominó el conjunto, a pesar del mugir de sus tubos. Sólo las agudas notas de la voz joven de los niños del coro y los amplios acentos de algunos bajos, suscitaron ideas graciosas, dibujaron la infancia y la fuerza en este arrebatador concierto de voces humanas confundidas en un sentimiento de amor.

—Te Deum laudamus!

Aquel canto salía del seno de la catedral negra de mujeres y hombres arrodillados, semejante a una luz que brilla de pronto en la noche; y se rompió el silencio como por el estallido de un trueno. Las voces ascendieron con nubes de incienso que arrojaban

entonces velos diáfanos y azulados sobre las fantasías maravillosas de la arquitectura. Todo era riqueza, perfume, luz y melodía. En el instante en que aquella música de amor y de reconocimiento se concentró en el altar, don Juan, demasiado educado como para no dar las gracias, demasiado espiritual, por no decir burlón, respondió con una espantosa carcajada y se acomodó en su relicario. Pero el diablo le hizo pensar en el riesgo que corría de ser tomado por un hombre ordinario, un santo, un Bonifacio, un Pantaleón. Turbó aquella melodía de amor con un aullido al que se unieron las mil voces del infierno. La tierra bendecía, el cielo maldecía. La iglesia tembló en sus antiguos cimientos.

–*Te Deum laudamus!* –decía la asamblea.

–¡Al diablo todos!, ¡sois unas bestias! ¡Dios! Dios!, ¡carajos demonios¹⁰!, ¡animales, sois unos estúpidos con vuestro viejo Dios!

Y un torrente de imprecaciones discurrió como un río de lava ardiente en una erupción del Vesubio.

–*Deus sabaoth, sabaoth!* –gritaron los cristianos.

–¡Insultáis la majestad del infierno! contestó don Juan con un rechinar de dientes.

Pronto pudo el brazo viviente salir por encima del relicario y amenazó a la asamblea con gestos de desesperación e ironía.

–El santo nos bendice –dijeron las viejas mujeres, los niños y los novios, gentes crédulas.

Así somos frecuentemente engañados en nuestras adoraciones. El hombre superior se burla de los que le elogian y elogia en ocasiones a aquellos de los que se burla en el fondo de su corazón.

Cuando el abad arrodillado ante el altar cantaba:

–*Sancte Johannes, ora pro nobis* –entendió claramente:

–Oh, *coglione!*

–¿Qué pasa ahí arriba? –exclamó el deán al ver moverse el relicario.

–El santo dice diabluras –respondió el abad. Entonces, aquella cabeza viviente se separó violentamente del cuerpo que ya no vivía y cayó sobre el cráneo amarillo del oficiante.

–¡Acuérdate de doña Elvira! –gritó la cabeza devorando la del abad.

Éste profirió un horrible grito que turbó la ceremonia. Todos los sacerdotes corrieron y rodearon a su soberano.

–¡Imbécil! ¿y dices que hay un Dios? –gritó la voz en el momento en que el abad, mordido en su cerebro, expiraba.

París, octubre 1830.

¹⁰ En español en el original.

Facino Cane

Facino Cane, 1836

*A LUISE, como un testimonio
de afectuoso reconocimiento.*

Yo vivía entonces en una callecita que usted no conoce sin duda, la rue de Lesdiguières: comienza en la rue Saint-Antoine, frente a una fuente cerca de la plaza de la Bastilla y desemboca en la rue de La Cerisaie. El amor de la ciencia me había depositado en una buhardilla donde trabajaba durante la noche, y pasaba el día en una biblioteca vecina, la de Monseñor. Vivía frugalmente, había aceptado todas las condiciones de la vida monástica, tan necesaria a los trabajadores. Cuando hacía buen tiempo, apenas me paseaba sobre el bulevar Bourdon. Una sola pasión me llevaba fuera de mis hábitos estudiosos; ¿pero eso no es igualmente estudiar? Iba a observar las costumbres del barrio, sus habitantes y sus caracteres. Tan mal vestido como los obreros, indiferente al decoro, no los ponía en guardia contra mí; podía mezclarme en sus grupos, verlos cerrar sus negocios, y disputándose a la hora en que salían del trabajo. En mí la observación se había vuelto ya intuitiva, penetraba el alma sin olvidar el cuerpo; o más bien aprehendía tan bien los detalles exteriores, que iba de inmediato más allá; ella me daba la facultad de vivir la vida del individuo sobre la cual se ejercía, permitiéndome sustituirme por él como el derviche de las Mil y una Noches tomaba el cuerpo y el alma de las personas sobre las cuales pronunciaba ciertas palabras.

Cuando, entre las once y medianoche, me topaba con un obrero y su mujer regresando juntos del Ambigu-Comique, me divertía siguiéndolos desde el bulevar del Pont-aux-Choux hasta el bulevar Beaumarchais. Aquellas bravas gentes hablaban primero de la obra que habían visto; de una cosa en otra, llegaban a lo que los interesaba; la madre le halaba la mano a su hijo, sin escuchar ni sus quejas ni sus pedidos; los dos esposos contaban el dinero que les sería pagado al día siguiente, lo gastaban de veinte maneras diferentes.

Se trataba entonces de los detalles domésticos, del malestar por el precio excesivo de las patatas, o por la duración del invierno y el encarecimiento de la leña, de las manifestaciones enérgicas sobre lo que le debían al panadero; en fin, de las discusiones que se envenenaban, y en las que cada uno de ellos desplegaba su carácter en palabras pintorescas. Escuchando a aquellas personas, yo podía identificarme con su vida, sentía sus harapos sobre la espalda, metía los pies en sus zapatos rotos; sus deseos, sus necesidades, todo pasaba en mi alma, o mi alma pasaba a las suyas. Era el sueño de un hombre despierto. Me dejaba llevar con ellos contra los jefes de taller que los tiranizaban, o contra las malas prácticas que los hacían regresar varias veces sin pago.

Abandonar sus hábitos, convertirse en otro distinto por la embriaguez de las facultades morales, y jugar ese juego a voluntad, tal era mi distracción. ¿A qué debo ese don? ¿Se trata de una segunda visión? ¿Es una de esas cualidades cuyo abuso lleva a la locura? No he buscado nunca las causas de este poder; lo poseo y de él me sirvo, eso es todo. Baste saber que, desde esa época, yo había aislado los elementos de esta masa heterogénea llamada el pueblo, que la había analizado con la idea de poder evaluar sus cualidades, buenas o malas. Sabía ya de qué utilidad podría ser ese barrio, ese seminario de revoluciones que encierra a los héroes, a los inventores, a las prácticas sapientes, a los bribones, a los bandidos, a las virtudes y a los vicios, todos comprimidos por la miseria,

asfixiados por la necesidad, ahogados en el vino, gastados por los licores fuertes. ¡No podemos imaginar cuántas aventuras perdidas, cuántos dramas olvidados en esta ciudad de dolor! ¡Cuántas horribles y bellas cosas! La imaginación no alcanzará nunca la verdad que se esconde allí y que nadie puede ir a descubrir; hay que descender demasiado bajo para encontrar esas admirables escenas o trágicas o cómicas, obras maestras engendradas por el azar. No sé cómo he esperado tanto tiempo para dar a conocer la historia que voy a contar, ella hace parte de esos relatos curiosos que se quedaron en el saco de donde la memoria los extrae caprichosamente como si fueran números de lotería: tengo muchos otros, tan singulares como éste, igualmente sumergidos; pero ya les llegará su turno, créanme.

Un día mi criada, la mujer de un obrero, vino a pedirme que honrase con mi presencia la boda de una de sus hermanas. Para intentar comprender lo que podía ser esta boda hay que decir que yo daba cuarenta céntimos por mes a esta pobre criatura, que venía todas las mañanas a arreglar mi cama, limpiar mi calzado, cepillar mis trajes, barrer la habitación y preparar mi almuerzo; durante el resto del tiempo ella iba a dar manivela a una máquina, y ganaba en ese duro oficio diez céntimos por día. Su marido, un ebanista, ganaba cuatro francos. Pero como la pareja tenía tres hijos, podían apenas honestamente ganar el pan. Nunca he encontrado probidad más sólida que la de este hombre y esta mujer. Cuando me marché del barrio, durante cinco años, la madre Vaillant ha venido a desearme felicidades trayéndome un ramo de flores y naranjas, ella que no tenía nunca diez céntimos de ahorros. La miseria nos había acercado. Nunca he podido darle otra cosa que diez francos, a menudo tomados en préstamo para esta circunstancia. Esto puede explicar mi promesa de ir a la boda, contaba con refugiarme en la dicha de esas pobres gentes.

El festín, el baile, todo tuvo lugar en casa de un comerciante de vino de la rue de Charenton, en el primer piso, en una gran habitación iluminada por lámparas con reflectores en hierro blanco, colgadas de un papel grasoso a la altura de las mesas, y a lo largo de los muros de la cual había bancos de madera. En esta habitación, ochenta personas endomingadas, rodeadas de ramos y de cintas, todas animadas por el espíritu de la Pequeña Corte, el rostro iluminado, bailaban como si el mundo se fuera a acabar. Los casados se besaban para satisfacción general, y se escuchaban los ¡he! ¡he!, los ¡ha! ¡ha! jocosos pero realmente no más indecentes que las tímidas miradas furtivas de las jovencitas bien criadas. Todo ese mundo expresaba un contento brutal que tenía no sé qué de comunicativo.

Pero ni las fisonomías de esta asamblea, ni la boda, ni nada de ese mundo atañe a mi historia. Retengamos solamente lo extraño del cuadro. ¡Retengamos bien la boutique innoble y pintada en rojo, sintamos el olor del vino, escuchemos los aullidos de esta dicha, permanzcamos en ese barrio, en medio de esos obreros, de esos ancianos, de esas pobres mujeres libradas al placer de una noche!

La orquesta se componía de tres ciegos de la asociación de los Trescientos; el primero era violín, el segundo clarinete, y el tercero octavín. A los tres les habían pagado en bloque siete francos por la noche. Por ese precio, es cierto, no daban ni Rossini, ni Beethoven, tocaban lo que querían y lo que podían; nadie les hacía reproches, ¡encantadora delicadeza! Su música atacaba tan brutalmente el tímpano, que después de haber paseado los ojos sobre la asamblea, miré al trío de ciegos, y estuve en principio dispuesto a la indulgencia al reconocer su uniforme. Los artistas estaban en la alfeizar de una ventana; para distinguir sus fisonomías, era preciso por lo tanto estar cerca de ellos: no lo noté de inmediato; pero cuando me acerqué, no sé por qué, todo quedó dicho, la boda y su música desaparecieron, mi curiosidad fue excitada en el más alto grado, pues mi alma pasó al cuerpo del clarinetista. El violín y el octavín tenían

ambos figuras vulgares, la figura tan conocida del ciego, llena de contención, atenta y grave; pero la del clarinete era uno de esos fenómenos que detienen de repente al artista y al filósofo.

Figurémonos la máscara en yeso de Dante, iluminada por el resplandor rojizo del quinqué, y coronada por un bosque de cabellos de un blanco plateado. La expresión amarga y dolorosa de esta magnífica cabeza se agrandaba por la ceguera, pues los ojos muertos revivían por el pensamiento; de ellos escapaba un como resplandor quemante, producido por un deseo único, incesante, enérgicamente inscrito sobre una frente abombada que atravesaban arrugas semejantes a los cimientos de un viejo muro. El anciano soplaba al azar, sin poner la menor atención a la medida ni al aire, sus dedos bajaban o se elevaban, agitaban las viejas clavijas por un hábito maquinal, no se molestaba en hacer lo que se llama canards en términos de orquesta, los bailarines no se daban cuenta más que los dos acólitos de mi italiano; pues yo quería que fuese un italiano, y era un italiano.

¡Algo de grande y de despótico se encontraba en ese viejol Homero que guardaba en sí mismo una Odisea condenada al olvido. Era una grandeza tan real que triunfaba incluso sobre su abyección, era un despotismo tan vivaz que dominaba la pobreza. Ninguna de las violentas pasiones que conducen al hombre al bien como al mal, hacen de él un forzado o un héroe, faltaban a ese rostro noblemente esculpido, lívidamente italiano, sombreado por cejas grisesas que proyectaban su sombra sobre las cavidades profundas en las que se temblaba al ver reaparecer la luz del pensamiento, como se teme ver venir a la boca de una caverna algunos bandidos armados de antorchas y puñales. Existía un león en esta jaula de carne, un león cuya rabia se hubiera inútilmente agotado contra el hierro de sus barrotes. El incendio de la desesperanza se había extinguido en sus cenizas, la lava se había enfriado; pero los surcos, los trastornos, un poco de humo daban fe de la violencia de la erupción, de los estragos del fuego. Esas ideas, despertadas por el aspecto de este hombre, estaban tan calientes en mi alma como frías sobre su figura.

Entre cada contradanza, el violín y el octavín, seriamente ocupados por su vaso y su botella, colgaban su instrumento del botón de su levita rojiza, avanzaban la mano sobre una mesita colocada en el alfeizar de la ventana donde estaba su cantina, y ofrecían siempre al italiano un vaso lleno que él no podía tomar por sí mismo, pues la mesa se encontraba detrás de su silla; cada vez, el clarinete les agradecía con un signo de cabeza amistoso. Sus movimientos se cumplían con esa precisión que sorprende siempre entre los ciegos de los Trescientos, y que parece hacer creer que ven. Me acerqué a los tres ciegos para escucharlos; pero cuando estuve cerca de ellos, me estudiaron, no reconocieron sin duda la naturaleza obrera, y se callaron.

—¿De qué país es usted, usted el que toca el clarinete?

—De Venecia, contestó el ciego con un ligero acento italiano.

—¿Nació usted ciego, o es usted ciego por...?

—Por accidente, contestó vivamente, una maldita gota serena.

—Venecia es una bella ciudad, siempre he tenido la fantasía de ir allí.

La fisonomía del anciano se animó, sus arrugas se agitaron, se emocionó violentamente.

—Si yo fuera con usted, usted no perdería su tiempo, me dijo.

—No le hable de Venecia, me dijo el violín, o nuestro dogo va a comenzar su perorata; ¡y eso que ya tiene dos botellas en el tarro, el príncipe!

—Vamos, adelante, padre Canard, dijo el octavín.

Los tres se pusieron a tocar; pero durante el tiempo que les llevó ejecutar las cuatro contradanzas, el veneciano me olfateaba, adivinaba el excesivo interés que yo le

dedicaba. Su fisonomía abandonó su fría expresión de tristeza; no sé qué esperanza suavizó todos sus rasgos, se deslizó como una llama azul en sus arrugas; sonrió, y se limpió la frente, esa frente audaz y terrible; finalmente se puso alegre como un hombre que monta sobre su caballo.

—¿Qué edad tiene usted? —le pregunté.

—¡Ochenta y dos años!

—¿Desde cuándo es usted ciego?

—Pronto serán ya cincuenta años —contestó con un acento que anunciaba que sus lamentos no recaían solamente sobre la pérdida de su vista, sino sobre algún gran poder del cual habría sido despojado.

—¿Por qué entonces le llaman el dogo? —le pregunté.

—¡Ah! una farsa, me dijo, yo soy patricio de Venecia, y habría sido dogo como cualquier otro.

—¿Cómo se llama usted, entonces?

—Aquí, me dijo, padre Canet. Mi nombre nunca ha podido ser escrito de otro modo sobre los registros; pero, en italiano, es Marco Facino Cane, príncipe de Varese.

—¿Cómo? Usted descende del famoso condotiero Facino Cane del cual las conquistas han pasado a los duques de Milán?

—E vero, me dijo. En ese tiempo, para no ser asesinado por los Visconti, el hijo de Cane se refugió en Venecia y se hizo inscribir sobre el Libro de oro. Pero ahora no hay más Cane que libro—. E hizo un gesto aterrador de patriotismo extinguido y de disgusto por las cosas humanas.

—Pero si usted fue senador de Venecia, debe ser rico; ¿cómo ha podido usted perder su fortuna?

A esta pregunta alzó la cabeza hacia mí, como para contemplarme con un movimiento verdaderamente trágico, y me contestó:

—¡En las desgracias!

No pensó más en la bebida, rechazó con un gesto el vaso de vino que le tendió en ese momento el viejo octavín, luego bajó la cabeza. Esos detalles no eran los más apropiados para extinguir mi curiosidad. Durante la contradanza que tocaron los tres instrumentos, yo contemplaba al viejo noble veneciano con los sentimientos que devoran a un hombre de veinte años. Yo veía Venecia y el Adriático, los veía en ruinas sobre esta figura arruinada. Me paseaba por esa ciudad tan querida por sus habitantes, iba del Rialto al Gran Canal, del muelle de los Esclavos al Lido, regresaba a su catedral, tan originalmente sublime; miraba las ventanas de la Casa Doro, cada una de las cuales posee ornamentos diferentes; contemplaba esos viejos palacios tan ricos en mármol, en fin todas esas maravillas con las cuales el sabio simpatiza tanto más cuanto que los colorea a su gusto, y no despoetiza sus sueños por el espectáculo de la realidad. Yo remontaba el curso de la vida de ese retoño del más grande de los condottieri, buscando en él las huellas de sus desgracias y las causas de esta profunda degradación física y moral, que hacía más bellas todavía las chispas de grandeza y de nobleza reanimadas en ese momento. Nuestros pensamientos eran sin duda comunes, pues creo que la ceguera hace las comunicaciones intelectuales mucho más rápidas prohibiendo a la atención diluirse sobre los objetos exteriores. La prueba de nuestra simpatía no se hizo esperar. Facino Cane dejó de tocar, se levantó, vino hacia mí y me dijo un: —¡Salgamos! — que produjo sobre mí el efecto de una ducha eléctrica. Le di el brazo, y nos marchamos.

Cuando estuvimos en la calle, me dijo: —¿Quiere usted llevarme a Venecia, conducirme a ella, quiere usted tener fé en mí? Lo haré más rico que lo que son las diez casas más ricas de Amsterdam o de Londres, más rico que los Rotschild, en fin, rico como las Mil y una Noches.

Pensé que el hombre estaba loco; pero había en su voz un poder al cual obedecí. Me dejé conducir y me llevó hacia los fosos de la Bastilla como si hubiera tenido ojos. Se sentó sobre una piedra en un lugar muy solitario donde después fue construido el puente por el cual el canal San Martín se comunica con el Sena. Me puse sobre otra piedra delante de ese anciano cuyos cabellos blancos brillaron como hilos de plata a la claridad de la luna. El silencio que perturbaba apenas el ruido tempestuoso de los bulevares que llegaba hasta nosotros, la pureza de la noche, todo contribuía a hacer esta escena verdaderamente fantástica.

—¡Usted habla de millones a un joven, y cree que él dudaría en arrostrar mil males para conseguirlos! ¿No se está burlando de mí?

—Que muera sin confesión, me dijo con violencia, si lo que voy a decirle no es verdad. Yo he tenido veinte años como usted los tiene en este momento, yo era rico, era bello, era noble, yo he comenzado por la primera de las locuras, por el amor. He amado como ya nadie ama, hasta llegar a introducirme en un baúl a riesgo de ser apuñalado dentro sin haber recibido otra cosa que la promesa de un beso. Morir por ella me parecía toda una vida. En 1760 me enamoré de una Vendramini, una mujer de diez y ocho años, casada con un Sagredo, uno de los más ricos senadores, un hombre de treinta años, loco por su mujer. Mi amante y yo éramos inocentes como dos querubines, cuando el sposo nos sorprendió hablando de amor; yo estaba sin armas, me insultó, salté sobre él, lo estrangulé con mis dos manos torciéndole el cuello como a un pollo. Quise partir con Bianca, ella no quiso seguirme. ¡Así son las mujeres! Me marché solo, fui condenado, mis bienes fueron secuestrados en provecho de mis herederos; pero había llevado mis diamantes, cinco cuadros de Tiziano enrollados, y todo mi oro. Me marché a Milán, donde no me molestaron: mi caso no interesaba al Estado.

—Una pequeña observación antes de continuar, dijo después de una pausa. Que las fantasías de una mujer influyan o no sobre su hijo mientras que lo lleva en el vientre o cuando lo concibe, lo cierto es que mi madre tuvo una pasión por el oro durante su embarazo. Yo tengo por el oro una monomanía cuya satisfacción es tan necesaria en mi vida que, en todas las situaciones en las que me he encontrado, nunca he dejado de llevar oro conmigo; constantemente manejaba el oro; cuando era joven, siempre llevaba puestas joyas y llevaba conmigo siempre doscientos o trescientos ducados.

Diciendo estas palabras, sacó dos ducados de su bolsillo y me los mostró.

—Yo huelo el oro. Aunque ciego, me detengo delante de las boutiques de joyeros. Esta pasión me ha perdido, me hice jugador para jugar con el oro. Yo no era un bribón, fui engañado, me arruiné. Cuando se terminó mi fortuna, se apoderó de mí el deseo de ver a Bianca: regresé en secreto a Venecia, la encontré, fui feliz durante seis meses, escondido en casa de ella, alimentado por ella. Pensaba deliciosamente terminar así mi vida.

Ella era buscada por el Proveedor; éste adivinó un rival, en Italia uno los huele: nos espió, nos sorprendió en el lecho, ¡el cobarde! Juzgue cuán viva fue nuestra lucha: no lo maté, lo herí gravemente. Esta aventura acabó con mi felicidad. Desde ese día nunca he vuelto a encontrar a Bianca. He tenido grandes placeres, he vivido en la corte de Luis XV entre las mujeres más célebres; en ninguna parte he encontrado las cualidades, las gracias, el amor de mi querida veneciana. El Proveedor tenía sus gentes, los llamó, el palacio fue sitiado, invadido; me defendí para poder morir bajo los ojos de Bianca, quién me ayudó a matar al Proveedor. Antaño esta mujer no había querido huir conmigo; pero después de seis meses de felicidad quería morir de mi misma muerte, y recibió varios golpes. Puesto en una gran capa que arrojaron sobre mí, fui enrollado, llevado en una góndola y transportado a un calabozo en los pozos. Tenía veintidos años, llevaba tan bien el trozo de mi espada que para quitármela habrían tenido que cortarme

el puño. Por un azar singular, o más bien inspirado por un pensamiento de precaución, escondí el trozo de hierro en un rincón, por si pudiera servirme.

Sané. Ninguna de mis heridas era mortal. A los veintidos años, se regresa de todo. Debía morir decapitado, me hice el enfermo a fin de ganar tiempo. Creía estar en un calabozo vecino al canal, mi proyecto era evadirme cavando el muro y atravesando el canal a nado, a riesgo de ahogarme. Esos eran los razonamientos sobre los que se apoyaba mi esperanza. Todas las veces que el carcelero me llevaba de comer, yo leía indicaciones escritas en los muros, como: lado del palacio, lado del canal, lado del subterráneo, y terminé por idear un plan cuyo sentido me inquietaba poco, pero explicable por el estado actual del palacio ducal, que no está terminado. Con el genio que da el deseo de recobrar la libertad, logré descifrar, tocando con el extremo de los dedos la superficie de una piedra, una inscripción árabe en la cual el autor de ese trabajo advertía a sus sucesores que él había removido dos piedras del último cimiento, y cavado once pies de subterráneo. Para continuar su obra, era preciso extender sobre el piso mismo del calabozo los trozos de piedra y de mortero producidos por el trabajo de la excavación. Aun cuando los guardianes o los inquisidores estuvieran muy seguros gracias a la construcción del edificio de que no exigía más que una vigilancia exterior, la disposición de los pozos, a los que se desciende por algunos peldaños, permitía extraer gradualmente el piso sin que los guardias se dieran cuenta. Este inmenso trabajo había sido superfluo, al menos para quien lo había emprendido, pues no haberlo acabado significaba la muerte del desconocido. Para que su esfuerzo no se perdiera para siempre, era preciso que un prisionero supiese el árabe; pero yo había estudiado las lenguas orientales en el convento de los armenianos. Una frase escrita detrás de la piedra contaba el destino del infeliz, muerto víctima de sus inmensas riquezas, que Venecia había codiciado y que se las arrebató. Me fue necesario un mes para llegar a un resultado. Mientras que yo trabajaba, y en los momentos en que la fatiga me anonadaba, escuchaba el sonido del oro, veía el oro delante de mí, ¡estaba deslumbrado por los diamantes! ¡Oh! Espere. Una noche, mi acero enmohecido encontró madera. Afilé la punta de mi espada, e hice un hueco en la madera. Para poder trabajar, me deslicé como una serpiente sobre el vientre, me desnudé para trabajar a la manera de los topes, llevando mis manos adelante y haciendo de la piedra incluso un punto de apoyo. La víspera del día en que debía comparecer delante de mis jueces, durante la noche, quise intentar un último esfuerzo; atravesé la madera, y mi hierro no encontró nada más allá. ¡Júzguese cuál sería mi sorpresa cuando apliqué los ojos sobre el hueco! Estaba en el cielo raso de una cueva donde una luz débil me permitía percibir un montón de oro. El dogo y uno de los diez estaban en la caverna, podía escuchar sus voces; sus discursos me enseñaron que allí estaba el tesoro secreto de la República, los regalos de los dogos, y las reservas del botín llamado el denario de Venecia, tomado del producto de las expediciones. ¡Me había salvado! Cuando el carcelero vino, le propuse favorecer mi fuga y partir conmigo llevándonos todo lo que pudiéramos tomar. El no podía vacilar y aceptó. Un navío hacía velas hacia el Levante, tomamos todas las precauciones posibles, Bianca aprobó las medidas que yo dictaba a mi cómplice. Para no dar la alarma, Bianca debía reunírse nos en Esmirna. En una noche agrandamos el hueco, y descendimos al tesoro secreto de Venecia. ¡Qué noche! He visto cuatro toneles llenos de oro. En la pieza adyacente, el dinero estaba igualmente reunido en dos pilas que dejaban un camino en medio para atravesar la habitación donde las piezas amontonadas en talud ocupaban los muros hasta cinco pies de altura. Creí que el carcelero se volvería loco; cantaba, saltaba, reía, brincaba en el oro; lo amenacé con estrangularlo si perdía el tiempo o si hacía ruido. En su dicha, no reparó en una mesa en la que yacían los diamantes. Me arrojé encima de ellos con la habilidad suficiente para llenar mi chaqueta

de marino y los bolsillos de mi pantalón. ¡Dios mío! No había tomado ni la tercera parte.

Bajo la mesa estaban los lingotes de oro. Persuadí a mi compañero para que llenara de oro tantos sacos como pudiéramos cargar, haciéndole observar que era la única manera de no se descubiertos en el extranjero. —Las perlas, las joyas, los diamantes nos darían a conocer, le dije. Cualquiera que fuese nuestra avidez, no pudimos tomar sino dos mil libras de oro, que necesitaron seis viajes a través de la prisión hasta la góndola. El sentinela de la puerta de agua había sido ganado gracias a un saco de diez libras de oro. En cuanto a los dos gondoleros, creían estar sirviendo a la República. Al llegar el día, partimos. Cuando estuvimos en alta mar, y recordé la noche; cuando me acordé de las sensaciones que había tenido, cuando volví a ver ese inmenso tesoro en el que, según mis evaluaciones, dejaba treinta millones en plata y veinte millones en oro, varios millones en diamantes, perlas y rubíes, se hizo en mí como un movimiento de locura. Tuve la fiebre del oro. Logramos que nos desembarcaran en Esmirna, y nos embarcamos de inmediato para Francia. Cuando subíamos al navío francés, Dios me hizo la gracia de desembarazarme de mi cómplice. En ese momento no pensé en todo el alcance de ese fechoría del azar, de la cual me alegré mucho. Estábamos tan completamente enervados que permanecimos atontados, sin decirnos nada, esperando que estuviésemos en seguridad para gozar con tranquilidad. No es sorprendente que la cabeza se le haya extraviado a ese hombre extraño. Usted verá cuánto me ha castigado Dios. No me sentí tranquilo sino después de haber vendido los dos tercios de mis diamantes en Londres y en Amsterdam, y cambié mi polvo de oro en valores comerciales. Durante cinco años, me escondí en Madrid; luego, en 1770, vine a París bajo un nombre español, y llevé el tren de vida más brillante. Bianca había muerto. En medio de mis voluptuosidades, cuando gozaba de una fortuna de seis millones, me atacó la ceguera. No dudo que esta enfermedad sea el resultado de mi estadía en el calabozo, de mis trabajos en la piedra, aunque mi facultad de ver el oro no llevara a un abuso del poder visual que me predestinara a perder los ojos. En ese momento, yo amaba una mujer a la cual contaba unir mi suerte; le había dicho el secreto de mi nombre, ella pertenecía a una familia poderosa, yo esperaba todo del favor que me acordaría Luis XV; había puesto mi confianza en esta mujer, que era amiga de madame du Barry; ella me aconsejó consultar a un famoso oculista de Londres: pero, después de algunos mes de estadía en esa ciudad, fui abandonado por esa mujer en Hyde-Park; me había despojado de toda mi fortuna sin dejarme ningún recurso; puesto que, obligado a esconder mi nombre, que me libraba a la venganza de Venecia, no podía invocar la asistencia de nadie, le temía a Venecia. Mi enfermedad fue explotada por los espías que esta mujer había destinado a mi persona. Le hago gracia de aventuras dignas de Gil Blas. La Revolución llegó. Fui forzado a entrar en los Trescientos, donde esta criatura me hizo admitir después de haberme mantenido durante dos años en Bicêtre como loco; nunca la he podido matar, ya no veía, y era demasiado pobre como para pagar un asesino. Si antes de perder a Benedetto Carpi, mi carcelero, le hubiera consultado acerca de dónde estaba situado mi calabozo, habría podido reconocer el tesoro y retornar a Venecia cuando la República fue aniquilada por Napoleón. No obstante, a pesar de mi ceguera, ¡vamos a Venecia! Volveré a encontrar la puerta de la prisión, veré el oro a través de las murallas, lo oleré bajo las aguas donde está escondido; pues los sucesos que han echado abajo el poder de Venecia son tales que el secreto de ese tesoro ha debido morir con Vendramino, el hermano de Bianca, un dogo, que, así esperaba, habría hecho mi paz con los diez.

He dirigido notas al primer cónsul, he propuesto un tratado al emperador de Austria, ¡todos me han tratado como a un loco! Venga, partamos para Venecia,

partamos como mendigos, regresaremos millonarios; volveremos a comprar mis bienes, y usted será mi heredero, usted será príncipe de Varese.

Atolondrado por esta confidencia, que en mi imaginación tomaba las proporciones de un poema, ante el aspecto de esta cabeza blanquecina, y delante del agua negra de los fosos de la Bastilla, agua durmiente como la de los canales de Venecia, no respondí. Facino Cane creyó sin duda que yo le juzgaba como todos los otros, con una piedad desdeñosa; hizo un gesto que expresó toda la filosofía de la desesperación. El relato lo había regresado quizás a sus días felices, en Venecia: tomó su clarinete y tocó melancólicamente una canción veneciana, barcarola, en la cual se reencontró con su talento original, su talento de patricio enamorado. Fue algo como el Super flumina Babylonis. Mis ojos se llenaron de lágrimas. Si algunos paseantes retardados vinieron a pasar a lo largo del bulevar Bourdon, sin duda se detuvieron para escuchar esta última súplica del exiliado, la última queja de un nombre perdido, al cual se mezclaba el recuerdo de Bianca. Pero el oro retornó muy pronto a la superficie, y la fatal pasión extinguió este resplandor de juventud.

—Ese tesoro, me dijo, lo veo siempre, despierto como en sueño; me paseo por él, los diamantes brillan, no soy tan ciego como usted cree: el oro y los diamantes alumbran mi noche, la noche del último Facino Cane, pues mi título pasa a los Memmi. ¡Dios mío! ¡la punición del asesino ha comenzado bien temprano! Ave María...

Dejó escapar algunas plegarias que no escuché.

—Iremos a Venecia, exclamé cuando se levantó.

—Entonces he encontrado un hombre, exclamó, con el rostro en fuego.

Lo conduje dándole el brazo; me apretó la mano en la puerta de los Trescientos, en el momento en que algunas personas de la boda regresaban gritando en alta voz.

—¿Partiremos mañana? —dijo el anciano.

—Apenas tengamos algún dinero.

—Pero podemos ir a pie, yo pediré limosna... Soy robusto, y uno es joven cuando ve oro delante de sí.

Facino Cane murió durante el invierno después de haber languidecido dos meses. El pobre hombre sucumbió a un catarro.

París, marzo de 1836.

La paz del hogar

La Paix du ménage, 1830

*Dedicada a mi querida
sobrina Valentina Surville*

LA aventura narrada en esta historia tuvo lugar hacia el año de 1809, en aquella época en que el fugaz imperio de Napoleón llegaba al brillante apogeo de su gloria. Los clarines de la gran victoria de Wagram resonaban aun en el corazón de la monarquía austriaca. Habíase firmado un tratado de paz entre Francia y los Aliados. Semejantes á astros que verifican sus revoluciones, reyes y príncipes se agruparon en torno de Napoleón, quien se complacía en uncir la Europa á su carro, como una especie de ensayo del magnífico poder que desplegó más tarde en Dresde.

Á guiarnos por el dicho de los contemporáneos, Paris no presencié nunca fiestas más hermosas que las que precedieron y siguieron al matrimonio de Napoleón con la archiduquesa de Austria. Ni aun en los días más brillantes de la monarquía acudieron tantos reyes y príncipes á las orillas del Sena, ni jamás la aristocracia francesa gozó de mayores riquezas ni esplendidez. Los diamantes esparrados con profusión sobre los atavíos, y los bordados de oro y plata de los uniformes formaban tan singular contraste con la sencillez republicana, que parecía como si las riquezas del mundo entero se hubiesen amontonado en los salones de Paris. Una embriaguez general se había apoderado de este efímero imperio. Los militares, sin excluir al mismo Emperador, gozaban como advenedizos los tesoros conquistados con la sangre de un millón de soldados adornados con la sencilla charretera de lana, y cuyas exigencias se habían satisfecho hasta entonces con algunas pocas varas de cinta encarnada. La mayor parte de las mujeres señalaban ya en esta época aquel bienestar de costumbres y aquel relajamiento moral que caracterizaron el reinado de Luis XV.

Ya fuese por imitar el tono de la desmoronada monarquía, ya por adoptar el ejemplo dado por la familia imperial, como lo pretendían los maldicientes del arrabal de Saint-Germain, es el caso que hombres y mujeres, sin excepción, se entregaban al placer con un entusiasmo desencadenado que parecía anunciar el fin de los siglos.

No era esta la sola causa de la licencia. La simpatía que los militares despertaron en las mujeres equivalía á un frenesí que corría parejas con las miras de Napoleón lo sobrado para que éste tratase de refrenarlos. Los hechos de armas, grandiosos y repetidos, hacían que los grandes tratados entre la Europa y Napoleón pareciesen como cortos armisticios, exponiendo de este modo á las pasiones á desenlaces rápidos como las resoluciones de aquel caudillo supremo de tantos cascos, dolmanes y cordones que tanto agradaban al bello sexo. Esto hacia que entonces los corazones fueran nómadas, como eran nómadas los regimientos. Amante, esposa, madre, viuda: He aquí la rápida y triste carrera que podía recorrer una mujer en el breve espacio de la publicación del primero al quinto boletín del Grande ejército.

Y, ¿no podían tal vez hacer tan seductores á los militares, las perspectivas de una viudez próxima, ó de una pensión, ó la esperanza de llevar un nombre heroico consagrado á la historia? O, ¿sería acaso el móvil de este ardor el que las mujeres tuviesen la certeza de enterrar el secreto de sus pasiones en el campo de batalla, o bien era el valor, que tantas simpatías tiene entre ellas, la causa de este amoroso fanatismo? Todo ello entraría en aquella atracción que las mujeres sentían hacia el amor, y, sin

duda que el historiador de las costumbres del imperio tendrá en cuenta tales razones. ¿Cuántas faltas no cubrían entonces los laureles? Es preciso reconocer que las mujeres buscaban ávidamente á estos aventureros que les proporcionaban honores, riquezas y placeres, hasta tal punto que, á los ojos de las jóvenes, la charretera significaba á un tiempo la felicidad y la libertad. Todo cuanto resplandecía era objeto de una pasión; rasgo que caracteriza á una época sin igual en la historia. Jamás se dispararon más fuegos artificiales, ni los diamantes llegaron á tan subido precio. Hombres y mujeres se adornaban, con avidez con estas pulidas piedras que llegaron á adquirir semejante realce por la facilidad con que podía trasportarlas un ejército siempre en marcha. Y entonces un hombre no hacia el ridículo como hoy día, por llevar la pechera de la camisa ó los dedos cubiertos con magníficos diamantes. Murat, hombre de gustos fastuosos, era para el ejército un ejemplo del lujo más refinado.

El conde de Gondreville, conocido en otro tiempo bajo el nombre de el ciudadano Malin, célebre por su raptó, convertido entonces en un Lúculo de ese senado conservador que no conservó cosa alguna, retardaba tan solo su fiesta en honor de la paz para hacer mejor la corte á Napoleón esforzándose en eclipsar á los aduladores que habían informado al Emperador en contra suya. Los embajadores de cuantas potencias eran amigas de Francia (aunque á beneficio de inventario) las personas más ilustres del imperio, y aun algunos príncipes, discurrían en el momento á que nos referimos por los salones del opulento senador. El baile languidecía porque se esperaba con ansia al Emperador, cuya presencia había prometido el conde. Y Napoleón hubiera cumplido su promesa á no ser por la escena ocurrida aquella misma noche entre su esposa Josefina y él, escena que hubiera bastado á un ojo perspicaz para vislumbrar un divorcio no muy lejano entre los dos augustos esposos. La nueva de semejante aventura, que permaneció por entonces muy secreta, pero que no ha podido ocultarse á la historia, no llegó á oídos de los cortesanos ni tuvo otro resultado que la ausencia de Napoleón de la fiesta del conde de Gondreville.

Las más hermosas mujeres de Paris, afanosas por acudir á aquel lugar, confiadas en la buena fe de un «dícese», ostentaron toda la magnificencia del lujo, de la coquetería, del atavío y de la belleza. Hasta la gente de negocios, orgullosa con la posesión de sus riquezas, desafiaba á esa brillante pléyade de generales y de grandes oficiales del imperio recientemente cubiertos de cruces, títulos y condecoraciones. Estos grandes bailes eran para las familias más acaudaladas como ocasiones escogidas para presentar sus herederas ante los pretorianos del Emperador, con la insensata esperanza de trocar sus soberbios dotes por un favor incierto. Cuantas mujeres tenían confianza en la fuerza de su sola belleza, acudían á poner á prueba su poder. El placer era una máscara allí como en todas partes. Los rostros serenos y sonrientes, las frentes tranquilas, encubrían odiosos proyectos; los testimonios de amistad eran mentidos hasta el punto de que más de un personaje desconfiaba menos de sus enemigos que de sus amigos. Todas cuantas observaciones hemos hecho hasta aquí, han sido necesarias para explicar los acaecimientos del embrollo que motiva esta escena, y la pintura poco recargada del tono que reinaba entonces en los salones de Paris.

—Volved un poco los ojos en dirección de aquella rota columna, que sustenta un candelabro hacia al rincón, á la izquierda, ¿no divisáis á una mujer joven, peinada á lo chino? Ostenta campanillas azules sobre sus cabellos castaños que caen graciosamente sobre su frente; está tan pálida que se creería que sufre; es graciosa y pequeña. Ahora vuelve la cabeza hacia nosotros; sus azules ojos, dulces hasta el extremo, parecen formados expresamente para el llanto. En este momento, se inclina para mirar á la señora de Vaudremont entre ese dédalo de cabezas en continuo movimiento, cuyas altos peinados le interceptan la vista.

—Ah! sí, ahora caigo en ella, amigo mío. Si me la hubieses descrito como la más blanca de cuantas mujeres hay en la reunión, la hubiera hallado al momento; tiene el más hermoso matiz que he admirado en toda mi vida. Te desafío á que desde aquí distingas sobre su cuello las perlas que separan los zafiros de su collar. Pero ó es mujer muy púdica ó muy coqueta, porque á duras penas los pliegues de su corpiño permiten entrever la belleza de sus contornos. Qué espaldas! parecen de la blancura del lirio!

—Quién es? preguntó el que había hablado primero.

—Quién? —Lo ignoro completamente.

—Aristócrata! Con qué queréis reserváoslas todas para vos, Moncornet.

—¡Pues á fe que te pega muy bien el reprenderme! repuso Moncornet sonriendo. Ya se ve! Como eres un digno rival de Soulanges y no ejecutas una sola pirueta que no alarme á la señora de Vaudremont, te crees ya con perfecto derecho para insultar á un pobre general como yo. Calle! quizás sea porque he retardado un mes mi venida á la tierra de promisión. Y sois vosotros; ¿vosotros los administradores que os estáis bien empoltronados en vuestros asientos oficiales, mientras nosotros les vemos las caras á los obuses? Vaya, caballero Consejero de Estado, dejadnos espigar el campo, cuya precaria situación queda en vuestras manos tan luego como le abandonamos nosotros. Y qué diablos! que viva todo el mundo! Si conocieses á las alemanas, amigo mío, me prestarías un excelente servicio para con tu querida parisien.

—Puesto que os habéis dignado fijar vuestra atención en esa mujer que diviso aquí por vez primera en mi vida, decidme, general ¿la habéis visto mientras bailaba?

De dónde sales ahora, mi querido Marcial? Si te mandaran de embajador, malas embajadas te auguro. Mira aquellos tres órdenes de resueltas coquetas de Paris, entre un enjambre de bailadores que zumba á su alrededor, y sin ayuda de tu lente, la descubrirás en el ángulo de esta columna, sepultada, en la oscuridad, á pesar de las bujías que resplandecen sobre su cabeza. Los diamantes, las centelleantes miradas, las plumas que ondean, los encajes, las flores que salvan la distancia que nos separa de ella, impiden casi aperebirla. Se necesitaría ser un soberbio bailar para vislumbrar allí en medio de tantos astros tan hermosa pareja. Pues bien, Marcial, no has adivinado en ella la mujer de algún Subprefecto del Lippe ó del Dyle que viene con la aspiración de elevar á Prefecto á su marido?

—¡Oh! y que indudablemente lo será, añadió vivamente el Consejero de Estado.

—Lo pongo en duda, replicó el coronel de coraceros riéndose, porque me parece tan novicia en las intrigas como lo eres tú en la diplomacia. Te desafío á que ni siquiera sabes por qué se encuentra allí.

El Consejero miró al coronel de coraceros de la guardia con un aire en que se leía tanto desdén como curiosidad.

—Pues bien, continuó Moncornet, sin duda ninguna que esa mujer habrá comparecido aquí á las nueve, y si á mano viene la primera de todas, y probablemente habrá hecho un flaco servicio á la condesa de Gondreville que no sabe hilvanar ni dos ideas. Ya me la tienes mal recibida por la señora de la casa, y arrojada de silla en silla por cada recién llegada, hasta parar en las tinieblas de ese rinconcejo, donde yace encerrada, víctima de los celos de tanta dama que no hubiera deseado cosa mejor que enterrar á esa peligrosa belleza. Ni un amigo la habrá animado á saltar esta barrera y solicitar el primer lugar que de derecho la corresponde; antes al contrario, cada cual de estas malévolas danzantes habrá comunicado á su respectivo galán la inapelable orden de no comprometer ni para un baile á la pobrecilla so pena de los más terribles castigos. Y he aquí la historia de como esos rostros, en apariencia tan tiernos y tan cándidos, habrán formado esa terrible coalición contra la desconocida; y nada más; y sin decir otra cosa que: —«¿Quien conoce por aquí á esta señorita del vestido azul?» —Diabólico

medio este de matar por el incógnito! Yo te aseguro, mariscal, que si en menos de un cuarto de hora quieres verte agobiado á fuerza de miradas adulatoras y de preguntas provocantes, no tienes más que intentar romper la triple barrera que cerca á la desterrada reina del Dyle, del Dippe ó del Charenta. Atrévete y verás que la más estimada de esas mujeres es capaz de inventar una estratagema propia para contener al hombre más resuelto en la noble empresa de sacar al aire libre nuestra solitaria planta. No te parece que tiene un aire algo elegíaco?

—Lo creéis así, Montcornet? Pues entonces será una mujer casada.

—Y por qué no viuda?

—Sería más activa, dijo riendo el Consejero de Estado.

—Quizás sea una viuda cuyo *marido* se dedique al juego, replicó el bien parecido coracero.

—En efecto, desde que se ha hecho la paz, se ven tantas clases de viudas! añadió Marcial. Somos dos necios, querido Moncornet, somos dos necios. Esa cabeza respira aun excesiva ingenuidad, juventud y verdor, sobre todo en la frente y sienes, para que sea la de una mujer formada. Qué vigoroso encarne! Nada hay marchito en su cara. Labios, barba, todo es fresco en ese rostro, como el capullo de una blanca rosa, aunque velen su fisonomía algunas nubes de tristeza. ¿Quién puede hacer llorar á semejante mujer?

—Pero si las mujeres lloran por tan poco... dijo el coronel.

—Apostaría, dijo Marcial, á que no la entristece el verse desterrada y sin danzar; su pena trae cola; se ve que ha preparado su belleza por la meditación para esta noche. Positivamente esa mujer ama ya.

—Qué va a que es hija de algún principillo de Alemania? cómo no la habla nadie! dijo Montcornet.

—Qué desgraciada es esa pobre mujer, replicó Marcial, y eso que ninguna tiene ni mayor gracia ni mayor delicadeza que nuestra desconocida. Sin embargo, ninguna de esas arpías que la rodean y que hacen alarde de sensibilidad será capaz de dirigirle la palabra. Si hablase podríamos verla belleza de sus dientes.

—Ah! con que también te subes tú como la leche á la menor elevación de temperatura? exclamó el coronel algo contrariado por hallar tan pronto un rival en su amigo.

—De manera, dijo el consejero de Estado, sin hacerse cargo de la pregunta del general y dirigiendo su lente sobre cuantos le rodeaban, de manera que nadie podrá dar más noticia de esta planta exótica? Será alguna dama de estrado, le dijo Moncornet.

—Bravo! una dama de estrado ataviada con zafiros y con un traje de muselinas dignas de una reina? Á otro con esas, general. No seréis muy hábil en el arte de la diplomacia si en nuestras apreciaciones pasáis tan repentinamente de la princesa alemana á la dama de estrado.

El general Moncornet cogió entonces por el brazo á un hombre pequeño y gordo cuyos cabellos entrecanos y ojos vivos se divisaban en todas las dinteles de las puertas, y que se mezclaba sin más requisito en distintos grupos donde se le acogía respetuosamente.

—Querido amigo Gondreville, le dijo Moncornet, sepamos por fin quién es esa mujer encantadora, sentada al pié de aquel inmenso candelabro?

El candelabro? Ravrio, amigo mío; Ysabey ha dado el dibujo.

—Sí, sí, conozco perfectamente tu gusto y tu fausto en el moblaje, pero... la mujer..?

—La mujer? tengo yo obligación de conocerla? será sin duda alguna amiga de la mía.

—Ó tu querida, viejo marrullero.

—Te doy palabra de que no. La condesa de Gondreville es la única mujer capaz de invitar á personas que nadie conozca.

Á pesar de esta observación llena de hiel, nuestro hombre gordo conservó en sus labios la sonrisa de satisfacción interna que había hecho nacer en él la suposición del coronel de coraceros. Éste se reunió en un grupo no lejano al maestro de ceremonias, atareado en buscar, aunque en vano, informes acerca de la desconocida, le cogió por el brazo y en voz baja, le dijo: —Mi querido Marcial, ándale con mucho cuidado! Observo que hace algunos instantes que la señora de Vaudremont le mira con una gran insistencia, y es capaz de adivinar lo que vas á decirme con solo ver el movimiento de tus labios; nuestras miradas han sido ya significativas en extremo, las ha apercibido, ha seguido su dirección, y la creo actualmente más ocupada que nosotros mismos en la señorita del vestido azul.

—Estratagema muy antigua es esa en la guerra, querido Moncornet! pero ¿qué me importa? En eso me porto como nuestro Emperador; cuando hago alguna conquista me la conservo.

—Marcial, tú andas buscando alguien que dé una lección á tu fatuidad. Cómo! Tienes la dicha de ser el presunto marido de madame de Vaudremont, de una viuda de veinte y dos años, con cuatro mil napoleones de renta, de una mujer que pone en tus dedos diamantes tan hermosos como éste, añadió tomando la mano izquierda del Consejero de Estado que se la entregó con complacencia, y tienes aun la pretensión de hacerte el Lovelace, como si fueras un coronel obligado á mantener en las guarniciones tu reputación militar? Vaya! Reflexiona todo cuanto puedes perder.

—Á lo menos no perderé mi libertad, replicó Marcial con forzada risa; y dirigió una apasionada mirada á madame de Vaudremont que solo respondió á ella por una sonrisa llena de ingratitud, pues había visto al Coronel examinando la sortija del Consejero de Estado.

—Escucha, Marcial, añadió el coronel; si revoloteas en derredor de mi joven desconocida, emprenderé la conquista de madame de Vaudremont.

—Consentido, querido coracero, pero no conseguiréis ni esto, dijo el joven Consejero de Estado, hiriendo con la hermosa uña de su pulgar uno de los dientes superiores, del que arrancó un sonido desagradable.

—Piensa que soy soltero, replicó el coronel; que mi espada es mi fortuna, y que desafiarme así, equivale á Sentar á Tántalo ante el festín que devorará.

—¡Prrr!

Esta áspera acumulación de consonantes sirvió de respuesta á la provocación del general, á quien su amigo midió de arriba abajo con la vista, antes de separarse de él.

La moda de la época obligaba entonces á los hombres á llevar al baile un calzón de casimir blanco y medias de seda. Este precioso traje realizaba la perfección de formas de Moncornet, que tenia entonces treinta y cinco años y que atraía las miradas por aquella elevada talla exigida a los coraceros de la Guardia Imperial, cuyo hermoso uniforme realizaba aun su garbo, todavía joven, á pesar de la gordura que debía á la equitación. Sus negros bigotes daban á su franca expresión el aspecto de un rostro verdaderamente militar, de larga y expresiva frente, nariz aguileña y labios encendidos. Los modales de Moncornet, dotados de cierta nobleza debida al hábito del mando, podían agradar á una mujer que tuviera el buen sentido de no querer hacer de su marido un esclavo. El coronel sonrió contemplando al Consejero de Estado, uno de sus mejores amigos de Colegio, y cuya pequeña, aunque esbelta estatura, le obligó en respuesta á su burla á mirarle de soslayo, aunque amigablemente.

El barón Marcial de la Roche-Hugon, era un joven provenzal á quien Napoleón protegía, y que parecía destinado á alguna embajada faustuosa; se había ganado al Emperador por una complacencia italiana, por el genio de intriga, por esa elocuencia de salón y esa ciencia en las maneras que suplen tan fácilmente las eminentes cualidades de un hombre grave. Aunque vivo de carácter y joven, su fisonomía poseía ya el resplandor inmóvil del hierro blanco, otra de las cualidades indispensables á los diplomáticos y que les permite ocultar sus emociones y fingir sus sentimientos, si es que esta cualidad no anuncia ya en ellos la ausencia de toda emoción y la muerte de todo sentimiento.

El corazón del diplomático puede considerarse como un problema insoluble, porque los tres embajadores más ilustres de la época se han señalado por la persistencia en el odio y los afectos novelescos. Sin embargo, Marcial pertenecía á esa clase de hombres capaces de calcular su porvenir en medio de sus más ardientes goces; tenía ya mundo y ocultaba su ambición bajo la fatuidad de un hombre de buenas cualidades, y su talento bajo la librea de la medianía, después de haber notado la rapidez con que se elevaban las personas que hacían poca sombra al maestro.

Obligados á despedirse, los dos amigos se dieron un fuerte apretón de manos.

En aquel momento, el ritornelo que advertía á las damas la formación de los cuadros para una nueva contradanza, echó á los hombres del vasto espacio del centro del salón en donde hablaban. Esta rápida conversación, sostenida en el intervalo que separa siempre las contradanzas, tuvo lugar ante la chimenea del gran salón del palacio de Gondreville, las preguntas y respuestas de esa *charlatanería*, bastante común en el baile, habían sido como murmurados al oído de su vecino por cada uno de los dos interlocutores. Sin embargo, los candelabros y las llamas de la chimenea derramaban tan abundante luz sobre entrambos amigos, que sus fisonomías, fuertemente iluminadas, no pudieron ocultar, á pesar de su diplomática discreción, la imperceptible expresión de sus sentimientos ni á la sagaz condesa ni á la cándida desconocida. Este espionaje del pensamiento es quizás uno de los placeres que hallan en el mundo los ociosos, mientras tantos mentecatos engañados, se enojan de él sin atreverse á reconocerlo.

Para hacerse cargo del interés de semejante conversación, es necesario contar un suceso que, por medio de invisibles lazos, había de reunir pronto á los personajes de este corto drama, desparramados en aquel entonces por el salón. Como á eso de las once de la noche, y en el preciso momento en que las parejas volvían á ocupar sus asientos, la mujer más hermosa de Paris, el tipo de la moda, la única que faltaba á tan espléndida fiesta, verificó su aparición en los salones de la casa de Gondreville. Esta mujer tenía por costumbre no comparecer en los salones hasta el instante en que el movimiento animado ha hecho perder á las demás mujeres la frescura de sus rostros y la elegancia de sus *toilettes*, momento rápido que es como la primavera de un baile, pero que ella sabía adivinar. Transcurrida una hora, cuando ha pasado el placer y aparece la fatiga, todo se marchita ó se aja. La señora de Vaudremont jamás cometía la imprudencia de esperar hasta el final de una fiesta, dando lugar á mostrar sus flores colgando, sus cabellos desrizados, ajados sus atavíos, y asemejándose á esas imágenes de una mujer acometida y vencida por el sueño. Pensaba demasiado en sus rivales para dejarse sorprender como una belleza dormida, y sostenía siempre su reputación por la habilidad en retirarse de un baile, tan brillante como había entrado en él. Las mujeres se contaban al oído, como una especie de confianza producida por la envidia, que aquella mujer preparaba y mudaba tantos rostros como bailes tenía una velada; pero en esta ocasión no dependía de su voluntad el escoger el momento de abandonar el salón donde penetró triunfalmente. Se detuvo en el dintel de la puerta, y una mirada rápida y segura dirigida sobre las mujeres le bastó para estudiar sus *toilettes* y convencerse de que quedarían eclipsadas por la

suya. La célebre coqueta se ofreció á la admiración de aquel concurso conducida por uno de los más valientes coroneles de la artillería de la guardia, favorito del Emperador, el conde de Soulanges. La unión momentánea y fortuita de estos dos personajes, tuvo sin duda algo de misterioso.

Al oír anunciar desde luego á monsieur de Soulanges y á la condesa de Vandremont, algunas mujeres colocadas tras los cortinajes, se levantaron, y hombres llegados de los salones contiguos se adelantaron á las puertas del salón principal. Uno de esos chuscos que jamás faltan en las reuniones numerosas, dijo al ver entrar á la condesa y á su caballero, «que las damas tenían tanta curiosidad en contemplar á un hombre fiel á su pasión, como los hombres en ver á una mujer hermosa difícil en fijarla.» Aunque el conde de Soulanges, joven de unos treinta y dos años, se hallase dotado de ese temperamento nervioso que engendra en el hombre las grandes cualidades, sus formas delgadas y su tinte pálido predisponían poco en su favor; sus ojos negros acusaban gran vivacidad, pero en sociedad era taciturno y nada revelaba en él á uno de esos talentos oratorios que debían brillar más tarde en la derecha de las asambleas legislativas de la Restauración.

La condesa de Vaudremont, mujerona ligeramente obesa, de cutis de deslumbrante blancura, que sostenía con gracia su cabeza pequeña y que poseía la inmensa ventaja de atraerse el amor por la gallardía de sus maneras, era una de esas mujeres que responden á todo lo que promete su belleza. Esta pareja, que fue por algún tiempo el blanco de la atención general, no dejó que la curiosidad se excitase largo tiempo á su expensas. El coronel y la condesa parecieron comprender perfectamente que la casualidad los acababa de poner en una situación enojosa para ambos.

Al verlos avanzar, Marcial se apresuró hacia el grupo de hombres que ocupaba el lugar de la chimenea, para observar, á través de las cabezas que le formaban como una especie de muralla, á madame de Vaudremont, con la atención celosa que da el primer fuego de una pasión: parecía que una voz secreta le dijese que el éxito de que se enorgullecía era un tanto precario; pero la sonrisa de fría urbanidad con que la condesa dio las gracias á monsieur de Soulanges, y el saludo que le dirigió para despedirle, al sentarse cerca de madame de Gondreviile, dilataron los músculos de su fisonomía que los celos habían contraído.

No obstante, al percibir de pié y á dos pasos del canapé en que estaba madame de Vaudremont, á Soulanges que pareció no haber comprendido la mirada con que la joven coqueta le dio á entender que ambos representaban un papel ridículo, el Provenzal de volcánica cabeza, frunció de nuevo las negras cejas que sombreaban sus ojos azules, acarició por pasatiempo los bucles de sus cabellos castaños, y sin revelar la emoción que hacía palpar su corazón, vigiló la continencia de la condesa y de monsieur de Soulanges, al tiempo que charlaba con sus vecinos. Entonces, asió la mano del coronel que acababa de trabar con él nueva conversación, pero tan preocupado estaba que le escuchó sin comprenderle.

Soulanges lanzaba miradas tranquilas sobre la cuádruple hilera de mujeres que encuadraban el inmenso salón del senador, admirando aquella profusión de diamantes, de rubíes, de gavillas de oro y de adornadas cabezas, cuyo brillo casi hacia palidecer las luces de las bujías, el cristal de las arañas y los dorados.

La calma descuidada de su rival hizo perder su continencia al Consejero de Estado. Incapaz de dominar la secreta impaciencia que le arrastraba, Marcial se dirigió á madame de Vaudremont para saludarte. Un grave silencio reinó en el salón donde la curiosidad llegó á su colmo. Las cabezas extendidas ofrecían las más extrañas expresiones; cada cual temía y esperaba uno de esos escándalos que las personas bien educadas se guardan siempre de dar. De pronto la pálida fisonomía del conde se

enrojeció como la escarlata de sus adornos, y sus miradas se bajaron al mismo tiempo hacia el pavimento, para no descubrir el motivo de su turbación. Al ver á la desconocida humildemente sentada al pié del candelabro, pasó con aire triste por delante del Consejero de Estado y se refugió en una de las salas de juego. Marcial y el concurso creyeron que Soulanges le cedía públicamente su lugar por temor al ridículo que acompaña siempre á los amantes destronados. El Consejero de Estado levantó orgullosamente la cabeza, miró á la desconocida, y cuando por fin se sentó satisfecho al lado de madame de Vaudremont, la escuchó con un aire tan distraído que apenas las entendió, estas palabras que la coqueta pronunció al amparo de su abanico: —Marcial, me haríais un favor en no llevar esta noche la sortija que me habéis arrancado. Tengo mis razones para ello, y os las explicaré en un momento cuando nos retiremos. Me daréis el brazo para ir á casa de la marquesa de Wagram.

—¿Y por qué habéis aceptado el brazo del coronel? preguntó el barón.

—Le he encontrado en el peristilo, respondió; pero dejadme, todos nos observan.

Marcial se reunió al coronel de coraceros. La dama azul fue, desde entonces el lazo común de la inquietud que á la vez y tan duramente agitaba al coracero, á Soulanges, á Marcial y á la condesa de Vaudremont.

Cuando ambos amigos se separaron después de haberse calmado el despecho que terminó su conversación, el Consejero de Estado se dirigió hacia madame de Vaudremont y supo colocarla en el centro del más brillante cuadro. Á favor de esta especie de borrachera en que sumergen á toda mujer la danza y el movimiento del baile, (donde los hombres se muestran con el charlatanismo de tocador que no les da menores atractivos de los que presta á las mujeres) creyó Marcial poderse abandonar impunemente al encanto que le arrastraba hacia la desconocida; pero si logró ocultar de la inquieta actividad de los ojos de la condesa las primeras miradas que dirigió á la dama azul, bien pronto fue sorprendido en flagrante delito, y si pudo excusar una primera preocupación, no pudo justificar el impertinente silencio con que respondió más tarde á la más seductora de las preguntas que una mujer pueda dirigir á un hombre: — Me amáis esta noche?

Cuanto más soñador se mostraba él, tanto más apremiante é inquieta se mostraba la condesa. En tanto que bailaba Marcial, el coronel iba de grupo en grupo, inquiriendo informes sobre la joven desconocida, hasta que por fin, después de haber agotado la complacencia de todos, hasta la de los indiferentes, se determinaba á aprovechar un momento en que la condesa de Gondreville se encontraba libre para preguntarla el nombre de la misteriosa dama, cuando apercibió un pequeño vacío entre la columna rota que sostenía el candelabro y los dos divanes que iban á apoyarse en ella. El coronel aprovechó el momento en que el baile dejaba desocupadas una gran porción de sillas que formaban varias filas de fortificaciones defendidas por madres y mujeres de cierta edad, y acometió la empresa de atravesar esta empalizada cubierta de chales y de pañuelos. Se puso á cumplimentar á las viudas; y luego, de mujer en mujer, y de cortesía en cortesía, acabó por alcanzar el lugar desocupado, cerca de la desconocida. Con peligro de romper los grifos de la inmensa lumbrera, se mantuvo allí bajo el fuego y la cera de las bujías, con gran disgusto de Marcial. Demasiado sagaz para interpelar bruscamente á la dama azul que á su derecha tenia, el coronel empezó por decir á una gran señora bastante fea que se encontraba á su izquierda: —He aquí, señora, un hermoso baile. ¡Qué lujo! ¡Qué movimiento! ¡Por mi fe que aquí son hermosas todas las mujeres! Si vos no bailáis será por alguna mala voluntad.

Esta insípida conversación suscitada por el coronel tenia por objeto hacer hablar á su vecina de la derecha, que silenciosa y preocupada no le prestaba la más mínima atención. El oficial tenia de fresco una multitud de frases que debían terminarse por

un: —¿Y vos, señora? —en que él confiaba mucho; pero se vio entrañablemente sorprendido al apercibir algunas lágrimas en los ojos de la desconocida, á quien madame de Vaudremont parecía cautivar por completo.

—La Señora, ¿será casada, sin duda? Preguntó por fin el coronel Moncornet.

—Sí, caballero, respondió la desconocida.

—Vuestro marido estará probablemente aquí?

—Sí, caballero.

—Y entonces, señora, por qué estáis en este sitio? quizá por coquetería?

La afligida sonrió tristemente.

—Concededme el honor, señora, de ser vuestro caballero para la contradanza siguiente, y de seguro que no os volveréis aquí. Veo cerca de la chimenea un lugar vacío; venid. Cuando tantas gentes se preparan á reinar, y la locura, del día es la dignidad real, no concibo que rehuséis acoplar el título de reina del baile, que parece prometido á vuestra hermosura.

—Caballero, no bailaré.

La entonación breve de las respuestas de esta mujer era tan desesperadora que el coronel se vio obligado á abandonar el sitio. Marcial que adivinó la última demanda del coronel y la negativa que había experimentado, se echó á reír y se tocó la barba haciendo brillar el anillo que tenía en el dedo.

—¿De qué reís? le preguntó la condesa de Vaudremont.

—Del mal éxito de ese pobre coronel, que acaba de dar un paso de sacristán.....

—Os había pedido que os quitaseis el anillo, repuso la condesa interrumpiéndole.

—No lo he oído.

—Si no oís nada esta noche, en cambio sabéis verlo todo señor barón, respondió la condesa de Vaudremont, en tono un poco picado.

—Ved allí un joven que enseña un hermosísimo brillante, dijo entonces la desconocida al coronel.

—Magnífico, respondió éste. Ese joven es el barón Marcial de la Roche-Hogon, uno de mis más íntimos amigos.

—Os agradezco que me hayáis dicho su nombre, repuso; parece muy amable.

—Sí, pero es un poco ligero.

—Se podría creer que está bien con la condesa de Vaudremont? preguntó la joven, interrogando con los ojos al coronel.

—La condesa está siempre mejor con el ultimo.

La desconocida, palideció.

—Yo creía á madame de Vaudremont enredada hace tiempo con el señor de Soulanges, repuso la joven un poco repuesta del sufrimiento interior que alteraba su rostro.

—Hace ocho días que la condesa le está engañando, respondió el coronel. Pero vos habéis debido ver á ese pobre Soulanges á su entrada; aun se esfuerza en no creer en su desgracia.

—Le he visto, dijo la dama azul. después añadió un: —Gracias, caballero,—cuyo tono equivalía á una despedida.

En este momento, y estando próxima á acabarse la contradanza, el coronel, desanimado, solo tuvo tiempo para retirarse diciéndose á manera de consuelo: —Es casada.

—Pues bien! valiente coracero, exclamó el barón conduciendo al coronel á la embrazadura de una encrucijada para respirar el aire puro de los jardines; ¿qué es lo que habéis conseguido?

—Está casada, mi querido amigo.

—Y eso ¿qué importa?

—¡Ah diantre! yo soy moral, respondió el coronel, y no me quiero dirigir más que á mujeres con quienes pueda casarme. Por otra parte, Marcial, me ha manifestado formalmente que no quería bailar.

—Coronel, apostemos vuestro caballo gris manchado contra cien napoleones á que bailará esta noche conmigo?

—Con mucho gusto! dijo el coronel golpeando la mano del presuntuoso. Mientras tanto, quiero ver á Soulanges; puede ser que conozca á esta señora que me ha parecido interesarse por él.

—Valiente, habéis perdido, dijo Marcial riéndose; mis ojos se han encontrado con los suyos... y yo me entiendo. Querido coronel, no me impediréis que baile con ella después de la negativa que os habéis llevado?

—¡No, no! Vuestra alma con vuestra alma! Pero, Marcial, soy buen jugador y buen enemigo; te prevengo que le gustan los diamantes.

Á este punto, los dos amigos se separaron. El general Moncornet se dirigió al salón de juego, donde distinguió al conde de Soulanges sentado á una mesa en que se jugaba á cantas. Aunque entre los dos coroneles no existía más que esa amistad banal creada por los peligros de la guerra y los deberes del servicio, el coronel de coraceros se afectó dolorosamente de ver al coronel de artillería, á quien tenia por hombre prudente, metido en una empresa en que podía arruinarse. Los montones de oro y billetes extendidos sobre el fatal tapete atestiguaban el ardor del juego. Un círculo de hombres silenciosos rodeaba á los jugadores entablados. De cuando en cuando resonaban algunas palabras como: Paso; juego; apuesto; mil luises; apostados; mas al observar á estos cinco personajes inmóviles, parecía que no hablasen más que con los ojos. Cuando el coronel, espantado de la palidez de Soulanges, se le acercó, el conde ganaba. El mariscal duque de Iseberg, Keller, un banquero célebre, se levantaban habiendo perdido sumas considerables. Soulanges se puso aun más sombrío al recoger una masa de oro y de billetes que ni siquiera contó, y contrajo los labios con amargo desdén como si amenazase á la fortuna en vez de agradecerla sus favores.

—¡Ánimo, Soulanges, ánimo! le dijo el coronel: luego creyendo hacerle un señalado favor, sacándole del juego:—Venid, añadió, tengo que daros una buena noticia, pero con una condición.

—¿Cuál? preguntó Soulanges.

—La de responderme á lo que os pregunte.

El conde de Soulanges se levantó bruscamente, metió sus ganancias con aire muy descuidado en un pañuelo que había estrujado convulsivamente, y tomó un aspecto tan feroz, que todos los jugadores pensaron que podría representar muy bien á *Carlomagno*. Hasta los rostros de los allí presentes parecieron dilatarse cuando aquella cabeza desagradable y apesadumbrada desapareció del círculo luminoso que describe sobre una mesa la llama de una lámpara.

—Estos diablos de militares lo entienden como ladrones en feria, dijo en voz baja un diplomático de la galería, ocupando el sitio del coronel.

Una sola figura pálida y fatigada se volvió hacia el jugador entrante, y lanzándose una mirada que brilló, mas se apagó como el fuego de un diamante, le dijo: —Quien dice militar no dice civil, caballero ministro.

—Querido amigo, dijo Moncornet á Soulanges, llevándole hacia un rincón, el Emperador me ha hablado de vos con elogio esta mañana, y no es dudosa vuestra promoción al mariscalato.

—Al patrón no le gusta la artillería.

—Cierto, pero adora la nobleza y vos sois noble! El patrón, continuó Moncornet, ha dicho que cuantos se casaron en Paris durante la campaña, no debían considerarse desgraciados. Pues iba á deciros.....

El conde de Soulanges parecía no comprender palabra alguna de este discurso.

—Ah! ya caigo! Espero, continuó el coronel, que me digáis si conocéis una encantadora mujer, pequeña que está sentada al pié del candelabro.....

Á estas palabras, los ojos del conde se animaron, cogió con inusitada violencia la mano del coronel y con voz sensiblemente alterada le dijo: —Mi querido general, si otro que vos me hubiese dirigido esa pregunta, con esta masa de oro le hubiera hundido el cráneo. Dejadme, os lo suplico. Esta noche tengo más ganas que nunca de abrazarme los sesos. Aborrezco cuanto veo! voy á marcharme. Esta alegría, esta música, esos rostros estúpidos que sonríen, me asesinan.

—Pobre amigo mío, continuó Moncornet con voz dulce, golpeando amistosamente la mano de Soulanges, estáis apasionado; que diríais si os hiciese saber que Marcial piensa ya tan poco en madame de Vaudremont que se ha enamorado de esa pequeña dama!

—Si la habla, exclamó Soulanges tartamudeando de furor, lo aplanaré lo mismo que su cartera, aun cuando el necio estuviere al lado del Emperador!

Y el conde cayó como abismado en su confidente á donde el coronel le había llevado.

Éste último, apercibiéndose de que Soulanges estaba entregado á una cólera demasiado violenta para que las chanzas de un amigo ó los cuidados de una amistad superficial pudiesen calmarle, se retiró lentamente. Guando el coronel Moncornet entró en el gran salón de baile, la primera persona que se ofreció á sus miradas, fue madame de Vaudremont, en cuyo rostro, ordinariamente tranquilo, apercibió algunas señales de una agitación mal contenida. Al lado de ella estaba desocupada una silla; el coronel fue á sentarse allí.

—Apuesto á que sufrís, la dijo.

—Bagatela, general; quería haberme marchado ya de aquí: He prometido asistir al baile de la gran duquesa de Berg, y debo antes ir á casa de la princesa de Wagram. El caballero de la Roche-Hugon que lo sabe se divierte en echar requiebros á las viudas.

—Á decir verdad, no es ese el motivo de vuestra inquietud, y apuesto cien luises á que os quedareis aquí esta noche.

—Impertinente!

—Luego he dicho la verdad?

—Pues bien, repuso la condesa dando un golpe con el abanico en los dedos del coronel, soy capaz de recompensaros si lo acertáis.

—Presuntuoso!

—Creéis ver á Marcial á los pies de.....

—De quién? preguntó la condesa afectando sorpresa.

—De ese candelabro, respondió el coronel, señalando á la bella desconocida y mirando á la condesa con una atención provocativa.

—Lo habéis adivinado, respondió la coqueta escondiendo la cara detrás del abanico, con el cual se puso a jugar. La señora de Lansac, que sabéis es maligna como un mono viejo (repuso después de un momento de silencio) acaba de decirme que el caballero de la Roche-Hugon corría algún peligro en cortejar á esa desconocida que se encontraba esta noche aquí como una tarasca. Preferiría ver á la muerte antes que á esta cara tan cruelmente bella y tan pálida como una visión: Es mi espíritu maligno. La señora de Lansac, (continuó después de haber dejado escapar un gesto de despecho) que solo va al baile para verlo todo fingiendo una cara de sueño, me ha inquietado cruelmente. Marcial

me pagará caro el chasco que me ha dado. Mientras tanto, ya que es vuestro amigo, coronel, exhortadle á que no me aflija.

—Acabo de ver á un hombre que se propone nada menos que romperle la cabeza si se dirige á esa señora: Y cuidado que es hombre de palabra. Pero conozco á Marcial, y los peligros son para él otros tantos alicientes. Hay más aun: Hemos apostado... (aquí el coronel bajó la voz.)

—Será verdad? preguntó la condesa.

—Palabra de honor.

—Gracias, querido coronel, respondió madame de Vaudremont dirigiéndole una mirada llena de coquetería.

—Me haríais el honor de bailar conmigo?

—Sí, pero la segunda contradanza. Durante la actual quiero saber en qué para esta intriga, y saber quién es esta dama azul; tiene un aire espiritual.

Viendo el coronel que madame de Vaudremont quería estar sola, se alejó satisfecho de haber empezado tan bien su ataque.

Se encuentran en las fiestas algunas señoras que, parecidas á la de Lansac, están allí como los viejos marinos ocupados en contemplar desde la orilla del mar á los jóvenes marineros en los azares de la tempestad.

En aquel momento madame de Lansac que parecía interesarse por los personajes de esta escena, pudo adivinar fácilmente la lucha que agitaba á la condesa. La joven coqueta se complacía en abanicarse graciosamente, sonreír á los jóvenes que la saludaban y poner en uso los artificios de que se sirve una mujer para esconder su emoción; pero la viuda de Lansac, una de las más perspicaces y maliciosas duquesas que el siglo diez y ocho haya legado al siglo diez y nueve, sabía leer en su corazón y en su pensamiento. Parecía reconocer los movimientos imperceptibles que manifiestan las afecciones del alma: La más ligera arruga que contraía su blanca y pura frente, el estremecimiento más insensible de las mejillas, el juego de las cejas, la inflexión menos visible de los labios, cuyo movable coral no la podía esconder nada, eran para la duquesa como los caracteres de un libro. Del fondo de la poltrona que su ropa llenaba por completo, la coqueta jubilada, al tiempo que discurría con un diplomático que la buscaba á fin de recoger las anécdotas que tan bien sabía referir, se admiraba á sí misma en la joven coqueta, y se inclinaba hacia ella al ver lo bien, que disimulaba su pena y el martirio de su corazón.

Mme. de Vaudremont sentía en efecto tanto dolor cuanta alegría fingía; había creído encontrar en Marcial un hombre de talento con cuyo apoyo contaba para embellecer su vida con todos los encantos del poder, y en aquel momento reconocía un error tan cruel para su reputación como para su amor propio. En ella, como en otras mujeres de esta época, lo instantáneo de las pasiones aumentaba su vivacidad. Las almas que Vivian mucho y de prisa no sufrían menos que las que se consumían en una sola afección. La predilección de la condesa por Marcial había nacido la víspera, es verdad; pero el más inexperto de los cirujanos sabe que el sufrimiento causado por la amputación de un miembro vivo, es más dolorosa que la de un miembro enfermo. Madame de Vandremont veía como si dijéramos su porvenir en el amor de Marcial, mientras que su pasión precedente era sin esperanza y envenenada por los remordimientos de Soulanges.

La vieja duquesa, que espiaba el momento oportuno para hablar á la condesa, se apresuró á despedir al embajador; porque en presencia de queridas y de amantes desavenidos, palidece cualquier otro interés, aun en una mujer vieja. Para empezar la lucha, madame de Lansac lanzó sobre madame de Vaudremont una mirada sardónica que hizo temer á la joven coqueta que su suerte estaba en manos de la viuda.

Hay miradas de mujer á mujer que son como las antorchas que salen al fin de una tragedia. Es necesario haber conocido á la duquesa para apreciar el terror que el movimiento de su fisonomía inspiraba á la condesa. La señora de Lansac era alta; sus rasgos hacían exclamar: —He aquí una mujer que ha debido de ser hermosa. —Se coloreaba tanto las mejillas que sus arrugas desaparecían del todo; mas lejos de recibir un brillo prestado por aquel carmín oscuro, sus ojos tenían una ternura mayor. Llevaba una gran cantidad de diamantes, y se vestía con el gusto suficiente para no caer en ridículo: Su nariz puntiaguda anunciaba el epigrama. Una dentadura bien puesta conservaba en su boca una mueca de ironía que recordaba la de Voltaire. No obstante, la exquisita finura de sus maneras endulzaba tanto el giro malicioso de sus ideas, que no se la podía acusar de malignidad. Los ojos grises de la vieja dama se animaron, y una mirada triunfal, acompañada de una sonrisa, que decía: —Os lo había prometido! — atravesó el salón y esparció el color de la esperanza sobre las mejillas de la joven que gemía al pié del candelabro.

Esta alianza entre la señora de Lansac y la desconocida no podía escaparse á la vista perspicaz de la condesa de Vaudremont que entrevió en ella un misterio, y quiso penetrarlo. En este momento el barón de la Roche-Hugon, después de haber probado de hablar con todas las señoras, sin poder saber el nombre de la dama azul, se dirigió en último recurso á la condesa de Gondreville, que solo le dio esta poco satisfactoria respuesta: —Es una señora que me ha presentado la vieja duquesa de Lansac. —Al volverse casualmente hacia la poltrona ocupada por esta dama, el Consejero de Estado sorprendió la mirada de inteligencia que había dirigido á la desconocida, y por más que hubiese algún tiempo que no corría bien con ella, se determinó á dirigirla la palabra.

—Si la vieja bohemia me mira con ese aire de amistad, pensó el barón, sin duda que va á jugarme una mala pasada.

—Señora, la dijo, me han asegurado que estáis encargada de velar un precioso tesoro!

—Me tomáis por un dragón, preguntó la dama...? Pero ¿de quién habláis? añadió con una dulzura que devolvió la esperanza á Marcial.

—De esa señorita desconocida que los celos de todas esas coquetas ha desterrado allí abajo. Conocéis, sin duda, á su familia.

—Sí, dijo la duquesa; pero qué queréis hacer de una heredera de provincia recién casada; de una joven bien nacida á quien no conocéis, y que no va á parte alguna?

—Por qué no baila? Es tan bella! queréis que hagamos un tratado de paz? Si me enteráis de todo lo me interesa saber, os juro que apoyaré calurosamente ante el Emperador la demanda de restitución de los bosques de Navarreins por el que los posee.

La rama segunda de la casa de Navarreins, acuartelada de Lansac que es de azul, desflorado de plata, flanqueado por seis regatones de lanza también de plata, metidos en sus astas, y la alianza de la vieja dama con Luis XV, habían valido á su esposo el título de duque, con privilegio; pero como los Navarreins aun no habían vuelto á entrar en Francia, el joven Consejero de Estado proponía lisa y llanamente á la de Lansac una infamia, al insinuarle que reclamase unos bienes que pertenecían á la rama primogénita de su casa.

—Caballero, respondió la vieja dama con una gravedad engañadora, traedme á la condesa de Vaudremont, y os prometo revelarla el misterio que tan interesante hace á nuestra desconocida. Todos los hombres del baile están picados de igual grado de curiosidad que vos. Los ojos se dirigen involuntariamente hacia ese candelabro donde mi protegida se ha colocado modestamente, y desde allí receje todos los homenajes que han pretendido arrebatarla. Dichoso aquel á quien tome por pareja en el baile! Aquí se interrumpió fijando en la condesa de Vaudremont una de esas miradas que dicen

claramente: —Hablamos de vos: — después, añadió: — Me figuro que preferiréis saber el nombre de la desconocida de boca de vuestra bella condesa, más bien que de la mía?

La actitud de la duquesa era tan provocante que madame de Vaudremont se levantó, fue á su lado, se sentó en la silla, que la ofreció Marcial, y sin hacer caso de él: — Adivino, señora, la dijo sonriéndose, que habláis de mí; no sé si en bien ó en mal, pero confieso mi inferioridad respecto de vos tanto en mal como en bien.

La señora de Lansac cogió con su vieja, seca y arrugada mano la hermosa mano de la joven, y con un tono de compasión la dijo en voz baja: —¡Pobrecita!

Las dos mujeres se miraron. Madame de Vaudremont comprendió que Marcial estaba de más y le despidió diciéndole con un tono imperioso: —Dejadnos!

El Consejero de Estado, poco satisfecho de ver á la condesa bajo el encanto de la peligrosa sibila que la había atraído, la lanzó una de esas miradas varoniles, poderosas sobre un corazón sumiso, pero que parecen ridículas á la mujer que empieza ya á juzgar á aquel de quien se prendó.

—Tendríais acaso la pretensión de imitar al Emperador? dijo madame de Vaudremont inclinando su cabeza para contemplar con aire irónico al Consejero de Estado.

Marcial poseía bastante trato social, delicadeza y cálculo para exponerse á romper con una mujer tan bien vista en sociedad, y á quien quería casar el Emperador; contó por mucho con los celos que se proponía despertar en ella como medio más seguro de adivinar el secreto de su frialdad, y se alejó tan de buen grado cuanto que en aquel instante una nueva contradanza puso en movimiento á todo el mundo. El barón cedió el lugar a las parejas y fue á apoyarse en el mármol de una consola; cruzó los brazos sobre el pecho, y permaneció preocupado con la conversación de las dos damas, siguiendo de tanto en tanto las miradas que á hurtadillas dirigían ambas á la desconocida. Al comparar entonces á la condesa con esta nueva belleza á quien el misterio daba tanto atractivo, se entregó el barón á los odiosos cálculos habituales á los hombres bien acomodados; flotaba entre atrapar una fortuna y satisfacer un capricho. El reflejo de las luces hacia resaltar tanto sobre los cortinajes de *moiré* blanco su figura cuidadosa y sombría, contrastada por sus negros cabellos, que se le hubiera podido comparar á un genio del mal. De lejos, más de un observador debió sin duda decirse: —He allí un pobre diablo que parece divertirse mucho. —Apoyado ligeramente con su espalda derecha en el marco de la puerta que se hallaba entre la sala de baile y la de juego, el coronel podía reír de *incógnito* bajo sus anchos bigotes; gozaba contemplando el tumulto del baile; veía voltear mil hermosas cabezas á compás de los caprichos de la danza; leía en algunos rostros, tales como el de la condesa y su amigo Marcial, los secretos de su agitación, y volviendo luego la cabeza se preguntaba qué relación existía entre el aire sombrío del conde de Soulanges, siempre sentado en su confidente, y la fisonomía llorosa de la dama desconocida, es cuyo semblante aparecían á intervalos las alegrías de la esperanza y las angustias de un involuntario temor. Moncornet era allí como el rey de la fiesta; hallaba en aquel movable cuadro una vista completa del mundo, y reía al recoger las sonrisas interesadas de cien mujeres brillantes y compuestas; pues un coronel de la guardia imperial, cargo que equivalía al grado de general de brigada, era en verdad uno de los más ventajosos partidos de entre el ejército. Las conversaciones, el juego, la danza, la coquetería, los intereses, las malicias y los proyectos, todo llegó á aquel grado de animación que arranca á un joven esta exclamación: —Qué bello es el baile!

—Ángel de mi vida, decía madame de Lansac á la condesa, os halláis en una edad en que yo he cometido muchas faltas. Al veros sufrir á la vez con mil muertes, he tenido la intención de daros caritativos consejos. Cometer una falta á los veintidós años ¿qué es

sino perder el porvenir? ¿qué es sino desgarrar el vestido que una debe ponerse? Querida mía, aprendemos muy tarde á servirnos de él sin arrugarlo. Continudad, amor mío, procurándoos enemigos diestros y amigos sin sentido práctico, y veréis que graciosa vida os espera.

—Ah! señora, á una mujer le cuesta mucho ser feliz, ¿no es verdad? exclamó vivamente la condesa.

—Querida mía, á vuestra edad, es preciso saber elegir entre el placer y la dicha. queréis casaros con Marcial que ni es bastante necio para ser un buen marido, ni bastante apasionado para ser un amante. Tiene deudas; es capaz de devorar vuestra fortuna; pero eso sería lo de menos si fuera capaz de daros la felicidad. Pero ¿no veis lo viejo que es? Debe haber estado enfermo muy á menudo, y ahora goza de lo que le resta. No hay hombre de aquí á tres años: Se despertará en él la ambición; quizás se salga con la suya, pero no lo creo. ¿Ni quién es él? Un intrigante que puede poseer á las mil maravillas el arte de los negocios y de la charlatanería, pero que está muy pagado de sí mismo para tener un verdadero mérito, y no irá muy lejos.

—Por otra parte, precaveos de él. ¿Pues no leéis en su frente que lo que en este momento ve él en vos, no es una mujer joven y hermosa, sino los dos millones que poseéis? No os ama, querida de mi alma; os calcula como si se tratase de un negocio. Si queréis casaros, elegid un hombre de más edad, que os dé consideración y que esté á la mitad de su carrera. Una viuda no debe hacer de su matrimonio un negocio de amor pasajero. ¿Acaso se coge un ratón dos veces en la misma ratonera? En la actualidad un nuevo contrato matrimonial debe seros como una especulación, y, al volveros á casar, debéis por lo menos tener la esperanza de oíros llamar un día la señora mariscal.

En aquel momento los ojos de ambas mujeres se fijaron instintivamente en la bella figura del coronel Moncornet.

—Si queréis hacer el difícil papel de una coqueta, y no casaros, replicó la duquesa con sencillez, sabréis mejor que otra alguna arremolinar las nubes de la tempestad y disiparlas.

Pero os conjuro á que no tengáis jamás como un placer el burlar la paz de los hogares, destruir la unión de las familias y la felicidad de las mujeres dichosas. Yo he representado ese peligroso papel, querida amiga. Y, ¡oh! Dios mío!, por un triunfo de amor propio se asesinan pobres mujeres muy virtuosas, (porque existen mujeres virtuosas) y una se crea antipatías mortales. Algo tarde he aprendido, que, siguiendo el dicho del duque de Alba, un salmón vale más que mil ranas! Sí, un verdadero amor, proporciona mil veces más goces que las pasiones efímeras que excita. Pues bien, yo he venido aquí á sermonear. Sí; la causa de mi aparición en este salón que desagrade al pueblo, sois vos. No vengo aquí á ver comediantes! En otro tiempo, querida amiga, se les recibía en su gabinete ¿pero en el salón? Porque me miráis con aire tan maravillado? Escuchad:

—Si queréis burlaros de los hombres, añadió la dama, no derribéis el corazón de aquellos en quienes no se ha detenido la vida; de aquellos que no tienen deberes que cumplir; las demás jamás nos perdonan los desórdenes que les han hecho felices; aprovechaos de esta máxima debida á mi antigua experiencia. Por ejemplo, este pobre Soulanges á quien habéis vuelto el juicio y á quien, desde hace quince meses habéis embriagado, Dios sabe como... pues bien, ¿sabéis sobre quién recaen esos golpes?... Sobre toda su vida entera. Casado ha dos años, vive adorado por una encantadora criatura á quien ama y engaña, mientras ella vive en el llanto y el silencio más amargos. Soulanges ha tenido momentos de remordimientos más crueles que dulces hayan sido sus placeres; y vos, pequeña astuta, vos le habéis empeñado. Pues bien, venid á

contemplar vuestra obra. La duquesa tomó por la mano á madame de Vaudremon y ambas se levantaron.

—Vedla, la dijo madame de Lansac, mostrando ante sus ojos á la pálida y temblorosa desconocida; he ahí á mi sobrina la condesa de Soulanges; por fin hoy ha cedido á mis instancias; por fin ha consentido en abandonar el cuarto de dolor donde la vida de su hijo solo la prestaba consuelos harto débiles. ¿La veis? Os parece encantadora? pues bien, juzgad, hermosa amiga, juzgad cuanto más debía serlo cuando la dicha y el amor derramaban su resplandor sobre ese rostro hoy marchito.

La condesa volvió la cabeza silenciosamente, y pareció presa de graves reflexiones. La duquesa la condujo hasta la puerta de la sala de juegos; después, tras de haber lanzado sus miradas como si quisiese buscar allí á alguno, dijo á la joven coqueta con un tono de voz grave: —He allí á Soulanges.

La condesa se estremeció al aperebir en el rincón más oscuro de la sala la pálida y contraída figura de Soulanges, apoyado en el confidente; la relajación de sus miembros y la inmovilidad de su frente manifestaban todo su dolor; los jugadores iban y venían por delante de él, prestándole tan poca atención como si allí no existiese. El cuadro que presentaban la mujer llorosa y el marido triste y sombrío, separados uno de otro en medio de aquella fiesta como dos mitades de un árbol herido por el rayo, tuvo quizás algo de profético para la condesa, que temió ver en él una imagen de las venganzas que la reservaba el porvenir. No estaba su corazón tan lacerado que se hallasen desterrados de él la sensibilidad y la indulgencia; asió la mano de la duquesa, y le dio las gracias por medio de una de esas sonrisas que tienen cierta gracia infantil.

—Mi querida niña, la dijo al oído la anciana señora, pensad, de hoy en adelante, que las mujeres tenemos el poder así de rechazar de nosotras el homenaje de los hombres, como el de atraérnoslo.

—Es vuestro sino sois un mentecato.

Estas últimas palabras fueron soltadas al oído de Moncornet por madame de Lansac en tanto que la bella condesa se entregaba á la compasión que la inspiraba el aspecto de Soulanges, porque, á decir verdad, le amaba aun con sinceridad bastante para devolverle la dicha, é interiormente se prometía emplear el irresistible poder que sobre él ejercían aun sus seducciones para restituirle á su mujer.

—¡Oh! de qué modo voy á predicarle, dijo la condesa á madame de Lansac.

—¡Todo menos eso! exclamó la duquesa volviendo á ocupar su poltrona; elegid un buen marido y cerrad vuestras puertas á mi sobrino; no le ofrezcáis siquiera vuestra amistad. Creedme, una mujer no recibe de otra el corazón de su esposo; es cien veces más dichosa creyendo que lo ha reconquistado por sí misma. Al conducir aquí á mi sobrina, creo haberla proporcionado un excelente medio para recuperar el amor de su esposo. Os pido solo por toda cooperación que deis dentera al coronel.

Y cuando madame de Lansac le mostró al amigo del Consejero de Estado, la condesa sonrió.

—sabéis, por fin, el nombre de esa desconocida? preguntó el barón con aire resentido á la condesa en cuanto ésta estuvo sola.

—Si, dijo madame de Vaudremont mirando al Consejero de Estado.

Su figura expresaba tanta sutileza como alegría. La sonrisa que esparció la vida sobre sus labios y mejillas, el húmedo brillo de sus ojos, se asemejaban á esos fuegos fatuos que engañan al viajero. Marcial, que siempre se creyó amado, tomó entonces esa actitud en que un hombre se balancea tan agradablemente junto á la persona amada, y dijo con fatuidad:

—Y me querríais aun cuando pareciese tomar mucho interés en saber ese nombre?

—Y me querríais aun cuando, (replicó madame de Vaudremont) por un resto de amor no os lo dijese y os prohibiera hacer la menor demostración á esa mujer? Porque quizás arriesgaríais vuestra vida.

—Señora, perder vuestros favores es más que perder la vida!

—Marcial, dijo severamente la condesa, es la señora de Soulanges; su marido os levantaría la tapa de los sesos, si los tuvieseis.

—Ah! ah! respondió el presuntuoso riendo, ¿con que el coronel deja vivir en paz á quien le ha arrebatado vuestro corazón y queréis, que se bata por su mujer? Qué contradicción de principios! Os suplico que me permitáis bailar con esa dama. De paso podréis cercioraros del poco amor que para vos encierra aquel corazón de nieve; porque si el coronel lleva á mal que haga danzar á su mujer, después de haber sufrido que yo os...

—Pero ella ama á su marido.

—Obstáculo de más que tendré el placer de vencer á toda costa.

—Pero si es casada!

—Donosa objeción!

—Ah! dijo la condesa con amarga sonrisa, los hombres castigáis igualmente nuestras faltas y nuestros arrepentimientos.

—No os enojéis, dijo vivamente Marcial. Suplico que me perdonéis. Pues bien, ya no pienso en madame de Soulanges.

—Mereceríais que os enviase junto á ella.

—Allá voy, dijo riendo el barón, y volveré enamorado de vos como nunca. Os convenceréis de que la mujer más hermosa del mundo no puede posesionarse de un corazón que os pertenece por entero.

—¿Con qué es decir que queréis ganar el caballo del coronel?

—Ah! traidor, respondió Marcial sonriendo y amenazando con el dedo á su amigo, que sonreía á su vez.

En esto llegó el coronel, y el barón le cedió su sitio junto á la condesa á quien, dijo con aire sardónico:

—Señora, he aquí al hombre que se vanaglorió de poder alcanzar vuestros favores en una velada.

Y se alejó aplaudiéndose el haber sublevado el amor propio de la condesa y mortificado á Moncornet; pero á pesar de su sutileza no había adivinado la ironía de que estaban llenos los propósitos de madame de Vaudremont, ni se apercibió de que ella había dado tantos pasos hacia su amigo como su amigo hacia ella, por más que ambos no lo quisiesen. En el momento en que el Consejero de Estado se acercaba mariposeando en torno al candelabro bajo el cual la condesa de Soulanges, pálida y temerosa, parecía ser toda ojos, su marido apareció en la puerta del salón mostrando sus ojos brillantes y apasionados. La vieja duquesa, atenta á todo, se dirigió á su sobrino y le pidió su brazo y su carruaje para salir, pretextando un fastidio mortal, vanagloriándose para sí de evitar por este medio un escándalo ruidoso. Pero antes de partir hizo á su sobrina una señal de inteligencia, designándole al caballero emprendedor que se preparaba á hablarla, con cuya señal parecía decirle: —Ahí lo tienes; véngate.

Madame de Vaudremont sorprendió la miraba de tía y sobrina, y un súbito resplandor iluminó su alma; temía ser la burla de esta vieja dama tan experta y astuta en intrigas. —Esa pérfida duquesa, se dijo, quizás haya hallado muy agradable el darme una lección de moral, jugándome por su parte una mala pasada.

Ante este pensamiento, el amor propio de madame de Vaudremont se interesó más que su curiosidad en desenredar el hilo de esta intriga. La preocupación interior á que se

entregó no la hizo dueña de sí misma. El coronel, interpretando en favor suyo el embarazo manifiesto en las frases y maneras de la condesa, se mostró aun más ardiente y solícito. Los viejos diplomáticos aburridos que se divertían en observar el cambio de fisonomías jamás, hablan hallado tantas intrigas que seguir ó que adivinar. Las pasiones que agitaban á la doble pareja se diversificaban á cada paso en estos salones animados, representándose con otros matices sobre otros tantos rostros. El espectáculo de tantas pasiones vivas, de todas aquellas querellas de amor, aquellas venganzas dulces, aquellos favores crueles, aquellas miradas inflamadas, de toda aquella vida ardiente esparcida en torno suyo, no conseguía más que hacerles comprender más vivamente su impotencia.

El barón había conseguido por fin sentarse junto á la condesa de Soulanges. Sus ojos erraban como al descuido sobre un cuello fresco como el rocío, perfumado como la flor de los campos; admiraba de cerca las bellezas que de lejos le habían asombrado. Pudo ver un pié pequeño y bien calzado, medir con su mirada un talle esbelto y gracioso, pues en esta época era cuando las mujeres, á imitación de las estatuas griegas, desnudaban la cintura de ropas, precisamente bajo el seno, moda despiadada para aquellas cuyo entalle encerraba algún defecto. Marcial, al arrojar sus miradas furtivas sobre este seno, quedó encantado de la perfección de formas de la condesa.

—No habéis bailado ni una sola vez esta noche, señora, la dijo con voz dulce y aduladora; imagino que no será por falta de pareja.

—No voy á ninguna parte; soy desconocida aquí, respondió con frialdad madame de Soulanges que no había comprendido la mirada con que su tía la había invitado á mostrarse agradable para con el conde.

Marcial, hizo dar vueltas como por entretenimiento al hermoso diamante que lucía en su mano izquierda; los rayos lanzados por la piedra parecieron arrojar una claridad súbita en el alma de la joven condesa, que se encendió y miró al barón con una expresión indefinible.

—¿Os gusta bailar? preguntó el Provenzal, intentando reanudar la conversación.

—¡Oh! mucho, caballero.

Á tan extraña respuesta, sus miradas se encontraron. El joven, sorprendido del acento penetrante que despertó en su corazón una vaga esperanza, interrogó súbitamente con sus ojos los de aquella mujer.

—Pues bien, señora, ¿sería una temeridad el que me propusiese ser vuestra pareja en la primera contradanza?

Un rubor cándido encendió las blancas mejillas de la condesa.

—Pero, caballero, si he rehusado ya un bailador, un militar.....

—Sería por ventura aquel gran coronel de caballería que veis allí abajo....?

—El mismo.

—Pues bien, y qué? es amigo mío, nada temáis. Me concedéis el favor que me atrevo á esperar?

—Sí, caballero.

Esta voz revelaba una emoción tan nueva y tan profunda, que el alma indolente del Consejero se quebrantó. Se sintió acometido por una timidez de colegial, perdió todo su aplomo; su cabeza meridional se inflamó, quiso hablar y sus expresiones, comparadas con las réplicas animadas y finas de madame de Soulanges, le parecieron sin gracia. De pié junto á su bella bailadora, se halló más á su placer. La danza es para muchos hombres una manera de ser; desplegando sus gracias corporales piensan obrar más poderosamente que con su espíritu sobre el corazón de las mujeres. El Provenzal, á juzgar por la pretensión de todos sus movimientos y gestos, quería sin duda emplear en aquel momento todos sus medios de seducción. había conducido á su conquista al

cuadro en que las más brillantes damas del salón ponían un empeño quimérico en bailar mejor que todas las demás.

Mientras la orquesta ejecutaba el preludio de la primera figura, el barón experimentó una increíble satisfacción de orgullo, cuando al pasar revista á las bailadoras situadas en las líneas de este formidable cuadro, se apercibió de que el tocado de madame de Soulanges competía hasta con el de madame de Vaudremont, la cual, por una casualidad (quizás intencionada), daba con el coronel el frente al barón y á la dama azul. Todas las miradas se fijaron por un momento en madame de Soulanges; un murmullo adulador anunció que era el tema de la conversación de cada caballero con su pareja.

Las ojeadas de envidia y de admiración se cruzaron tan vivamente sobre ella, que, avergonzada de un triunfo que parecía rehusar, bajó modestamente los ojos y se ruborizó, haciéndose con ello aun más encantadora. Solo alzó sus blancas pupilas para mirar á su extasiado bailador, como si hubiera querido referir á él la gloria de aquellos homenajes y manifestarle que prefería el suyo á todos los demás; mezcló algo de inocencia en su coquetería ó pareció, más bien abandonarse á la ingenua admiración por la cual empieza con aquella buena fe que no se encuentra sino en corazones jóvenes.

Cuando se puso á bailar, los espectadores pudieron creer perfectamente que solo desplegaba sus gracias para Marcial; y aunque modesta y novicia en conducirse en los salones, supo, tan bien como la diestra coqueta, levantar los ojos hacia él en tiempo oportuno y bajarlos con una modestia fingida. Cuando las nuevas leyes de una contradanza inventada por el bailarín Trénis, á la que dio su nombre, pusieron á Marcial frente por frente al coronel, aquel dijo á éste riendo: —Te he ganado tu caballo.

—Sí; pero has perdido ochenta mil libras de renta, le replicó el coronel mostrándole á madame de Vaudremont.

—Y eso qué me importa! respondió Marcial; madame de Soulanges vale millones.

Al acabar la contradanza más de un cuchicheo resonó en más de un oído. Las mujeres menos hermosas *hacían moral* con sus caballeros á propósito de las nacientes relaciones entre Marcial y la condesa de Soulanges; las más bellas se hacían cruces de semejante facilidad; los hombres no concebían la felicidad del Consejero de Estado, en quien no hallaban nada capaz de seducción, y algunas mujeres indulgentes decían que no se debían precipitar en juzgar á la condesa, pues las jóvenes serian harto infelices si una mirada expresiva ó algunos pasos graciosamente ejecutados bastasen para comprometer á una mujer: solo Marcial conocía la extensión de su dicha.

Cuando, en la última figura, las damas del cuadro hubieron de formar el molinete, sus dedos apretados los de la condesa y entonces creyó sentir, á través de la piel fina y perfumada de los guantes, que los dedos de la joven respondían á su amoroso llamamiento.

—Señora, la dijo en el momento en que terminó la contradanza, no os volváis á aquel odioso rincón, donde hasta ahora habéis enterrado vuestro rostro y vuestro tocado. ¿Creéis que la admiración es el único presente que podéis obtener para los diamantes que adornan vuestro blanco cuello y vuestras bien entrelazadas trenzas? Venid á dar un paseo por los salones y á gozar de la fiesta y de vos misma.

Madame de Soulanges siguió á su seductor, que creía que ella le pertenecería con más seguridad si llegaba á deshonorarla. Entonces dieron ambos algunas vueltas á través de los grupos que henchían los salones de la casa. La condesa de Soulanges, inquieta, se detenía un momento antes de penetrar en cada salón, y solo penetraba en él después de haber extendido el cuello para lanzar una mirada sobre todos los hombres.

Este miedo, que llenaba de júbilo al Consejero de Estado, solo parecía aquietarse cuando éste decía á su temerosa compañera: —Perded cuidado, señora, *él* no está

aquí.—Así llegaron hasta una inmensa galería de cuadros, situada en un ala del edificio, donde se gozaba además del magnífico aspecto de un ambigú preparado para trescientas personas. Como la cena iba á comenzar, Marcial condujo á la condesa hacia un gabinete ovalado que caía á los jardines, donde las más raras flores y varios arbustos formaban un soto perfumado, bajo brillantes colgaduras de azul. Allí iba á espirar el murmullo de la fiesta. La condesa se sobresaltó al entrar en él y rehusó obstinadamente seguir hacia dentro al joven; más, después de haber dado una ojeada sobre un espejo, sin duda que vio allí algunos testigos, puesto que de buen grado fue á sentarse en una otomana.

—Esta pintura es deliciosa, dijo ella admirando un fondo de azul de cielo, realizado por perlas.

—Todo es aquí amor y voluptuosidad, respondió el joven profundamente conmovido.

Á favor de la misteriosa claridad que reinaba, contempló á la condesa y sorprendió en su rostro, dulcemente agitado, una expresión de turbación, de pudor, de deseo, que le encantó. La joven sonrió, y esta sonrisa pareció poner fin á la lucha de los sentimientos que se disputaban su corazón; de la manera más seductora tomó la mano derecha de su adorador y le quitó del dedo el anillo en que se habían detenido sus ojos.

—Qué hermoso diamante! exclamó con la cándida expresión de una mujer que empieza á sentir el comezón de una tentación primera.

Marcial, conmovido por la involuntaria, pero arrebatadora caricia que la condesa le había hecho al despojarle del brillante, fijó en ella sus ojos tan relumbrantes como el anillo.

—Llevallo, la dijo, en recuerdo de esta hora celestial y por el amor de.....

Ella le contempló con tanto éxtasis que él no acabó de hablar y la besó la mano.

—Me lo dais? dijo ella con aire de asombro.

—Quisiera ofreceros el mundo entero.

—¿No os chanceáis? Repuso con voz alterada por una satisfacción bastante viva.

—¿Y no aceptáis más que mi diamante?

—No me lo pediréis jamás? preguntó ella.

—Jamás.

Entonces se puso el anillo en el dedo. Marcial contando con una próxima ventura, hizo un movimiento para abrazar con su mano el talle de la condesa, cuando de repente ésta se levantó y con voz clara y sin ninguna emoción, le dijo: — Pues, caballero, acepto este diamante con tanto menos escrúpulo, cuanto me pertenece.

El Consejero de Estado se quedó aturdido.

—Monsieur de Soulanges le tomó de mi tocador, y me dijo haberle perdido.

—estáis en un error, señora, dijo Marcial con aire enojado; lo poseo de madame de Vaudremont.

—Precisamente, replicó ella sonriendo: mi marido me ha tomado este anillo, se lo ha dado, ella á vos y mi anillo ha viajado, helo ahí todo. Este anillo me dirá quizás todo lo que ignoro, y me enseñará el modo de agradar siempre. Caballero, añadió, estad persuadido de que, si no me hubiera pertenecido no me hubiera arriesgado á pagarlo tan caro; porque una mujer, dicen, corre siempre peligro al lado vuestro. Pero ved, añadió haciendo mover un resorte oculto en la piedra, aun hay en él cabellos de monsieur de Soulanges. Y se lanzó en los salones con tal presteza que pareció inútil el intentar alcanzarla; por otra parte, Marcial, confundido, no se halló con humor de proseguir la aventura. La risa de Madame de Soulanges había hallado un eco en el gabinete donde el joven provinciano apercibió entre dos arbustos al coronel y á madame de Vaudremont, que de todo corazón se reían.

—Quieres mi caballo para correr en pos de tu conquista, le dijo el coronel.

Gracias á su discreción pudo soportar el barón las burlas de que le colmaron madame de Vaudremont y Moncornet en aquella noche en que su amigo trocó su caballo de batalla por una mujer joven, rica y hermosa.

Mientras que la condesa de Soulanges atravesó el intervalo que separa la calzada de Antin (del arrabal) Saint Germain en que vivía, su alma fue presa de las más ricas inquietudes. Antes de abandonar la casa de Gondreville, había recorrido los salones sin hallar en ellos ni á su tía, ni á su marido, que se habían retirado sin ella. Entonces vinieron á atormentar su alma ingenua horribles presentimientos. Discreto testigo de los sufrimientos experimentados por su marido desde el día en que madame de Vaudremont le unció á su carro, esperaba confiadamente que un próximo arrepentimiento la devolvería á su esposo; por eso, y aun en medio de una increíble repugnancia, había consentido en el plan fraguado por su tía madame de Lansac, y aun en aquel momento mismo creía haber cometido una falta en ello. Aquella noche había entristecido su alma cándida. Espantada en un principio del aire paciente y sombrío del conde de Soulanges, aun lo quedó más por la belleza de su rival y por la corrupción del mundo que le había oprimido el corazón. Pasando por el puente Real, arrojó los profanados cabellos que se hallaban bajo el diamante en otro tiempo ofrecido como prenda de un amor puro. Lloró recordando los vivos sufrimientos de que hacia tanto tiempo se veía víctima, y más de una vez se estremeció pensando en que el deber de las mujeres que quieren alcanzar la paz del hogar, las obliga á sepultar en el fondo del corazón, y sin exhalar una queja, angustias tan crueles como las suyas.

—Ah! dijo, ¿qué es lo que pueden hacer las mujeres que no aman? ¿Dónde está el manantial de su indulgencia? Jamás podré comprender, como lo dice mi tía, que la razón baste para mantenerlas en tales sacrificios.

Volvió á suspirar otra vez, cuando en esto su lacayo bajó el elegante escabel, de donde saltó al vestíbulo de su casa. Subió precipitadamente la escalera, y cuando llegó á su cuarto se sobrecogió de terror viendo en él á su marido, sentado junto á la chimenea.

—Desde cuando, querida mía, vais al baile sin mí, sin prevenírmelo? le preguntó con voz alterada. Sabed que una mujer está fuera de su lugar si, está sin su marido. Habéis estado singularmente comprometida en el oscuro rincón donde os sepultasteis.

—¡Oh! buen León mío, le dijo ella con cariñosa voz, no he podido resistir á la dicha de verte sin que tú me vieses. Mi tía me ha llevado al baile y ¡he sido tan dichosa en él!

Estas palabras desarmaron de su severidad ficticia las miradas del conde, porque se acababa de hacer vivos cargos al saber la vuelta de su mujer, informada sin duda en el baile de una infidelidad que él esperaba haber podido ocultar; y según costumbre en los amantes que se reconocen culpables, intentaba, quejándose el primero á la condesa, evitar su justa cólera. Contemplaba silenciosamente á su mujer, que en su brillante atavío le pareció más hermosa que nunca. Dichosa con ver sonreír á su marido, y con hallarle á aquellas horas en un aposento, donde hacia algún tiempo que acudía con menos frecuencia, la condesa le miró tan tiernamente que él se ruborizó y bajó la mirada. Esta clemencia excitó tanto más á Soulanges cuanto que esta escena sucedía á los tormentos que había experimentado durante el baile; él cogió la mano de su mujer y en reconocimiento la besó. ¿No se halla á veces reconocimiento en el amor?

—¿Hortensia, qué tienes en el dedo que tanto daño me hace en los labios? la preguntó él sonriendo.

—Mi diamante, que tú decías haber perdido, y que he encontrado yo!

El general Moncornet, á pesar de la buena inteligencia en que vivió con madame de Vaudremont, no llegó á casarse con ella, porque ésta fue una de las víctimas del espantoso incendio que hizo por siempre célebre el baile dado por el embajador de

Austria, en ocasión del casamiento del emperador Napoleón con la hija del emperador Francisco II.

Julio, 1829.

La obra maestra desconocida

Le Chef-d'œuvre inconnu, 1831/1846

A un lord

.....

.....

1845

I

Gillette

A finales del año 1612, en una fría mañana de diciembre, un joven, pobremente vestido, paseaba ante la puerta de una casa situada en la Rue des Grands-Augustins, en París. Tras haber caminado hartos tiempos por esta calle, con la indecisión de un enamorado que no osa presentarse ante su primera amante, por más accesible que ella sea, acabó por franquear el umbral de aquella puerta y preguntó si el maestro François Porbus estaba en casa. Ante la respuesta afirmativa que le dio una vieja ocupada en barrer el vestíbulo, el joven subió lentamente los peldaños, deteniéndose en cada escalón, cual un cortesano inexperto, inquieto por el recibimiento que el rey va a dispensarle. Al llegar al final de la escalera de caracol, permaneció un momento en el rellano, perplejo ante el aldabón grotesco que ornaba la puerta del taller donde, sin lugar a duda, trabajaba el pintor de Enrique IV que María de Médicis había abandonado por Rubens. El joven experimentaba esa profunda sensación que ha debido de hacer vibrar el corazón de los grandes artistas cuando, en el apogeo de su juventud y de su amor por el arte, se han acercado a un hombre genial o a alguna obra maestra. Existe en todos los sentimientos humanos una flor primitiva, engendrada por un noble entusiasmo, que va marchitándose poco a poco hasta que la felicidad no es ya sino un recuerdo, y la gloria una mentira. Entre estas frágiles emociones, nada se parece más al amor que la joven pasión de un artista que inicia el delicioso suplicio de su destino de gloria y de infortunio; pasión llena de audacia y de timidez, de creencias vagas y de desalientos concretos. Quien, ligero de bolsa, de genio naciente, no haya palpitado con vehemencia al presentarse ante un maestro siempre carecerá de una cuerda en el corazón, de un toque indefinible en el pincel, de sentimiento en la obra, de verdadera expresión poética. Aquellos fanfarrones que, pagados de sí mismos, creen demasiado pronto en el porvenir, no son gentes de talento sino para los necios. A este respecto, el joven desconocido parecía tener verdadero mérito, si el talento debe ser medido por esa timidez inicial, por ese pudor indefinible que los destinados a la gloria saben perder en el ejercicio de su arte, como las mujeres bellas pierden el suyo en el juego de la coquetería. El hábito del triunfo atenúa la duda y el pudor es, tal vez, una duda.

Abrumado por la miseria y sorprendido en aquel momento por su propia impertinencia, el pobre neófito no habría entrado en la casa del pintor al que debemos el admirable retrato de Enrique IV, sin la extraordinaria ayuda que le deparó el azar. Un anciano comenzó a subir la escalera. Por la extravagancia de su indumentaria, por la magnificencia de su gorguera de encaje, por la prepotente seguridad de su modo de andar, el joven barruntó en este personaje al protector o al amigo del pintor; se hizo a un

lado en el descansillo para cederle el paso y lo examinó con curiosidad, esperando encontrar en él la buena naturaleza de un artista o el carácter complaciente de quienes aman las artes; pero percibió algo diabólico en aquella cara y, sobre todo, ese no sé qué que atrae a los artistas. Imagine una frente despejada, abombada, prominente, suspendida en voladizo sobre una pequeña nariz aplastada, de remate respingado como la de Rabelais o la de Sócrates; una boca burlona y arrugada, un mentón corto, orgullosamente levantado, guarnecido por una barba gris tallada en punta; ojos verdemar que parecían empañados por la edad, pero que, por contraste con el blanco nacarado en que flotaba la pupila, debían de lanzar, a veces, miradas magnéticas en plenos arrebatos de cólera o de entusiasmo. Además, su semblante estaba singularmente ajado por las fatigas de la edad y, aún más, por esos pensamientos que socavan tanto el alma como el cuerpo. Los ojos ya no tenían pestañas y apenas se veían algunos vestigios de cejas sobre sus salientes arcos. Coloque esta cabeza sobre un cuerpo enjuto y débil, enmárguela en un encaje de blancura resplandeciente, trabajado como una pieza de orfebrería, eche sobre el jubón negro del anciano una pesada cadena de oro, y tendrá una imagen imperfecta de este personaje al que la tenue iluminación de la escalera confería, por añadidura, una coloración fantasmagórica. Diríase un cuadro de Rembrandt avanzando silenciosamente y sin marco en la oscura atmósfera que ha hecho suya este gran pintor. El anciano lanzó al joven una mirada impregnada de sagacidad, golpeó tres veces la puerta, y dijo a un hombre achacoso, de unos cuarenta años, que vino a abrir:

-Buenos días, maestro.

Porbus se inclinó respetuosamente, dejó entrar al joven creyendo que venía con el viejo y se preocupó tanto menos por él cuanto que el neófito permanecía bajo la fascinación que deben de sentir los pintores natos ante el aspecto del primer estudio que ven y donde se revelan algunos de los procedimientos materiales del arte. Una claraboya abierta en la bóveda iluminaba el obrador del maestro Porbus. Concentrada en una tela sujeta al caballete, que todavía no había sido tocada más que por tres o cuatro trazos blancos, la luz del día no alcanzaba las negras profundidades de los rincones de aquella vasta estancia; pero algunos reflejos extraviados encendían, en la sombra rojiza, una lentejuela plateada en el vientre de una coraza de reitre¹¹ suspendida de la pared, rayando con un brusco surco de luz la moldura esculpida y encerada de un antiguo aparador cargado de curiosas vajillas, o moteaban de puntos brillantes la trama granada de algunos viejos cortinajes de brocado de oro con grandes pliegues quebrados, arrojados allí como modelos. Vaciados anatómicos de escayola, fragmentos y torsos de diosas antiguas, amorosamente pulidos por los besos de los siglos, cubrían anaqueles y consolas. Innumerables esbozos, estudios con la técnica de los tres colores, a sanguina o a pluma, cubrían las paredes hasta el techo. Cajas de pigmentos, botellas de aceite y de trementina, banquetas volcadas, dejaban sólo un estrecho paso para llegar bajo la aureola que proyectaba el alto ventanal cuyos rayos caían de lleno sobre el pálido rostro de Porbus y sobre el cráneo marfileño del singular personaje. La atención del joven pronto fue absorbida exclusivamente por un cuadro que, en aquel tiempo de confusión y de revoluciones, ya había llegado a ser célebre, y que visitaban algunos de esos tozudos a los que se debe la conservación del fuego sagrado durante los tiempos difíciles. Este bello lienzo representaba una María Egipcíaca disponiéndose a pagar el pasaje del barco. Esta obra maestra, destinada a María de Médicis, fue vendida por ella en sus días de miseria.

¹¹ Soldado alemán al servicio del Rey de Francia.

-Tu santa me gusta -dijo el anciano a Porbus- y te daría por ella diez escudos de oro por encima del precio que ofrece la reina; pero ¿pretender lo mismo que ella?... ¡diablos!

-¿Le gusta?

-¡Hum! ¡hum! -masculló el anciano- ¿gustar?... pues sí y no. Tu buena mujer no está mal hecha, pero no tiene vida. ¡Ustedes creen haber hecho todo en cuanto han dibujado correctamente una figura y puesto cada cosa en su sitio según las leyes de la anatomía! ¡Colorean ese dibujo con el tono de la carne, preparado de antemano en su paleta, cuidando de que un lado quede más oscuro que otro, y sólo porque miran de vez en cuando a una mujer desnuda puesta en pie sobre una mesa, creen haber copiado la naturaleza, creen ser pintores y haber robado su secreto a Dios!... ¡Prrr! ¡Para ser un gran poeta no basta conocer a fondo la sintaxis y no cometer errores de lenguaje! Mira tu santa, Porbus. A primera vista parece admirable; pero en una segunda ojeada se percibe que está pegada al fondo de la tela y que no se podría rodear su cuerpo. Es una silueta que sólo tiene una cara, es una figura recortada, es una imagen incapaz de volverse o de cambiar de posición. No siento aire entre ese brazo y el ámbito del cuadro; faltan el espacio y la profundidad; sin embargo, la perspectiva es correcta, y la degradación atmosférica está observada con exactitud; pero, a pesar de tan loables esfuerzos, no puedo creer que ese bello cuerpo esté animado por el tibio aliento de la vida. Tengo la impresión de que si pusiera la mano sobre este seno de tan firme redondez, ¡lo encontraría frío como el mármol! No, amigo mío, la sangre no corre bajo esa piel de marfil, la vida no llena con su corriente purpúrea las venas que se entrelazan en retículas bajo la ambarina transparencia de las sienas y del pecho. Este lugar palpita, pero ese otro está inmóvil; la vida y la muerte luchan en cada detalle: aquí es una mujer, allí una estatua, más allá un cadáver. Tu creación está incompleta. No has sabido insuflar sino una pequeña parte de tu alma a tu querida obra. El fuego de Prometeo se ha apagado más de una vez en tus manos y muchas partes de tu cuadro no han sido tocadas por la llama celeste.

-Pero ¿por qué, mi querido maestro? -dijo respetuosamente Porbus al anciano, mientras que el joven reprimía a duras penas su deseo de golpearlo.

-¡Ah, ahí está! -dijo el anciano menudo-. Has flotado indeciso entre los dos sistemas, entre el dibujo y el color, entre la flema minuciosa, la rigidez precisa de los viejos maestros alemanes, y el ardor deslumbrante, la feliz abundancia de los pintores italianos. Has querido imitar a la vez a Hans Holbein y a Tiziano, a Alberto Durero y a Pablo Veronés. ¡En verdad era una magnífica ambición! Pero ¿qué ocurrió? No has logrado ni el severo encanto de la sequedad, ni las engañosas magias del claroscuro. En este lugar, como un bronce en fusión que revienta su molde demasiado débil, el rico y rubio color de Tiziano ha hecho estallar el magro contorno de Alberto Durero en el que lo habías colado. En otra parte, la línea ha resistido y contenido los magníficos desbordamientos de la paleta veneciana. Tu figura no está ni perfectamente dibujada, ni perfectamente pintada, y lleva por todas partes la huella de esta desgraciada indecisión. Si no te sentías lo bastante fuerte como para fundir en el fuego de tu genio las dos maneras rivales, debías haber optado con franqueza por una u otra, a fin de obtener la unidad que simula uno de los requisitos de la vida. No eres auténtico sino en las partes centrales, tus contornos son falsos, no son envolventes y nada prometen a su espalda. Aquí hay verdad -dijo el anciano señalando el pecho de la santa. También aquí -continuó, indicando el lugar donde terminaba el hombro en el cuadro-. Pero allí -dijo, volviendo al centro del pecho, todo es falso. No analicemos nada; sólo serviría para desesperarte.

El anciano se sentó en un taburete, apoyó la cabeza en sus manos y quedó en silencio.

-Maestro -le dijo Porbus-, sin embargo he estudiado bien en el desnudo este pecho, pero, para nuestra desgracia, hay efectos verdaderos en la naturaleza que pierden su verosimilitud al ser plasmados en el lienzo...

-¡La misión del arte no es copiar la naturaleza, sino expresarla! ¡Tú no eres un vil copista, sino un poeta! -exclamó con vehemencia el anciano, interrumpiendo a Porbus con un gesto despótico-. ¡De otro modo, un escultor se ahorraría todas sus fatigas sólo con moldear una mujer! Pues bien, intenta moldear la mano de tu amante y colocarla ante ti; te encontrarás ante un horrible cadáver sin ningún parecido, y te verás forzado a recurrir al cincel del hombre que, sin copiártela exactamente, representará su movimiento y su vida. Tenemos que captar el espíritu, el alma, la fisonomía de las cosas y de los seres. ¡Los efectos!, ¡los efectos! ¡Pero si éstos son los accidentes de la vida, y no la vida misma! Una mano, ya que he puesto este ejemplo, no se relaciona solamente con el cuerpo, sino que expresa y continúa un pensamiento que es necesario captar y plasmar. ¡Ni el pintor, ni el poeta, ni el escultor deben separar el efecto de la causa, que están irrefutablemente el uno en la otra! ¡Esa es la verdadera lucha! Muchos pintores triunfan instintivamente sin conocer esta cuestión del arte. ¡Dibujan una mujer, pero no la ven! No es así como se consigue forzar el arcano de la naturaleza. La mano de ustedes reproduce, sin pensarlo, el modelo que han copiado con su maestro. No profundizan en la intimidad de la forma, no la persiguen con el necesario amor y perseverancia en sus rodeos y en sus huidas. La belleza es severa y difícil y no se deja alcanzar así como así; es preciso esperar su momento, espiarla, cortejarla con insistencia y abrazarla estrechamente para obligarla a entregarse. La Forma es un Proteo mucho menos aprehensible y más rico en repliegues que el Proteo de la fábula. Sólo tras largos combates se la puede obligar a mostrarse bajo su verdadero aspecto; ustedes, ustedes se contentan con la primera apariencia que les ofrece, o todo lo más con la segunda, o con la tercera; ¡no es así como actúan los luchadores victoriosos! Los pintores invictos que no se dejan engañar por todos estos subterfugios, sino que perseveran hasta constreñir a la naturaleza a mostrarse totalmente desnuda y en su verdadero significado. Así procedió Rafael -dijo el anciano, quitándose el gorro de terciopelo negro para expresar el respeto que le inspiraba el rey del arte-; su gran superioridad proviene del sentido íntimo que, en él, parece querer quebrar la Forma. La Forma es, en sus figuras, lo que es para nosotros: un medio para comunicar ideas, sensaciones; una vasta poesía. Toda figura es un mundo, un retrato cuyo modelo ha aparecido en una visión sublime, teñido de luz, señalado por una voz interior, desnudado por un dedo celeste que ha descubierto, en el pasado de toda una vida, las fuentes de la expresión. Ustedes representa a sus mujeres con bellas vestiduras de carne, con hermosas colgaduras de cabellos, pero ¿dónde está la sangre que engendra la calma o la pasión y que causa peculiares efectos? Tu santa es una mujer morena, pero esto, mi pobre Porbus, ¡es una rubia! Sus figuras son, pues, pálidos fantasmas coloreados que nos pasean ante los ojos, y llaman a esto pintura y arte. Sólo porque han hecho algo que se parece más a una mujer que a una casa, creen haber alcanzado la meta y, orgullosos de no estar ya obligados a escribir, junto a sus figuras, *currus venustus* o *pulcher homo*¹² como los primeros pintores, ¡se creen artistas maravillosos! ¡Ja, ja! aún están lejos, mis esforzados compañeros; necesitan utilizar muchos lápices, cubrir muchas telas antes de llegar. ¡Ciertamente, una mujer porta su cabeza de esta manera, sostiene su falda así, sus ojos languidecen Y se diluyen con ese aire de dulzura resignada, la sombra palpitante de

¹² *Currus venustus*: carruaje elegante; *pulcher homo*: hombre bello.

las pestañas flota así sobre las mejillas! Es eso, y no es eso. ¿Qué falta, pues? Una nadería, pero esa nada lo es todo. Han conseguido la apariencia de la vida, pero no han logrado expresar su desbordante plenitud, ése no se qué que es quizá el alma y que flota como una bruma sobre la forma exterior; en fin, esa flor de vida que Tiziano y Rafael supieron sorprender. Partiendo del punto extremo al que han llegado, tal vez se podría hacer una excelente pintura, pero se cansan demasiado pronto. El vulgo admira pero el verdadero entendido sonrío. ¡Oh Mabuse, oh maestro mío! -añadió el singular personaje-; ¡eres un ladrón, te llevaste contigo la vida! Excepto por esto -continuó-, esta tela es mejor que las pinturas de ese bellaco de Rubens con sus montañas de carnes flamencas, espolvoreadas de bermellón, sus ondulaciones de cabelleras rubias y su alboroto de colores. Ustedes, al menos, tienen color, sentimiento y dibujo, las tres partes esenciales del Arte.

-¡Pero si esta santa es sublime, señor mío! -exclamó en voz alta el joven, saliendo de un arrobamiento profundo-. Estas dos figuras, la de la santa y la del barquero, tienen una agudeza de intención ignorada por los pintores italianos; no conozco ni uno que hubiera ideado la indecisión del barquero.

-¿Este pequeño bribón viene con usted? -preguntó Porbus al anciano.

-¡Ay, maestro!, perdone mi osadía -respondió el neófito, sonrojándose-. Soy un desconocido, un pintamonas instintivo, llegado hace poco a esta ciudad, fuente de todo conocimiento.

-¡Manos a la obra! -le dijo Porbus, ofreciéndole un lapicero rojo y una hoja de papel.

El desconocido copió con destreza la figura de María, de un trazo.

-¡Oh! ¡oh! -exclamó el anciano-. ¿Su nombre?

El joven escribió debajo Nicolás Poussin.

-No está mal para un principiante -dijo el singular personaje de disparatado discurso-. Veo que se puede hablar de pintura en tu presencia. No te censuro por haber admirado la santa de Porbus. Es una obra maestra para todo el mundo, y sólo los iniciados en los más profundos arcanos del arte pueden descubrir en qué falla. Pero, ya que eres digno de la lección y capaz de comprender, te voy a mostrar lo poco que se necesitaría para completar esta obra. Abre bien los ojos y préstame toda tu atención: tal vez jamás se te presente una ocasión como ésta para instruirte. ¡Tu paleta, Porbus!

Porbus fue a buscar paleta y pinceles. El viejecillo se arremangó con un movimiento de convulsiva brusquedad, pasó su pulgar a través de la paleta que Porbus le tendía, salpicada de diversos colores y cargada de tonalidades; más que cogerlo, le arrancó de las manos un puñado de pinceles de todos los tamaños, y su puntiaguda barba se agitó, de pronto, por impacientes esfuerzos que expresaban el prurito de una amorosa fantasía.

Mientras cargaba el pincel de color, murmuraba entre dientes:

-He aquí tonalidades que habría que tirar por la ventana con quien las ha preparado; son de una crudeza y de una falsedad indignantes; ¿cómo se puede pintar con esto?

Después, con una vivacidad febril, mojaba la punta del pincel en las diferentes masas de colores, cuya gama entera recorría, algunas veces, con más rapidez que un organista de catedral al recorrer toda la extensión de su teclado en el O Filii de Pascua.

Porbus y Poussin se mantenían inmóviles, cada uno a un lado del lienzo, sumidos en la más intensa contemplación.

-Mira, joven -dijo el anciano sin volverse-, ¡observa cómo, con tres o cuatro toques y una pequeña veladura azulada, es posible hacer circular el aire alrededor de la cabeza de esta pobre santa que se ahogaba, prisionera en aquella espesa atmósfera! ¡Mira cómo revolotea ahora este paño y cómo se percibe que la brisa lo levanta! Antes tenía el aspecto de una tela almidonada y sostenida con alfileres. ¿Ves cómo el brillante

satinado que acabo de poner sobre el pecho expresa la carnosa suavidad de una piel de jovencita, y cómo el tono mezclado de marrón rojizo y de ocre calcinado, calienta la frialdad gris de esta gran sombra, en la que la sangre se coagulaba en vez de fluir? Joven, joven, lo que te estoy enseñando, ningún maestro podría enseñártelo. Sólo Mabuse poseía el secreto de dar vida a las figuras. Mabuse sólo tuvo un discípulo, que soy yo. ¡Yo no he tenido ninguno y ya soy viejo! Tienes inteligencia suficiente para adivinar el resto, a partir de lo que te dejo entrever.

Mientras hablaba, el insólito anciano tocaba todas las partes del cuadro: aquí dos toques de pincel, allí uno sólo, pero siempre tan acertados que diríase una nueva pintura, una pintura inundada de luz. Trabajaba con un ardor tan apasionado que el sudor perlaba su frente despejada; se movía con tal rapidez, con pequeños movimientos tan impacientes, tan bruscos, que al joven Poussin le parecía que hubiera en el cuerpo del estrambótico personaje un demonio que actuaba a través de sus manos, asiéndolas mágicamente, contra su voluntad. El brillo sobrenatural de los ojos y las convulsiones que parecían el efecto de una resistencia interior, conferían a esta idea una apariencia de verdad que debía de influir en la imaginación del joven. El anciano iba diciendo: -¡Paf, paf, paf!. ¡Así es cómo esto se emplasta, joven! ¡Vengan, mis pequeños toques, hagan enrojecer este tono glacial! ¡Vamos a ello! ¡pom!, ¡pom!, ¡pom! -decía, dando calor a las partes en las que había notado una falta de vida, haciendo desaparecer, por medio de algunas capas de color, las diferencias de temperamento y restableciendo así la unidad de tono que requería una ardiente Egipciaca.

-Ves, muchacho, sólo importa la última pincelada. Porbus ha dado cien; yo, sólo una. Nadie sabe lo que hay debajo. ¡Tenlo bien en cuenta!

Por fin se detuvo aquel demonio y volviéndose hacia Porbus y Poussin, mudos de admiración, les dijo:

-Esto no está todavía a la altura de mi Belle Noiseuse; no obstante, el autor podría firmar semejante obra. Sí, yo la firmaría -añadió levantándose para coger un espejo, en el que la miró-. Ahora vamos a comer -dijo-. Vengan ambos a mi casa. ¡Tengo jamón ahumado y buen vino! ¡Vamos! ¡A pesar de los malos tiempos, hablaremos de pintura! De eso entendemos. Tenemos aquí un jovenzuelo que tiene buena mano -añadió, dando una palmada en el hombro de Nicolás Poussin.

Reparando entonces en la miserable casaca del normando, sacó de su cinto una bolsa de piel, hurgó en ella, tomó dos monedas de oro y, enseñándoselas, le dijo:

-Compro tu dibujo.

-Cógelas -dijo Porbus a Poussin viéndolo estremecerse y enrojecer de vergüenza, pues este joven iniciado tenía el orgullo del pobre-. ¡Vamos, cógelas, tiene en su escarcela el precio del rescate de dos reyes!

Bajaron los tres del estudio y caminaron, departiendo sobre las artes, hasta llegar a una hermosa casa de madera, situada cerca del Pont Saint-Michel, cuyos ornamentos -el aldabón, los marcos de los enrejados, los arabescos- maravillaron a Poussin. El pintor en ciernes se encontró de golpe en una estancia de la planta baja, ante un buen fuego, cerca de una mesa cargada de apetitosos manjares y, por una extraordinaria ventura, en compañía de dos grandes artistas llenos de sencillez.

-Joven -le dijo Porbus, al verlo embelesado ante un cuadro- no mire demasiado esa tela; pues caería en la desesperación.

Era el Adán que hizo Mabuse para salir de la prisión en la que sus acreedores lo retuvieron largo tiempo. Aquella figura emanaba, en efecto, tal poder de realidad, que Nicolás Poussin empezó a comprender, desde ese momento, el verdadero sentido de las confusas palabras dichas por el anciano, que miraba el cuadro con aire de satisfacción, pero sin entusiasmo, y que parecía decir: «¡Yo he hecho cosas mejores!»

-Tiene vida -dijo-; mi pobre maestro se ha superado, pero aún falta un poco de verdad en el fondo del lienzo. El hombre está realmente vivo, se levanta y va a venir hacia nosotros. Pero el aire, el cielo, la brisa que respiramos, vemos y sentimos, no están presentes. ¡Además, ahí todavía no hay más que un hombre! Ahora bien, el único hombre salido directamente de las manos de Dios debería tener algo divino, que aquí falta. El mismo Mabuse lo decía con despecho cuando no estaba borracho.

Poussin miraba alternativamente al anciano y a Porbus, con inquieta curiosidad. Se acercó a éste como para preguntarle el nombre de su anfitrión, pero el pintor se puso un dedo en los labios con un aire de misterio, y el joven, vivamente interesado, guardó silencio, esperando que tarde o temprano alguna palabra le permitiera adivinar el nombre de su anfitrión, cuya riqueza y talentos se hallaban suficientemente atestiguados por el respeto que Porbus le manifestaba y por las maravillas acumuladas en aquella sala.

Poussin, al ver sobre la oscura madera de roble que revestía las paredes, un magnífico retrato de mujer, exclamó:

-¡Qué bello Giorgione!

-¡No! -respondió el anciano-; ¡está viendo uno de mis primeros garabatos!

-¡Por mi vida! Entonces estoy ante el dios de la pintura -dijo cándidamente Poussin.

El anciano sonrió como hombre familiarizado desde mucho tiempo atrás con tales elogios.

-¡Maestro Frenhofer! -dijo Porbus-, ¿podría conseguirme un poco de su excelente vino del Rin?

-Dos barricas -respondió el anciano-. Una como compensación por el placer que he tenido esta mañana viendo tu preciosa pecadora, y la otra como regalo de amistad.

-¡Ah!, si yo no estuviera siempre indispuerto -respondió Porbus-, y si usted me permitiera ver su Belle Noiseuse, yo podría realizar alguna pintura alta, ancha y profunda, en la que las figuras fueran de tamaño natural.

-¡Mostrar mi obra! -exclamó el anciano, emocionado-. No, no, aún debo perfeccionarla. Ayer, al atardecer -dijo-, creí haberla acabado. Sus ojos me parecían húmedos, su carne palpitaba. Las trenzas de sus cabellos se movían. ¡Respiraba! Si bien he encontrado el medio de plasmar. en una tela plana, el relieve y la redondez de la naturaleza, esta mañana, con la luz del día, he reconocido mi error. ¡Ah!, para llegar a este glorioso resultado he estudiado a fondo los grandes maestros del color, he analizado y levantado, capa por capa, los cuadros de Tiziano, el rey de la luz; como ese soberano pintor, he esbozado mi figura en un tono claro, con un empaste ligero y nutrido, pues la sombra no es más que un accidente; recuerda esto, muchacho. Después, he vuelto a mi obra y, utilizando medias tintas y veladuras, cuya transparencia disminuía cada vez más, he obtenido las sombras más vigorosas y hasta los negros más profundos; pues las sombras de los pintores mediocres son de distinta naturaleza que sus tonos iluminados; es madera, es bronce, es todo lo que quieran, excepto carne en la sombra. Se tiene la sensación de que si su figura cambiara de posición, los lugares sombreados no quedarían nítidos y no se tornarían luminosos. ¡He evitado este defecto, en el que han caído muchos de los más ilustres y, en mi caso, la blancura se manifiesta bajo la opacidad de la sombra más persistente! Mientras que una multitud de ignorantes cree dibujar correctamente porque traza una línea cuidadosamente perfilada, yo no he marcado con rigidez los bordes exteriores de mi figura, ni he resaltado hasta el menor detalle anatómico, porque el cuerpo humano no acaba en líneas. En esto los escultores pueden acercarse a la verdad más que nosotros. La naturaleza comporta una sucesión de redondeces que se involucran unas en otras. Hablando con rigor, ¡el dibujo no existe! ¡No se ría, joven! Por más singular que le parezca esta afirmación, algún día

comprenderá sus razones. La línea es el medio por el que el hombre percibe el efecto de la luz sobre los objetos; pero no hay líneas en la naturaleza, donde todo está lleno: es modelando como se dibuja, es decir, como se extraen las cosas del medio en el que están. ¡La distribución de la luz da, por sí misma, la apariencia al cuerpo! Por eso no he fijado las líneas, sino que he esparcido en los contornos una nube de medias tintas rubias y cálidas que impide que se pueda poner el dedo con precisión en el lugar donde los contornos se encuentran con los fondos. De cerca, este trabajo parece blando y falto de precisión, pero a dos pasos todo se consolida, se detiene, se separa; el cuerpo gira, las formas toman relieve, se siente circular el aire alrededor. Sin embargo aún no estoy contento; tengo dudas. Quizá fuera necesario no dibujar ni un solo trazo, y fuera mejor abordar una figura por su parte media, fijándose primero en lo que resalta por estar más iluminado, para pasar, a continuación, a las partes más oscuras. ¿Acaso no procede de esta guisa el sol, ese divino pintor del universo? ¡Oh, naturaleza! ¡Naturaleza! ¿Quién ha logrado jamás sorprenderte en tus huidas? Sepan que el exceso de conocimiento, al igual que la ignorancia, acaba en una negación. ¡Yo dudo de mi obra!

El anciano hizo una pausa y después continuó:

-Hace diez años que trabajo, joven, pero ¿qué son diez cortos años cuando se trata de luchar contra la naturaleza? ¡Ignoramos cuánto tiempo empleó el señor Pigmalión en hacer la única estatua que jamás haya caminado!

El viejo se sumió en una profunda ensoñación y permaneció con la mirada fija, jugando mecánicamente con su cuchillo.

-Helo aquí en conversación con su espíritu -dijo Porbus en voz baja.

Ante este comentario, Nicolás Poussin se sintió bajo el poder de una inexplicable curiosidad de artista. Ese anciano, con los ojos en blanco, absorto y estupefacto, que se había convertido para él en algo más que un hombre, se le manifestó como un genio lunático que vivía en una esfera desconocida. Le despertaba mil confusas ideas en el alma. El fenómeno moral de esta especie de fascinación no puede definirse, al igual que no puede traducirse la emoción suscitada por un canto que recuerda la patria en el corazón del exiliado. El desprecio que el anciano parecía manifestar hacia las más bellas tentativas del arte, su riqueza, sus maneras, las diferencias que Porbus le manifestaba; aquella obra mantenida tanto tiempo en secreto, obra de paciencia, obra de genio sin duda, a juzgar por la cabeza de la Virgen que el joven Poussin había admirado tan francamente y que, bella incluso comparada con el Adán de Mabuse, atestiguaba el hacer imperial de uno de los príncipes del arte. Todo en ese anciano iba más allá de los límites de la naturaleza humana. Lo que la rica imaginación de Nicolás Poussin pudo aprehender de forma clara y perceptible viendo a este ser sobrenatural, era una imagen completa de la naturaleza del artista, de esa naturaleza loca a la que tantos poderes son confiados y de los que, demasiado a menudo, abusa, arrastrando consigo a la fría razón, a los burgueses e incluso a algunos aficionados, a través de mil caminos pedregosos a un lugar donde, para ellos, nada hay, mientras que, retozando en sus fantasías, esa muchacha de alas blancas descubre allí epopeyas, castillos y obras de arte. ¡Naturaleza burlona y buena, fecunda y pobre! Así, para el entusiasta Poussin, este anciano, por una transfiguración súbita, se había convertido en el Arte mismo, el arte con sus secretos, sus arrebatos y sus ensoñaciones.

-Sí, querido Porbus -prosiguió Frenhofer-, hasta ahora no he podido encontrar una mujer intachable, un cuerpo cuyos contornos sean de una belleza perfecta y cuyas encarnaciones... ¿Pero dónde se encuentra, viva -dijo, interrumpiéndose-, esa Venus de los antiguos, imposible de hallar, siempre buscada y de la que apenas encontramos algunas bellezas dispersas? ¡Oh, por ver un momento, una sola vez, la naturaleza divina,

completa, el ideal, en fin, daría toda mi fortuna; iría a buscarte hasta tus limbos, celestial belleza! Como Orfeo, descendería al infierno del arte para recuperar de allí la vida.

-Podemos marcharnos -le dijo Porbus a Poussin-, ¡ya no nos oye, ya no nos ve!

-Vamos a su taller -respondió el joven maravillado.

-¡Oh, el viejo reitre ha sabido custodiar la entrada. Sus tesoros están demasiado bien guardados como para que podamos llegar hasta ellos. No he esperado el parecer y la ocurrencia de usted para intentar el asalto al misterio.

-¿Hay, pues, un misterio?

-Sí -respondió Porbus-. El viejo Frenhofer es el único discípulo que Mabuse quiso tener. Convertido en su amigo, su salvador, su padre, Frenhofer sacrificó la mayoría de sus tesoros para satisfacer las pasiones de Mabuse; a cambio, Mabuse le legó el secreto del relieve, la facultad de dar a las figuras esa vida extraordinaria, esa flor natural, nuestra eterna desesperación, cuya factura a tal punto dominaba, que un día, habiendo vendido y bebido el damasco de flores con el que debía vestirse para presenciar la entrada de Carlos Quinto, acompañó a su maestro con una vestimenta de papel adamascado, pintado. El brillo peculiar de la estofa que llevaba Mabuse sorprendió al emperador, quien, al querer felicitar por ello, al protector del viejo borracho, descubrió la superchería. Frenhofer es un hombre apasionado por nuestro arte, que ve más alto y más lejos que los demás pintores. Ha meditado profundamente sobre los colores y sobre la verdad absoluta de la línea; pero, a fuerza de búsquedas, ha llegado a dudar del objeto mismo de sus investigaciones. En sus momentos de desesperación pretende que el dibujo no existe, y que con líneas sólo se pueden representar figuras geométricas; cosa que está más allá de la verdad, ya que con el trazo negro, que no es un color, se puede hacer una figura; lo que prueba que nuestro arte, al igual que la naturaleza, está compuesto por una infinidad de elementos: el dibujo proporciona un esqueleto, el color es la vida, pero la vida sin el esqueleto es algo más incompleto que el esqueleto sin la vida. En fin, hay algo más verdadero que todo esto, y es que la práctica y la observación lo son todo para un pintor, y que si el razonamiento y la poesía disputan con los pinceles, se acaba dudando como ese buen hombre, que es tan loco como pintor. Pintor sublime, tuvo la desgracia de nacer rico, lo que le ha permitido divagar. ¡No lo imite! ¡Trabaje! Los pintores no deben meditar sino con los pinceles en la mano.

-¡Entraremos en su estudio! -exclamó Poussin sin escuchar ya a Porbus y sin dudar ya de nada.

Porbus sonrió ante el entusiasmo del joven desconocido y se despidió de él, invitándolo a ir a visitarlo.

Nicolás Poussin regresó con pasos lentos hacia la Rue de la Harpe, y, sin darse cuenta, pasó de largo la modesta posada donde se alojaba. Subiendo con inquieta celeridad su miserable escalera llegó a una habitación en el piso alto, situada bajo una techumbre de entramado, sencilla y ligera cubierta de las casas del viejo París. Cerca de la única y sombría ventana de esta habitación vio a una muchacha que, al ruido de la puerta, se irguió al instante, impulsada por el amor; había reconocido al pintor por su forma de girar el picaporte.

-¿Qué te pasa? -le preguntó.

-¡Me pasa, me pasa -gritó él, sofocado por el placer-, que me he sentido pintor! ¡Hasta ahora, había dudado de mí, pero esta mañana he creído en mí mismo! ¡Puedo ser un gran hombre! ¡Animo, Gillette, seremos ricos, felices! Hay oro en estos pinceles.

Pero calló de repente. Su rostro grave y vigoroso perdió la expresión de alegría en cuanto comparó la inmensidad de sus esperanzas con la mediocridad de sus recursos. Las paredes estaban cubiertas por simples papeles llenos de bocetos a lápiz. No poseía ni siquiera cuatro lienzos utilizables. Los pigmentos tenían entonces precios elevados, y

el pobre hidalgo contemplaba su paleta casi desnuda. En medio de esta miseria, sentía y poseía increíbles riquezas en su corazón, y la plétora de un genio devorador. Llevado a París por un gentil hombre amigo, o quizás por su propio talento, había encontrado de inmediato una amante, una de esas almas nobles y generosas destinadas a sufrir junto a un gran hombre, cuyas miserias abrazan y cuyos caprichos se esfuerzan por comprender; fuertes para la miseria y el amor, como otras son intrépidas para llevar el lujo, para hacer ostentación de su insensibilidad. La sonrisa errante en los labios de Gillette doraba ese desván y rivalizaba con el esplendor del cielo. El sol no siempre brillaba, pero ella siempre estaba allí, recogida en su pasión, aferrada a su felicidad, a su sufrimiento, consolando al genio que se desbordaba en el amor antes de adueñarse del arte.

-Escucha, Gillette, ven.

La obediente y alegre joven saltó sobre las rodillas del pintor. Era toda gracia, toda belleza, hermosa como una primavera, adornada con todas las riquezas femeninas e iluminándolas con el fuego de un alma bella.

-¡Oh Dios! -exclamó él-, jamás me atrevería a decirle...

-¿Un secreto? -prosiguió ella-; quiero saberlo.

Poussin quedó pensativo.

-Habla, pues.

-¡Gillette! ¡pobre corazón amado!

-¡Oh! ¿Quieres algo de mí?

-Sí.

-Si deseas que vuelva a posar para ti como el otro día -continuó ella con un aire ligeramente mohíno-, no accederé nunca más porque en tales momentos, tus ojos no me dicen nada. Dejas de pensar en mí aunque me estés mirando.

-¿Preferirías verme copiando a otra mujer?

-Tal vez -dijo ella-, si fuera muy fea.

-Veamos -continuó Poussin con seriedad-, ¿si para mi futura gloria, si para que llegue a ser un gran pintor, fuera necesario que posaras para otro?

-Quieres ponerme a prueba -dijo ella-. Bien sabes que no lo haría.

Poussin dejó caer la cabeza sobre el pecho, como un hombre que sucumbe a una alegría o a un dolor demasiado fuerte para su alma.

-Escucha -dijo ella tirando a Poussin de la manga de su gastado jubón-: te he dicho, Nick, que daría mi vida por ti, pero nunca te he prometido renunciar a mi amor, mientras viva.

-¿Renunciar? -exclamó Poussin.

-Si me mostrara así a otro, dejarías de amarme. Y yo misma me encontraría indigna de ti. Obedecer tus caprichos, ¿no es algo natural y sencillo? Muy a mi pesar, soy dichosa e incluso me siento orgullosa de hacer tu santa voluntad. Pero, para otro, ¡qué asco!

-Perdóname, querida Gillette -dijo el pintor cayendo de rodillas-. Prefiero ser amado a ser famoso. Para mí eres más bella que la fortuna y los honores. Anda, tira mis pinceles, quema estos bocetos. Me he equivocado. Mi vocación es amarte. No soy pintor, soy enamorado. ¡Mueran el arte y todos sus secretos!

Ella lo admiraba feliz, seducida. Reinaba, sentía instintivamente que, por ella, las artes eran olvidadas y arrojadas a sus pies como un grano de incienso.

-Sin embargo, se trata sólo de un anciano -continuó Poussin-. No podrá ver en ti más que a la mujer. ¡Eres tan perfecta!

-Hay que amar -exclamó ella, dispuesta a sacrificar sus escrúpulos de amor para recompensar a su amante por todos los sacrificios que hacía por ella-. Pero -prosiguió-

eso sería perderme. ¡Ah! perderme por ti. Sí, ¡eso es realmente hermoso! Pero me olvidarás. ¡Oh, qué mala ocurrencia has tenido!

-La he tenido y, no obstante, te amo -dijo él con aire contrito; pero soy un infame.

-¿Y si lo consultamos con el padre Hardouin? -dijo ella.

-¡Oh no! Que sea un secreto entre nosotros dos.

-Está bien, iré; pero tú no estés presente -dijo-. Quédate en la puerta, armado con tu daga; si grito, entra y mata al pintor.

Pensando sólo en su arte, Poussin estrechó a Gillette entre sus brazos.

-¡Ya no me ama! -pensó Gillette cuando se encontró sola.

Ella se arrepentía ya de su decisión. Pero pronto fue presa de un espanto más cruel que su arrepentimiento, y se esforzó en rechazar un horrible pensamiento que crecía en su corazón. Creía amar ya menos al pintor, presintiéndolo menos digno de amor que antes.

II

Catherine Lescault

Tres meses después del encuentro de Poussin con Porbus, éste fue a visitar al maestro Frenhofer. El anciano, en ese momento, era víctima de una de esas depresiones profundas y espontáneas cuya causa se encuentra, de creer a los matemáticos de la medicina, en una mala digestión, en el viento, en el calor o en cualquier empacho de los hipocondrios y, según los espiritualistas, en la imperfección de nuestra naturaleza moral. El pobre hombre, pura y simplemente, se había agotado perfeccionando su misterioso cuadro. Estaba lánguidamente sentado en un amplio sillón de roble esculpido y guarnecido con cuero negro; sin abandonar su actitud melancólica, miró a Porbus desde el fondo de su hastío.

-¿Qué ocurre, maestro? -le dijo Porbus, el color ultramar que fue a buscar a Brujas, ¿era malo? ¿No puede desleír su nuevo blanco? ¿Se ha alterado su aceite o se le resisten los pinceles?

-¡Ay de mí! -exclamó el anciano-; por un momento he creído que mi obra estaba terminada; pero ciertamente me he equivocado en algunos detalles y no estaré tranquilo hasta que haya esclarecido mis dudas. He decidido viajar a Turquía, a Grecia y a Asia para buscar allí una modelo y comparar mi cuadro con diferentes naturalezas. Tal vez tenga allí arriba -continuó, dejando escapar una sonrisa de satisfacción- la naturaleza misma. A veces casi temo que un soplo despierte a esa mujer y que se me vaya.

Después se levantó, de repente, como para irse.

¡Oh, oh! -respondió Porbus-, llego a tiempo para evitarle el gasto y las fatigas del viaje.

-¿Cómo? -preguntó Frenhofer asombrado.

-El joven Poussin es amado por una mujer cuya incomparable belleza carece de imperfección alguna. Pero, mi querido maestro, si él consiente en prestársela, al menos tendría usted que permitirnos ver su pintura.

El anciano permaneció de pie, inmóvil, en un estado de absoluta consternación.

-¿Cómo! -exclamó al fin, dolorido-. ¿Enseñar mi criatura, mi esposa? ¿Rasgar el velo bajo el que castamente he cubierto mi felicidad? ¡Eso sería una abominable prostitución! Hace ya diez años que vivo con esa mujer; es mía, sólo mía, ella me ama. ¿Acaso no me ha sonreído a cada pincelada que le he dado? Tiene un alma, el alma que yo le he dado. Se ruborizaría si una mirada distinta a la mía se posara en ella. ¡Enseñarla! ¿Qué marido, qué amante sería tan vil como para llevar a su mujer a la

deshonra? Cuando haces un cuadro para la corte, no pones toda tu alma en él; ¡no vendes a los cortesanos más que maniqués coloreados! Mi pintura no es una pintura; ¡es un sentimiento, una pasión! Nacida en mi taller, ha de permanecer virgen en él y sólo puede salir de allí vestida. ¡La poesía y las mujeres no se entregan, desnudas, sino a sus amantes! ¿Poseemos acaso la modelo de Rafael, la Angélica de Ariosto, la Beatriz de Dante? ¡No! Sólo vemos sus Formas. Pues bien, la obra que guardo arriba, bajo cerrojos, es una excepción en nuestro arte. No es un cuadro, ¡es una mujer!, una mujer con la que lloro, río, charlo y pienso. ¿Pretendes que, de repente, abandone una felicidad de diez años como se tira un abrigo? ¿Que, de golpe, deje de ser padre, amante y Dios? Esa mujer no es una criatura, es una creación. Que venga tu joven amigo y le daré mis tesoros, le daré cuadros de Correggio, de Miguel Ángel, de Tiziano, besaré la huella de sus pasos en el polvo, pero ¿convertirlo en mi rival? ¡Qué vergüenza! ¡Ay! soy aún más amante que pintor. Sí, tendré fuerzas para quemar mi Belle Noiseuse cuando esté a punto de exhalar mi último aliento, pero ¿hacerle soportar la mirada de un hombre, de un joven, de un pintor? ¡No, no! ¡Mataría al día siguiente a quien la hubiera mancillado con una mirada! ¡Te mataría al momento, a ti, mi amigo, si no la saludaras de rodillas! ¿Pretendes ahora que someta mi ídolo a las frías miradas y a las estúpidas críticas de los imbéciles? ¡Aj! El amor es un misterio, sólo puede vivir en el fondo de los corazones y todo está perdido cuando un hombre dice, siquiera sea a su amigo:

-¡He aquí aquélla a la que amo!

El anciano parecía haber rejuvenecido; sus ojos tenían brillo y vida, sus pálidas mejillas habían adquirido un matiz de un rojo encendido, y sus manos temblaban. Porbus, asombrado por la violencia apasionada con que estas palabras fueron dichas, no sabía qué responder ante un sentimiento tan nuevo como profundo. ¿Frenhofer estaba cuerdo o loco? ¿Estaba dominado por una fantasía de artista, o acaso las ideas que había expresado procedían de ese fanatismo inefable producido en nosotros por el largo alumbramiento de una gran obra? ¿Existía alguna esperanza de poder convivir con esa extraña pasión?

Dominado por todos estos pensamientos, Porbus dijo al anciano:

-¿Pero no se trata de mujer por mujer?; ¿no entrega Poussin su amante a las miradas de usted?

-¿Qué amante? -respondió Frenhofer-. Ella lo traicionará tarde o temprano. ¡La mía siempre me será fiel!

-¡Está bien! -continuó Porbus-, no se diga más. Pero antes de que usted encuentre, siquiera en Asia, una mujer tan bella, tan perfecta como aquélla de la que habló, usted quizás habrá muerto sin haber acabado su cuadro.

-¡Oh!, ya está acabado -dijo Frenhofer-. Quien lo viese creería llegar a percibir una mujer echada sobre un lecho de terciopelo, bajo unos cortinajes. Cerca de ella un trébedes de oro exhala perfumes. Estarías tentado de coger la borla de los cordones que retienen las cortinas, y te parecería ver el seno de Catherine Lescault, una bella cortesana llamada la Belle Noiseuse, traducir el movimiento de su respiración. No obstante, querría estar seguro...

-Ve, pues, a Asia -respondió Porbus al percibir una cierta vacilación en la mirada de Frenhofer.

Y Porbus dio algunos pasos hacia la puerta de la estancia.

En ese momento, Gillette y Nicolás Poussin habían llegado a la morada de Frenhofer. Cuando la muchacha estaba a punto de entrar, soltó el brazo del pintor y retrocedió como si hubiera sido presa de algún súbito presentimiento.

-¿Pero qué hago yo aquí? -preguntó a su amante con una voz profunda y mirándolo fijamente.

-Gillette, estoy en tus manos y quiero complacerte en todo. Eres mi conciencia y mi gloria. Vuelve a casa, sería más feliz, tal vez, que si tú...

-¿Soy dueña de mí misma cuando me hablas así? ¡Oh, no!, no soy más que una niña. Vamos, -añadió, pareciendo hacer un tremendo esfuerzo-; si nuestro amor muere y si sufro en mi corazón una permanente pena, ¿no será tu celebridad el precio de mi obediencia a tus deseos? Entremos, eso supondrá vivir, aunque no sea sino como un recuerdo, para siempre, en tu paleta.

Al abrir la puerta de la casa, los amantes se encontraron con Porbus, quien, sorprendido por la belleza de Gillette cuyos ojos estaban, en ese momento, llenos de lágrimas, la asió, toda temblorosa, y la llevó ante el anciano:

-Mírela -dijo-, ¿no vale todas las obras maestras del mundo?

Frenhofer se estremeció. Gillette estaba allí en la actitud candorosa y sencilla de una joven georgiana inocente y atemorizada, raptada y ofrecida por unos bandidos a un traficante de esclavos cualquiera. Un púdico rubor coloreaba su rostro, bajaba los ojos, sus manos colgaban a ambos lados, sus fuerzas parecían abandonarla y las lágrimas protestaban contra la violencia hecha a su pudor. En ese momento Poussin, lamentando haber sacado aquel bello tesoro de su buhardilla, se maldijo a sí mismo. Se tornó más amante que artista y mil escrúpulos le torturaron el corazón al ver la mirada rejuvenecida del anciano, quien, con hábito de pintor, desnudó, por decirlo de alguna manera, a esta muchacha, adivinando sus más secretas formas. Entonces recayó en los feroces celos del verdadero amor.

-¡Gillette, vámonos! -gritó.

Ante esa intensidad, ante ese grito, su amante, alborozada, levantó la mirada hacia él, lo vio y corrió a sus brazos.

-¡Ah!, me amas, pues -respondió ella, deshaciéndose en lágrimas.

Tras haber tenido la entereza necesaria para callar su sufrimiento, le faltaban fuerzas para ocultar su felicidad.

-¡Oh!, déjemela por un momento -dijo el viejo pintor-, y podrá compararla con mi Catherine. Sí, acepto el reto.

Aún había pasión en la exclamación de Frenhofer. Parecía galantear con su ficción de mujer y gozar, por adelantado, del triunfo que la belleza de su virgen iba a obtener frente a la de una joven verdadera.

-No le permita desdecirse -exclamó Porbus dando una palmada en el hombro de Poussin-. Los frutos del amor son efímeros; los del arte son inmortales.

-Para él -respondió Gillette mirando atentamente a Poussin y a Porbus-, ¿no soy, pues, más que una mujer?

Levantó la cabeza con orgullo; pero cuando, tras haber lanzado una mirada fulgurante a Frenhofer, vio a su amante entregado, nuevamente, a la contemplación del retrato que poco antes había tomado por un Giorgione, dijo:

-¡Ah, subamos! A mí nunca me ha mirado así.

-Viejo -dijo Poussin, sacado de su meditación por la voz de Gillette-, ¿ves esta espada? La hundiré en tu corazón a la primera palabra de queja que pronuncie esta muchacha; incendiaré tu casa y nadie se salvará. ¿Entiendes?

Nicolás Poussin tenía un aspecto sombrío y su parlamento fue terrible. Esta actitud y, sobre todo, el gesto del joven pintor, consolaron a Gillette, quien casi le perdonó que la sacrificara por la pintura y por su glorioso porvenir. Porbus y Poussin permanecieron a la puerta del taller, mirándose el uno al otro en silencio. Si bien, al principio, el pintor de la María Egipcíaca se permitió algunas exclamaciones: -¡Ah! ella se está desnudando, ¡él le pide que salga a la luz! ¡La está comparando!-, en seguida calló al ver el aspecto de Poussin, cuyo semblante estaba profundamente afligido, y, si bien los

viejos pintores ya no tienen esos escrúpulos, tan insignificantes ante el arte, los admiró por lo ingenuos y hermosos que eran. El joven tenía su mano sobre la empuñadura de su daga y la oreja casi pegada a la puerta. Ambos, en la penumbra y de pie, parecían, de tal guisa, dos conspiradores en espera del momento oportuno para atentar contra un tirano.

-Pasen, pasen -les dijo el anciano radiante de dicha-. Mi obra es perfecta y ahora puedo mostrarla con orgullo. Jamás pintor, pinceles, colores, lienzo ni luz lograrán crear una rival de Catherine Lescault, la bella cortesana.

Movidos por una viva curiosidad, Porbus y Poussin se precipitaron hasta el centro de un amplio taller cubierto de polvo, donde todo estaba en desorden y en el que vieron, aquí y allá, cuadros colgados de las paredes. Se detuvieron, en primer lugar, ante una figura de tamaño natural, semidesnuda, ante la que quedaron llenos de admiración.

¡Oh!, dejen eso -dijo Frenhofer-, es una tela que he emborronado para estudiar una postura; ese cuadro no vale nada. He aquí mis errores -prosiguió, mostrándoles espléndidas composiciones suspendidas de las paredes de alrededor.

Ante estas palabras, Porbus y Poussin, estupefactos ante su desdén por tales obras, buscaron el retrato anunciado, sin conseguir descubrirlo.

-Pues bien, ¡aquí está! -les dijo el anciano, con los cabellos desordenados, con el rostro inflamado por una exaltación sobrenatural, con los ojos centelleantes y jadeando como un joven embriagado de amor-. ¡Ah, ah! -exclamó-, ¡no esperaban tanta perfección! Están ante una mujer y buscan un cuadro. Hay tanta profundidad en este lienzo, su atmósfera es tan real, que no llegan a distinguirlo del aire que nos rodea. ¿Dónde está el arte? ¡Perdido, desaparecido! He aquí las formas mismas de una joven. ¿No he captado bien el color, la viveza de la línea que parece delimitar el cuerpo? ¿No es el mismo fenómeno que nos ofrecen los objetos que se encuentran inmersos en la atmósfera como los peces en el agua? ¿Aprecian cómo los contornos se destacan sobre el fondo? ¿No les parece que podrían pasar la mano por esa espalda? Y es que durante siete años he estudiado los efectos del encuentro de la luz con los objetos. Y estos cabellos, ¿no están inundados por la luz?... ¡Creo que ha respirado!... ¿Ven este seno? ¡Ah! ¿quién no querría adorarla de rodillas? Sus carnes palpitan. Está a punto de levantarse, fíjense.

-¿Ve usted algo? -preguntó Poussin a Porbus.

-No. ¿Y usted?

-Nada.

Los dos pintores dejaron al anciano en su éxtasis y comprobaron si la luz, al caer vertical sobre la tela que les mostraba, neutralizaba todos los efectos. Examinaron, entonces, la pintura, colocándose a la derecha, a la izquierda, de frente, agachándose y levantándose alternativamente.

-Sí, sí, es una pintura -les decía Frenhofer, equivocándose sobre la finalidad de este examen escrupuloso-. Miren, aquí está el bastidor y esto es el caballete; en fin, aquí están mis colores y mis pinceles.

Y tomó una brocha que les mostró con un gesto pueril.

-El viejo lansquenete se burla de nosotros -dijo Poussin volviendo ante el pretendido cuadro-. Aquí no veo más que colores confusamente amontonados y contenidos por una multitud de extrañas líneas que forman un muro de pintura.

-Estamos en un error, ¡mire!... -continuó Porbus.

Al acercarse percibieron, en una esquina del lienzo, el extremo de un pie desnudo que salía de ese caos de colores, de tonalidades, de matices indecisos, de aquella especie de bruma sin forma; un pie delicioso, ¡un pie vivo! Quedaron petrificados de admiración ante ese fragmento librado de una increíble, de una lenta y progresiva

destrucción. Aquel pie aparecía allí como el torso de alguna Venus de mármol de Paros que surgiera entre los escombros de una ciudad incendiada.

-¡Hay una mujer ahí debajo! -exclamó Porbus señalando a Poussin las capas de colores que el viejo pintor había superpuesto sucesivamente, creyendo perfeccionar su obra.

Los dos pintores se volvieron espontáneamente hacia Frenhofer, empezando a comprender, aunque vagamente, el éxtasis en que vivía.

-Lo ha hecho de buena fe -dijo Porbus.

-Sí, amigo mío -respondió el anciano, desvelándose-; hace falta la fe, fe en el arte, y vivir durante mucho tiempo con la propia obra, para poder realizar semejante creación. Algunas de estas sombras me han costado mucho trabajo. Miren, allí hay, en su mejilla, bajo los ojos, una ligera penumbra que, si la observan al natural, les parecerá casi intraducible. Pues bien, ¿creen que no me ha costado esfuerzos inauditos reproducirla? Además, mi querido Porbus, si observas atentamente mi trabajo, comprenderás mejor lo que te decía sobre la manera de tratar el modelado y los contornos. Mira la luz del seno y observa cómo, con una serie de toques y de realces muy empastados, he conseguido atrapar la verdadera luz y combinarla con la blancura fulgente de los tonos iluminados; y cómo, mediante un trabajo inverso, eliminando los resaltes y el grano del empaste, he podido, a fuerza de acariciar el contorno de mi figura, atenuado con medios tonos, suprimir hasta la idea de dibujo y de medios artificiales y darle la apariencia y la redondez misma de la naturaleza. Acérquense; verán mejor el trabajo. De lejos, desaparece. ¿Se dan cuenta? Aquí creo que es muy visible.

Y, con el extremo de su brocha, señalaba a los dos pintores un empaste de color claro.

Porbus dio una palmada en el hombro del anciano y volviéndose hacia Poussin dijo a éste:

-¿Sabe usted que vemos en él a un pintor muy importante?

-Es aún más poeta que pintor -respondió Poussin con gravedad.

-Aquí -continuó Porbus tocando la tela-, acaba nuestro arte en la tierra.

-Y, desde aquí, sube a perderse en los cielos -dijo Poussin.

-¡Cuántos placeres en este trozo de lienzo! -exclamó Porbus.

El anciano, absorto, no los escuchaba y sonreía a esa mujer imaginaria.

-Pero, tarde o temprano, ¡se dará cuenta de que no hay nada en su lienzo! -exclamó Poussin.

-Nada en mi lienzo -dijo Frenhofer mirando alternativamente a ambos pintores y a su supuesto cuadro.

-¡Qué ha hecho usted! -le dijo Porbus a Poussin.

El anciano agarró con fuerza el brazo del joven y le dijo:

-¡No ves nada, patán!, ¡bandido!, ¡villano!, ¡afeminado! Entonces, ¿por qué has subido aquí? Mi buen Porbus -continuó, volviéndose hacia el pintor-, ¿también usted se está burlando de mí? ¡Conteste! Soy su amigo, dígame, ¿he echado a perder, pues, mi cuadro?

Porbus, indeciso, no osó decir nada, pero la angustia que se dibujaba en el pálido rostro del anciano era tan atroz, que señaló la tela diciéndole:

-¡Mire!

Frenhofer contempló su cuadro durante un instante y vaciló.

-¡Nada, nada! ¡Y haber trabajado durante diez años!

Se sentó y lloró.

-¡Así que soy un imbécil, un loco! ¡No tengo, pues, ni talento, ni capacidad; no soy más que un hombre rico que cuando camina, no hace sino caminar! De modo que no he producido nada.

Contempló su lienzo a través de sus lágrimas, se irguió de repente con orgullo, y lanzó a los dos pintores una mirada centelleante.

-¡Por la sangre, por el cuerpo, por la cabeza de Cristo, son unos envidiosos que pretenden hacerme creer que está malograda para robármela! ¡Yo, yo la veo! -gritó-; es maravillosamente bella.

En ese momento, Poussin oyó el llanto de Gillette, olvidada en un rincón.

-¿Qué te ocurre, ángel mío? -le preguntó el pintor, súbitamente enamorado de nuevo.

-¡Mátame! -dijo ella-. Sería una infame si te amase todavía, porque te desprecio. Te admiro y me causas horror. Te amo y creo que ya te odio.

Mientras Poussin escuchaba a Gillette, Frenhofer cubría a su Catherine con una sarga verde, con la seria tranquilidad de un joyero que cierra sus cajones creyéndose en compañía de diestros ladrones. Lanzó a ambos pintores una mirada profundamente llena de desprecio y de suspicacia, y los despachó en silencio de su taller, con una celeridad convulsiva. Luego les dijo, desde el umbral de su casa:

-Adiós, mis jóvenes amigos.

Este adiós heló a los dos pintores. Al día siguiente, Porbus, preocupado, volvió a visitar a Frenhofer, y supo que había muerto durante la noche, después de haber quemado sus cuadros.

París, febrero 1832.

Pedro Grassou

Pierre Grassou, 1840

*Al teniente coronel de artillería Periollas,
como testimonio de afectuosa estimación
del autor,
DE BALZAC*

Siempre que habéis ido seriamente á ver la exposición de las obras de escultura y de pintura, como acaece desde la revolución de 1850, ¿no se ha apoderado de vosotros un sentimiento de inquietud, de aburrimiento y de tristeza al ver largas galerías obstruidas? Desde 1830, el salón no existe ya. El Louvre ha sido tomado por asalto por segunda vez por el pueblo de los artistas que ha sabido mantenerse en él. Ofreciendo antaño la flor de las obras de arte, el salón suponía los más grandes honores para las creaciones que en él estaban expuestas. Entre los doscientos cuadros escogidos, el público escogía aún, y la mejor obra maestra recibía una corona de manos desconocidas. Se promovían apasionadas discusiones con motivo de un cuadro. Las injurias prodigadas á Delacroix y á Ingres, no contribuyeron menos á su renombre que los elogios y el fanatismo de sus partidarios. Hoy, ni el público ni los críticos, se apasionaron ya por los productos de aquel bazar. Obligados á hacer la elección de que se encargaba antes el jurado de examen, su atención se cansa de este trabajo, y cuando se va á acabar ya, la exposición se cierra. Antes de 1817, los cuadros admitidos no pasaban nunca las dos primeras columnas de la larga galería donde están las obras de los maestros antiguos, mientras que este año llenaron todo aquel espacio, con no poco asombro del público. El género histórico, los cuadros de caballete, el paisaje, las flores, los animales y la acuarela, no podrían ofrecer más de veinte cuadros dignos de las miradas del público, que no puede conceder su atención á un mayor número de obras. Cuanto más iba creciendo el número de los artistas, más difícil debía mostrarse el jurado de admisión. Cuando el salón pasó á ser continuado por la galería, todo quedó perdido. El salón debía seguir siendo siempre un lugar determinado, reducido y de proporciones inalterables, donde cada género hubiera expuesto sus obras maestras. Una experiencia de diez años ha probado la bondad de la antigua institución. En lugar de un torneo, hoy es aquello una sedición; en lugar de una exposición gloriosa, hoy es aquello un tumultuoso bazar; en lugar de lo escogido, hoy no se ve más que la totalidad. ¿Qué ocurre con esto? Que el gran artista sale perdiendo. *El Café Turco, los Niños en la Fuente, el Suplicio de los garfios y el José* de Decamps, hubiesen aprovechado más para su gloria estando los cuatro en el gran salón, expuestos entre los cien buenos cuadros de aquel año, que sus veinte telas perdidas entre tres mil obras y confundidas en seis galerías. Por una extraña rareza, desde que se ha abierto la puerta á todo el mundo, se ha hablado mucho de genios desconocidos. Cuando, doce años antes, *la Cortesana* de Ingres y la de Sigalón, *la Medusa* de Gericault, *el Sacrificio de Scio* de Delacroix y *el Bautismo de Enrique IV* de Eugenio Deveria, admitidos por celebridades tachadas de envidiosas, enseñaban al mundo, á pesar de las negaciones de la crítica, la existencia de pinceles jóvenes y ardientes, no se promovía ninguna queja. Ahora, que cualquier chancleta ó embadurnador de telas puede enviar su obra, sólo se habla de eminentes artistas que no han sido comprendidos. Donde no hay juicio, no puede haber cosa juzgada. Hagan lo que quieran los artistas, creo yo que volverán á implantar el antiguo examen que

recomendaba sus obras á la admiración de la multitud, para quien ellos trabajan. Sin la elección de la Academia, no había nunca salón, y sin salón el arte puede perecer.

Desde que el libro diminuto de los artistas se ha convertido en un gran libro, existen muchos hombres que permanecen en la obscuridad, á pesar de la lista de diez ó doce cuadros que le acompaña. Entre estos nombres, el más desconocido sin duda es el de un artista llamado Pedro Grassou, venido de Fougères, más conocido por este nombre en el mundo artista, que goza hoy de buena posición y que sugiere las amargas reflexiones con que comienza el bosquejo de su vida, aplicable á algunos otros individuos de la vida de los artistas. En 1832, Fougères vivía en la calle de Navarín, en el cuarto piso de una de esas casas estrechas y altas que se parecen al obelisco de Luxor, que tienen un pasillo, una escalerita oscura y tortuosa, que no posee más de tres ventanas en cada piso, y en el interior de los cuales existe un patio, ó, mejor dicho, un pozo cuadrado. Encima de las tres ó cuatro habitaciones del piso ocupado por Grassou de Fougères, estaba su taller, que miraba á Montmartre. En dicho taller, pintado de rojo, el pavimento cuidadosamente fregado y limpio, cada silla provista de una alfombrita, el canapé sencillo, pero limpio, en una palabra, todo denotaba la vida meticulosa de los espíritus pequeños y el cuidado de un hombre pobre. Se veía allí una cómoda para guardar los efectos del taller, una mesa de comedor, un armario, una mesa despacho, en una palabra, los utensilios necesarios á los pintores, todos ordenados y limpios. La estufa participaba también de este cuidado holandés, tanto más visible, cuanto que la luz pura y fija del norte inundaba con su límpida y fría claridad aquella inmensa pieza. Fougères, modesto pintor de retratos, no necesitó esas máquinas enormes que arruinan á los pintores de historia, y no habiéndose reconocido nunca con facultades bastantes para dedicarse á la gran pintura, se atenía aún al caballete. A principios del mes de diciembre de este año, época en la que los vecinos de París conciben periódicamente la burlesca idea de perpetuar su rostro, Pedro Grassou, de pie ya á la madrugada, preparaba su paleta, encendía la estufa, comía un panecillo ensopado en leche y esperaba para trabajar á que el deshielo de los cristales dejase pasar la luz. El tiempo estaba seco y hermoso. En este momento, el artista, que comía con ese aire paciente y resignado que dice tantas cosas, reconoció los pasos de un hombre que había ejercido sobre su vida la influencia que esa clase de gentes ejercen casi siempre sobre la de casi todos los artistas; había reconocido, repito, los pasos de Elías Magus, tratante en cuadros, ó lo que es lo mismo, usurero de la pintura. En efecto, Elías Magus sorprendió al pintor en el taller, tan limpio, en el momento en que iba á poner manos á la obra.

—¿Qué tal le va, pillastrón? le dijo el pintor.

Fougères había obtenido una medalla, y Elías le compraba los cuadros á dos ó trescientos francos.

—¡Mal, el comercio va muy mal! respondió Elías. Ahora todos ustedes tienen muchas pretensiones, y apenas han puesto treinta céntimos de valor sobre la tela, cuando ya piden doscientos francos... Pero usted es un buen muchacho.

Usted es un hombre ordenado y vengo á proponerle un buen negocio.

—*Timeo Danaos et dona ferentes*, —dijo Fougères—. ¿Sabe usted latín?

—No.

—Pues bien, esto quiere decir que los griegos no proponían buenos negocios á los troyanos, si ellos no salían ganando algo. Antaño solía decirse: «Tome usted mi caballo»; pero hoy sólo lo prestamos mediante interés ¿Qué quiere usted, Ulises Lageingeole Elías Magus?

Estas palabras dan una idea de la amabilidad y de la gracia que Fougères empleaba con lo que los pintores llaman las cargas del taller.

—Vengo á decirle que es fácil que me haga usted dos cuadros gratis.

—¡Oh! ¡oh!

—Yo no los pido, usted mismo lo dirá. Usted es un artista honrado.

—Al grano.

—Pues bien, le traigo á usted un padre, una madre y una hija única.

—¡Todos únicos!

—A fe que sí... y que quieren hacerse un retrato. Estos ciudadanos, locos por las artes, no se han atrevido nunca á meterse en un taller. La hija tiene una dote de cien mil francos. Bien puede usted retratar á esas gentes, cuyos retratos resulten acaso de familia.

Este viejo marrullero alemán que se llama Elías Magus se interrumpió para reír con risa seca, cuyas carcajadas asustaron al pintor, el cual creyó oír á Mefistófeles hablando de matrimonio.

—Si le pagan á usted los retratos á quinientos francos cada uno, bien puede usted hacerme tres cuadros.

—¡Ya lo creo! dijo alegremente Fougeres.

—Y si casa usted con la hija, espero que no me olvidará.

—¿Casarme yo? exclamó Pedro Grassou, yo, que acostumbro á dormir solo, que me levanto á la madrugada y que hago una vida tan metódica.

—Cien mil francos y una joven agraciada y llena de tonos dorados como un verdadero Ticiano, dijo Magus.

—¿A qué se dedican esas gentes?

—Son antiguos negociantes, y ahora son amantes de las artes; tienen una casa de campo en Ville-d'Avray y diez ó doce mil francos de renta.

—¿Y en qué negociaban?

—En botellas.

—No me diga usted esa palabra, porque me parece estar oyendo cortar corchos y me da dentera.

—¿Los traigo ó no?

—Tres retratos, los pondré en el salón... Bien, sí.

El anciano Elías bajó para ir á buscar á la familia Vervelle. Para saber hasta qué punto iba á influir en el pintor la proposición que le habían hecho y el efecto que debían causar en él los señores Vervelle acompañados de su hija única, es necesario dirigir una mirada retrospectiva sobre la vida anterior de Pedro Grassou de Fougeres.

Al principio, Fougeres había estudiado dibujo en casa de Servín, que pasaba en el mundo académico por un gran dibujante. Después había ido á casa de Schinner para sorprender allí los secretos de aquel potente y magnífico color que distingue á este maestro. Pero como maestro y discípulo se hubieran mostrado muy discretos, Pedro no pudo allí sorprender nada. De aquí Fougeres había pasado al taller de Sommervieux para familiarizarse con esa parte del arte llamada composición; pero la composición se mostró salvaje y huraña para él. Después había procurado arrancar á Granet y á Decamps el misterio de sus efectos; pero estos dos maestros no se dejaron tampoco robar nada. Por fin, Fougeres había terminado su educación en casa de Duval Lecamus. Durante estos estudios y estas diferentes transformaciones, Fougeres hizo una vida metódica y arreglada, que era objeto de las burlas de los diferentes talleres á que había pertenecido; pero en todas partes había acabado por desarmar á sus camaradas con su modestia y con una paciencia y mansedumbre de cordero. Los maestros no sintieron ninguna simpatía por este buen muchacho: los maestros gustan de los sujetos brillantes, de los espíritus excéntricos, extravagantes, fogosos ó sombríos y profundamente callados, que denotan un talento futuro. Todo en Fougeres anunciaba la medianía. Su apodo de Fougeres, que coincidía con el nombre del pintor que sale en la pieza *La*

Eglantine, fué origen de mil injurias; pero por la fuerza de las cosas aceptó el nombre de la villa en que había visto la luz por vez primera.

Grassou de Fougères se parecía á su nombre. Regordete y de mediana estatura, de tez indefinible, ojos color castaño oscuro, cabellos negros y nariz en forma de trompeta, tenía además una boca y orejas bastante grandes. Su aire apacible y resignado, realizaba muy poco estos rasgos principales de su fisonomía, llena de salud, pero sin animación. Era indudable que no debía verse atormentado ni por esa abundancia de sangre, ni por esa violencia de pensamiento, ni por esa verbosidad cómica con que se suelen dar á conocer los grandes artistas. Este joven, nacido para ser un virtuoso ciudadano, venido de su país para ser dependiente de algún comerciante de pinturas, oriundo de Mayenne y pariente lejano de los Orgemont, se había hecho pintor á causa de esa testarudez que constituye el rasgo principal del carácter bretón. Sólo Dios sabe lo que él sufrió y la manera como vivió mientras duraron sus estudios. Sufrió tanto como sufren los grandes hombres cuando se ven acosados por la miseria y perseguidos como bestias feroces por la jauría de medianías y por la multitud de vanidosos sedientos de venganza. Tan pronto como se creyó con fuerzas para volar con sus propias alas, Fougères abrió un taller en lo más alto de la calle de los Mártires, donde había empezado á brujulear. Hizo su debut en 1819. El primer cuadro que presentó ante el jurado para la exposición del Louvre, representaba una boda de aldea, bastante mal copiada de un cuadro de Greuze, y fué por lo tanto, rechazado. Cuando Fougères supo la fatal decisión, no sufrió uno de esos ataques de furor ó de amor propio epiléptico á que suelen entregarse los espíritus soberbios y que terminan á veces con cartas enviadas al director ó al secretario del museo ó con amenazas de asesinato. Fougères tomó tranquilamente su tela, la envolvió en el pañuelo y se la llevó al taller, jurándose á sí mismo que había de llegar á ser un gran pintor. Colocada la tela en el caballete, se fue á casa de su antiguo maestro, hombre de inmenso talento, á casa de Schinner, artista amable y paciente, cuyo éxito había sido completo en la última exposición, y le rogó que fuese á criticar la obra rechazada. El gran pintor lo dejó todo y se apresuró á complacerle. Cuando el pobre Fougères presentó el cuadro á Schinner, éste no hizo más que dirigirle una ojeada y, estrechando la mano á su discípulo, le dijo:

—Tú eres un buen muchacho, tienes un corazón de oro, y es preciso no engañarte. Escucha; tú no has dado nada que no prometieses ya cuando aprendiz Buen Fougères, cuando al final de los estudios se hacen obras como esta, es preferible dejar los colores en casa de Brullón y no disputar la tela á los demás. Retírate muy temprano por las noches, ponte un gorro de dormir, acuéstate á las nueve, vete por la mañana á alguna oficina á ver si encuentras colocación, y deja las artes.

—Amigo mío, dijo Fougères, mi cuadro ha sido condenado ya, y yo no pido nueva sentencia, sino que deseo saber los motivos.

—Pues bien, tu color carece de gracia. Tú ves la naturaleza á través de un velo; tu dibujo carece de soltura y tu composición es una servil imitación de Greuze, que sabía esconder sus defectos bajo el brillo de cualidades que á ti te faltan.

Mientras detallaba las faltas del cuadro, Schinner vió en el rostro de Fougères una expresión tan profunda de tristeza que se lo llevó á comer consigo y procuró consolarle. Al día siguiente, á las siete de la mañana, Fougères ante su caballete, trabajaba ya en el cuadro condenado, realizaba los colores y hacía en él las correcciones indicadas por Schinner. Después, disgustado él mismo de su arreglo, lo llevó á casa de Elías Magus. Elías Magus, especie de holandés belga flamenco, tenía tres razones para ser lo que llegó a ser, esto es, avaro y rico. Venido de Burdeos, debutaba entonces en París, revendía cuadros y vivía en el bulevar de Bonne-Nouvelle. Fougères, que sólo contaba con su paleta para ir á casa del panadero, comía muy intrépidamente pan y nueces, ó pan

y leche, ó pan y cerezas, ó pan y queso, según las estaciones. Elías Magus, á quien Pedro ofreció su primera tela, la contempló largo tiempo y acabó por darle por ella quince francos.

—Con quince francos de ganancia al año y mil de gasto, dijo Fougères sonriendo, ya se puede ir lejos.

Elías Magus hizo un gesto y se mordió el pulgar, pensando que hubiera podido obtener el cuadro por cinco francos. Durante algunos días, todas las mañanas, Fougères bajaba de la calle de los Mártires, se escondía entre la multitud en el bulevar opuesto á aquel en que se encuentra la tienda de Magus, y sus ojos se fijaban en su cuadro, que no atraía en absoluto las miradas de los transeuntes. Hacia el final de la semana, el cuadro desapareció. Entonces, Fougères subió bulevar arriba y, fingiendo que paseaba, pasó por delante de la tienda. El judío estaba á la puerta.

—Y bien, ¿ha vendido usted mi cuadro?

—No, aquí lo tengo, dijo Magus. Le estoy poniendo un marco para poder vendérselo á alguno que crea entender en pintura.

Fougères no se atrevió á volver por el bulevar, la emprendieron un nuevo cuadro, permaneció dos meses pintándolo haciendo comidas de ratón y tomándose un trabajo ímprobo.

Una tarde, que se encaminó hacia el bulevar, sus pies le llevaron fatalmente hasta la tienda de Magus, y entonces ya no vió su cuadro por ninguna parte.

—He vendido su cuadro, dijo el comerciante al artista

—¿En cuánto?

—¡Phs! le he sacado un pequeño interés á mi dinero. Hágame algún asunto flamenco, una lección de anatomía y un paisaje, y se los pagaré bien, dijo Elías.

Fougères, que ya consideraba á Magus como á su padre, sintió deseos de estrecharle entre sus brazos. Volvió á su casa loco de alegría: ¿se habría engañado acaso el gran pintor Schinner? En aquella inmensa ciudad de París, había corazones que latían al unísono con el de Grassou, y su talento era comprendido y apreciado. El pobre muchacho, a los veintisiete años de edad, era tan inocente como un joven de diez y seis. Otro, uno de esos artistas desconfiados y astutos, hubiera notado el aire diabólico de Elías Magus y hubiera observado la agitación de los pelos de su barba, la ironía de su bigote y el movimiento de sus hombros, que anunciaban la alegría del judío de Walter Scott engañando á un cristiano. Fougères se paseó por los bulevares rebosando un contento, que daba á su rostro cierta expresión de orgullo. Parecía un colegial cuando protege á una mujer. Marchando sin rumbo, encontró á José Bridau, condiscípulo suyo, que era uno de esos talentos destinados á la gloria y á la desgracia. José Bridau, que tenía algún dinero, llevó á Fougères á la Opera; pero éste no vió allí el baile ni oyó la música: concebía cuadros, pintaba. Dejó á Bridau á la mitad de la función y, corriendo á su casa á hacer bocetos á la luz del quinqué, inventó treinta cuadros llenos de reminiscencias, y se creyó un hombre de genio. Al día siguiente compró colores y telas de varias dimensiones, colocó pan y queso sobre la mesa, puso agua en un cántaro é hizo provisión de leña para la estufa; después preparó las telas y tomó algunos modelos. A los cuatro meses de reclusión, el bretón había acabado cuatro cuadros. Volvió á pedir consejo á Schinner, al cual se unió también José Bridau. Los dos pintores vieron en aquellos cuadros una servil imitación de los personajes holandeses y de los asuntos de Metz, y en el cuarto una copia de la lección de anatomía de Rembrandt.

—¡Siempre imitaciones! dijo Schinner. ¡Ah! lo que es Fougères me parece que no hará nunca nada original.

—Tú debías dedicarte á otra cosa distinta de la pintura, le dijo Bridau.

—¿A qué? preguntó Fougères.

—Dedícate á la literatura.

Fougeres bajó la cabeza como lo hacen las ovejas cuando llueve, y luego pidió y obtuvo nuevos consejos útiles y retocó los cuadros antes de llevárselos á Elías. Éste pagó cada cuadro á veinticinco francos. A este precio, Fougeres no ganaba nada, pero tampoco perdía, gracias á su sobriedad. Para ver lo que sería de sus cuadros, dió algunos paseos por delante de la tienda y tuvo una extraña alucinación. Sus telas, tan lisas y tan limpias, que tenían la dureza del hierro y el brillo de las pinturas en porcelana, estaban como cubiertas por una niebla y parecían cuadros viejos. Elías acababa de salir y Fougeres no pudo obtener ningún informe acerca de este fenómeno. Creyó haber visto mal. El pintor volvió á su taller para hacer en él nuevas telas viejas. Después de tres años de continuos trabajos, Fougeres llegó á componer y á ejecutar cuadros pasajeros y á ser contado entre el número de los artistas de segundo orden. Elías compraba y vendía todos los cuadros del pobre bretón, que apenas ganaba un centenar de lises al año y que no gastaba más de mil doscientos francos.

En la exposición de 1829, León de Lora, Schinner y Bridau, que tenían una gran posición y se encontraban á la cabeza del gran movimiento en las artes, sintieron lástima de la persistencia y de la pobreza de su antiguo condiscípulo, é hicieron que se admitiese en el gran salón de la exposición un cuadro de Fougeres. Este cuadro, sumamente interesante, que tenía algo de Vignerón por el sentimiento y de las primeras obras de Dubufe por la ejecución, representaba á un joven al que se hacía la tonsura en el interior de una prisión. A un lado un sacerdote y al otro una anciana y una joven llorando. Un escribano leía un documento y en una mala mesa se veía una comida, á la que nadie había tocado. La claridad penetraba á través de los barrotes de un tragaluz. El asunto era para hacer estremecer á las buenas gentes, y éstas se estremecían en realidad. Fougeres no había hecho más que inspirarse en la obra maestra de Gerardo Dow: en lugar de presentarlo de frente, había presentado de cara á la ventana el grupo de la *Mujer hidrópica*. Había reemplazado á la moribunda por el condenado: la misma palidez, la misma mirada, la misma actitud de implorar á Dios. En lugar del médico flamenco, había pintado la fría y oficial figura del escribano vestido de negro; pero á la joven de Gerardo Dow había añadido él una anciana. Finalmente, la figura repugnante del verdugo dominaba este grupo. Aquel plagio, disfrazado con habilidad, no fué conocido.

El catálogo decía así:

510.—*Grassou de Fougeres (Pedro), calle de Navarín, 2.*
La tonsura de un Chuan condenado á muerte en 1809.

Aunque mediano únicamente, el cuadro tuvo un éxito atroz, porque recordaba el asunto de los incendiarios de Mortagne. La multitud se agolpaba todos los días delante del cuadro tan celebrado, y Carlos X fijó en él su atención. MADAME, sabedora de la vida paciente de aquel pobre bretón, sintió entusiasmo por él. El duque de Orleans compró el cuadro. Los eclesiásticos dijeron á la señora Delfina que el asunto estaba lleno de buenos pensamientos y que reinaba en él un aire religioso muy digno de alabanza. Monseñor el Delfín admiró el polvo de los cristales de la ventana, lo cual era una gran falta, pues lo que Fougeres había querido hacer era darle tonos verdosos, que anunciaran la humedad que reinaba en la parte baja de las paredes. MADAME le compró otro cuadro en mil francos y el Delfín le encargó otro asunto. Carlos X condecoró al hijo del aldeano que se había batido por la causa real en 1799. José Bridau, el gran pintor, no fué condecorado. El ministro de la Gobernación encargó dos cuadros de iglesia á Fougeres. Aquella exposición fué para Pedro Grassou toda su fortuna, su gloria, su porvenir, su vida. Inventar en cualquier ramo de la ciencia ó del saber es

querer morir lentamente; copiar es vivir. Después de haber descubierto al fin un filón lleno de oro, Grassou de Fougères puso en práctica la parte de esta cruel máxima á la que la sociedad debe esas infames medianías encargadas de elegir hoy á los hombres superiores en todas las clases sociales, pero que, como es natural, se eligen á sí mismos y hacen una encarnizada guerra á los verdaderos talentos. El principio de elección, aplicado á todo, es falso: Francia acabará al fin por comprenderlo. Sin embargo, la modestia, la sencillez y la sorpresa del bueno, del infeliz Fougères, acabaron por hacer enmudecer á los que le recriminaban y envidiaban. Algunas gentes, conmovidas ante la energía de un hombre á quien nada había logrado desalentar, decían:

—Es preciso recompensar la voluntad en las artes. ¡Grassou no ha robado su éxito. El pobre hombre hacía ya diez años que luchaba.

Esta exclamación de *¡pobre hombre!* contribuía en gran parte ó era la causa primordial de las adhesiones y felicitaciones que recibía el pintor. La piedad eleva á tantas medianías, como á hombres eminentes rebaja la envidia. Los periódicos no habían ahorrado las críticas; pero el caballero Fougères las digirió con una paciencia angelical, como digería los consejos de sus amigos. Dueño á la sazón de más de quince mil francos ganados á fuerza de trabajos, amuebló su habitación y su taller de la calle de Navarín, é hizo el cuadro que le había encargado el señor Delfín y los dos cuadros de iglesia que le había encargado el ministro, para un día determinado y con una regularidad desesperante para la caja del ministerio, acostumbrada á otros procedimientos. ¡Pero, admirad la suerte de las gentes ordenadas! Si hubiera tardado más, Grassou, sorprendido por la revolución de julio, no hubiese cobrado. A los treinta y siete años de edad, Fougères había pintado para Elías Magus unos doscientos cuadros completamente desconocidos, y gracias á los cuales había adquirido esa facilidad de ejecución que hace encogerse de hombros al artista, pero que no deja de agradar al vulgo. Fougères se había hecho grato á sus amigos por la rectitud de ideas, por la invariabilidad de sentimientos, por su agradecimiento y por su gran lealtad, y, si no estimaban en nada su paleta, amaban en cambio al hombre que la tenía.

«¡Qué desgracia que Fougères tenga el vicio de la pintura!» decían sus compañeros. Sin embargo, Grassou daba excelentes consejos, semejante á esos revisteros incapaces de escribir un libro y que saben muy bien sacarle faltas; pero había una diferencia entre los críticos literarios y Fougères: éste era eminentemente sensible á las bellezas de una obra, y, por lo tanto, las reconocía, y sus consejos estaban revestidos de un sentimiento de justicia, que obligaba á aceptar sus observaciones. Desde la revolución de julio, Fougères presentaba en cada exposición una docena de cuadros, entre los cuales sólo admitía cuatro ó cinco el jurado. El pintor vivía con la más rígida economía, y todo su servicio consistía en una anciana ama de llaves. Por toda distracción visitaba á sus amigos, iba á ver las obras de arte, se permitía algunos viajes por Francia y proyectaba ir á buscar inspiraciones á Suiza. Este detestable artista era un excelente ciudadano: hacía en persona las guardias que le tocaban en el cuartel, iba á las revistas y pagaba el alquiler de su casa y las consumaciones con una exactitud matemática. Habiendo vivido en medio del trabajo y la miseria, no le había quedado tiempo para amar. Soltero y pobre hasta entonces, no pensaba en complicar su sencilla existencia. Incapaz de inventar una manera de aumentar su fortuna, llevaba cada tres meses á casa de su notario Cardot sus economías y las ganancias del trimestre. Cuando el notario reunía mil escudos de Grassou, los colocaba en una primera hipoteca con subrogación de los derechos de la mujer, si el contrayente era casado, y con subrogación de los derechos del vendedor, si el que tomaba el dinero tenía algo que pagar. El notario mismo se encargaba de cobrar los intereses y de añadirlos á las entregas parciales que iba haciendo Grassou de Fougères. El pintor esperaba el afortunado momento en que sus

préstamos le diesen la imponente cifra de dos mil francos de renta, para entregarse al *otium cum dignitate* del artista y á hacer cuadros ¡oh! ¡pero qué cuadros! en fin, verdaderos cuadros, cuadros acabados, perfectos. Su porvenir, sus sueños dorados, lo superlativo de sus esperanzas ¿queréis saberlo? ¡Era entrar en la Academia y obtener la roseta de los oficiales de la Legión de honor! ¡Sentarse al lado de Schinner y de León de Lora, entrar en la Academia antes que Bridau, llevar una roseta en el ojal! ¡qué sueño! Sólo las medianías pueden pensar en todo.

Al oír el ruido de pasos en la escalera, Fougeres se levantó el tupé, se abrochó su chaqueta de terciopelo verde botella y no quedó poco sorprendido al ver entrar una figura llamada vulgarmente en los talleres *un melón*. Este fruto era la cima de una calabaza vestida de paño azul y provista de un par de animados dijes. El melón soplaba como un marsupial y la calabaza marchaba sobre los dijes impropriamente llamados piernas. Un verdadero pintor hubiera hecho así el retrato del tratante en botellas y le hubiera puesto inmediatamente en la puerta de la calle diciéndole que él no pintaba legumbres. Fougeres miró al parroquiano sin reírse, sin duda porque el señor Verville ostentaba un diamante de mil escudos en su pechera.

—Me parece que habrá tostada, dijo Fougeres mirando á Magus y empleando una frase que estaba á la sazón de moda en los talleres.

Al oír esta palabra, el señor Verville frunció las cejas. Este ciudadano traía consigo otra complicación de legumbres en las personas de su mujer y de su hija. La mujer parecía un coco provisto de una cabeza y apretado por la cintura, que giraba sobre sus pies. Su vestido era amarillo á rayas negras; ostentaba orgullosamente unos extravagantes mitones colocados sobre unas manos hinchadas, como los guantes que suelen poner de muestra á la entrada de las guanterías. Plumas parecidas á las de un entierro de primera clase flotaban sobre su sombrero extravasado; unos encajes adornaban unos hombros tan bombeados por delante como por detrás: de modo que la forma del coco era perfecta. Los pies, pertenecientes al género de los que se llaman morcillas, estaban provistos de un rollo de carne que sobresalía seis líneas por encima del cuero de los zapatos. ¿Cómo habían entrado en éstos los pies? Imposible averiguarlo.

Siguiendo á este ente, venía una joven que parecía un espárrago, verde y amarilla por su ropa, y que mostraba una cabecita, provista de una cabellera con raya al medio, de un color rojo, que hubiera admirado y encantado á un romano; unos brazos filamentosos, infinidad de pecas sobre una tez bastante blanca, grandes é inocentes ojos, pestañas blancas y pocas cejas; un sombrero de paja de Italia con adornos de satín, las manos rojas y los pies como su madre, completaban el retrato de la hija.

Mientras contemplaban el taller, estos tres seres tenían tal aire de contento en su rostro, que anunciaba el respetable entusiasmo que sentían por las artes.

—Caballero, ¿es usted el que va á hacer nuestros retratos? dijo el padre afectando un aire un tanto atrevido.

—Sí, señor, respondió Grassou.

—Verville, fíjate, está condecorado, dijo en voz baja la mujer al marido mientras que el pintor estaba de espaldas.

—Pues qué, ¿te figuras tú acaso que iba yo á encargarme nuestro retrato á un artista que no estuviera condecorado? dijo el antiguo comerciante en corchos.

Elías Magus saludó á la familia Verville y salió. Grassou le acompañó hasta el descansillo y le dijo:

—Sólo usted es capaz de pescar semejantes tipos.

—¡Cien mil francos de dote!

—Sí, pero ¡qué familia!

—Trescientos mil francos en perspectiva, una casa en la calle del Encorchado y una casa de campo en Ville-d'Avray.

—Encorchado, botellas, corchos, tapones, dijo el pintor.

—Pero no olvide que queda usted al abrigo de la miseria para el resto de sus días, dijo Elías.

Esta idea entró en la cabeza de Pedro Grassou como había entrado la luz por la mañana en su buhardilla. Mientras colocaba al padre de la joven para empezar el retrato, lo encontró ya más simpático y admiró aquel rostro franco. Entretanto, la madre y la hija revoloteaban en torno del pintor, maravillándose de todo cuanto hacía y considerándolo como un Dios. Esta visible adoración agradó á Fougères. El becerro de oro proyectó sobre aquella familia su reflejo fantástico.

—¡Debe usted ganar muchísimo dinero! dijo la madre. Es verdad que lo gastará usted como lo gana.

—No, señora, respondió el pintor; no lo gasto porque no tengo tiempo para divertirme. Mi notario coloca mi dinero como quiere y él se las arregla, porque yo, una vez está en su poder, ya no pienso más en él.

—Pues á mi me decían, exclamó el padre Verville, que los artistas eran unos manos rotas.

—¿Quién es el notario de usted, si no es indiscreta la pregunta? preguntó la señora Verville.

—Un buen muchacho, muy honrado, Cardot.

—¡Toma! ¡toma! ¿de veras? ¡pues si es también el nuestro!

—Haga usted el favor de no moverse, dijo el pintor.

—Pero, hombre, estáte quieto, Antenor, dijo la mujer. Harás que el señor se equivoque. Si le vieras trabajar, comprenderías que...

—¡Dios mío! ¿por qué no me habéis hecho practicar las artes? dijo la señorita Verville á sus padres.

—¡Virginia! exclamó la madre, una joven no debe aprender ciertas cosas. Cuando seas casada... bien; pero hasta entonces, déjate de eso.

Durante la primera sesión, la familia Verville se familiarizó casi con el honrado artista. Este les citó para dos días después. Al salir, el padre y la madre dijeron á Virginia que fuese delante de ellos; pero, á pesar de la distancia, la joven oyó estas palabras cuyo sentido tenía que despertar su curiosidad:

—Un hombre condecorado; treinta y siete años... un artista que tiene una gran parroquia y que coloca sus ahorros en casa de nuestro notario. ¿Consultamos á Cardot...? ¡eh! ¡llamarse la señora Fougères...! Me parece que no ha de ser muy mal hombre... Tú me dirás que lo que prefieres es un comerciante... Pero con un comerciante, hasta que no esté retirado, no sabremos lo que podría ser de nuestra hija... mientras que un artista economiza... además, nosotros somos entusiastas por las artes... En fin...

Mientras que la familia Verville pensaba en Pedro Grassou, éste pensaba en la familia Verville, hasta el punto que le fué imposible permanecer en paz en su taller y salió á pasearse por el bulevar. Ya en él, miraba á todas las mujeres rojas que pasaban, y forjaba los más extraños proyectos: el oro era el más hermoso de los metales, el color amarillo representaba el oro, los romanos gustaban de las mujeres rojas, y él se hizo romano, etc. Después de dos años de matrimonio ¿qué hombre se ocupa del color de su mujer? La belleza pasa... pero la fealdad permanece. El dinero constituye la mitad de la dicha. Por la noche, al acostarse, el pintor encontraba ya encantadora á Virginia Verville.

Cuando los tres Verville entraron en el taller el día de la segunda sesión, el artista los acogió con amable sonrisa. El perezoso se había afeitado, mudado de camisa, peinado cuidadosamente y puesto un elegante pantalón y unas hermosas zapatillas. La familia respondió con una sonrisa tan halagüeña como la del artista, y Virginia se puso del color de sus cabellos, bajó los ojos y volvió la cabeza para mirar los cuadros. Pedro Grassou encontró encantadoras estas monadas. Virginia tenía gracia y por fortuna no se parecía ni al padre ni á la madre; pero ¿á quién se parecía entonces?

—¡Ah! ¡ya caigo! continuó pensando; acaso la madre haya tenido algún capricho.

Durante la sesión, hubo escaramuzas entre la familia y el pintor, que tuvo la audacia de encontrar gracioso é inteligente al papá Verville. Esta adulación hizo entrar á la familia á paso de carga en el corazón del artista, el cual regaló un croquis á Virginia y un boceto á la madre.

—¿De balde? dijeron ellas.

Pedro Grassou no pudo menos de sonreír.

—No hay que hacer eso con los cuadros, que siempre son dinero, le dijo Verville.

A la tercera sesión, el padre Verville habló de una hermosa galería de cuadros que tenía en su quinta de Ville-d'Avray, de Rubens, Gerardo Dow, Mieris, Terburg, Rembrandt, un Ticiano, etc.

—Verville ha hecho verdaderas locuras, dijo fastuosamente la señora Verville; tiene más de cien mil francos empleados en cuadros.

—Es que soy entusiasta por las artes, repuso el antiguo comerciante en botellas.

Cuando el retrato de la señora Verville estuvo empezado, el del señor Verville estaba casi acabado, y el entusiasmo de aquella familia no conoció límites. El notario había hecho un gran elogio del pintor: Pedro Grassou era en su concepto el muchacho más honrado del mundo y un artista de gran reputación, que contaba, por otra parte, treinta y seis mil francos de capital; sus días de miseria habían pasado ya, pues ahorra más de diez mil francos al año y capitalizaba los intereses. En una palabra, que era incapaz de hacer desgraciada á ninguna mujer. Este último elogio hizo un peso enorme en la balanza. Los amigos de los Verville no les oían hablar ya más que del célebre Fougères. El día en que Grassou empezó el retrato de Virginia, se consideraba ya *in petto* yerno de la familia Verville. Los tres Verville gozaban lo indecible en aquel taller, pues se acostumbraban ya á considerar como residencia propia aquel local limpio, cuidado, lindo y artístico, que tenía para ellos un atractivo inexplicable. *Abyssus abyssam*: cada oveja con su pareja. Cuando estaba al final de la sesión, la escalera de la casa se estremeció y la puerta fué brutalmente abierta por José Bridau. Este hombre era una especie de tempestad; llevaba los cabellos en desorden, mostró su ajada cara y, dirigiendo una escudriñadora mirada por todo el estudio, se encaminó bruscamente hacia Grassou, procurando abrochase la levita en vano, pues el botón acabó por saltar de su cápsula de paño.

—¡Hola, Grassou! entró diciendo.

—¿Qué hay?

—Los ingleses me persiguen... ¡Cómo! ¿pintas tú esas cosas?

—¡Calla, hombre!

—¡Ah! ¡sí!

La familia Verville, sumamente admirada de aquella extraña aparición, pasó del rojo ordinario al rojo cereza.

—¡Eso produce! repuso José. ¿Cómo está el presupuesto?

—¿Necesitas mucho?

—Un billete de quinientos... Traigo detrás de mí uno de esos negociantes del género de los dogos que, una vez que han mordido, no sueltan sin llevarse algo. ¡Qué raza!

—Voy á darte una carta para mi notario.

—¡Cómo! ¿tienes notario?

—Sí.

—¡Ah! entonces ya me explico el porqué haces las mejillas con tonos rosáceos, excelentes para las muestras de un perfumista.

Grassou no pudo menos de ruborizarse. Virginia le sirvió de modelo.

—Pero, hombre, copia la naturaleza tal cual es, dijo el pintor continuando. La señorita es roja. Pues bien, ¿es eso acaso un pecado mortal? Todo es magnífico en pintura. Pon cinabrio en la paleta, realza el color de las mejillas y ponle unas manchitas negras imitando las pecas. ¿Quieres tú saber más que la naturaleza?

—Toma, dijo Fougères, sustitúyeme mientras voy á escribir la carta.

Verville se deslizó hasta la mesa, y aproximándose á Grassou, le dijo al oído:

—¡Pero ese hombre lo va á echar á perder todo!

—¡Ca! si quisiera hacer el retrato de Virginia, valdría cien veces más que el mío, respondió Fougères indignado.

Al oír esta contestación, el antiguo comerciante fue á unirse de nuevo á su mujer, que estaba estupefacta ante la invasión de aquella bestia feroz y muy poco tranquila al ver que cooperaba en el retrato de su hija.

—Toma, sigue estas indicaciones, dijo Bridau devolviéndole la paleta y tomando la carta. No te doy las gracias. Ahora me voy al palacio de Arthez, á quien estoy pintando un comedor y donde León de Lora está pintando la parte superior de la puerta. Son verdaderas obras maestras. Ven á vernos.

Y tan harto había quedado de ver á Virginia, que se marchó sin saludar.

—¿Quién es ese hombre? preguntó la señora Verville.

—Un gran artista, respondió Grassou.

Dicho esto, hubo un momento de silencio.

—Diga usted, dijo al fin Virginia, ¿está usted seguro de que ese hombre no le habrá echado el mal de ojo á mi retrato? ¡Me ha asustado!

—Al contrario, le ha hecho mucho bien, respondió Grassou.

—De todos modos, podrá ser un gran artista, pero yo prefiero los grandes artistas que se parecen á usted, dijo la señora Verville.

—¡Ah! mamá, el señor es más artista y me hará de cuerpo entero, advirtió Virginia.

Los modales del genio habían asustado á aquellos pacíficos ciudadanos.

Empezaba esa fase del otoño tan justamente llamada verano de San Martín, y, con la timidez del neófito que se ve en presencia de un hombre de genio, Verville se atrevió á invitar á Fougères á que fuese el domingo próximo á su casa de campo, á pesar de que no ignoraba el comerciante los pocos atractivos que ofrecía para un artista el trato con una familia de costumbres modestas.

—Ustedes, le dijo, necesitan emociones, grandes espectáculos y gente de talento; pero habrá buenos vinos, y cuento con mi galería para recompensarle del aburrimiento que un artista como usted ha de experimentar entre negociantes.

Esta idolatría, que halagaba exclusivamente su amor propio, encantó al pobre Pedro Grassou, tan poco acostumbrado á recibir tales alabanzas. El honrado artista, aquella infame medianía, aquel corazón de oro, aquella leal vida, aquel estúpido dibujante, aquel buen muchacho, condecorado con la orden real de la Legión de honor, se aprestó á ir á gozar de los últimos hermosos días del año á Ville-d'Avray. El pintor tomó modestamente el coche público y no pudo menos de admirar la hermosa casa del tratante de botellas, construída en medio de un parque de quinientas fanegas, en lo más elevado de Ville-d'Avray y ocupando el punto de vista más hermoso. Casarse con Virginia equivalía á ser algún día dueño de aquella hermosa quinta. Fué recibido por los

Vervelle con un entusiasmo, una alegría, una candidez y una estúpida franqueza de comerciante, que le confundieron. Aquel día fué un día de triunfo. Pasearon al futuro por las calles de árboles, que habían sido enarenadas como si se tratase de recibir á un gran hombre. Hasta los árboles habían sido limpiados y los céspedes recortados. El aire puro del campo se mezclaba con aromas de cocina infinitamente halagüeños. Todos en la casa decían: «¡Tenemos hoy aquí á un gran artista.» El pequeño padre Vervelle rodaba como una manzana por su parque, la hija serpenteaba como un anguila y la madre marchaba con paso noble y digno. Aquellos tres seres no se separaron ni un momento de Pedro Grassou durante siete horas. Después de la comida, cuya duración y suntuosidad se igualaron, los señores Vervelle prepararon el golpe magistral, la apertura de la galería iluminada con lámparas de calculado efecto. Tres vecinos, antiguos comerciantes, un tío solterón, invitados para ovacionar al artista, una jamona señorita Vervelle y los convidados, siguieron á Grassou á la galería, con bastante curiosidad para saber la opinión que emitía acerca de la famosa galería del señor Vervelle, que les fastidiaba continuamente con el valor fabuloso de sus cuadros. El comerciante en botellas parecía haber querido luchar con el rey Luis Felipe y las galerías de Versalles. Los cuadros provistos de magníficos marcos, ostentaban etiquetas donde se leía en letras negras sobre fondo de oro:

RUBENS

Danza de faunos y de ninfas.

REMBRANDT

Interior de una sala de disección.

El doctor Tromp dando lección á sus discípulos.

Había allí cincuenta cuadros, todos barnizados, algunos de los cuales estaban cubiertos con cortinas verdes y no se descubrían en presencia de los jóvenes.

Al reconocer la mitad de sus cuadros en aquella galería, el artista se quedó sin voz, con los brazos caídos y la boca abierta: ¡él era Rubens, Pablo Potter, Mieris, Metz, Gerardo Dow! él solo personificó á veinte grandes maestros.

—¿Qué tiene usted? ¿se pone usted malo!

—Hija mía ¡un vaso de agua! exclamó la señora Vervelle.

El pintor cogió al señor Vervelle por la solapa de la levita y se lo llevó á un rincón, bajo pretexto de ver un Murillo. Los cuadros españoles estaban entonces de moda.

—¿Ha comprado usted estos cuadros en casa de Elías Magus?

—Sí, todos originales.

—Aquí, para *inter nos*, ¿cuánto ha pagado usted por los que voy á señalarle ahora?

Ambos dieron una vuelta por toda la galería, y los convidados quedaron maravillados del aire serio con que el artista procedía en compañía de su anfitrión al examen de las obras maestras.

—Tres mil francos, dijo en voz baja Vervelle al señalar el último; pero yo digo cuarenta mil.

—¡Cuarenta mil francos un Ticiano! repuso en voz alta el artista. ¡Pero si eso es de balde!

—¡Cuando yo le decía á usted que tengo por más de cien mil escudos en cuadros! exclamó Vervelle.

—Todos estos cuadros los he hecho yo, le dijo Pedro Grassou al oído, y á mí todos juntos no me han valido más de diez mil francos.

—¡Pruébemelo usted, dijo el comerciante en botellas, y doblo la dote de mi hija! ¡porque entonces es usted Rubens, Rembrandt, Terburg, Ticiano!

—Y Magus es un gran comerciante en cuadros, dijo el pintor que se explicó entonces el aspecto viejo de sus cuadros y la utilidad de los asuntos que le encargaba el anticuario.

Lejos de perder en el concepto de su admirador el señor Fougères, pues aquella familia persistía en llamar así á Pedro Grassou, ganó tanto, que hizo gratis los retratos de la familia y, como es natural, se los ofreció á su suegro, á su suegra y á su mujer.

Hoy Pedro Grassou, que no falta á ninguna exposición, pasa para el vulgo por un buen pintor de retratos, gana doce mil francos al año y gasta quinientos en telas. Vive con sus suegros, y su mujer le ha aportado una dote de seis mil francos de renta. Los Verville y los Grassou se entienden á las mil maravillas, tienen coche y son la gente más feliz del mundo. Pedro Grassou no sale del reducido círculo de sus conocidos, donde es considerado como uno de los mejores artistas de la época. En todo el espacio comprendido entre la barrera del Trono y la calle del Temple, no se hace un retrato de familia que no sea pintado en casa del gran artista y que no cueste por lo menos quinientos francos. La gran razón del vulgo para dirigirse á él es esta: «¡Dígase lo que se quiera, es lo cierto que él va á colocar cada año veinticinco mil francos en casa de su notario!» Como Grassou se ha portado muy bien en las sediciones del 12 de mayo, ha sido nombrado oficial de la Legión de honor y es jefe de batallón en la guardia nacional. El museo de Versalles no ha podido dispensarse de encargar una batalla á tan excelente ciudadano, el cual ha recorrido todo París á fin de encontrar á sus antiguos compañeros para poder decirles con aire desenvuelto: «El rey me ha encargado una batalla!»

La señora Fougères adora á su esposo y le ha dado dos vástagos. Sin embargo, este pintor, que es buen padre y buen esposo, no puede quitarse del corazón este fatal pensamiento: los artistas se burlan de él, su nombre es objeto de desprecio en los talleres y los periódicos no se ocupan de sus obras. Pero sigue siempre trabajando y espera á ser de la Academia, donde seguramente entrará. Por otra parte ¡venganza que le dilata el corazón! compra cuadros á los pintores célebres cuando se encuentran apurados y reemplaza los mamarrachos de la galería de Ville-d'Avray por verdaderas obras maestras, que no son suyas.

Existen, no obstante, medianías más tacaños y malvados que Pedro Grassou, el cual es, por lo demás, agradecido y bienhechor anónimo de los que valen.

París, diciembre de 1839.

Primer estudio de mujer

Étude de femme, 1830

Dedicado al Marqués Juan Carlos di Negro

LA marquesa de Listomère es una de esas jóvenes educadas en el espíritu de la Restauración. Es de buenos principios, ayuna, comulga y va muy adornada al baile, á los Bufos y á la Ópera; su director espiritual la permite aliar lo profano con lo sagrado. Siempre bien con la Iglesia y con el mundo, ofrece una imagen de la edad presente que parece haber tomado por epígrafe la palabra Legalidad. La conducta de la Marquesa tiene, precisamente en sí, lo bastante de devota para poder llegar bajo una nueva Maintenon á la sombría piedad de los últimos días de Luis XIV, y lo bastante de mundana para poder adoptar las galantes costumbres de los primeros días de aquel reinado, si volviese. Actualmente es virtuosa por cálculo, ó quizás por gusto. Casada hace siete años con el marqués de Listomère, uno de esos diputados que esperan la dignidad de par, cree quizás servir también con su conducta á la ambición de su familia. Algunas mueres aguardan para juzgarla el momento en que M. de Listomère sea par de Francia y en que ella cumpla treinta y seis años, época de la vida en la cual la mayor parte de las mueres se aperciben de que son víctimas de las leyes sociales. El marqués es un hombre bastante insignificante. Está bien visto en la corte; sus cualidades son negativas como sus defectos; ni los unos pueden darle una reputación de virtud, ni los otros le dan siquiera esa especie de resplandor que arroja el vicio. Como diputado, no habla jamás, pero vota bien, y en su hogar doméstico se conduce como en la Cámara: También pasa por ser el mejor marido de Francia. Aunque no sea susceptible de exaltarse, jamás regaña, á menos de que se le haga esperar: Sus amigos le han llamado el tiempo nublado. Efectivamente, no se hallan en él ni luz demasiado viva, ni oscuridad completa: Se parece á todos los ministerios que se han sucedido en Francia después de la Carta. Para una mujer de principios era difícil caer en mejores manos. ¿No le es bastante á una mujer virtuosa el haberse casado con un hombre incapaz de hacer necesidades? El marqués se ha rodeado de dandys que han tenido la impertinencia de estrechar ligeramente la mano de la marquesa al bailar con ella, y que no han recogido sino miradas de desprecio, sufriendo esa indiferencia insultante que, parecida á las heladas de primavera, destruye el germen de las más bellas esperanzas. Los bellos, los ideales, los fatuos los hombres cuyos sentimientos se nutren chupando sus bastones, los de un gran nombre ó de gran fama, la gente de alta y de baja esfera todos han palidecido á su alrededor. Ella ha conquistado el derecho de conversar cuanto tiempo y tan a menudo quiera con las personas que le parecen ingeniosas, sin que haya sido asentada en el álbum de la maledicencia. Ciertas mueres coquetas son capaces de seguir siete años aquel plan para satisfacer más tarde su fantasía, pero hacer esta suposición de la marquesa de Listomère seria calumniarla. He tenido la dicha de ver á este fénix de las marquesas; conversa bien, yo sé escuchar y la he agradado; voy á sus veladas, tal era el término de mi ambición. Entre fea y hermosa, Mme. de Listomère tiene blancos dientes, resplandeciente cutis y labios muy colorados; es alta y bien formada, tiene pié pequeño, delgado y no lo enseña; sus ojos lejos de ser amortiguados como lo son todos los ojos parisienses, tiene un brillo dulce que se convierte en mágico, si por azar se anima. Á través de esa forma indecisa se adivina un alma. Si se interesa por la conversación, despliega en ella una gracia encubierta bajo las precauciones de una compostura fría, y

entonces está encantadora. No busca éxito y le obtiene; siempre se halla lo que no se busca. Esta frase es por lo común demasiado verdadera para no venir á parar un día en proverbio. No me atrevería á relatar la moralidad de esta aventura, sino resonase ya en este momento por todos los salones de París.

Hace cerca de un mes que la marquesa de Listomère bailó con un joven tan modesto como aturdido y que, lleno de buenas cualidades, solo deja ver sus defectos. Es apasionado y se burla de las pasiones; tiene talento y lo oculta; se hace el sabio entre los aristócratas y el aristócrata entre los sabios. Eugenio de Rastignac es una de esas sensatísimas personas que todo lo ensayan, y que parecen probar á los hombres para saber lo que pueden dar de sí. Mientras espera la edad de la ambición, de todos se burla; tiene gracia y originalidad, ambas á dos cualidades raras porque se excluyen una á otra. Sin premeditación de lograr favor alguno, conversó durante una media hora con la marquesa de Listomère divirtiéndose con los caprichos de una conversación que, habiendo principiado en la ópera «Guillermo Tell», vino á recaer en los deberes de las mujeres; miró más de una vez á la marquesa con intento de sofocarla, luego la dejó y no la habló más en toda la noche, bailó, se puso á jugar al ECARTÉ, perdió algún dinero y se fue á acostar. Bajo palabra de honor os afirmo que todo pasó de este modo; nada añadido ni quitó.

A la mañana siguiente, Rastignac se despertó tarde, y permaneció algún tiempo en cama, donde se entregó sin duda á alguno de esos ensueños matinales, durante los cuales un joven se desliza como un silfo bajo más de una cortina de seda, de cachemira ó de algodón. En esos momentos, cuanto más pesado por el sueño está el cuerpo, más ágil está el espíritu. Por fin Rastignac se levantó sin bostezar mucho, como hacen tantas personas mal educadas, llamó á su camarero, y mandó que le preparasen el té en medida desmedida, lo que no parecerá extraordinario á las personas á quienes guste el té; pero á fin de explicar esta circunstancia á aquellas que no la aceptan sino como la panacea de las indigestiones, añadiré que Eugenio escribía. Estaba cómodamente sentado y, con frecuencia, tenía los pies más bien en el morillo del hogar que en su folgo. ¡Oh! tener los pies en la luciente barra que une los dos extremos del guarda ceniza y pensar en sus amores cuando uno se levanta y se halla en traje de mañana, es una cosa tan hermosa, que me pesa en el alma no tener querida, ni... ni traje de mañana. Pero cuando yo tenga todo eso no contaré mis observaciones, sino que me aprovecharé de ello.

La primera carta que escribió Eugenio, la acabó en un cuarto de hora; la dobló, la cerró, sellándola, y la dejó delante de sí, sin ponerla dirección. La segunda carta, que empezó á las once, no la acabó hasta las doce; había llenado sus cuatro carillas.

—Me baila por la cabeza esta mujer, dijo doblando esta segunda epístola, que dejó ante sí, contando con ponerle la dirección después que hubiese terminado su ensueño involuntario. Cruzó los dos paños de su bata de dormir, dibujada con ramas; descansó sus pies sobre un taburete, introdujo sus manos en los bolsillos de su pantalón de cachemira encarnada y se sepultó en una preciosa poltrona con orejas, cuyo asiento y respaldar describían el confortante ángulo de ciento veinte grados. No tomó más té, y permaneció inmóvil, con los ojos fijos sobre la mano dorada que coronaba su pala, sin ver ni la mano ni el dorado; ni siquiera atizó el fuego: Falta inmensa. ¿No es un hermoso placer escarbar el fuego cuando se piensa en las mujeres? Nuestro espíritu hace hablar á las pequeñas lenguas azuladas que de continuo se desprenden y charlan en el hogar. Uno se cree interpretar el lenguaje poderoso y brusco de un bourguignon.

Hagamos punto y aparte en esta palabra, y demos desde luego á los ignorantes una explicación debida á un distinguidísimo etimologista que se oculta bajo el velo del anónimo. Bourgnignon es el nombre popular y simbólico dado, desde el reinado de Carlos VI, á esas ruidosas detonaciones, cuyo efecto es despedir un carboncillo, ligero

principio de incendio, sobre una alfombra ó vestido. Se dice que el fuego desprende una bombilla de aire que un gusano roedor ha dejado en el corazón de la madera. Inde amor, inde burgundus. Al ver rodar como una avalancha el carboncillo que tan ingeniosamente se había intentado colocar entre dos grandes y ardientes tizones, uno se extremece. ¡Oh! qué bello es dar pábulo al fuego cuando uno ama: ¿No es desarrollar materialmente su propio pensamiento?

En este mismo instante penetré en casa de Eugenio que se sobresaltó y me dijo:— ¡Ah!, ¿con qué eres tú, mi querido Horacio? ¿Desde cuándo te hallas aquí?

—Acabo de llegar.

—Ah!

Eugenio tomó las dos cartas, puso los sobrescritos, y llamó á su criado.

—Lleva esto á su destino.

Y José se retiró sin hacer la más mínima observación; ¡excelente criado!

Nos pusimos á conversar sobre la expedición de Morea, en la que yo deseaba ser empleado en calidad de médico. Eugenio me hizo observar que perdería mucho en dejar á París, y después hablamos de cosas indiferentes. No creo que el lector vea con malos ojos el que suprima nuestra conversación.

.....

Sobre las dos de la tarde, en el acto de levantarse la marquesa de Listomère, su doncella Carolina la entregó una carta que la marquesa leyó mientras Carolina la peinaba (imprudencia que cometen la mayor parte de las mujeres.)

¡Oh querido ángel de amor, tesoro de vida y felicidad! Al leer estas palabras la marquesa estuvo tentada de arrojar la carta al fuego, pero se le ocurrió un capricho que comprenderá á las mil maravillas toda mujer virtuosa, y era el de averiguar como concluiría un hombre que principiaba de semejante modo. Así pues continuó leyendo, y cuando hubo concluido la cuarta llana dejó caer sus brazos, cual una persona fatigada.

— Carolina, ves á averiguar quién ha traído está carta.

—Señora, me la ha entregado el cartero del señor Baron de Rastignac.

Hubo un prolongado silencio.

—¿Quiere V. vestirse, señora? preguntó Carolina.

—No.

Y la marquesa pensó entre sí: —Es preciso que sea un hombre muy impertinente, para esto.

.....

.....

Suplico á las señoras que hagan por sí mismas los comentarios.

La marquesa de Listomère terminó el suyo con la resolución formal de cerrar las puertas de su casa al caballero Eugenio, y en caso de llegar á encontrarla en sociedad, manifestarle algo más que desden; puesto que su insolencia no podía compararse con ninguna de las que dispensaba la marquesa. En un principio quiso retener la carta en su poder, pero pensándolo más despacio, la quemó.

—La señora acaba de recibir una importante declaración de amor y la ha leído, dijo Carolina al ama de llaves.

—En mi vida hubiera creído semejante cosa de la señora, contestó sorprendida la vieja.

Por la noche fue la condesa á casa del marqués de Beauséant, donde era probable que se encontrara Rastignac. Esto tenía lugar un sábado. El marqués de Beauséant era algo pariente de Rastignac, y éste no podía dejar de acudir á la velada.

Eran las dos de la madrugada y la señora de Listomère, que tan solo se había quedado para agobiar á Eugenio con su frialdad, le esperaba aun en vano. Un hombre ingenioso, Stendhal, ha tenido la extravagante idea de llamar cristalización á las vueltas que la marquesa dio á su pensamiento antes, durante y después de la velada.

Cuatro días después de este suceso, Eugenio reprendía á su ayuda de cámara.

—José, me voy á ver obligado á despedirte.

—¿Qué dice V, señor?

—No haces más que necedades; ¿dónde llevaste las cartas que te entregué el viernes?

José se quedó atónito. Semejante á una estatua del pórtico de la catedral, permaneció inmóvil, completamente absorbido por su pensamiento. De repente sonrió á lo bestia, y dijo:

—Señor, una era para la señora de Listomère, en la calle de Sto. Domingo, y la otra para su abogado de V.

—¿Estás bien seguro de lo que dices?

José permaneció cortado. Hubo necesidad de que me mezclase en el asunto yo, que por casualidad me encontraba allí.

—José tiene razón, dije. (Eugenio se volvió hacia mí.) Involuntariamente he leído los sobrescritos, y...

—Y, dijo Eugenio interrumpiéndome, ¿no era una de las cartas para la señora de Nucingen?

—¡No, con cien mil demonios! Por eso he creído, amigo mío, que tu corazón había danzado de la calle de S. Lázaro á la de Sto. Domingo.

Eugenio se golpeó la frente con la palma de la mano, y se echó á reír. José comprendió que la falta no provenía de él.

Interinamente, vean Vds. las moralejas que todos deberían meditar.

Primera falta: Eugenio halló muy gustoso el hacer reír á la Sra. De Listomère por el desprecio que la había hecho dueña de un billete amoroso que no era para ella. Segunda falta: No fue á casa de la señora de Listomère hasta los cuatro días de esta aventura, dejando con ello tiempo para que se cristalizaran los pensamientos de una mujer virtuosa. Aun hallaríamos una docena de faltas que pasaremos en silencio á fin de otorgar á las señoras el placer de deducírselas ex-profeso á aquellos que no las adivinen. Eugenio llegó á la puerta de casa de la marquesa, pero al querer pasar, el portero le detuvo y le anunció que la señora marquesa había salido. Cuando ya subía al carruaje, entraba el marqués.

—Venid Eugenio, mi mujer está en su casa.

¡Oh! dispensad al marqués; por bueno que sea un marido, muy difícilmente llega á la perfección. Rastignac, subiendo la escalera, se apercibió de diez faltas de lógica mundana que se hallaban en este episodio del hermoso libro de su vida. Cuando la señora de Listomère vio entrar á su marido con Eugenio, se sonrojó sin poderlo reprimir. El barón de Rastignac observó este repentino sonrojo. Si aun el hombre más modesto conserva un pequeño fondo de fatuidad del cual no se despoja, al igual que la mujer no se separa de su fatal coquetería, quien podría echar en cara á Eugenio el haberse dicho entonces: —¿Con qué, también esta fortaleza?—Y aderezó el lazo de su corbata; porque, aunque los hombres no sean muy avaros, les gusta, sin embargo, el poder guardar un retrato más en su medallón.

El señor de Listomère echó mano de la Gaceta de Francia que apercibió en un rincón de la chimenea, y se fue hacia el pretil de una ventana para adquirir, con la ayuda del periodista, una opinión acerca del estado de Francia. Por púdica que sea una mujer, y aun en la situación más difícil en que hallarse pueda, no te queda perpleja mucho

tiempo; parece que siempre tiene á mano la hoja de higuera que nuestra madre Eva le dio. Por eso cuando Eugenio, interpretando en favor de su vanidad la consigna dada al conserje, saludó á la señora de Listomère con un aire medio deliberado, ésta supo encubrir todos sus pensamientos por medio de una de esas sonrisas femeniles, más impenetrables que la palabra de un rey.

—¿Acaso os hallabais indispuesta, señora? ¡Cómo os habéis hecho negar!

—No, caballero.

—¿Vais, pues, quizás á salir?

—En manera alguna.

—¿Esperáis á alguien?

—A nadie.

—Si mi visita os es indiscreta, á nadie echéis la culpa sino al marqués. Yo obedecía ya á vuestra misteriosa consigna, cuando él mismo me introdujo en vuestro santuario.

—Mimando no estaba en el secreto. No siempre es prudente darle á un marido conocimiento de ciertos secretos.....

El acento firme y dulce con que la marquesa pronunció estas palabras, y la mirada imponente que le lanzó, hicieron reflexionar á Rastignac que había andado demasiado precipitado en darse aires de vencedor.

—Señora, dijo riendo, os comprendo; en ese caso debo felicitaros con doble motivo de haberme hallado con el Sr. marqués, puesto que me procura la ocasión de sincerarme, lo cual seria para mí peligroso si no fueseis la misma bondad.

La marquesa miró al Barón con aire bastante sorprendido; pero le respondió con dignidad: —Caballero, la mejor excusa por vuestra parte es el silencio. En cuanto á mí, os prometo el más completo olvido, perdón que apenas merecéis.

—Señora, dijo Eugenio con viveza, donde no hay ofensa el perdón es inútil; y añadió en voz baja: La carta que habéis recibido y que os ha parecido escrita de un modo tan inconveniente, no estaba destinada á vos.

La marquesa no pudo reprimirse la risa; hubiera querido haber sido ofendida.

—¿Para qué mentir? prosiguió la marquesa con un aire de desdeñoso regocijo, pero con un metal de voz bastante dulce; a pesar de que os haya reñido, me reiré de muy buena gana de una estratagema que no carece de malicia. Conozco algunas pobres mujeres que caerían en el lazo.—¡Dios mío, cuanto ama! dirían. La marquesa se echó á reír con afectación, y añadió con aire de indulgencia:—Si queréis que continuemos siendo amigos, no se hable más de desprecios de que no puedo ser víctima.

—Palabra de honor, señora, que lo sois más de lo que pensáis, contestó vivamente Eugenio.

—¿Pero, de qué habláis? preguntó el marqués de Listomère que hacia rato escuchaba la conversación sin poder penetrar su oscuridad.

—¡Oh! Eso nada os interesa, replicó su mujer.

El señor de Listomère prosiguió tranquilamente la lectura de su periódico y dijo: — ¡Ah! la señora de Mortsau ha fallecido; vuestro pobre hermano se hallará, sin duda, en Glochegourde.

—¿Sabéis, caballero, añadió la marquesa volviéndose hacia Eugenio, que acabáis de decir una impertinencia?

—Y él respondió cándidamente: Si no conociera el rigor de vuestros principios, creería que ó queréis atribuirme ideas que no están en mí, ó queréis arrancarme mi secreto. Quizás os propongáis reiros de mí.

La marquesa sonrió: Esta sonrisa impacientó á Eugenio.

—¡Ojalá! respondió, pudierais creer una ofensa que no he cometido! Y deseo en el alma que la casualidad no os haga descubrir ante la sociedad á la persona que debiera haber leído esta carta.....

—¿Pues qué? acaso seria madame de Nucingen? exclamo la señora de Listomère mas curiosa por penetrar un secreto que de vengarse de los epigramas del joven.

Eugenio se sonrojó: Es preciso haber cumplido más de 25 años para no sonrojarse, oyéndose echar en cara la sandez de una fidelidad de que se burlan las mujeres, por no demostrar cuanto la envidias. Sin embargo, dijo con bastante sangre fría:—Y ¿por qué no, señora?

He aquí las faltas que se cometen á 25 años. Esta confidencia conmovió violentamente á la señora de Listomère; pero Eugenio aun no sabía analizar un rostro femenino mirándole de corrida ó de soslayo: Solo habían palidecido los labios de la marquesa. Esta tiró de la campanilla para pedir leña, y así obligó á Rastignac á ponerse en pié, para despedirse.

—Si así fuese, dijo entonces la marquesa, deteniendo á Eugenio con aire frío y estudiado, os seria, caballero, muy difícil explicarme el cómo ha podido hallarse mi nombre bajo vuestra pluma: Porque el sobrescrito de una carta no es como el sombrero de un vecino, que por aturdimiento puede uno tomar por el suyo al retirarse de un baile.

Eugenio, desnudado, contempló á la marquesa con aire á la vez fatuo y tonto; comprendió que había caído en ridículo, balbuceó una frase de colegial, y se ausentó. Algunos días después la marquesa adquirió pruebas inevitables de la veracidad de Eugenio, y desde hace diez y seis días que no se deja ver en sociedad.

El marqués dice á todos cuantos le interrogan acerca de este cambio: —Mi señora tiene una gastritis.

Yo que la cuido y que estoy en su secreto, sé que tan solo tiene una ligera crisis nerviosa, de la que se aprovecha para no salir de casa.

La Mode, París, marzo 1830.

Segundo estudio de mujer

Autre étude de femme

*Á León Gozlan, como un testimonio
de buena confraternidad literaria*

EN París se encuentran casi siempre dos veladas en los bailes ó en las reuniones. Primero, una velada oficial á la cual asisten las personas invitadas; un buen mundo que se fastidia.

La mayor parte de las jóvenes no van á ella mas que por una sola persona. Cuando cada mujer se ha asegurado de que es la más bella para esa persona y de que otros han participado ya de esa opinión, después de cambiar frases insignificantes como estas: — Piensa V. ir temprano á la Crampade? —¿Ha cantado bien la señora de Portenduere?— ¿Quién es esa mujer pequeña que lleva tantos diamantes?—ó después de haber lanzado frases epigramáticas que causan un placer pasajero y heridas de larga duración, los grupos se aclaran, los indiferentes se van, las bujías arden en los candeleros. La señora de la casa detiene entonces á algunos artistas, gentes alegres, amigos, diciéndoles: — Quédense Vds., cenaremos como en familia: — Se reúnen en un saloncito y tiene lugar la segunda, la verdadera velada, donde, como bajo el antiguo régimen, cada cual oye lo que se dice; donde la conversación es general, y donde uno se Vd. obligado á tener chispa y á contribuir á la diversión pública. Todo se pone de manifiesto; una risa franca sucede á esos aires de importancia ridícula que en el mundo entristecen las caras más bonitas: En fin, el placer empieza donde acaba la reunión. La reunión, esa fría revista del lujo, ese desfile de tanto amor propio en traje de etiqueta, es una de esas invenciones inglesas que tienden á mecanizar á las demás naciones. Inglaterra parece aspirar á que el mundo entero se enoje como ella y tanto como ella. Esta segunda velada es, pues, en ciertas reuniones, una feliz protesta del antiguo espíritu de nuestro alegre país; pero, desgraciadamente, pocas son las casas que protestan, y la razón es bien sencilla: Si hoy no se dan aquellas cenas, es porque bajo régimen alguno hubo menos personas establecidas, acomodadas y de arraigo que bajo el reinado de Luis Felipe, en que legalmente empezó la revolución. Hoy todo el mundo se dirige hacia algún fin, corre en pos de la fortuna. El tiempo se ha vuelto el comestible más caro, y nadie se puede entregar á esa prodigiosa prodigalidad de entrar en su casa al amanecer para levantarse tarde. No se encuentran, pues, segundas veladas sino en casa de las mujeres bastante ricas para abrir sus salones, y desde Julio de 1830, estas mujeres se hallan en Paris. A pesar de la muda oposición del arrabal de Saint-Germain, dos ó tres señoras entre las cuales se encontraban la marquesa de Espard y la señorita de Touches, no han querido renunciar á la parte de influencia que tenían en París, y no han cerrado sus salones.

El salón de la señorita de Touches, tan célebre en Paris, fue el último asilo donde se refugió el espíritu francés de otro tiempo, con su profundidad escondida, sus mil sutilezas y su urbanidad exquisita. Allí observareis aun la gracia en las maneras, á pesar de las conversaciones de la urbanidad, el abandono en la parlara, á pesar de la reserva natural á las gentes de pro, y sobre todo la generosidad en las ideas: Allí nadie piensa en guardar su pensamiento, ni nadie Vd. en un relato un libro por hacer.

En fin, el honroso esqueleto de una literatura acorralada no se alza á propósito de una ocurrencia feliz ó de un asunto interesante.

El recuerdo de una de estas veladas se me ha quedado más particularmente en la memoria, no tanto á causa de una confidencia con que el ilustre Marsay puso á descubierto uno de los pliegues más profundos del corazón de la mujer, como por las observaciones á que su narración dio lugar, acerca de los cambios que se han operado en la mujer francesa desde la fatal revolución de Julio.

Durante esta velada, la casualidad había reunido bastantes personas á quienes incontestables méritos han valido reputaciones europeas. Esto no es de ningún modo una adulación para la Francia, porque entre nosotros se encontraban muchos extranjeros. Los hombres que valían más no eran, por otra parte, los más célebres. Ingeniosas respuestas, observaciones delicadas, chanzas excelentes, pinturas dibujadas con una limpieza sobresaliente, resplandecían y se empujaban sin tregua, se prodigaban tanto sin desden, como sin afectación, pero eran deliciosamente sentidas y delicadamente saboreadas. Las gentes de mundo se hicieron notar sobre todo por una gracia, por un entusiasmo enteramente artísticos. En Europa encontrareis maneras elegantes, cordialidad, buen natural, ciencia; pero solo en Paris y en estos salones de que acabo de hablar, abunda el espíritu particular que da á todas estas cualidades sociales un agradable y caprichoso conjunto, yo no sé que corriente fluvial que hace serpear fácilmente esta profusión de pensamientos, de fórmulas, cuentos y documentos históricos. Solo Paris, capital del gusto, conoce esta ciencia que cambia una conversación en una justa, donde cada espíritu se condensa en un rasgo, donde cada cual dice la suya, y encierra su experiencia en una palabra, donde todo el mundo se regocija, se desahoga y se ejercita. También solo allí trocareis vuestras ideas, y no llevareis, como el delfín de la fábula, ningún mono sobre las espaldas; allí seréis comprendidos y no correréis riesgo en poner en circulación algunas monedas de oro de vuestro lenguaje entre un tesoro de las del ajeno. En fin, allí los secretos bien revelados, la charla ligera y profunda, ondean, vuelven y cambian de aspecto y de color á cada frase. Las críticas vivas y las relaciones apresuradas se unen unas con otras. Todos los oídos escuchan, los gestos interrogan y las fisonomías responden; en una palabra, allí todo es viveza y pensamiento. Jamás el fenómeno oral, que bien estudiado y manejado constituye el secreto poder del actor y del narrador, me habían hechizado tan por completo como hasta entonces. No fui yo el único que se vio sometido á este prestigio, y todos pasamos una velada deliciosa. La conversación, hecha narrativa, encerró en su precipitado curso curiosas confidencias, muchos retratos, mil desatinos, que hacen del todo intraducible aquella arrebatadora improvisación; pero dejando á estas cosas su natural frescura, su abierta naturalidad, sus engañosas sinuosidades, quizás comprendáis bien el encanto de una verdadera velada francesa, tomada en el momento en que la familiaridad más dulce hace olvidar á cada uno sus intereses, su amor propio especial ó, si queréis, sus pretensiones.

A las dos de la madrugada, en el momento en que acababa la cena, no se encontraban al rededor de la mesa más que las personas íntimas, puestas á prueba por un trato de quince años, ó las gentes de mucho gasto, bien educadas y que conocían el mundo. Por una convención tácita y bien observada, durante la cena cada cual renunció á su importancia: Reinó una igualdad absoluta. Además, allí no había entonces nadie que no estuviese muy orgulloso de sí mismo. La señorita de Touches obliga á sus convidados á permanecer á la mesa hasta la hora de irse, en vista de haber observado varias veces el cambio que se opera en los espíritus con la mutación de lugar. Del comedor al salón, el encanto se rompe. Según Sterne, las ideas de un autor que se acaba de afeitar difieren de las que tenía antes de afeitarse; y si Sterne tiene razón, ¿no se puede afirmar resueltamente que la disposición de espíritu de las gentes sentadas á la mesa no es ya la misma que cuando regresan al salón? La atmósfera no es tan vaporosa;

la vista no contempla el brillante desorden de los postres; se han perdido los beneficios de esta dejadez de espíritu, de esta benevolencia que nos invade cuando permanecemos en la situación peculiar del hombre saciado, bien sentado sobre una de esas sillas muelles de hoy día. Sin duda hablamos de mejor gana delante de unos postres, en compañía de vinos buenos, en ese delicioso momento en que cada cual puede poner el codo sobre la mesa y la cabeza sobre la mano. Entonces no solo se desea hablar sino también escuchar. La digestión, casi siempre atenta, es, según los caracteres, ó habladora ó silenciosa. Hay para todos los gustos. No se necesita allí ese preámbulo para iniciaros en el encanto del relato confidencial por el cual un hombre célebre, muerto hace poco, ha pintado el inocente jesuitismo de la mujer, con esa fineza peculiar á las personas que han visto muchas cosas, y que hace de los hombres de Estado deliciosos narradores, cuando, como los príncipes de Talleyrand y de Metternich, se dignan contar algo.

Marsay, nombrado ministro hacia seis meses, había dado ya pruebas de una capacidad superior; y aun cuando los que lo conocían de largo tiempo no se admiraban de verla desplegar todo el talento y las diversas aptitudes del hombre de Estado, se preguntaba si era que sabia conducirse como gran político ó si se había desenvuelto al fuego de las circunstancias. Esta pregunta le acababa de ser dirigida, con intención evidentemente filosófica, por un hombre ingenioso y observador, á quien había nombrado prefecto, que fue todo tiempo periodista, y á quien admiraba, sin mezclar á su admiración esa punta de critica avinagrada con que un parisién se excusa de excusa de admirar á otro.

—¿Ha habido en vuestra vida anterior, un hecho, un pensamiento, un deseo que os haya dado á comprender vuestra vocación? le dijo Emilio Blondet; pues todos tenemos, como Newton, nuestra manzana que cae y nos conduce al terreno en donde se despliegan nuestras facultades.

—Sí, respondió Marsay, voy á contároslo:

Y lindas mujeres, petimetres políticos, artistas, ancianos, los íntimos de Marsay, todos se pusieron entonces con toda comodidad, cada cual en su habitual postura y miraron al primer ministro.

Preciso es decir que no había ningún criado, que las puertas estaban cerradas y los portiers corridos. El silencio era tan profundo que se oía en la calle el murmullo de los cocheros, las patadas y el reído que meten los caballos cuando piden volver á la cuadra.

—El hombre de Estado, amigos míos, no existe más que por una sola cualidad, dijo el ministro jugando con su cuchillo de nácar y de oro: Saber ser dueño de si mismo; prever los azares de un acontecimiento, por fortuitos que puedan ser; encerrar, en fin, en su interior, un ser frío y desinteresado que asista como espectador á todos los movimientos de nuestra vida, de nuestras pasiones, de nuestros sentimientos, y que nos inspire á propósito de todo por una especie de baremo moral.

—Así nos explicáis porque es tan raro en Francia el hombre de Estado, dijo el viejo lord Dudley.

—Bajo el punto de vista sentimental, esto es horrible, replicó el ministro. Y cuando este fenómeno tiene lugar, en un joven... (Richelieu, que advertido del peligro de Coscini por una carta, la víspera, durmió hasta el mediodía siguiente, cuando se debía matar á su bienhechor á las diez) en un joven, llámese Pita ó Napoleón, es una monstruosidad. Yo en buena hora he llegado á ser ese monstruo, y gracias á una mujer.

—Yo creía, dijo la señora de Montcornet sonriendo, que deshacíamos políticos, más bien que hacerlos.

—El monstruo de que os hablo no lo es porque sepa resistir á las mujeres, respondió el narrador inclinando irónicamente la cabeza.

—Si se trata de una aventura de amor, dijo la baronesa de Nucingen, pido que no se le interrumpa con ninguna reflexión.

—¡La reflexión es tan contraria á ellas! Exclamó José Bridau.

—Tenía yo diez años, dijo de Marsay; la restauración se iba consolidando; mis antiguos amigos saben bien lo impetuoso y ardiente que era yo entonces. Amaba por primera vez, y hoy puedo ya decirlo, era uno de los jóvenes más elegantes de Paris. Tenía hermosura y juventud, dos ventajas debidas al azar y de que nos enorgullecemos tanto como de una conquista. Me veo obligado á callar sobre lo restante. Como todos los jóvenes, amé á una mujer que tenia seis años más que yo. Nadie entre los presentes, dijo echando una mirada al rededor de la mesa, nadie puede sospechar su nombre ni reconocerla. Solo Bonquerolles ha penetrado hasta ahora mi secreto y lo ha guardado fielmente; hubiera temido su sonrisa, pero se ha marchado, dijo el ministro mirando á su alrededor.

—No ha querido cenar, dijo la señora de Nucingen.

—Al cabo de seis meses, avasallado por mi amor, pero incapaz de suponer que mi pasión me dominaba, repuso el primer ministro, me entregué á esas adorables divinizaciones que son el triunfo y la frágil dicha de la juventud. Guardaba sus guantes viejos, bebía en infusión las flores que ella había llevado, me levantaba por la noche para ir á ver sus ventanas, toda mi sangre se agolpaba al corazón al respirar el perfume que ella había adoptado. Estaba muy lejos de reconocer que las mujeres son estufas bajo la apariencia del mármol.

—Oh! Hacednos gracia de vuestras horribles sentencias, dijo sonriendo madame de Moncornet.

—Creo que hubiera herido con el rayo de mi menosprecio al filósofo que ha publicado este terrible pensamiento de tan profunda justicia, repuso de Marsay. Todos sois lo bastante espirituales para que os diga más. Estas pocas palabras os recordarán vuestras propias locuras. Gran señora como no la hubo mayor, y viuda sin hijos (porque lo reunía todo, enteramente todo) mi ídolo se había negado á recibir visitas para tener ocasión de marcar mi ropa con sus cabellos; en fin, respondía á mis locuras con otras nuevas. Así, ¿como no creer en la pasión cuando está garantida por la locura? Habíamos puesto ambos todo nuestro cuidado en ocultar tan completo y bello amor á los ojos del mundo, y lo conseguimos. ¡Qué encanto, no tendrían, pues, nuestras escapatorias! De ella no os diré nada; perfecta entonces, pasa aun hoy por una de las mujeres más bellas de Paris, pero lo que es entonces cualquiera se hubiese hecho matar por obtener una de sus miradas. Había quedado con suficiente fortuna para una mujer adorada y que ama, pero poco conveniente para la restauración á la cual la debía un nuevo lustre. En mi situación tenia la fatuidad de no concebir ninguna sospecha. Aun que mis celos, fuesen en aquel entonces de una potencia de ciento veinte Othelos, esta terrible idea se adormecía en mi pensamiento como el oro en su pepita. Me hubiese mandado pegar de palos por mi criado si hubiera tenido la bajeza de poner en cuestión la pureza de este ángel tan frágil y tan fuerte, tan sabio y tan ingenuo, puro, cándido, y cuyos ojos azules se dejaban penetrar por mi mirada, hasta el fondo del corazón, con una sumisión adorable. Jamás la menor indecisión en su postura, en la mirada ni en la palabra; siempre blanca, fresca y pronta a su bien amado como el lirio oriental del Cantar de los cantares. —Ah! amigos míos, dijo dolorosamente el ministro rejuvenecido, es menester romperse la cabeza contra un mármol para poder disipar esta poesía!

Ese grito natural, que halló un eco entre los convidados, picó su curiosidad ya tan sabiamente excitada.

—Cada mañana, montado sobre aquel buen Sultan que me enviasteis de Inglaterra, dijo á lord Dudley, pasaba al lado de su calesa, cuyos caballos iban de ex profeso al

paso; veía la seña escrita en las flores de su ramo, para el caso en que no pudiéramos trocar una frase. Aunque nos viéramos casi cada noche en sociedad, para engañar las miradas y distraer las observaciones habíamos adoptado un modo de ser. No mirarnos, desviarnos, decir mal uno de otro. Admirarse y alabarse, ó tratarse con amoroso desden, todos esos anticuados manejos no valen, respecto de dos amantes, lo que una pasión falsa confesada á una persona indiferente, y un aire indiferente hacia el verdadero ídolo. El mundo se engañará siempre que los amantes hagan este papel, pero deben estar muy seguros uno de otro para hacerlo. Su hazmerreír era un hombre bien visto, cortesano, frío y devoto á quien ella no recibía en su casa, y esta comedia se representaba en provecho de los necios y de los galanes, que reían con ella.

Entre nosotros dos no era cuestión de matrimonio, sus seis años de más hubieran podido preocuparla; nada sabia ella de mi fortuna, que á propósito siempre la oculté. En cuanto á mí, encantado por su espíritu, por sus maneras, por lo vasto de sus conocimientos, por su ciencia del mundo, me hubiera casado con ella sin reflexionarlo. Empero esta reserva me agradaba. Si ella me hubiese hablado la primera del matrimonio, de cierta manera, quizás que yo hubiese encontrado algo de vulgaridad en aquella alma tan perfecta. Poseer por seis meses completos un diamante de los bellos más cambiantes: He aquí mi parte de amor en este bajo mundo. Una mañana, arrebatado por una fiebre de cansancio de esas que dejan los constipados, escribí una carta para dilatar una de estas fiestas secretas escondidas bajo los techos de Paris, como las perlas en el mar. En cuanto mandé la carta me sobrevino un remordimiento; no me creerá enfermo, pues se hacia la celosa y la sospechosa. Cuando los celos son verdaderos, dijo de Marsay interrumpiéndose, son el signo evidente de un amor único...

—¿Por qué? Preguntó vivamente la princesa de Cadignan.

—El amor único y verdadero, dijo de Marsay, produce una especie de apatía corporal en armonía con la contemplación en que se ha caído. El espíritu lo complica entonces todo, se trabaja á sí mismo, se pintan fantasías, á trueque de realidades y tormentos; y estos celos son tan encantadores como perjudiciales.

Un ministro extranjero se sonrió acordándose, con la claridad de la verdad de esta observación.

—Por otra parte, me dije, cómo perder una felicidad? Añadió de Marsay, prosiguiendo su relato. No valía más tener calentura? Luego, al saber que estoy enfermo, la creo capaz de venirse á mi lado y comprometerse. Hice un esfuerzo, escribí una segunda carta, la llevé yo mismo porque no tenia allí persona de confianza. Estábamos separados por el río; tenia que atravesar Paris, pero en fin, á una distancia conveniente del hotel, aviso á uno, le recomiendo que suba la carta en seguida y me da la idea de pasar por delante de su puerta para ver si, por casualidad, recibía los dos billetes á la vez. A las dos, en el momento en que llegaba, la puerta principal se abría para dar entrada al carruaje ¿de quién? de mi estafermo! De esto hace ya quince años.... Pues bien, aun hoy al hablaros, el orador fatigado, el ministro empedernido al contacto de los negocios públicos, siente en su corazón un hervidero, y una especie de calor en su diafragma. Al cabo de una hora volví á pasar; el carruaje estaba aun en el patio. A no dudar mi carta se hallaba detenida en la portería. En fin, á las tres y media, el carruaje partió, y pude estudiar la fisonomía de mi rival.

Estaba grave, no sonreía pero se conocía que amaba, y sin duda se trataba ya de algún arreglo. Acudo á la cita, llega la reina de mi corazón y la encuentro tranquila y serena. Al llegar aquí debo confesaros que siempre he hallado á Othelo, no solo estúpido, sino de muy mal gusto. Solo un hombre medio negro es capaz de obrar como él obró. Shakespeare lo comprendió así al titular á su drama «El moro de Venecia.» El aspecto de la mujer amada tiene un algo tan balsámico para el corazón, que disipa el

dolor, las dudas, los pesares; toda mi cólera se depuso y volví á recobrar mi habitual sonrisa. Así aquella continencia que á mi edad hubiese sido efecto del más horrible disimulo, lo fue entonces de mi juventud y de mi amor. Sepultados mis celos, recobré la facultad de observar. Mi estado enfermo era visible, pero los hechos que me habían agobiado lo aumentaban. Por fin, á propósito de la zozobra en que me había tenido el temor de que no hubiera dispuesto de la mañana, según mi primer billete, hallé ocasión de deslizar estas palabras: —Y no habéis recibido esta mañana á nadie? —Ah! me replicó, se necesita ser hombre para tener ideas semejantes! ¿Yo pensar en otra cosa que en tus sufrimientos? Hasta el momento en que recibí tu segundo billete no he hecho más que buscar los medios para ir á verte. —Y has permanecido sola? —Sola, me respondió, mirándome con una actitud tan perfecta de inocencia que puede desconfiarse de que, con un aire de aquel género, el Moro hubiera muerto á Desdémona. Como ocupaba sola el hôtel, aquella respuesta era una mentira. Una sola mentira destruye esa confianza absoluta que para ciertas almas es el fondo mismo del amor. Para expresar lo que sentí en aquel momento, seria necesario admitir que tenemos un ser interior cuyo yo visible es la envoltura; que este ser brillante como la luz, es delicado como una sombra... pues bien, este hermoso yo, se revistió para siempre de un velo. Sí; sentí que una mano fría y descarnada me vestía el sudario de la experiencia, imponiéndome el duelo eterno que deja en nuestra alma la primera traición. Bajé los ojos para que no notase mi desvanecimiento y esta idea orgullosa me fortaleció algún tanto: —Si te engaña, es indigna de ti! Depuse mi súbito rubor; algunas lágrimas acudieron á mis ojos, y la dulce criatura quiso acompañarme á casa, tiradas las cortinillas del carruaje.

Durante el camino, tuvo para conmigo una solicitud y una ternera tales que hubiesen engañado al mismo Moro de Venecia, á quien he tomado por punto de comparación. En efecto, si aquel niño grande vacila dos segundos más, cualquier espectador inteligente adivina que va á pedir perdón á Desdémona. Por tanto el matar á una mujer es un acto de niño! Al despedirse de mí lloraba; tan desgraciada era en no poderme cuidar por sí misma. Deseaba ser mi camarero, cuya dicha era para ella un motivo de celos. En la más hermosa y angelical de las mujeres hay siempre un famoso mono.

Á estas palabras todas las mujeres bajaron los ojos heridas por una cruel verdad tan duramente formulada.—No os digo nada de la noche, ni de la semana que pasé, repuso de Marcia; me he reconocido como un hombre de Estado.

Esta palabra fue dicha tan á propósito, que todos dejamos escapar un gesto de admiración.

—Repasando con espíritu infernal las verdaderas, crueles venganzas que se pueden tomar contra una mujer, dijo de Marsay continuando su relato (y, como nos amábamos, las había terribles, irreparables), yo me despreciaba, me sentía vulgar, y formulé insensiblemente un código horrible, el de la indulgencia. Vengarse de una mujer, ¿no es reconocer que no existe más que una para nosotros ? que no sabríamos pasamos sin ella? Y, en este caso ¿es la venganza el medio de reconquistárnosla ? Y si no nos es indispensable, si hay otras, ¿por qué no se las deja el derecho de cambiar, que nos abrogamos nosotros? Esto, bien entendido, no se aplica más que á la pasión; de otro modo seria antisocial; y nada prueba mejor la necesidad de un matrimonio indisoluble, que la inestabilidad de la pasión. Los dos sexos deben estar encadenados como bestias feroces, pues lo son, á leyes fatales, sordas y mudas. Suprimid la venganza, y la traición no es nada en amor. Estos que creen que para ellos no existe más que una mujer en el mundo, esos deben haber nacido para la venganza, y entonces no queda más que una; la de Othelo. He aquí la mía:

Esta palabra produjo entre nosotros esos movimientos imperceptibles que los periodistas pintan así en los discursos parlamentarios: (Profunda sensación).

Curado de mi constipado y del amor puro, absoluto, divino, me dejé llevar á una aventura cuya heroína era encantadora y de un género de hermosura del todo opuesto al de mi ángel engañador. Me guardé bien de romper con esta mujer tan fuerte y tan buena comedianta, porque yo no sé si el verdadero amor da tan graciosos goces como sabios engaños prodiga. Semejante hipocresía equivale á una virtud, (y no lo digo por las inglesas, miladi, dijo dulcemente el ministro dirigiéndose á lady Barimore hija de lord Dudley.) En fin, me esforcé en parecer amante como nunca. Quise que mi nuevo ángel trabajase rizos de mis cabellos, y fui á casa de un hábil artista que, en aquella época, vivía en la calle Boucher. Este hombre ejercía el monopolio de los presentes capilares, y doy sus señas á cuantos no tienen mucho cabello; los posee de todas suertes y de todos colores. Después de haberme hecho explicar mi demanda, me enseñó sus obras, y las había de una paciencia tal que sobrepujaban lo que los cuentos atribuyen á las hadas y lo que hacen los forzados. Me puso al corriente de las modas y caprichos que regían en cuestión de cabellos.—Desde hace un año, me dijo, existe un verdadero furor en marcar la ropa con cabello; y fortuna que tenia bellas colecciones de cabellos y excelentes obreras. Al oír estas palabras abrigué una sospecha, saqué mi pañuelo, y le dije:

—De suerte que esto habrá sido hecho en vuestra casa con cabellos falsos? —Miró mi pañuelo, y dijo:—¡Oh! esta señora es muy difícil de contentar; quiso imitar el tinte de sus cabellos. Mi propia mujer marcó estos pañuelos; poseéis una de las mas bellas labores que se han ejecutado.

—Antes de este último rayo de luz, hubiese creído en cualquier cosa, hubiese creído hasta en la palabra de una mujer. Salí teniendo fe en el placer, pero, en cuanto á la fe en el amor, me volví ateo como un matemático. Dos meses después me hallaba sentado al lado de la mujer etérea, en su habitación, sobre su diván; tenia yo una de sus manos, (por cierto muy bellas) entre las mías, y ascendíamos por los Alpes del sentimiento, cogiendo las más hermosas flores, deshojando margaritas (siempre hay un momento en que se deshojan margaritas, hasta estando en un salón y no teniendo margaritas)... En lo más fuerte de nuestra ternera, y cuando uno ama mejor, el amor posee tanto la conciencia de su poca duración, que se experimenta una invencible necesidad de preguntarse: «¿Me amas? Me amarás siempre? Eché mano de ese momento elegiaco, tan tibio, tan florido, tan abierto, para hacerla decir las mayores mentiras, en el arrebatador lenguaje de las exageraciones espirituales y de esa poesía fanfarrona, peculiares del amor. Carlota desplegó por fin la flor y nata de sus engaños: Que no podía vivir sin mí; que yo era el único hombre que había para ella en el mundo; que tenia miedo de fastidiarme, porque mi presencia la quitaba todo su carácter natural; que á mi lado todas sus facultades se convertían en amor, y que entonces estaba demasiado impresionada para no amedrentarse; que hacia seis meses buscaba el medio de unirse eternamente á mí, y que no había nadie más que Dios que conociese su secreto: En fin, que hacia de mí su Dios.

Las mujeres que escuchaban entonces á de Marsay parecieron ofenderse, viéndose tan bien representadas, porque acompañaba estas palabras con gestos, posturas de cabeza y carantoñas que producían una verdadera ilusión.

—En el momento en que iba á creer en sus adorables falsedades, teniendo siempre su húmeda mano entre la mía, la dije: — ¿Cuándo te casas con el duque ?... fue tan directo este golpe, mi mirada se halló tan bien arrostrada contraía suya y su mano tan dulcemente colocada entre la mía, que su sobresalto, por muy ligero que fue, no pudo

disimularse por completo; su mirada se bajó ante la mía, un rubor pálido matizó sus mejillas.

—¡El duque! ¿Qué queréis decir? —respondió fingiendo un profundo asombro.

—Lo sé todo —la repuse—; y en mi opinión, no debéis tardar; es rico, es duque, y es aun más que devoto, es religioso! Por eso, estoy cierto que me habréis sido fiel, gracias á estos escrúpulos. No podéis comprender lo urgente que os es comprometerle para consigo mismo y para con Dios.

—¿Es un sueño lo que me sucede? —dijo haciendo con sus cabellos sobre su frente, quince años antes de la Malibran, aquella acción tan célebre de la Malibran.

—Vamos, ángel mío, no os hagáis el niño —la dije, queriendo apoderarme de sus manos. Pero las cruzó sobre la falda con aire mojigato y enojado—. Casaos con él; os lo permito —repuse yo respondiéndola con el eco de salón—. Es lo mejor que podéis hacer, os persuado de ello.

—Pero —dijo ella cayendo á mis pies—, si aquí no hay más que un horrible desprecio; si no amo á nadie más que á ti en el mundo; puedes pedirme las pruebas que quieras.

—Levantaos, querida mía, y hacedme el favor de ser franca.

—Como con Dios.

—¿Dudáis de mi amor?

—No.

—¿De mi fidelidad?

—No.

—Pues bien; he cometido el mayor de los crímenes —repuse—, he dudado de vuestro amor y de vuestra fidelidad, y entre una y otra embriaguez me he puesto á considerar tranquilamente mi situación.

—¡Tranquilamente! —dijo ella suspirando—. ¿Y eso es bastante? ¡Ah! Enrique, ¡ya no me amáis! —Aquí fue donde encontró entonces, como veis, una puerta para evadirse. En esta clase de escenas un adverbio es muy peligroso. Pero afortunadamente la curiosidad le hizo añadir—: ¿Y qué es lo que habéis visto? ¿He hablado al duque sino en sociedad?, ¿habéis sorprendido algo en mis ojos...?

—No —dije yo—, pero sí en los suyos. Y me habéis hecho ir ocho meses á Santo Tomás de Aquino á oír la misma misa que él.

—¡Ah! —dijo ella— ¿con qué os he hecho estar celoso?

—¡Oh! quisiera estarlo —dije yo mirando la flexibilidad de esa inteligencia y de esos pasos acrobáticos que solo alcanzan acogida delante de los ciegos—. Pero á fuerza de ir á la iglesia me he vuelto muy incrédulo. El día de mi primer constipado y de vuestro primer engaño, cuando me creísteis en cama, recibisteis al duque, y me dijisteis que no habíais recibido á nadie.

—¿Sabéis que vuestra conducta es infame?

—¿En qué? Yo creo que vuestra boda con el duque es un excelente negocio; os da un buen nombre, la sola posición que os conviene, una situación brillante, honrosa: seréis una de las reinas de Paris. Obraría mal para con vos si pusiera algún obstáculo á este acomodamiento, á esta vida honrosa, á esta soberbia alianza. ¡Ah! algún día, Carlota, me haréis justicia y reconoceréis cuan diferente es mi carácter del de los demás jóvenes.... Ibais á veros obligada á engañarme... Sí, os hubierais visto apurada para romper conmigo, porque él os espía. Es tiempo de separarnos; el duque es de una virtud severa, y es necesario que os volváis mojigata, yo os lo aconsejo. Él es vano y estará orgulloso de su mujer.

—¡Ah! —me dijo rompiendo en llanto—, Henrique, si hubieras hablado antes así, si tú lo hubieras querido (me había equivocado, lo entendéis?) nos hubiéramos ido á vivir toda la vida en un rincón, casados, dichosos, á la faz del mundo.

—¿Qué hay qué hacerle ya? ¡Es demasiado tarde! —dije besándola las manos y tomando un aire de víctima.

—¡Dios mío!, pero, si aun lo puedo deshacer todo —repuso.

—No, habéis ido un poco lejos con el duque: Yo soy quien debo hacer un viaje para separarnos más. Uno y otro tenemos que desistir de nuestro amor propio.

—Henrique ¿creéis que el duque tiene sospechas? (Yo era aun Enrique, pero había perdido para siempre el tú).

—No lo creo —la respondí tomando las maneras y el tono de un amigo—; pero sed devota, reconciliaos con Dios, porque él espera pruebas, titubea y es necesario decidirle.

Ella se levantó, dio dos vueltas al rededor del cuarto con una agitación verdadera ó fingida; después encontró sin duda una actitud y una mirada en armonía con su nueva situación, pues se paró delante, de mí, me tendió la mano y me dijo en tono de voz conmovida.

—Pues bien, Enrique, sois un hombre noble, leal y digno de admiración; no os olvidaré jamás.

Esto fue de una admirable estrategia. Estaba arrebatadora en aquella transición, necesaria en la situación en que se quería colocar con respecto á mí. Tomé la actitud, las maneras y la mirada de un hombre tan profundamente afligido, que vi flaquear su reciente dignidad; me miró, me cogió por la mano, me echó casi sobre el diván, aunque dulcemente, y después de un momento de silencio me dijo:

—Estoy profundamente triste, niño mío. ¿Me amáis?

—¡Oh!, sí.

—Pues bien; ¿y qué va á ser de vos?

Aquí todas las mujeres cambiaron entre sí una mirada.

—Si he sufrido aun ahora, al acordarme de esta traición, también ahora me río del aire de íntima convicción y de dulce satisfacción interior que ella sentía, sino por mi muerte, á lo menos por mi melancolía eterna —repuso de Marsay—. ¡Oh! no os riáis aun —dijo á los convidados—, aun falta lo mejor.

La miré amorosamente después de una pausa y la dije:

—Sí, he ahí lo queme he preguntado.

—Y bien, qué haréis?

—Me lo pregunté al día siguiente de mi catarro.

—¿Y? —dijo con visible inquietud.

—Que me puse en guardia respecto de esa mujer á quien se corría que yo hacia la corte —Carlota se levantó del diván como una cierva sorprendida; tembló como una hoja, me lanzó una de esas miradas en que las mujeres olvidan toda su dignidad, todo su pudor, su malicia, su gracia misma, la centelleante mirada de la víbora perseguida, acorralada en su guarida, y me dijo:

—¡Yo que la amaba! yo que combatía! yo que... —hizo sobre la tercera idea que os dejo adivinar, la (mejor pausa que he visto)— ¡Dios mío! —dijo—: ¡Cuán desdichadas somos! Nunca podemos ser amadas; no halláis nada serio en los sentimientos más puros.

—Ya lo veo —dije con aire contrito—. Tenéis demasiada agudeza en vuestra cólera para que vuestro corazón sufra.

—Este sencillo epigrama redobló su furor y halló, por fin, las lágrimas del despecho.

—Me envilecéis el mundo y la vida, dijo ella; desvanecéis todas mis ilusiones; me depraváis el corazón —me dijo todo cuanto yo tenía derecho á decirla, con una sencillez atrevida, con una temeridad candorosa que hubieran dejado absorto á cualquier otro.

—¡Qué vamos á ser nosotras pobres mujeres, en la sociedad que nos crea la Constitución de Luis XVIII! (Juzgad hasta donde la arrastraba su fraseología.) Sí, hemos nacido para sufrir. En cuanto á pasión, siempre estamos por encima de la lealtad y vosotros por debajo. No hay nada honrado, en vuestro corazón. Para vosotros el amor es un juego en que engañáis siempre.

—Querida —le dije—, tomar una cosa por lo serio en la sociedad actual, es entretenernos en deshilar el amor con una actriz.

—Qué infame traición! ha sido estudiada...

—No razonable.

—Adiós, señor de Marcia —dijo ella—; me habéis engañado horriblemente...

—¿Con que la señora duquesa —respondí yo tomando una actitud sumisa— se acordará de las injurias de Carlota?

—Ciertamente —dijo con amargura.

—¿Entonces, me detestáis?— inclinó la cabeza, y me dije á mí mismo—: Aun tiene una salida! Partí aparentando un sentimiento que la dejara creer que tenía algo que vengar.

Pues bien, amigos míos, he estudiado mucho la vida de los hombres que han sido afortunados con las mujeres, y no creo que el mariscal de Richelieu, ni Lauzun, ni Luis de Valois, hayan hecho jamás por primera vez tan prudente retirada. En cuanto á mi carácter y mi corazón, se formaron allí para siempre, y el imperio que de entonces supe adquirir sobre los movimientos irreflexivos que nos hacen cometer tantas necedades, me ha dado la hermosa sangre fría que conocéis.

—¡Cuánto compadezco á la segunda! —dijo la baronesa de Nucingen.

Una imperceptible sonrisa que vino á entreabrir los pálidos labios de de Marsay, hizo enrojecer á Delfina de Nucingen.

—Como se olvida —exclamó el barón de Nucingen.

La candidez del célebre banquero obtuvo tal acogida, que su mujer, que era la segunda de de Marsay, no se pudo contener la risa, como todo el mundo.

—Estáis todos dispuestos á condenar á esta mujer —dijo lady Dudley—; pues bien, yo comprendo el por qué ella no consideraba su matrimonio como una inconstancia. Los hombres nunca quieren distinguir entre la constancia y la fidelidad. Conozco á la mujer cuya historia nos ha contado el señor de de Marsay, y es una de vuestras últimas grandes damas...

—¡Ay! miladi, tenéis razón... —repuso de Marsay—. En el espacio de cincuenta años que asistimos á la continua ruina de las distinciones sociales, debíamos haber salvado á las mujeres de este gran naufragio; pero el Código civil ha pasado sobre sus cabezas el nivel de sus artículos: por terribles que sean estas palabras, digámoslas: Las duquesas se van, y las marquesas también! En cuanto á las baronesas, (pido perdón á la señora de Nucingen, que se hará condesa cuando su marido sea par de Francia) las baronesas nunca se han podido hacer tomar por lo serio.

—La aristocracia empieza en las vizcondesas —dijo Blondet sonriendo.

—Las condesas subsistirán —dijo de Marsay—. Una mujer elegante será más ó menos condesa; condesa del Imperio ó de ayer, ó como dicen los italianos, condesa de la galantería. Pero en cuanto á la gran dama ha muerto con la pólvora, las perillas, los chapines, los corsés emballenados, adornados de un delta de cintas con nudos. Hoy día las duquesas pasan por las puertas sin que haya necesidad de hacerlas ensanchar para sus canastillos. En fin, el Imperio ha visto los últimos vestidos de cola! No he podido

comprender aun cómo el soberano que quería hacer limpiar su estrado por el raso ó el terciopelo de los vestidos ducales, no ha establecido para ciertas familias el derecho de primogenitura por leyes indestructibles.

Napoleón no ha comprendido los efectos de este Código que tan orgulloso le tenia, pues al crear sus duquesas, engendró nuestras actuales mujeres, *comme il faut*, producto medio de su legislación.

—El pensamiento manejado á modo de martillo así por el niño que sale del colegio, como por el periodista oscuro, ha demolido las magnificencias del estado social —dijo el conde de Vandenesse—. Hoy todo simple que puede sostener su cabeza convenientemente sobre el cuello, cubrir su robusto pecho con una media vara de raso en forma de coraza, enseñar una frente donde bajo cabellos ensortijados reluzca un genio apócrifo, bambolearse sobre dos zapatillas barnizadas, adornadas por unos colletines de seda que cuestan seis francos, y sostener su lente en uno de sus arcos superficiales, arrugando la parte superior del carrillo, ya sea hijo de un asentista, ó ya bastardo de un banquero, mira impertinentemente de arriba abajo á la más hermosa duquesa, la avalora al descender la escalinata de un teatro, y calzado con bota de charol como el primer duque dice á su amigo vestido por Buisson, donde todos nos vestimos:

—Amigo mío, ved aquí, una mujer *comme il faut*.

—Es que no habéis sabido —dijo lord Dudley—, creáros un partido, y de aquí á mucho tiempo no tendréis política. En Francia habláis mucho de organizar el trabajo y aun no habéis organizado la propiedad. He aquí lo que os pasa: Un duque cualquiera (y se encontraban aun bajo Luis XVIII ó bajo Carlos X quienes poseían doscientas mil libras de renta, un magnífico hôtel y un servicio suntuoso) ese duque podía considerarse como un gran señor. El último de estos grandes señores franceses es el príncipe de Talleyrand. Este duque dejó cuatro hijos, dos de ellos niñas Suponiendo que tengan una gran dicha (dado el modo como los ha casado á todos) cada uno de sus hijos no posee hoy más que sesenta mil libras de renta; cada cuales padre ó madre de muchos niños y, por consiguiente, se ve obligado á vivir en una habitación de bajos ó primer piso de una casa con la mayor economía; quien sabe si ellos mismos buscan también una fortuna? Entonces la madre del niño primogénito que no es duque sino de nombre, no tiene ni carruaje, ni criados, ni palco, ni tiempo para él; ni tiene su departamento en el hôtel, ni fortuna, ni cocherías; está enterrada en el matrimonio como una mujer de la calle de Saint-Denis en su comercio; compra por sí misma las medias de sus pequeñuelos, les alimenta, y vela por sus hijos á quienes no mete en el convento. Así vuestras más nobles mujeres se han transformado en estimables lluecas.

—Ay! sí, dijo José Bridau. Nuestra época no tiene esas bellas flores femeninas que han ornado los grandes siglos de la monarquía francesa. El abanico de la gran señora se ha roto. La mujer no tiene ya que sonrojarse, murmurar, cuchichear, esconderse, ni mostrarse: El abanico no sirve más que para abanicarse y cuando una cosa sirve simplemente para un solo objeto, es bastante útil para pertenecer al lujo.

—En Francia todo ha sido cómplice de la mujer, *comme il faut*, dijo Daniel de Arthez. La aristocracia lo ha patrocinado ó consentido, retirándose al fondo de sus tierras donde se ha ido á ocultar para morir, emigrando al interior ante las ideas, como en otro tiempo el extranjero retrocedía ante las masas populares. Las mujeres que pueden abrir salones á los talentos europeos, dirigir la opinión, volverla como un guante, dominar el mundo dominando á los artistas ó pensadores que debían dominarle, han cometido la falta de abandonar el terreno, avergonzadas de tener que luchar con una vecindad embriagada de poder, que desemboca sobre la escena del mundo para hacerse quizás descuartizar por los bárbaros que la hostigan. Así, allí donde el vulgo quiere ver princesas, no se ven más que damas *comme il faut*. Hoy día los príncipes no encuentran

grandes damas que comprometer, ni pueden ilustrar una mujer tomada al azar. El duque de Bourbon es el último príncipe que ha usado de ese privilegio.

—Y solo Dios sabe lo que le cuesta! dijo lord Dudley.

—Hoy los príncipes tienen mujeres *comme il faut*, obligadas á pagar en común su palco con las amigas, y á quienes el favor real no enaltece una sola línea, y que navegan sin pompa entre la plebe y la nobleza, no siendo nobles ni plebeyas, dijo irónicamente la marquesa de Rohegude.

—La prensa ha reemplazado á la mujer, exclamó Rastignac. La mujer no tiene el mérito del folletín hablado, de las deliciosas maledicencias en buen lenguaje. Leemos folletines escritos en un patués que varia cada tres años, periodiquillos tan agradables como un sepulturero, ligeros como el plomo de sus caracteres. Las conversaciones francesas se tienen en iroques revolucionario de un extremo á otro de Francia, por medio de largas columnas impresas en los hôtes, donde rechina una prensa en lugar de los círculos elegantes que en otro tiempo brillaban en ellos.

—El toque de agonía de la alta sociedad suena, ¿lo oís? dijo un príncipe ruso, y el primer golpe es vuestra palabra moderna de *femme comme il faut*.

—Tenéis razón, príncipe, dijo de Marsay. Esta mujer, salida de las filas de la nobleza, ó expulsada por la burguesía; venida de todas partes, hasta de provincias, es la expresión de la época actual, imagen del buen gusto, del ingenio, de la gracia, de la distinción reunidas, pero aminoradas. En Francia no veremos ya jamás grandes damas, pero habrá durante mucho tiempo mujeres *comme il faut* enviadas por la opinión pública á una alta cámara femenina, y que serán para el bello sexo lo que es en Inglaterra un gentleman.

—¡Y á esto llaman ellos progreso! —dijo la señorita de las Toches; yo quisiera saber en donde está el progreso.

—Ah! pues vedlo aquí —dijo la señora de Nuncingen—. Antes una mujer podía tener una voz de pescadera, un andar de granadero, una frente de cortesana audaz, los cabellos echados hacia detrás, el pié grande, la mano grosera, y era sin embargo nada menos que una gran dama; pero hoy, aun que fuera una Montmorency, (si es que las señoritas de Montmorency pudiesen llegar á ser como ella) no seria una mujer *comme il faut*.

—¿Pero ¿qué entendéis por una mujer *comme il faut*? —preguntó cándidamente el conde Adam Laginski.

—Es una creación moderna, un deplorable triunfo del sistema electivo aplicado al bello sexo —dijo el ministro—. Cada revolución tiene su palabra, una palabra en la cual se resume y se pinta.

—Tenéis razón, dijo el príncipe ruso, que había llegado á hacerse una reputación literaria en Paris, y si se explicaran ciertas palabras agregadas de siglo en siglo á vuestro bello lenguaje, se haría una magnífica historia. Organizar, por ejemplo, es una palabra del imperio, y que contiene entera á Napoleón.

—Pero todo esto no me dice lo que es una mujer *comme il faut*, dijo impaciente el joven polaco.

—Pues bien, voy á explicároslo, dijo Emilia Blondet al conde Adam: Callejead por Paris en una hermosa madrugada. Son más de las dos pero aun no han dado las cinco. Veis venir hacia vos á una mujer; el primer vistazo que echáis sobre ella es como el prefacio de un buen libro; os hace presentir un mundo de cosas elegantes y finas. Como los botánicos á través de los montes y valles de su herborización, por medio de las vulgaridades parisienses, encontrareis al fin una flor rara. Esta mujer ó va acompañada de dos hombres muy distinguidos, de los cuales el uno, por lo menos, está condecorado, ó algún criado, vestido sencillamente, la sigue á diez pasos de distancia. Esta mujer no

lleva ni colores llamativos, ni medias caladas, ni la hebilla del cinturón demasiado trabajada, ni pantalones con puños bordados, burbujeando al rededor del tobillo. Veréis en sus pies, sean zapatos de endrina, con coturnos cruzados sobre unas medias de algodón de finura excesiva, ó sobre unas medias de compacta seda de color gris, sean zapatos de la sencillez más exquisita. Una tela bastante bonita y de mediano precio os hace distinguir su vestido, cuyo aspecto sorprende á más de una campesina; es casi siempre un redingote abrochado por nudos, y pulidamente bordado de una presilla ó de un festón imperceptible. La desconocida tiene una manera peculiar de envolverse en su chal ó manto; sabe darse el caído de los costados al codo, dibujando una especie de concha, que cambiarían á una campesina en tortuga, pero con la cual, y velándolas, os indica las más bellas formas. Por qué medio? este secreto le guarda, sin estar protegida por ningún privilegio de invención. Al marchar, se da cierto movimiento concéntrico y armonioso que hace temblar bajo el vestido su forma suave ó peligrosa, como al mediodía la culebra bajo la gasa verde de su fresca hierba. ¿Debe á un ángel ó á un diablo esta graciosa ondulación que juega bajo la larga capa de seda negra, agitando el encaje de su extremidad, derramando un bálsamo aéreo, al que yo llamaría de buena gana la brisa de la parisiense? En sus brazos, en la cintura, alrededor del cuello, descubriréis una ciencia del plegado que trapea el paño más reacio, haciéndoos acordar de la antigua Mnemosina. Ah! como conoce (si me permitís la expresión) el aire del andar. Examinad bien el modo de avanzar el pié, amoldando la ropa con una precisión tan decente que excita en el que pasa una admiración mezclada con deseos, pero comprimida por un profundo respeto! Guando una inglesa ensaya ese paso, tiene el aire de un granadero que se echa hacia adelante para atacar un reducto. El genio del andar pertenece á la parisién. Por eso la municipalidad la debe el asfalto de las aceras.

Esta desconocida no choca con nadie. Para pasar espera con orgullosa modestia á que la dejen paso. La distinción particular de las mujeres bien educadas se descubre, sobre todo, por el modo con que llevan cruzado sobre el pecho el chal ó el manto. Tiene como las madonas en los cuadros de Rafael un aire digno y sereno. Su postura, al mismo tiempo tranquila y desdeñosa, obliga al más insolente petimetre á desazonarse por ella. El sombrero, de una sencillez notable, tiene cintas nuevas; puede llevar flores, pero las más hábiles de entre estas mujeres lo llevan con lazos: Las plumas requieren el carruaje y las flores atraen demasiado las miradas. En ella veréis la figura fresca y reposada de una mujer segura de sí misma sin fatuidad, que no mira nada y lo Vd. todo, y cuya vanidad desazonada por una continua satisfacción, derrama sobre su fisonomía una indiferencia que excita la curiosidad. Sabe que la estudian; que casi todos, hasta las mujeres, se vuelven para mirarla por segunda vez. Así atraviesa á Paris, blanca y pura como el cabello de una virgen. Esta bella especie gusta de las latitudes más calurosas y de las longitudes más limpias de Paris; la encontrareis del soportal 10.º al 110.º de la calle de Rivoli; en la línea de los boulevards desde el ecuador de los Panoramas, donde florecen las producciones de las Indias, donde se abren las más recientes creaciones de la industria, hasta el cabo de la Magdalena, en las comarcas menos frecuentadas por el vulgo, entre los n.º 30 y 150 de la calle del Arrabal de San Honorato. Durante el invierno gusta del terraplén des Feuillants, y acecha la acera de asfalto que lo forma. Según el tiempo vuela á la avenida de los Campos Elíseos, rodea al este por la plaza de Luis XV, al oeste por la avenida de Marigny, á mediodía por la calzada y al norte por los jardines del Arrabal de San Honorato.

Esta hermosa variedad de mujer no la hallareis jamás en las regiones hiperbóreas de la calle de San Dionisio, ni en los Kamtschatka de calles enlodadas, pequeñas ó comerciales, ni en parte alguna durante el mal tiempo. Estas flores de Paris se abren con un tiempo oriental, perfuman los paseos, y al cabo de cinco horas se recogen como

las bellas del día. Aquellas mujeres que veis mas tarde, con un aire parecido y que tratan de imitarlas, son las mujeres *comme il faut*, mientras que la hermosa desconocida, vuestra Beatriz del día, es la *femme comme il faut*.

A los extranjeros, querido conde, no les es fácil reconocer las diferencias que distinguen en ellas los observadores jubilados; tan farsante es la mujer; mas ellas vuelven el seso á los parisienses, con sus presillas mal escondidas; con sus cordones que enseñan un tejido de un blanco rojo, por detrás del vestido, á través de una entreabierta rendija; con sus zapatos acuchillados; con las recompuestas cintas de sus sombreros; con su traje ahuecado y su engomado sesgo. Notareis una especie de esfuerzo en el abatimiento premeditado del párpado, y convencionalismo en sus posturas. En cuanto á la mujer vulgar, es imposible confundirla con la mujer *comme il faut*, pues que aquella hace resaltar á ésta admirablemente, y explica el encanto que ha despertado en vos vuestra desconocida. La mujer vulgar está siempre atareada; sale con todo tiempo; trota; va; viene; mira; no sabe si entrar ó no en una tienda. En tanto que la mujer *comme il faut* sabe muy bien lo que quiere y lo que hace, la mujer vulgar está indecisa; se remanga los vestidos para pasar un arroyo; arrastra consigo á un chiquillo que la obliga á tener cuidado con los carruajes; es madre en público y habla con su hija; tiene dinero en sus capachos y lleva medias claras en los pies. En invierno usa un boa sobre un abrigo de pieles; en estío un chal y una banda: El vulgo entiende admirablemente los pleonasmos del tocador.

Encontrareis á vuestra bella paseante en los italianos, en la Ópera, en un baile, y se presenta entonces bajo un aspecto tan diferente, que diríais que son dos creaciones sin analogía. La mujer ha salido de sus misteriosos vestidos como una mariposa de su larva sedosa. Ofrece como una golosina, á vuestros arrebatados ojos las formas que por la mañana modelaba apenas su corsé. En el teatro no pasa más allá de los segundos palcos, excepto en los italianos. Entonces podréis estudiar á vuestro placer la estudiada lentitud de sus movimientos. La adorable engañadora usa de esos pequeños artificios políticos de la mujer, con una naturalidad que excluye toda idea de arte y premeditación. Tiene una mano hermosísima, y si hay algún esplendor en el perfil de su rostro, os parecerá que comunica ironía ó gracia á cuanto dice al vecino, al colocarse de manera que produzca ese magnífico efecto de perfil perdido á que tanta afición muestran los grandes pintores, que atrae la luz sobre la mejilla; dibuja la nariz por una línea correcta; ilumina el color rosado de las ventanas nasales; destaca la frente, deja á la mirada su poquito de fuego, pero dirigida hacia el espacio, y da un toque de luz á la redondez de la barba. Si tiene un pié bonito, se echará sobre un diván con la coquetería de un gato al sol, con los pies hacia delante, sin que encontréis en su actitud más que el más delicioso modelo ofrecido por el cansancio á la estatuaria. No hay como la mujer *comme il faut* para llevar á maravilla el peinado; nada la desdice. Jamás la sorprenderéis como á la mujer vulgar subiéndose la hombrera recalcitrante de un vestido, ni bajándose una ballena rebelde, ni mirando si la gorguera cumple con su oficio de guardián infiel en torno de los dos tesoros de deslumbrante blancura, ni mirándose en los espejos para ver si su peinado se mantiene en su sitio. Su *toilette* está siempre en armonía con su carácter; ha tenido tiempo de estudiarse, de decidir lo que la cae bien, porque conoce hace tiempo lo que la cae mal.

No la veréis á la salida; desaparece antes de acabarse el espectáculo. Si por azar se presenta tranquila y noble sobre las gradas rojas de la escalera, entonces experimenta sentimientos violentos. Está allí por orden; tiene que dar alguna mirada furtiva, tiene que recibir alguna promesa; quizás descienda lentamente para satisfacer la vanidad de un esclavo al cual ella obedece en ocasiones. Si os la encontráis en un baile ó en una velada, recogeréis la miel afectada ó natural de su voz astuta; os arrebatará su palabra

vacía, pero á la cual sabrán comunicar el valor del pensamiento por un manejo inimitable.

—¿Para ser mujer *comme il faut* no es necesario tener ingenio?

—Es imposible serlo sin tener mucho gusto respondió la princesa de Cadignan.

—Y en Francia, tener gusto es más que tener ingenio, dijo el ruso.

—El ingenio de esta mujer es el triunfo de un arte del todo plástico, repuso Blondet. No sabréis que es lo que ha dicho; pero os quedaréis encantado. Moverá la cabeza, ó alzará gentilmente sus blancas espaldas; dorará la frase más insignificante por la sonrisa de una mueca encantadora, ó expresará el epigrama de Voltaire en un hein! en un ah! en un pues! Un movimiento de cabeza será su más activa pregunta; dará significación al movimiento con que balancea el pebetero unido á su dedo por un anillo. Son grandezas artificiales obtenidas por pequeñeces superlativas: Dejará caer noblemente su mano suspendiéndola en el brazo del sillón, como las gotas del rocío en la margen de una flor, y ya habrá dicho cuanto quería decir, habrá expresado un juicio sin apelación, capaz de conmover al más insensible. Escuchará y con solo escucharos habrá procurado la ocasión de ser espiritual, y yo apelo á vuestra modestia de que esos momentos son raros.

El aire cándido del joven polaco á quien se dirigía Blondet, hizo romper en risa á todos los convidados.

—No habláis media hora con una plebeya sin que bajo cualquier forma, repuso Blondet, (que no perdió nada de su gravedad), os haga aparecer á su marido; pero aunque sepáis que una mujer *comme il faut* es casada, tiene tal delicadeza en disimularlo que necesitaríais el trabajo de Cristóbal Colon para descubrirlo, y aun á veces no puede lograrlo uno solo. Si no habéis podido preguntarlo á nadie, esperaos al fin de la velada y la sorprenderéis mirando fijamente á un hombre de mediana edad que baja la cabeza y se va. Es que ha pedido el coche y se marcha. Vos no erais la rosa, pero habéis estado muy cerca de ella, y os acostareis bajo el artesón dorado de un delicioso ensueño que se continuará quizás hasta que el sueño con su pesada mano, os abra las puertas de marfil del templo de la fantasía. Ninguna señora *comme il faut* está visible en su casa antes de las cuatro, que es cuando recibe. Sabe demasiado para no haceros esperar; si vais á su casa todo respira buen gusto, su lujo es de todos los momentos y siempre renovado; no veréis nada bajo globos de cristal, ni ningún envoltorio colgado como en una alacena. En la escalera sentiréis ya calor. Por todas partes las flores solazaran vuestras miradas; las flores, únicos presentes que acepta, según de que personas: Los ramos no viven más que un día; agradan, pero necesitan removerse; para ella son como en Oriente un símbolo, una promesa; allí se ostentan las bagatelas en moda pero sin estar como en el museo ó en la tienda de curiosidades. La sorprenderéis en el rincón de su cuarto-chimenea, en su poltrona, desde donde os saludará sin levantarse. Su conversación no será ya la del baile. Entonces era nuestra acreedora, en su casa debe ser su espíritu el que os complazca.

Las mujeres *comme il faut* poseen estos matices á las mil maravillas. Ven en vos á un hombre que va á aumentar su sociedad, ese objeto de cuidados é inquietudes que hoy día se toman las mujeres *comme il faut*. Por eso hasta atraeros á su salón usará con vos de una coquetería encantadora. En esto comprenderéis cuán aisladas viven hoy día las mujeres puesto que quieren tener en torno suyo un mundo en miniatura á quien servir de constelación. La conversación es imposible sin generalidades. —Sí, dijo de Marsay has dado con el defecto de nuestra época. El epigrama, ese libro en una palabra, no recae ya como recaía en el siglo XVIII ni sobre las personas ni sobre las cosas, sino sobre los acaecimientos mezquinos, y mueren en el día en que nace.

—Por eso el ingenio de la mujer *comme il faut*, cuando lo tiene, dijo Blondet, consiste en ponerlo todo en duda así como el de la plebeya consiste en afirmarlo todo;

aquí es en donde se manifiesta una gran diferencia entre ambas mujeres: la mujer plebeya tiene virtud, mientras que la mujer *comme il faut* no debe si la tiene, ni si la tendrá siempre; ésta duda y resiste en donde aquella rehúsa. Esta indecisión en todo es una de las últimas gracias que la ha dejado nuestra horrible época. Va rara vez á la iglesia, pero os hablará sobre religión y querrá convertiros si se os ocurre haceros el despreocupado, porque la habréis abierto una salida á sus fases estereotípicas, á los movimientos de cabeza y á los gestos establecidos por todas las mujeres: —Ah, quitad de aquí! Los creía con demasiado ingenio para atacar la religión. La sociedad se desmorona y la quitáis sus cimientos; pero la religión es en estos momentos vos y yo, la propiedad, el porvenir de nuestros hijos. Por Dios no somos egoístas! La enfermedad de nuestra época es el individualismo, y su único remedio es la religión, ella une las familias que desunen vuestras leyes, etc. —Y en seguida os espera un discurso neo-cristiano salpicado de ideas políticas, que ni es católico, ni protestante, sino moral, ah! y de una moral del diablo, en la cual reconoceréis los retazos de cada clase que han tejido las modernas doctrinas.

Las señoras no pudieron contener la risa al ver las mojigaterías con que Emilio Blondet ilustró sus burlas.

—Este discurso, querido conde Adam, dijo Blondet mirando al polaco, os demostrará que la mujer *comme il faut* representa tanto el galimatías intelectual como el político, por lo mismo que se Vd. rodeada de brillantez y poco sólidos productos de una industria que piensa sin cesar en destruir sus obras para reemplazarlas. Saldréis de su casa diciendo: Decididamente tiene superioridad de ideas y lo creeréis tanto más cuanto con mano más delicada haya sondeado vuestros recuerdos; porque la mujer *comme il faut* parece ignorarlo todo para poderlo saber todo; y hay cosas que jamás las sabrá aun cuando en realidad las sepa. Tan solo os dejará inquieto acerca de un punto; el estado de su corazón.

En otro tiempo las grandes mujeres amaban á son de carteles, diario en mano y por medio de anuncios: hoy la mujer *comme il faut* tiene su pasión arreglada como un papel de música, con sus corcheas, sus fusas, sus mínimas, sus suspiros, sus pausas y sus sostenidos en la llave. Débil mujer, no quiere comprometer su amor ni comprometer á su marido, ni el porvenir de sus hijos. Hoy día el nombre, la posición social, la fortuna, no son pabellones muy respetados para cubrir todas las mercaderías de á bordo. La aristocracia entera no se adelanta sino para servir de mampara á la mujer que peca. La mujer *comme il faut*, no tiene, pues, como la gran señora de otro tiempo, que sostener un comportamiento de grandes luchas, no puede pisotear cosa alguna, y es porque seria ella la pisoteada. Por eso es la mujer *mezzo termine* de los jesuíticos, de los temperamentos más sospechosos, de las conveniencias observadas, de las pasiones anónimas, colocadas entre dos rompientes. Teme á sus criados como una inglesa que tiene siempre en perspectiva el proceso de una conversación criminal. Esta mujer tan libre en el baile, tan hermosa en el paseo, es esclava en su casa, solo tiene independencia en su interior ó en las ideas. Quiere ser siempre mujer *comme il faut*.

Ved ahí su tema. Pues hoy la mujer abandonada por su marido, reducida á una escasa pensión, sin carruaje, ni lujo, ni albergue, sin los divinos accesorios del tocador, no es ni mujer, ni hija, ni plebeya; está desligada y se convierte en una cosa. Las carmelitas no quieren una mujer casada porque tendrían la bigamia ¿y lo querría siempre el amante? he aquí la cuestión. La mujer *comme il faut* puede quizá dar lugar á la calumnia, jamás á la maledicencia.

—Todo eso es horriblemente cierto, dijo la princesa de Cadignan.

—Así, pues, dijo Blondet, la mujer *comme il faut* vive entre la hipocresía inglesa y la graciosa franqueza del siglo diez y ocho; sistema bastardo que revela un tiempo en

que nada de lo que sucede se semeja á lo que se va; en que las transiciones no conducen á nada; en que ya no hay matices; en que las grandes figuras se oscurecen; en que las distinciones son puramente personales. Según mi convicción, es imposible que una mujer aun cuando haya nacido al rededor del trono, adquiriera antes de los veinte y cinco años la ciencia enciclopédica de los nonadas, el conocimiento de los manejos, las grandes pequeñeces, la música de la voz y la armonía de los colores, los sortilegios angelicales y las inocentes picardías el lenguaje y el mutismo, lo serio y lo burlesco, *el ingenio y la tontería, la diplomacia y la ignorancia, que constituyen á la mujer comme il faut.*

—después del programa que acabáis de trazarnos dijo la señorita de las Touches á Emilio Blondet, ¿dónde colocarías á la mujer autora? ¿Es una mujer *comme il faut*?

—Cuando no tiene genio es una mujer respondió Emilio Blondet, acompañando su respuesta de una fina mirada que podía pasar por un elogio dirigido francamente á Camila Maupin. Esta opinión no es mía, sino de Napoleón, añadió.

—Oh! no nos saquéis á Napoleón, dijo Ganalis con un gesto y un acento enfáticos; cabalmente una de sus pequeñeces (porque las tuvo) fue el ser envidioso del genio literario. ¿Quién podrá jamás explicar, pintar o comprender á Napoleón? Este hombre á quien uno se lo representa con los brazos cruzados, y que lo ha hecho ya todo; que ha sido el mayor poder conocido; el poder más concentrado; el más mordaz, el más ácido de todos los poderes; genio singular, que ha paseado por todas partes la civilización armada sin fijarla en ninguna; hombre que lo podía hacer todo porque lo quería todo; prodigioso fenómeno de voluntad, venciendo una enfermedad por una batalla, y que sin embargo debía venir á morir de una enfermedad, en su cama, después de haber vivido en medio de las batallas y de las balas; hombre cuyo pensamiento era un código y una espada, la palabra y la acción; espíritu perspicaz que lo acertó todo, excepto su caída; político extraño que, jugaba con los hombres á puñados, por economía, y que respetó tres cabezas, las de Talleyrand, de Pozzo di Borgo y de Metternik, diplomáticos cuya muerte hubiera salvarlo al imperio francés, y que le parecían pesaban más que miles de soldados; hombre á quien por raro privilegio, la naturaleza le había dejado un corazón en un cuerpo de bronce; hombre que á media noche se alegraba entre las mujeres, y á la mañana siguiente removía la Europa, como una joven que se distrajesse en azotar el agua de su baño. Hipócrita y generoso, amante del oropel y sencillo, sin gusto y protector de las artes, y á pesar de estas antítesis, grande en todo por instinto ó por organización; á los veinte años César; á los treinta Cromwell; y luego, buen padre y buen esposo como un especiero del Père Lachaise. En fin, él ha improvisado monumentos, imperios, reyes, códigos, versos, la novela, y todo con más extensión que precisión. ¿No quiso convertir á Europa en una Francia? Y después de habernos hecho pesar en la tierra casi hasta cambiar las leyes de la gravitación, nos ha dejado más pobres que el día en que puso mano sobre nosotros; él que había fundado un imperio con su nombre, perdióle al borde de aquel imperio, en un mar de sangre y de soldados. Hombre que, todo pensamiento, y á la vez todo acción, abarcaba á Dessaix y á Fouché!

—Arbitrario y justo, según las circunstancias; un verdadero rey, dijo de Marsay.

—¡Ah! qué placer en digerir al oídos, dijo el barón de Nucingen.

—Pero creéis que esto que os servimos es ordinario? dijo José Bridau. Si se pagasen los placeres de la conversación, como vos pagáis los de la danza ó de la música, apenas bastaría vuestra fortuna. No hay dos maneras de expresar un mismo rasgo de carácter.

—Y nos hemos empequeñecido en realidad tanto como esos señores piensan? dijo la princesa de Cadignan, dirigiendo á las señoras una sonrisa á la vez equívoca y burlona. Es decir que porque hoy día, bajo su régimen que todo lo achica, os gusten los platitos, las habitacioncitas, los cuadritos, los articulitos, los periodiquitos, y los libritos,

las mujeres han de ser también menos grandes? Por qué ha de cambiar el corazón humano, por qué vosotros cambiéis de traje?

Las pasiones serán las mismas en todas las épocas. Yo sé de admirables sacrificios, sublimes sufrimientos, á los cuales falta la publicidad, la gloria si queréis, que antes ilustraba las faltas de algunas mujeres.

Pero no por no haber salvado á un rey de Francia, se ha de ser menos que Inés Lorel. Creéis que nuestra querida marquesa de Espard no vale tanto como la señora de Deffant, en cuya casa se decía y hacia tanto mal? La Taglioni no vale por una Camargo? La Malibran no iguala á la Saint-Huberti? Nuestros poetas no son superiores á los del siglo diez y ocho? Y si en este momento, por culpa de los especieros que nos gobiernan, se ha perdido la raza entre nosotros, ¿el imperio no ha tenido también su estigma como el siglo de Luis XV, y su esplendor no ha sido también fabuloso? Qué han perdido las ciencias!

—Soy de vuestra opinión, señora, las mujeres de esta época son verdaderamente grandes, respondió el conde de Vandenesse. Cuando nos llegue la posteridad, ¿acaso Mme. Recamière no adquirirá tan grandes proporciones como las de las mujeres más bellas de los tiempos pasados? Hemos hecho tanta historia que no tendrá historiadores! El siglo de Luis XIV no ha tenido más que una madame de Sévigné; nosotros tenemos hoy mil en Paris que en verdad escriben mejor que ella y no publican sus cartas. La mujer francesa, llámese *comme il faut*, ó gran señora, será siempre la mujer por excelencia. Emilio Blondet nos ha hecho una pintura de los atractivos que tiene una mujer de hoy; pero en caso de necesidad, esta mujer que gazmoñea, que se pavonea, que refleja las ideas de tales y cuales hombres, seria heroica! Y para decirlo de una vez, vuestras faltas, señoras, son tan poéticas como jamás puedan serlo, y en todos tiempos se ven rodeadas de grandes peligros. He visto mucho mundo, quizás lo, he observado demasiado tarde, pero en las circunstancias en que la ilegalidad de vuestros sentimientos podía ser excusada, he notado siempre que los efectos de no sé que azar que podéis llamar la Providencia, agobiaban fatalmente á aquellas que nosotros llamamos mujeres ligeras.

—Espero, dijo la señora de Vandenesse, que podremos ser grandes por otro estilo.....

—Oh! dejad que el conde de Vandenesse nos predique, exclamó la señora de Sérizy.

—Tanto más cuanto que ha predicado mucho con el ejemplo, dijo la baronesa de Nucingen.

—Por vida mía, dijo el general Montriveau, que entre todos los dramas, puesto que os servís muy á menudo de esta palabra, (añadió mirando á Blondet) en que se ha mostrado el dedo de Dios, el más honroso de cuantos he visto casi ha sido obra mía.....

—Contádnoslo, dijo lady Barimore. Me gusto tenerme que estremecer!

—Es un gusto de mujer virtuosa, replicó de Marsay mirando á la encantadora hija de lord Dudley.

—Durante la campaña de 1812, dijo entonces el general Montriveau, fui la causa involuntaria de una desgracia espantosa que podrá servir, doctor Bianchon (dijo mirándome) á vos que os ocupáis del espíritu humano al ocuparos del cuerpo, para resolver algunos problemas relativos á la voluntad. Hacia mi segunda campaña; amaba el peligro, y me reía de todo como joven y simple subteniente de artillería que era! Cuando llegamos al Beresina, el ejército no tenia ya disciplina, ni conocía la obediencia militar. Aquello era un montón de hombres de todas las naciones, que iba instintivamente del norte al mediodía.

Los soldados arrojaban de sus hogares á un general harapiento y descalzo, cuando no les llevaba leña ni víveres. El desorden fue aun mayor después del paso de este célebre río. Yo salía tranquilo, completamente solo, sin víveres, de las marismas de Zebin, é iba buscando una casa donde me acogiesen de buena voluntad. No hallándola, ó arrojado de las que encontraba, apercibí felizmente hacia el anochecer una mala granja polaca, de la cual no es posible daros idea alguna á menos que no conozcáis las casas de madera de la baja Normandía, ó las aun más pobres alquerías del Beauce. Estas viviendas consisten en una sola habitación dividida hacia su extremidad por un tabique de madera, sirviendo la pieza más pequeña para almacenar forrajes. La oscuridad del crepúsculo me permitió ver desde lejos una ligera humareda que se escapaba de la casa. Esperando hallar en ella camaradas más compasivos que aquellos á quienes hasta entonces me había dirigido, me encaminé animosamente hacia la granja. Al entrar en ella, encontré la mesa puesta. Varios oficiales, entre los cuales se hallaba una mujer, (espectáculo bastante común) comían patatas, carne de caballo asada á la brasa y remolachas heladas. Entre los comensales, reconocí á dos ó tres capitanes de artillería del primer regimiento en que había servido. Fui acogido por un ¡hurra! de aclamaciones que me hubiera admirado mucho á ser al otro lado del Beresina; pero en aquel momento el frió no era tan intenso, mis camaradas se hallaban descansados, se sentían con calor, y la sala, atestada de gavillas de paja, les ofrecía la perspectiva de una noche de deliciosa. Yo no pedía ni siquiera tanto. Así pues, mis camaradas podían ser filántropos gratis, el modo más ordinario de ser filántropo. Me senté sobre sacos de forraje y me puse á comer. En el extremo de la mesa, hacia el lado de la puerta por donde se comunicaba con la piececita llena de paja y heno, se hallaba mi antiguo coronel, uno de los hombres más extraordinarios con que he tropezado entre toda la multitud de hombres que he llagado á ver. Era italiano. Ya sabéis que cuando la naturaleza humana es bella en las comarcas meridionales llega á ser sublime. No sé si habéis notado la singular blancura de los italianos cuando son blancos.... Es una cosa magnífica. Sobre todo en plena luz. Cuando leí el fantástico retrato que Carlos Nodier nos ha trazado del coronel Oudet, hallé una por una mis propias sensaciones en cada una de sus elegantes frases. Italiano como la mayor parte de los oficiales que componían su regimiento, incorporado, por lo demás, al ejército del Príncipe Eugenio, mi coronel era hombre de elevada estatura, no bajaba de ocho pies con nueve pulgadas, admirablemente proporcionado, un poco grueso, pero de prodigioso vigor. Sus cabellos negros, profusamente rizados, realzaban su tez blanca como la de una mujer; tenía manos pequeñas, hermoso pié, boca graciosa, nariz aguileña de líneas delicadas y cuya punta se constreñía naturalmente, palideciendo, cuando se encolerizaba, lo que acontecía con frecuencia. Su irascibilidad excedía á toda ponderación.

Ninguno estaba tranquilo á su lado. Quizás yo era el único que no le temía, pues me profesaba una amistad tan singular que aprobaba cuanto hacia. Cuando la cólera le inquietaba, se crispaba su frente, y sus músculos dibujaban en medio de ella un delta, ó, por mejor decir, la herradura de Redguntlet. Esta señal aterrorizaba más que el magnético centelleo de sus ojos azules. Todo su cuerpo se estremecía entonces, y su fuerza, ya poderosa en estado normal, casi no reconocía límites. Tartamudeaba mucho. Su voz, casi tan poderosa como la del Oudet de Carlos Nodier, arrojaba una increíble riqueza de sonido en la sílaba ó en la consonante sobre la cual recaía ese tartamudeo. Si aquel vicio de pronunciación era en ciertos momentos una gracia suya, cuando daba la voz de mando, ó estaba conmovido, no podéis imaginaros cuanto poder expresaba ese acento tan vulgar en París. Sería necesario haberlo oído. Cuando el coronel estaba tranquilo, en sus ojos azules se pintaba una dulzura angelical, y su frente pura tenía una expresión llena de encanto. En una parada, en el ejército de Italia, ningún hombre podía

luchar con él. En fin de Orsay en persona, el hermoso de Orsay, quedó vencido por nuestro coronel en la última revista pasada por Napoleón antes de entrar en Rusia. Todo era oposición en este hombre privilegiado: La pasión vive por los contrastes. Así, no me preguntéis si ejercía sobre las mujeres esa irresistible influencia á que nuestra naturaleza (el general miraba a la princesa de Cadignan) se doblaba como la materia vítrea bajo el bastón del soplador; pero por una singular fatalidad, un observador quizás se diera cuenta de este fenómeno; el coronel tenia poca fortuna ó la descuidaba.

Para daros una idea de la violencia de su carácter os referiré en dos palabras lo que le he visto hacer en un paroxismo de cólera. Subíamos con nuestros cañones un camino muy estrecho, bordeado á un lado por un declive bastante pronunciado, y al otro por bosques. En medio del camino nos encontramos con otro regimiento de artillería, á cuyo frente marchaba su coronel. Este coronel quiere hacer retroceder al capitán de nuestro regimiento que iba á la cabeza de la primera batería. Naturalmente nuestro capitán rehusó hacerlo, pero el coronel hizo signo á su primera batería de que avanzase, y á pesar del cuidado que el conductor tuvo en ladearse hacia el bosque, la rueda del primer canon cogió la pierna derecha de nuestro capitán, y se la rompió en seco, echándole al otro lado de su caballo. Todo esto fue obra de un momento. Nuestro coronel que se hallaba á una pequeña distancia, adivina la querella, parte á galope tendido, atravesando por entre las piezas y el bosque á pique de desmontar, y llega frente al otro coronel en el momento en que nuestro capitán gritaba a caer: —Socorro! —No, nuestro coronel italiano no fue ya un hombre ¡... Una espuma semejante á la del vino de Champagne borboteaba en su boca, rugía como un león. No pudiendo pronunciar una palabra, ni siquiera un grito, hizo un signo espantoso á su antagonista, señalándole el bosque y desenvainando el sable. Los dos coroneles se internaron. En dos segundos vimos al adversario de nuestro coronel en el suelo, con la cabeza dividida. Los soldados del regimiento retrocedieron, ah! diantre, y más que de prisa.

Este capitán á quien por poco matan y que alborotaba en el lodazal donde la rueda de canon le había lanzado, tenia por mujer una encantadora italiana de Mesina, que no era indiferente á nuestro coronel. Esta circunstancia había aumentado su furor. Le debía protección al marido como á su misma mujer; debía defenderlo. Ahora bien; en la cabaña donde recibí tan buena acogida al otro lado de Zembin, este capitán estaba frente por frente de mí, y su mujer se hallaba al extremo opuesto de la mesa, frente por frente del coronel. Esta mesinesa era una mujer pequeña llamada Rosina, muy morena, pero que llevaba en sus ojos negros y rasgados, en forma de almendra, todo el ardor del sol de Sicilia. En aquel momento se hallaba en un deplorable estado de delgadez; tenia las mejillas cubiertas de polvo como un fruto expuesto á la intemperie durante un largo viaje. Apenas cubierta con harapos, fatigada por las manchas, con los cabellos en desorden y recogidos bajo un pedazo de chal de piel de marmota, aun tenia consigo algo de mujer; sus movimientos eran graciosos; su boca sonrosada y contraída; sus dientes blancos; sus formas, en entalle, rasgos que la miseria, el frió y la incuria no había desnaturalizado del todo, hablaban todavía de amor á quien pudiese pensar en una mujer.

Por otra parte, Rosina ofrecía una de esas naturalezas en apariencia frágiles pero nerviosas y llenas de vigor. La figura de su marido, gentil-hombre piamontés, anunciaba una hombría de bien chocarrera si estas dos palabras pueden asociarse; animoso, instruido, parecía ignorar las relaciones que existían hacia tres años entre su mujer y el coronel. Yo atribuya esta pasividad á las costumbres italianas ó á algún secreto doméstico; pero en la fisonomía de aquel hombre había un rasgo que me inspiraba siempre una involuntaria desconfianza. Su labio inferior, delgado y movedizo, caía, en lugar de alzarse, hacia sus dos extremos, lo que me parecía descubrir un fondo oculto de

crueledad en aquel carácter flemático y perezoso en apariencia. Podéis imaginar que la conversación no era muy elevada, cuando llegué. Mis camaradas, fatigados, comían en silencio; naturalmente me dirigieron algunas preguntas, y nos contamos mutuamente nuestros infortunios, salpicándolos de reflexiones acerca de la campaña, de los generales, de sus faltas, de los rusos y del frió. Un momento después de mi llegada, habiendo terminado el coronel su escasa cena, se enjugó los bigotes, nos dio á todos las buenas noches, lanzó su negra mirada á la italiana y la dijo: —Rosina? —... Luego, sin esperar respuesta, fue á acostarse en el pequeño cuarto pajar. En sentido de la interpelación del coronel era fácil de comprender. Por eso su rauger dejó escapar un grito indescriptible que pintaba á la vez la contrariedad que debía experimentar al ver subordinada su dependencia, sin ningún respeto humano, y la ofensa hecha á su dignidad de mujer ó á su marido; pero en la contradicción de los rasgos de su fisonomía, en la aproximación violenta de sus cejas, hubo una especie de presentimiento: quizás previó el fin de su destino. Rosina permaneció tranquilamente en la mesa. Un instante después y probablemente cuando el coronel se hubo acostado en su lecho de heno ó de paja, repitió: —Rosina? — ... El acento de esta segunda llamada fue aun de una interrogación más brutal que la primera. El tartamudeo del coronel y la cantidad que la lengua italiana permite dar á las vocales y á los finales, pintaron todo el despotismo, la impaciencia, la voluntad de aquel hombre. Rosina palideció, pero se puso en pié; pasó á espaldas nuestras y se juntó al coronel. Todos mis camaradas guardaron un profundo silencio; únicamente yo, por desdicha, me puse á reír después de mirarles á todos, y mi risa se repitió de boca en boca. —TU RIDI, dijo el marido. — Por mi nombre, camarada, respondí recobrando la seriedad, te confieso que he faltado, y te pido mil perdones, y si no te satisfacen mis disculpas, estoy pronto á darte una satisfacción... — No eres tú quien ha faltado , si no yo! respondió fríamente.

Enseguida nos acostamos en la sala y caímos todos en un profundo sueño. Á la mañana siguiente, cada cual sin despertar á su vecino, sin buscar un compañero de viaje, se puso en marcha, á su capricho, con una especie de egoísmo que ha hecho de nuestra derrota uno de los dramas más horribles de personalidad, de tristeza y de horror que haya habido bajo la capa del cielo. No obstante, á siete u ochocientos pasos de nuestro albergue, nos volvimos á encontrar casi todos, y caminamos juntos como patos conducidos en bandadas por el ciego despotismo de un niño. Llegados á un montículo, desde el cual podía divisarse aun la granja en donde habíamos pernoctado, oímos gritos parecidos al rugido de los leones en el desierto, al mugido de los toros; pero no, aquel clamor no podía compararse á nada conocido. Sin embargo percibimos un grito ahogado de mujer, unido á aquel horrible y siniestro estertor; nos volvimos todos presos no sé de qué sentimiento terrorífico, y no vimos la casa sino una vasta hoguera. La habitación que habían atrincherado estaba ardiendo por los cuatro costados. Llegaban á nosotros traídos por el viento sonidos roncós y un fuerte olor indefinible. Á algunos pasos de nosotros marchaba el capitán que venía tranquilamente á unirse á nuestra caravana; le contemplamos en silencio, pues nadie se atrevió á interrogarle; pero él, adivinando nuestra curiosidad, volvió hacia su pecho el índice de la mano derecha y señalando con la izquierda el incendio dijo: —¡Soy yo! — Continuamos la marcha sin hacer observación alguna.

—Nada hay más terrible que la revuelta de un carnero, dijo de Marsay.

—Seria espantoso alejarnos con esta horrible imagen en la memoria, dijo madame de Montcornet. Voy á soñarla...

—Y cuál será el castigo de la primera de monsieur de Marsay? dijo sonriendo lord Dudley.

—Cuando los ingleses se chancean sus floretes están botonados, dijo Blondet.

—Monsieur Bianchon puede decírnoslo, respondió de Marsay, dirigiéndose á mí, porque él la vio moribunda.

—Sí, dije yo, y su muerte es una de las más bellas que he conocido. El duque y yo habíamos pasado la noche á la cabecera de la cama de la moribunda, cuya pulmonía, llegada al último grado, no dejaba ninguna esperanza; se la había sacramentado la víspera. El duque se había dormido. Habiéndose desvelado la duquesa sobre las cuatro de la madrugada, de la manera más conmovedora y sonriente me hizo un signo amistoso con la mano para decirme que le dejara reposar, y no obstante iba á morir! había llegado al extremo del enflaquecimiento, pero su rostro había conservado sus rasgos y formas verdaderamente sublimes. Su palidez hacia asemejar su piel á la porcelana á través de la luz. Sus ojos vivos y sus colores se destacaban sobre aquella tez llena de suave elegancia, y su fisonomía respiraba una imponente tranquilidad. Parecía compadecer al duque y este sentimiento tenia su origen en una elevada ternura que parecía no reconocer límites al borde de la muerte. El silencio era profundo. La habitación, dulcemente iluminada por una lámpara, tenía el aspecto de todas las habitaciones de enfermos en la hora de la muerte. En este momento el péndulo sonó. Despertóse el duque y se desesperó de haberse dormido. No vi el gesto de impaciencia con que expresó el pesar de haber dejado de ver á su mujer durante uno de los últimos momentos que le estaban concedido, pero es seguro que á cualquier otra persona que á la moribunda hubiera podido engañarle. Hombre de estado, preocupado por los intereses de la Francia, el duque tenía mil extravagancias aparentes que hacen tomar por locos á los hombres de genio, pero que tienen su explicación en su exquisita naturaleza y en las exigencias de su espíritu. Fue á colocarse en un sillón cerca del lecho de su mujer y la miró fijamente. La moribunda alargó un poco la mano, tomó la de su marido, la estrechó débilmente, y con voz dulce y conmovida le dijo: —Pobre amigo mío; quién te comprenderá ya? después se murió mirándole.

—Las historias que cuenta el doctor, dijo el conde de Vandenesse, causan una impresión profunda.

—Pero dulce, añadió la señorita de Touches levantándose.

Paris, junio, 1839-1842.